Sofía Durán



LA MENTIRA DE los Walsh

LA MENTIRA DE LOS WALSH

Los Donovan 2



SOFÍA DURÁN

Derechos de autor © 2026 Sofía Durán

© La mentira de los Walsh
Todos los derechos reservados
Los personajes y eventos que se presentan en este libro son ficticios. Cualquier similitud con personas reales, vivas o muertas, es una coincidencia y no algo intencionado por parte del autor.
Ninguna parte de este libro puede ser reproducida ni almacenada en un sistema de recuperación, ni transmitida de cualquier forma o por cualquier medio, electrónico, o de fotocopia, grabación o de cualquier otro modo, sin el permiso expreso del editor.

Editado: Sofía Durán
Copyrigth 2026 ©Sofía Durán
Código de registro: 2608016605530
Fecha de registro: agosto 1, 2026
ISBN: 9798190124545
Sello: Independently published

Primera edición.

A mi Bella Mariana Azueta y a todas las madres:
a las que sostienen, a las que buscan,
a las que aman incluso cuando tienen miedo
y a las que cada día aprenden a hacerlo mejor.
A las que han perdido, esperado o regresado.
A las que alguna vez dudaron de sí mismas
y, aun así, siguieron adelante.
Porque una madre no siempre tiene todas las respuestas,
pero conoce, incluso en la oscuridad,
el camino que conduce de vuelta a sus hijos.

Contenido

Derechos de autor
Dedicatoria
1 La hermosura de las cosas
2 La esposa adecuada
3 La mujer que todos miraban
4 La hija que no quise
5 El llanto
6 El hombre que guardó silencio
7 La casa que esperaba
8 La niña del jardín
9 Las condiciones del regreso
10 La mujer que decidió quedarse
11 Las flores que regresan
12 La carta que no llegó
13 A través de sus ojos
14 El día del lago
15 La verdad entra del brazo de Seth
16 El pasado que regresa
17 La opción correcta
18 Dos tontos
19 La mujer a la que deseaba

20 La puerta abierta
21 La mujer que quería ocupar su lugar
22 Los niños impropios
23 La madre inestable
24 La niña desaparecida
25 Todo lo que una madre teme
26 La confesión de Eleanor
27 El hombre que sabía quedarse
28 La vida que podemos elegir
29 Las cosas que permanecen

LA MENTIRA DE *los Walsh*



SOFÍA DURÁN

1 La hermosura de las cosas

Durante muchos años creí que una vida podía juzgarse por la blancura de sus manteles.

Me parecía que existía una forma correcta de habitar el mundo: sin levantar demasiado la voz, sin caminar bajo la lluvia, sin permitir que el barro alcanzara el borde de un vestido. Las desgracias ocurrían lejos, detrás de las puertas de otras casas, y bastaba con no acercarse demasiado a ellas para conservar las manos limpias.

Yo había nacido para las cosas hermosas.

O, al menos, eso me habían hecho creer.

En mis recuerdos, la casa de mi padre siempre está cubierta por la luz incierta de una mañana irlandesa. No importa en qué estación piense: sobre sus tejados permanece un cielo gris perla, delicado como el interior de una ostra, y alrededor de sus muros se extienden prados tan verdes que parecen irreales. La humedad se adhería a las piedras, oscureciéndolas, y el aire olía a hierba mojada, a turba quemada y a las rosas que Amber insistía en cultivar junto a la fachada oriental, pese a que el viento las maltrataba cada invierno.

A veces despertaba con el golpeteo de la lluvia contra los cristales. Otras, con el rumor de los empleados encendiendo las chimeneas antes de que el frío pudiera colarse en las habitaciones. Jamás pensé en las manos que cargaban el carbón ni en las espaldas que se inclinaban para limpiar las cenizas. Para mí, el fuego sencillamente aparecía.

Casi todo aparecía: el agua caliente en la bañera de porcelana, el té servido a la hora precisa, mis vestidos extendidos sobre la cama, las cintas, los guantes, las medias de seda, las horquillas de nácar.

El mundo entero parecía haber sido construido para evitarme cualquier incomodidad, incluso las que me inventaba.

Aquella mañana, faltaban pocas semanas para mi boda con Connor Walsh, y yo permanecía frente al espejo mientras una doncella intentaba sujetar mi cabello.

—No así —le dije.

La joven se detuvo de inmediato. Sus dedos, enredados entre mis rizos, comenzaron a temblar.

—Lo siento, señorita Donovan.

—Me estás tirando demasiado.

—Procuraré tener más cuidado.

La contemplé a través del espejo sin verla realmente. Era una muchacha delgada, de rostro pálido y nudillos enrojecidos por el frío. No recuerdo su nombre. Durante años me avergonzó admitirlo;

ahora me avergüenza todavía más comprender que seguramente lo conocía y que, aun así, no hice el esfuerzo de conservarlo.

—Déjalo —ordené—. Llamaré a alguien que sepa hacerlo.

Ella retiró las manos como si mis cabellos quemaran.

Mi reflejo, en cambio, permaneció sereno.

Tenía entonces una belleza que los demás consideraban excepcional y que yo aceptaba como si se tratara de un mérito. Mi cabello era rojo, aunque no del rojo encendido de ciertas mujeres del campo, sino de una tonalidad más oscura que bajo el sol adquiría destellos de cobre. Había heredado de mi padre los ojos azules, la piel clara y aquella expresión apacible que hacía pensar a los desconocidos que nada cruel podía esconderse detrás de mi rostro.

No era cruel. No de la manera evidente. No disfrutaba del sufrimiento ajeno ni concebía maldades con las que entretenerme. Mi crueldad era más limpia, más cómoda. Consistía en no mirar.

La doncella salió en silencio.

Yo apenas advertí cuándo se cerró la puerta.

Sobre una silla descansaba uno de los vestidos que Amber había encargado para mi ajuar: seda color marfil, mangas largas y pequeños botones forrados que descendían por la espalda. Me acerqué para acariciar la tela. Era suave, perfecta, tan delicada que cualquier roce descuidado podía arruinarla. Y en aquel tiempo, esa

posibilidad me producía más angustia que muchas tragedias humanas.

—Connor quedará deslumbrado —dijo una voz a mi espalda.

Me volví y encontré a Erick apoyado en el marco de la puerta.

Había entrado sin llamar, como hacía siempre, y llevaba las botas manchadas de barro. Tenía las mejillas enrojecidas por el aire de la mañana y varios mechones oscuros pegados a la frente. Aunque intentaba adoptar una expresión solemne, sus ojos lo traicionaban.

—No pongas un pie más dentro de la habitación —le advertí.

Erick miró el suelo.

—¿Por qué?

—Porque estás cubierto de tierra.

—Es barro.

—Eso no mejora las cosas.

—Para mí sí. El barro es mucho más interesante que la tierra.

—Erick.

Sonrió. Había algo en su manera de sonreír que volvía imposible enfadarse con él durante mucho tiempo. Era el menor de nosotros y había crecido rodeado de mujeres que, de una manera u otra, intentábamos protegerlo. Incluso Renata, que despreciaba casi todas las formas de ternura convencional, se ablandaba cuando Erick entraba en una habitación.

—¿Vienes de montar? —pregunté.

—Estuve cerca del río.

—¿Solo?

—No exactamente.

—¿Quién estaba contigo?

Erick dudó lo suficiente para que yo comprendiera la respuesta.

—El perro.

—Un perro no cuenta como acompañante.

—Él cree que sí.

—Papá se enfadará si se entera.

—Papá no tiene por qué enterarse.

—Yo podría decírselo.

—Pero no lo harás.

Me crucé de brazos.

—¿Y por qué no?

—Porque estás a punto de casarte y las mujeres que están a punto de casarse deben ser generosas.

—¿Quién te ha dicho semejante tontería?

—Tú.

Solté una risa.

En aquella época reía con facilidad. No porque fuera especialmente feliz, sino porque todavía no conocía suficientes

motivos para llorar.

Erick avanzó un paso y dejó una marca oscura sobre la alfombra.

—¡Erick!

Retrocedió con rapidez, pero ya era tarde.

—Ha sido pequeño.

—Es una alfombra persa.

—Sigue siendo una alfombra.

—No entiendes nada.

—Eso dice Renata de ti.

La sonrisa desapareció de mi rostro.

Erick debió notarlo, porque apartó la mirada.

El nombre de nuestra hermana mayor producía entonces un silencio particular en la casa. No era un silencio de luto, aunque a veces se le parecía. Renata estaba viva, pero se había marchado después de un acontecimiento que ninguno de nosotros sabía explicar sin recurrir a palabras vagas. Una desgracia. Una pérdida. Una decisión inesperada.

Los adultos hablaban de ella en habitaciones cerradas.

Mi padre fruncía la boca al recibir sus cartas.

Amber las leía más de una vez.

Yo fingía que no me importaban.

Renata siempre había poseído un talento especial para convertir su vida en un desafío contra los demás. Le gustaba hacer las cosas por sí misma, incluso cuando había personas dispuestas a facilitárselas. Montaba sin esperar ayuda. Leía libros que nadie le recomendaba. Se aventuraba a lugares donde una mujer decente no debía ir sin compañía y, cuando regresaba, lo hacía con la barbilla en alto, como si el peligro fuera un perfume que le agradara llevar sobre la piel.

Viajaba sin acompañante siempre que conseguía escapar de la vigilancia familiar. Discutía sobre política durante la cena. Interrumpía a los hombres cuando consideraba que estaban equivocados. No mostraba interés en suavizar sus opiniones para resultar agradable.

Yo pensaba que aquello era una afectación.

Creía que deseaba ser vista como una criatura indómita, una de esas mujeres que inquietaban a las madres y despertaban en los caballeros un interés que rara vez estaban dispuestos a reconocer en público. Renata parecía enorgullecerse de no ser adecuada. Caminaba como si no le debiera explicaciones a nadie.

A mí eso me parecía una forma agotadora de vivir.

—Renata dice muchas cosas —respondí.

—Algunas son ciertas.

—La mayoría no.

—También dice que Connor es demasiado perfecto.

—Eso demuestra que no sabe reconocer a un buen hombre.

Erick ladeó la cabeza.

—¿Existe alguien lo bastante bueno para Renata?

—Renata no quiere que nadie sea bueno para ella. Prefiere sentirse perseguida por el mundo.

—Tal vez el mundo sí la persigue.

—No seas dramático.

La palabra quedó suspendida entre nosotros.

Dramática.

Así describíamos a Renata cuando no queríamos escucharla. Rebelde, cuando no podíamos controlarla. Peligrosa, cuando se atrevía a decir en voz alta aquello que los demás preferíamos callar.

Yo no comprendía nada de eso.

Estaba a punto de casarme con uno de los hombres más admirados de Irlanda. Connor Walsh era joven, rico y poseía esa clase de belleza masculina que parecía volverse más notable cuanto menos esfuerzo hacía por exhibirla. Era alto, de hombros rectos y cabello oscuro. Sus modales eran impecables. Su apellido abría puertas y provocaba que otras mujeres me observaran con una mezcla de envidia y reverencia.

Yo estaba enamorada de él.

O estaba enamorada de lo que significaba ser escogida por él.

En aquel entonces no sabía que ambas cosas podían confundirse.

—Connor vendrá esta tarde —dije, volviéndome hacia el vestido.

—Lo sé. Toda la casa lo sabe.

—Tenemos asuntos de la boda que resolver.

—¿Como qué?

—La distribución de invitados, las flores de la iglesia, la música…

—Parece terriblemente aburrido.

—No lo es.

—Renata habría huido antes de hablar sobre flores.

—Por eso Renata no está comprometida.

Lo dije con satisfacción, como si el matrimonio fuera un premio concedido a las mujeres obedientes y la soledad, el castigo natural de quienes pensaban demasiado.

Erick se quedó quieto.

Al mirarlo, algo en la inclinación de su rostro me recordó a Wendy.

Fue apenas un gesto: la manera de bajar la cabeza cuando tenía miedo de haber dicho algo inconveniente. Pero bastó para abrir en mí una puerta que rara vez permitía tocar.

Wendy había muerto siendo todavía demasiado joven para convertirse en un recuerdo completo. Con los años, su rostro

comenzó a fragmentarse dentro de mí. Recordaba su risa, pero no siempre podía unirla a la forma de su boca. Recordaba sus manos pequeñas, la suavidad de su cabello y un vestido azul que quizá solo usó una vez. En algunos sueños aparecía corriendo por los corredores de la casa; al intentar alcanzarla, doblaba una esquina y desaparecía.

Miré a Erick y, por un instante, vi el espacio vacío que Wendy había dejado entre nosotros.

—No vuelvas a ir solo al río —le pedí.

Él levantó la mirada, sorprendido por el cambio en mi voz.

—Sé nadar.

—No importa.

—Tú no sabes.

—Precisamente.

—Puedo enseñarte.

Miré sus botas, el barro, las gotas que se desprendían de su abrigo.

—No pienso meterme en un río.

—Podrías usar un vestido viejo.

—No tengo vestidos viejos.

Erick volvió a sonreír.

—Ese es tu mayor problema, Lily.

—Sal de mi habitación.

—Te quiero.

—Y yo a ti. Ahora sal antes de arruinar algo más.

Se marchó riendo.

Cuando la puerta se cerró, el silencio volvió a llenar el dormitorio. Afuera, el viento movía las ramas de los árboles y empujaba contra los cristales una llovizna tan fina que parecía polvo. Desde la ventana podía verse la parte occidental de la propiedad, los establos, el camino de grava y las colinas difuminadas por la bruma.

Era un paisaje hermoso, aunque entonces yo no sabía mirarlo, lo consideraba mío, y la posesión suele ser enemiga del asombro.

Sobre el tocador se encontraba un pequeño retrato de Clare, mi madre. No recordaba haberlo colocado allí. Tal vez Amber había ordenado que lo desempolvaran o quizá siempre había estado en ese lugar y yo solo lo observaba cuando necesitaba alimentar mi resentimiento.

Clare era hermosa, no había otra manera de decirlo.

En el retrato aparecía sentada de perfil, con el cuello erguido y una expresión que no pertenecía por completo a la mujer que posaba. Sus ojos parecían dirigidos hacia algo situado más allá del pintor, más allá de la habitación, quizá más allá de todos nosotros.

Mi madre nos había abandonado para buscar una vida libre de ataduras. Eso era lo que yo repetía. Libre de su esposo. Libre de su

casa. Libre de la sociedad. Libre de sus hijas.

Durante años pensé que no existía egoísmo mayor que el de una mujer que elegía marcharse. No me interesaban sus razones. Me bastaba con saber que se había ido. Amber había sido quien me había peinado cuando era niña, quien se sentaba junto a mi cama durante las tormentas y quien aprendió a distinguir cuándo mis lágrimas eran reales y cuándo las utilizaba para conseguir algo.

No compartíamos sangre, pero Amber me había criado.

Clare, en cambio, era un rostro dentro de un marco.

—Yo nunca haría algo así —murmuré frente a su retrato.

Estaba convencida de ello.

Yo no deseaba una libertad turbulenta ni una vida llena de viajes, escándalos o decisiones difíciles. Quería algo sencillo. Un marido respetable. Hijos saludables. Una casa donde celebrar cenas, recibir visitas y elegir las flores de cada habitación. Quería despertar junto a Connor y saber que el resto de mi existencia se encontraba ya decidido.

No entendía que algunas jaulas están hechas con aquello que más deseamos. Tampoco sabía que mi madre, Renata y yo nos parecíamos en formas que entonces me habrían ofendido.

Un golpe discreto sonó en la puerta. Entró otra empleada, una mujer mayor que cargaba una bandeja con té.

—La señora Amber ha pedido que baje cuando esté preparada —me informó y dejó la bandeja sobre una mesa junto a la chimenea.

—Ese no es el juego de porcelana correcto —dije.

La mujer se detuvo.

—La señora Amber ordenó que se utilizara este por la mañana.

—Yo prefiero el de flores azules.

—Puedo cambiarlo, señorita.

—Hazlo.

La mujer tomó de nuevo la bandeja. Sus movimientos eran lentos; quizá le dolían las articulaciones. No me pregunté si la cocina estaba lejos ni si había subido las escaleras con dificultad.

—Y dile a la muchacha que vino antes que no vuelva a tocar mi cabello por nada del mundo —añadí.

—Sí, señorita.

Cuando salió, me sentí satisfecha por haber puesto orden en cosas que, vistas desde ahora, no merecían ni un instante de preocupación.

Aquella era yo.

Una muchacha capaz de distinguir entre dos juegos de porcelana, pero incapaz de reconocer el cansancio en el rostro de una mujer. Una joven que podía hablar durante horas acerca de encajes franceses y no sabía nada sobre el hambre, el miedo o la

desesperación. Una hija protegida por tantas paredes que terminó creyendo que fuera de ellas no había personas, sino ruido.

No sé cuánto tiempo permanecí junto a la ventana.

En los recuerdos, los minutos no avanzan como lo hacen en la vida. Se estiran, se confunden y permiten que personas muertas vuelvan a cruzar una habitación. A veces puedo ver a Erick todavía en el umbral. Oír las risas de Wendy en el corredor. Sentir la mano de Amber arreglando el cuello de mi vestido. Incluso puedo imaginar a Renata descendiendo de un caballo, con las faldas manchadas y aquella expresión desafiante que tanto me irritaba.

Podría quedarme allí para siempre. Joven. Hermosa. Ignorante.

A punto de casarme con Connor Walsh.

Pero ningún recuerdo, por dulce que sea, consigue retenernos durante mucho tiempo.

Un grito atravesó la mañana.

—¡Señora Lilianne!

La voz infantil desgarró la casa de mi infancia y me devolvió a otra habitación, a otra época, a la mujer en la que me había convertido.

Parpadeé.

Ya no me encontraba frente a un espejo de marco dorado, sino junto a una ventana alta cuyos cristales vibraban con el viento. El papel de las paredes se había descolorido en algunos rincones y el

olor a cera, jabón y caldo hervido recorría los pasillos. Afuera, el patio estaba cubierto de hojas húmedas. Varios niños corrían entre los bancos de madera mientras las nubes descendían sobre los tejados del edificio.

El pequeño que me había llamado apareció en la puerta.

Era un niño negro de no más de seis años. Tenía las mejillas mojadas de lágrimas y tierra adherida a las palmas. Una de sus medias se había deslizado hasta el tobillo, y en la rodilla derecha se extendía una herida roja, salpicada de pequeñas piedras.

—Me caí —sollozó.

Su dolor era verdadero, pero también lo era su indignación. Como sucede con los niños, parecía considerar la caída una traición personal del suelo. Me arrodillé frente a él.

—Ven aquí.

—Sangra mucho.

—No tanto como crees.

—¿Voy a perder la pierna?

—Con toda seguridad.

Sus ojos se abrieron de espanto. Sonreí.

—Pero quizá podamos convencer al doctor de que la salve.

El niño vaciló antes de extender los brazos hacia mí. Lo levanté con cuidado. Ya no era tan pequeño como para cargarlo sin esfuerzo

y, al incorporarme, sentí su peso contra el pecho y el tirón familiar en la espalda. Él apoyó la cara en mi hombro.

Olía a lluvia, a lana húmeda y al polvo del patio.

Muchos años antes, habría retrocedido ante sus manos sucias sobre mi vestido. Habría llamado a una empleada. Habría pensado en la mancha antes que en el niño. En aquel momento solo acomodé mejor su cuerpo entre mis brazos.

—¿Cómo ocurrió? —pregunté mientras avanzábamos.

—Thomas hizo trampa.

—Thomas siempre hace trampa según tú.

—Porque siempre hace trampa.

—¿Y la caída?

—La caída fue culpa de una piedra.

—Parece que hoy todos están contra ti.

Asintió gravemente.

Algunas niñas se asomaron desde una puerta al vernos pasar. Una de ellas preguntó si había muerto alguien. Otra respondió que todavía no. Las cuidadoras intentaron devolverlas a sus tareas, pero las risas nos siguieron hasta el final del corredor.

La enfermería se encontraba en la parte más luminosa del edificio. Tenía dos ventanas orientadas hacia el jardín, varios armarios blancos y un olor persistente a alcohol, hierbas medicinales

y ropa recién hervida. Cerca de una mesa, el doctor organizaba algunos instrumentos.

Levantó la mirada cuando entramos.

Era un hombre apuesto. No de la manera pulida y estudiada de Connor, sino con una belleza menos consciente de sí misma. Llevaba las mangas de la camisa recogidas hasta los antebrazos y un mechón de cabello oscuro le caía sobre la frente. Al ver al niño en mis brazos, sonrió. Después me miró a mí. Su sonrisa apenas cambió.

—¿Otra víctima de la ferocidad del patio? —preguntó.

—Una piedra atentó contra su vida.

—Comprendo. Son criaturas despiadadas.

El niño levantó la cabeza de mi hombro.

—Y Thomas hizo trampa.

—Eso agrava el caso. —El doctor se acercó y tendió las manos. —Déjemelo, yo cuidaré de él.

Por alguna razón permanecí inmóvil un instante. Quizá fue la naturalidad con que abrió los brazos. Quizá la paciencia de su expresión. Tal vez fue solo el extraño efecto de encontrar bondad en un rostro hermoso después de haber aprendido que ambas cosas no siempre habitaban juntas.

Finalmente deposité al niño en sus brazos. Él lo sostuvo con facilidad y lo llevó hasta una camilla mientras lo interrogaba acerca

de Thomas, la piedra y la posible pérdida de su pierna. El pequeño dejó de llorar antes de que el doctor comenzara a limpiar la herida. Yo me quedé junto a la puerta. Desde allí podía escuchar el viento, las voces de los otros niños y el crujido de la madera bajo mis zapatos. Todo era modesto. Las paredes necesitaban pintura. Una de las ventanas no cerraba bien. Había cuentas pendientes sobre mi escritorio y más solicitudes de ayuda de las que nuestros fondos podían cubrir.

Nada en aquel lugar se parecía a la vida que había deseado y, sin embargo, allí estaba. No en la casa perfecta que imaginé compartir con mi esposo. No rodeada de los hijos que había creído que tendría. No protegida por el apellido de mi padre ni por la fortuna de Connor Walsh. Estaba en un hospicio que años atrás habría evitado visitar. Rodeada de niños a los que, en otro tiempo, habría considerado ajenos a mí por el color de su piel, por su pobreza o simplemente porque su sufrimiento me resultaba incómodo.

Mi vida de privilegios me había cegado. No fue una ceguera inocente. Durante demasiado tiempo elegí no ver. Confundí la ignorancia con la pureza, la obediencia con la bondad y la belleza con el valor. Creí que las personas desafortunadas pertenecían a una especie de mundo subterráneo que jamás rozaría el mío.

Me equivocaba. La desgracia no vive lejos. A veces se sienta a nuestra mesa. Duerme en nuestra cama. Pronuncia palabras de

amor mientras prepara el abandono. A veces lleva el rostro del hombre con quien nos hemos casado y otras veces adopta la voz de un médico que baja los ojos para decirnos que nuestra hija ha nacido muerta.

Él no había muerto, pero yo todavía no sabía dónde se encontraba, por eso debo comenzar desde el principio.

Desde la casa de los Donovan, desde la ausencia de mi madre y las advertencias de Renata. Desde Connor Walsh, sus manos impecables y la mentira que convirtió mi matrimonio en una tumba. Debo contarles quién fui antes de entrar en estos pasillos y aprender los nombres de los niños. Antes de comprender que una herida pequeña merece atención, aunque no sangre sobre una piel blanca.

Debo contarles cómo perdí a mi hija, cómo descubrí que seguía viva y cómo terminé buscándola en cada orfanato de Irlanda, abrazando, sin pretenderlo, a todos los niños que no eran ella.

2 La esposa adecuada

Mi matrimonio fue hermoso durante los primeros meses. No feliz. Hermoso. Existe una diferencia, aunque yo no sabía nombrarla.

La casa de los Walsh se alzaba al norte de Dublín, apartada de la ciudad por un largo camino bordeado de hayas. En otoño, las hojas cubrían la grava con una alfombra cobriza que los jardineros barrían cada mañana y que el viento se empeñaba en reconstruir antes del mediodía. Era una residencia amplia, de piedra gris, con ventanas altas y chimeneas que exhalaban un humo pálido hacia el cielo. Las enredaderas trepaban por la fachada occidental, y en los días de lluvia sus hojas se adherían a los muros como escamas oscuras.

La primera vez que la vi pensé que era perfecta.

Todo en ella parecía confirmar que había llegado al lugar que me correspondía. Los salones estaban decorados con cuadros antiguos, alfombras traídas de Oriente y muebles tan delicados que nadie se sentaba en ellos sin antes pensarlo. Había lámparas de cristal, vajillas con el escudo familiar y una biblioteca cuya altura me intimidó desde el primer día. Los empleados se movían en silencio. Las puertas se abrían a mi paso. Mi nombre dejó de ser solamente

Lilianne Donovan para convertirse en señora Walsh, y durante un tiempo esa transformación me produjo una vanidad casi infantil. Me gustaba escuchar cómo me anunciaban en las cenas. Me agradaba ver mi apellido nuevo escrito en las invitaciones. Me detenía frente a los espejos de los corredores y observaba la imagen de una mujer elegante, casada con un hombre poderoso, protegida por una fortuna que parecía inagotable.

Todo aquello se parecía tanto a lo que había deseado, que tardé en comprender que no me pertenecía.

Connor era atento cuando alguien podía verlo. Me ofrecía el brazo al entrar en una fiesta. Retiraba la silla para que me sentara. Besaba mi mano frente a los invitados y recordaba con exactitud cuáles eran mis flores favoritas. En público, me miraba como si hubiera elegido entre todas las mujeres de Irlanda y aún se felicitara por su decisión.

A solas, sin embargo, existía siempre entre nosotros una distancia.

No era una distancia que pudiera medirse en pasos. Algunas noches se sentaba tan cerca de mí que nuestras rodillas se tocaban y, aun así, yo tenía la impresión de que se encontraba en otro sitio. Su mirada parecía atravesarme, como si detrás de mi rostro hubiera una puerta abierta hacia alguien a quien yo no podía ver.

Al principio lo atribuí a los negocios. Connor recibía cartas a todas horas, viajaba con frecuencia y hablaba con hombres que bajaban la

voz cuando yo entraba en una habitación. Irlanda atravesaba años de heridas recientes, de lealtades inciertas y de conversaciones que podían volverse peligrosas con una sola palabra mal escogida. Yo sabía poco sobre aquello. Había crecido escuchando a los hombres discutir durante la cena, pero nunca sentí curiosidad por comprenderlos. Las noticias me parecían llenas de nombres difíciles, disputas desagradables y tragedias que no tenían nada que ver conmigo.

Connor descubrió pronto la extensión de mi ignorancia.

Una noche recibimos a varios invitados en casa. Había un magistrado, dos hombres vinculados al gobierno y un propietario de tierras del oeste cuyo nombre he olvidado. La cena transcurrió entre copas de vino, humo de tabaco y una discusión sobre las consecuencias económicas de las nuevas políticas comerciales.

Yo llevaba un vestido de seda azul oscuro. Había pasado más de una hora decidiendo qué pendientes combinarían mejor con el escote.

Durante buena parte de la conversación me limité a sonreír. Sabía hacerlo bien, pero cuando alguien me dirigía la palabra, inclinaba la cabeza con interés. Si reían, yo reía también. Si el tono se volvía grave, fruncía ligeramente el ceño. Era una representación sencilla y, hasta entonces, me había bastado.

—¿Y usted qué opina, señora Walsh? —preguntó el magistrado.

La pregunta cayó sobre mí como una copa que se rompe.

—¿Sobre qué asunto? —dije, aunque había oído perfectamente.

—Sobre la capacidad del nuevo gobierno para sostener estas medidas sin provocar más descontento.

Todos me miraron. Sentí el calor subir por mi cuello. Podría haber respondido cualquier cosa vaga. Una frase prudente, una observación general. Pero mi mente se vació. Los términos que habían utilizado se mezclaron dentro de mí hasta perder todo significado.

—Me temo que no he seguido el tema con suficiente atención.

Connor sonrió, pero no fue una sonrisa amable.

—Lilianne considera que los periódicos ensucian los dedos —dijo.

Los hombres rieron. Yo también lo hice. ¿Qué más podía hacer?

—No es eso —murmuré.

—No debes avergonzarte —continuó él—. Las cuestiones políticas nunca han despertado tu interés.

El magistrado intentó aliviar la situación.

—No todas las personas tienen por qué interesarse en los mismos asuntos, es lo que hace interesante una conversación.

—Por supuesto —respondió Connor—. Aunque su hermana Renata podría discutir sobre esto durante horas.

El nombre de Renata alteró el aire de la mesa. Yo lo sentí antes de comprenderlo. Connor tomó su copa y observó el vino.

—Siempre tenía una opinión —añadió—. Y, para desgracia de cualquiera que discutiera con ella, solía estar bien informada.

Algunos de los invitados conocían a mi hermana. Uno de ellos soltó una risa breve.

—La señora Dupont no le teme a una discusión.

—Ni a nada —dijo Connor.

Lo dijo con una admiración que jamás utilizaba al hablar de mí.

Bajé la mirada hacia mi plato. La vajilla llevaba las iniciales de la familia Walsh en oro. Recuerdo haber seguido con los ojos la curva de la letra W mientras las voces continuaban alrededor. Me concentré en aquel dibujo para no llorar.

Cuando la cena terminó, Connor me acompañó hasta el salón.

—No debiste hacer eso —le dije en voz baja.

—¿Hacer qué?

—Ridiculizarme.

Se detuvo.

Los demás invitados avanzaban delante de nosotros, de modo que quedamos unos pasos atrás. Las lámparas del corredor proyectaban sombras largas sobre su rostro.

—Nadie te ridiculizó.

—Se rieron de mí.

—Se rieron de una broma.

—A mi costa.

Connor suspiró.

—Lilianne, no puedes esperar que todos finjan que comprendes una conversación cuando no es así.

—Podrías haberme defendido.

—¿De una pregunta?

—Podrías no haber mencionado a Renata.

Su expresión cambió apenas.

—¿Por qué te incomoda tanto tu hermana?

—No me incomoda.

—Entonces no debería molestarte que reconozca sus cualidades.

—Siempre reconoces sus cualidades.

—Porque las tenía.

—Yo también tengo cualidades.

Connor me observó durante unos segundos. Había momentos en que su silencio resultaba más cruel que cualquier frase.

—Por supuesto —dijo finalmente.

No añadió cuáles.

Aquella noche, después de que los invitados se marcharan, permanecí despierta frente al tocador. La casa estaba silenciosa y la

lluvia corría por los cristales en pequeños ríos temblorosos. Había retirado las joyas, pero seguía llevando el vestido azul. Su tela me oprimía el pecho. Connor entró en la habitación sin mirarme. Se quitó la chaqueta y la dejó sobre una silla.

—¿Sigues enfadada?

—No.

—No sabes mentir.

—No estoy enfadada.

—Entonces deja de comportarte como una niña.

Me volví hacia él.

—¿Por qué te casaste conmigo?

La pregunta escapó antes de que pudiera detenerla.

Connor se quedó inmóvil. Yo esperaba que sonriera, que se acercara y dijera algo sencillo. Porque te amo. Porque eres hermosa. Porque no habría podido elegir a nadie más.

En cambio, comenzó a desabrocharse los gemelos.

—¿Qué clase de pregunta es esa?

—Una muy sencilla.

—Me casé contigo porque eras una buena elección.

Sentí una presión extraña detrás de las costillas.

—Eso no es una respuesta.

—Sí lo es.

—¿Una buena elección para qué?

Connor dejó los gemelos sobre la mesa.

—Para mi vida.

—¿Porque me amabas?

Levantó la mirada.

—Estás cansada.

—Quiero que respondas.

—No conviertas una cena desagradable en una tragedia.

Se acercó a mí y me tocó el hombro. Su mano era cálida. Mi cuerpo, educado para recibir aquel gesto como una prueba de afecto, se relajó a pesar de mí anterior molestia con él.

—Eres mi esposa —dijo—. Tienes una posición que muchas mujeres envidiarían. Una casa, seguridad, cuanto pudieras desear.

—No he preguntado qué poseo.

—Entonces estás preguntando algo que no tiene importancia.

Me besó la frente, la conversación terminó porque él decidió que había terminado, así funcionaban muchas cosas en nuestro matrimonio, poco después comencé a leer. No por placer. Leía por miedo.

Elegí primero los periódicos que Connor dejaba sobre la mesa del desayuno. Intentaba comprender las columnas políticas, pero las palabras se acumulaban sin orden. Había nombres de ministros,

acuerdos, disputas territoriales y cifras que me parecían escritas en una lengua distinta. A menudo llegaba al final sin recordar una sola frase.

Entonces recurrí a los libros.

Entraba en la biblioteca por las tardes y escogía volúmenes cuyo grosor me parecía respetable. Historia irlandesa. Economía. Filosofía política. Relaciones entre el Imperio y sus antiguas posesiones.

Los colocaba frente a mí, decidida a convertirme en otra mujer.

Después de veinte minutos, mis pensamientos comenzaban a vagar.

La lluvia contra las ventanas me distraía. También el fuego, el perfume de las flores o la textura de mi vestido. Algunas páginas me parecían tan tediosas que sentía resentimiento contra sus autores.

Aun así, continuaba.

Subrayaba frases que no entendía. Anotaba preguntas en los márgenes. Buscaba palabras en el diccionario y las repetía en voz baja, como si al pronunciarlas pudiera apropiarme de su significado.

Una tarde, Connor me encontró leyendo un libro sobre los acontecimientos políticos de los años anteriores.

Se detuvo junto a la puerta.

—¿Qué haces?

—Leo.

—Eso veo.

Me molestó su tono.

—Estoy intentando comprender mejor ciertas cosas.

Se acercó y miró el título.

—Ese libro está desactualizado.

Cerré las manos sobre las páginas.

—Es un comienzo.

Connor sonrió.

—Renata lo habría terminado en una noche.

La frase fue ligera, casi casual, pero me hirió de todos modos.

—No soy Renata.

—Evidentemente.

Cerré el libro.

—¿Por qué haces eso?

—¿Qué cosa?

—Compararme con ella.

—No te comparo.

—Acabas de hacerlo.

—Solo hice una observación.

—Todas tus observaciones terminan en Renata.

Connor frunció el ceño.

—Estás obsesionada.

—Yo no soy quien pronuncia su nombre.

El silencio se volvió denso.

Por primera vez vi algo parecido a la hostilidad en sus ojos.

—Tal vez si no te sintieras tan inferior a ella, dejarías de interpretar cada comentario como un ataque.

Me quedé inmóvil. Connor se marchó antes de que pudiera responder, pero las palabras permanecieron conmigo.

Inferior.

Durante toda mi juventud había considerado a Renata una mujer difícil, inadecuada y excesivamente orgullosa. Había pensado que yo poseía aquello que ella no tenía: dulzura, belleza, docilidad, la capacidad de agradar. Ahora, en la casa de mi esposo, cada una de esas cualidades parecía volverse pequeña.

Renata podía hablar de política, sabía de historia, comprendía el dolor de otros pueblos, discutía con hombres sin bajar la mirada. Renata había viajado, había leído, había elegido su propia vida.

Yo sabía organizar una mesa. Conocía el nombre de cada tela. Podía entrar en un salón y hacer que todos se volvieran a mirarme. Nunca me había parecido insuficiente hasta que Connor comenzó a medir mi valor con la figura de mi hermana.

Mi suegra no ayudaba.

La señora Maureen Walsh era una mujer alta, delgada y rígida, con el cabello gris recogido siempre en un moño perfecto. Vestía de colores oscuros incluso en verano y caminaba con la espalda tan recta que parecía considerar una ofensa cualquier forma de cansancio.

Vivía en una casa cercana, pero pasaba tanto tiempo en la nuestra que a veces yo sentía que era la invitada.

Para Maureen, ninguna mujer era digna de Connor. Yo no. Renata tampoco. Nadie. Su hijo, a sus ojos, poseía una inteligencia extraordinaria, un carácter irreprochable y una paciencia casi santa. Si Connor se mostraba frío, era porque yo lo fatigaba. Si llegaba tarde, era porque trabajaba demasiado. Si me avergonzaba frente a otros, seguramente yo le había dado motivos.

—Deberías aprender a escuchar —me dijo una mañana mientras supervisaba la disposición de las flores en el comedor—. Los hombres valoran la discreción.

—Connor se queja de que no participo en las conversaciones.

—Participar no significa hablar sin tener nada que decir.

Colocó una rosa blanca en otro jarrón.

—Yo no hablo sin tener nada que decir.

—Querida, todos lo hacemos alguna vez. La diferencia está en saber cuándo guardar silencio.

La miré.

—¿También le habría dicho eso a Renata?

Maureen tensó la boca.

—Tu hermana era una mujer insoportable.

—Connor no parece pensar lo mismo.

—Connor es generoso con sus recuerdos.

—Habla de ella con frecuencia.

—Porque tú reaccionas cada vez que lo hace. —Sus dedos acomodaron una hoja—. Un hombre se cansa de los celos, Lilianne. No deberías poner a prueba su paciencia.

—No estoy celosa.

—Entonces compórtate como si no lo estuvieras.

A veces deseaba expulsarla de mi casa, pero no era verdaderamente mi casa. Cada cortina había sido elegida antes de mi llegada. Cada retrato pertenecía a la familia Walsh. Los empleados habían servido a Maureen durante años y acudían a ella para tomar decisiones que deberían haberme correspondido.

Yo era la esposa de Connor, pero ella seguía siendo la señora del lugar. Vivía atrapada entre ambos; la indiferencia de él, la vigilancia de ella. Cuando no podía descargar mi frustración sobre ninguno, lo hacía sobre quienes tenían menos poder que yo.

Una bandeja mal colocada bastaba para que levantara la voz. Exigía que repitieran la limpieza de una habitación si encontraba

polvo sobre una moldura. Me enfurecía cuando una doncella tardaba demasiado en responder o cuando el cocinero cambiaba el menú sin consultarme.

Cuanto más pequeña me sentía junto a Connor y Maureen, más necesitaba que alguien se sintiera pequeño ante mí.

No lo comprendí entonces.

Me decía que estaba aprendiendo a administrar una casa, que los empleados eran descuidados, que una mujer debía hacerse respetar.

La verdad era menos digna: necesitaba obediencia porque no recibía amor y las fiestas fueron convirtiéndose en mi único escenario de triunfo. En ellas, todos me admiraban. Los hombres elogiaban mi belleza. Las mujeres preguntaban dónde había encargado mis vestidos. Me observaban atravesar los salones junto a Connor y suponían que debía ser feliz, porque yo sonreía.

Había perfeccionado esa sonrisa.

Era serena, luminosa, apenas tímida. La sonrisa de una esposa satisfecha. La de una mujer que no tenía nada que ocultar.

Mientras tanto, Connor se alejaba de mí para conversar con otros. Reía con personas que apenas conocía. Se mostraba vivaz, atento, interesado. Yo lo veía desde el otro extremo del salón y me preguntaba por qué nunca me hablaba de aquella manera cuando estábamos solos.

Una noche celebramos una recepción en casa. Había música en el salón principal y decenas de velas encendidas. El aire olía a cera, perfume y flores demasiado maduras. Yo llevaba un vestido verde pálido que hacía más intenso el color de mi cabello.

Recibí tantos cumplidos que dejé de escucharlos.

—Connor es un hombre afortunado.

—Nunca había visto una pareja tan distinguida.

—Está usted radiante, señora Walsh.

Radiante.

Pero yo me sentía transparente.

Durante la cena, Connor volvió a mencionar a Renata. Esta vez fue una historia sobre una discusión que había tenido con un hombre en una reunión años atrás. Connor la narró con una sonrisa en los labios, recordaba cada palabra. Yo apenas podía respirar.

Después de la cena me retiré con la excusa de un dolor de cabeza.

Subí las escaleras y atravesé el corredor. Antes de llegar a mi habitación, escuché voces provenientes del cuarto donde las doncellas guardaban la ropa blanca.

La puerta estaba entreabierta.

Reconocí a dos empleadas.

—Ha vuelto a regañar a Brigid por las copas —dijo una.

—La señora Walsh siempre encuentra algo.

—Se cree una reina.

La otra soltó una risa.

—Una reina necesita que su marido la mire.

Sentí que el suelo desaparecía bajo mis pies.

—No seas cruel.

—¿Cruel? Todo el mundo lo ve. Él apenas la soporta.

—Es hermosa.

—Eso no basta para mantener interesado a un hombre.

Hubo un silencio.

—Dicen que él quería a la hermana.

—La peligrosa.

—La que se casó con Dupont.

—Parece que esa sí tenía algo dentro de la cabeza.

Se rieron otra vez.

Me quedé quieta en el corredor. La música llegaba desde abajo, apagada por la distancia. Un vals. Pasos. Voces. La fiesta continuaba mientras dos mujeres a quienes yo apenas consideraba personas desnudaban mi vida con una precisión insoportable.

Quise entrar, quise despedirlas, quise gritarles que no sabían nada.

Pero sí sabían, lo habían visto, todos lo habían visto.

Yo era la última en admitirlo.

Me alejé sin hacer ruido.

En mi habitación cerré la puerta y me apoyé contra ella. Permanecí allí hasta que mis piernas dejaron de sostenerme. Me senté en el suelo, todavía con el vestido verde, y lloré con la mano sobre la boca para que nadie pudiera oírme.

No lloraba solamente por Connor.

Lloraba por mí.

Por la muchacha que había creído que casarse era llegar al final de una historia. Por la esposa que sonreía mientras su marido admiraba a otra mujer. Por la hija que había despreciado a su madre por huir sin preguntarse nunca qué clase de vida había necesitado abandonar.

Pensé en Renata.

Ya estaba casada con Seth Dupont.

Su nombre despertaba temor incluso entre hombres acostumbrados a no temer a nadie. Había rumores sobre él: negocios oscuros, alianzas peligrosas, una violencia que nadie podía probar y que todos daban por cierta. Connor evitaba hablar de Seth, pero cuando alguien lo mencionaba, su mandíbula se tensaba.

Mi hermana se había casado con un hombre que inquietaba al mío. Esa idea me producía una satisfacción mezquina.

También me preocupaba.

No sabía si Renata era feliz. No sabía dónde se encontraba en ese momento ni si alguien la trataba con ternura. Habíamos permitido que nuestras diferencias se convirtieran en una distancia demasiado grande. Yo había juzgado cada una de sus decisiones. Había hablado de ella con una superioridad que ahora me parecía ridícula.

Sin embargo, aquella noche deseé verla.

No para pedirle perdón, todavía no era capaz de tanta honestidad.

Quería verla porque era mi hermana.

Porque tal vez ella comprendería algo que yo no comprendía, porque Connor pronunciaba su nombre como si contuviera una vida que yo jamás podría ofrecerle y porque, por primera vez, comencé a sospechar que Renata no había sido la equivocada.

Los invitados se marcharon cerca de la medianoche.

Escuché la puerta principal cerrarse, los pasos de los empleados y el sonido apagado de las últimas copas siendo retiradas. Después, Connor entró en la habitación.

Me encontró sentada frente al espejo.

Ya había dejado de llorar.

—¿Te sientes mejor? —preguntó.

—Sí.

Se acercó por detrás y colocó las manos sobre mis hombros. Nuestros ojos se encontraron en el espejo, ya llevaba el maquillaje ligeramente corrido, él parecía impecable.

—Has estado preciosa esta noche —dijo.

Debería haberme alegrado, en cambio, sentí una tristeza profunda.

Connor inclinó la cabeza y besó mi cuello. Supe lo que esperaba. Siempre lo sabía. La intimidad entre nosotros seguía un orden silencioso. Él se acercaba cuando lo deseaba, y yo interpretaba mi papel de esposa. Nadie me había enseñado a pensar en mi propio placer, porque las mujeres decentes no hablaban de esas cosas; apenas se les permitía saber que existían.

Connor desabrochó mi vestido, sus dedos eran hábiles, pero no tiernos. Yo observé cómo la tela descendía por mis hombros. No me resistía, tampoco participaba.

Permanecía inmóvil mientras él me besaba, intentando adivinar qué respuesta esperaba de mí. A veces cerraba los ojos. Otras miraba hacia el techo y contaba mentalmente las grietas invisibles entre las molduras.

Todo estaba orientado hacia su satisfacción; su ritmo, su deseo, su final. Nunca preguntaba si dolía, si tenía miedo o si algo me agradaba. Tal vez suponía que mi silencio era pudor. Tal vez no le importaba.

Esa noche, mientras me llevaba hacia la cama, pensé en las empleadas riéndose. Una reina necesita que su marido la mire. Connor me miraba entonces, pero no me veía.

Sus manos recorrían mi cuerpo como quien conoce de memoria una habitación que no le interesa. Yo era joven, hermosa y su esposa. Aquello parecía suficiente para él.

Después se apartó, pocos minutos más tarde, su respiración se volvió profunda. Yo permanecí despierta a su lado. El cuarto olía a cera apagada y al perfume que aún llevaba sobre la piel. La lluvia había comenzado de nuevo. Golpeaba los cristales con una delicadeza constante, como si alguien pidiera entrar sin atreverse a hacerlo.

Giré la cabeza hacia Connor, dormía de espaldas a mí.

Pensé en tocarlo, pero no lo hice.

Comprendí que podía pasar toda una vida acostada junto a un hombre sin llegar a estar verdaderamente cerca de él.

A la mañana siguiente escribí una carta a Renata.

La rompí. Escribí otra. También la rompí.

No sabía cómo comenzar.

Querida Renata.

Pensé en ti.

Necesito verte.

Ninguna frase me parecía soportable. La necesidad era demasiado íntima, y yo todavía conservaba demasiado orgullo para confesarla.

Guardé el papel en un cajón.

Durante días, la idea de buscarla me acompañó. Aparecía al despertar, durante las comidas, cuando Connor mencionaba su nombre o cuando Maureen me observaba con desaprobación.

Quería volver a verla.

Pero la vida, con su crueldad paciente, todavía tenía que enseñarme muchas cosas antes de permitirme encontrarla.

—¿Señora Lilianne?

La voz del doctor me devolvió al presente.

Parpadeé.

La enfermería apareció nuevamente ante mí: las paredes claras, el olor a desinfectante y hierbas, el viento empujando contra las ventanas. El niño herido estaba sentado sobre la camilla, observando con fascinación el vendaje que cubría su rodilla.

El doctor sostenía unas tijeras pequeñas.

—Le preguntaba si desea firmar la autorización para los medicamentos que llegaron esta mañana.

—Lo siento —dije—. Estaba distraída.

—Lo había notado.

Había humor en su voz.

El doctor se llamaba Ciarán Doyle.

Tenía el cabello café cobrizo, más oscuro en los días de lluvia, y unos ojos verdes tan claros que a veces parecían grises bajo la luz fría. No poseía la elegancia rígida de los hombres que frecuentaban la casa de Connor. Sus camisas solían terminar arrugadas, llevaba tinta en los dedos y olvidaba afeitarse cuando había pasado una noche atendiendo enfermos. Era, sin embargo, extraordinariamente atractivo.

Yo procuraba no reparar en ello.

—¿Es grave? —pregunté, mirando al niño.

—Temo que no podremos salvar la pierna. —El pequeño volvió la cabeza. Ciarán sonrió—. Aunque, con una generosa ración de pastel, quizá consigamos un milagro.

—¿Pastel? —preguntó el niño.

—Tratamiento médico esencial.

—No hay pastel —dije.

Ciarán me miró.

—Entonces tendremos que recomendarlo oficialmente.

—No sabía que los médicos podían prescribir postres.

—Los buenos médicos sí.

El niño rio. Ciarán terminó de asegurar el vendaje y le dio una palmada suave en el hombro.

—Puedes regresar con los demás. Sin correr.

—¿Y el pastel?

—Hablaré con la directora.

El pequeño me dirigió una mirada suplicante antes de bajar de la camilla. Cojeó de manera exagerada hasta la puerta.

—Puedes caminar con normalidad —le dije.

Enderezó la pierna de inmediato y salió corriendo.

—Sin correr —gritamos ambos.

Nuestras voces se superpusieron. Ciarán soltó una risa. Yo también sonreí, aunque intenté ocultarlo volviéndome hacia la ventana.

—Lo malcría —dije.

—Usted hace exactamente lo mismo.

—Yo mantengo el orden.

—Por supuesto.

—No utilice ese tono conmigo, doctor Doyle.

—¿Qué tono?

—Ese en el que finge estar de acuerdo.

Se acercó a la mesa y comenzó a guardar los instrumentos.

—Jamás fingiría con usted.

La frase fue sencilla.

Algo en mi pecho se tensó.

Ciarán levantó la mirada y nuestros ojos se encontraron.

Durante unos segundos no hubo nada más que el murmullo del viento y el leve sonido del metal contra la bandeja. Él no apartó la vista. Tampoco sonrió de la manera ligera que usaba con los niños.

Había interés en sus ojos. No curiosidad ni cortesía. Interés.

Me volví hacia los documentos que descansaban sobre una mesa.

—¿Dónde debo firmar?

Ciarán permaneció quieto un instante antes de darme los papeles.

—Aquí.

Se colocó a mi lado. Demasiado cerca. Su brazo rozó el mío cuando señaló la línea. Sentí el calor de su cuerpo a través de la manga. Olía a jabón, a tabaco tenue y a ese aroma limpio de los días fríos.

Tomé la pluma.

—Su letra empeora cada semana —dije para romper el silencio.

—Es una habilidad médica.

—Nadie puede leer esto.

—Yo puedo.

—Eso no sirve de mucho cuando los informes deben ser revisados por otras personas.

Ciarán inclinó la cabeza hacia mí.

—Podría enseñarme a escribir mejor.

—No tengo paciencia.

—Tiene paciencia con los niños.

—Los niños escuchan.

—Yo también escucharía.

Levanté la mirada.

Había una sonrisa apenas visible en la comisura de sus labios.

—Doctor Doyle.

—Señora Lilianne.

La forma en que pronunció mi nombre no fue impropia. Eso la volvió más peligrosa. Firmé con rapidez y le devolví la pluma.

—Aquí tiene.

Ciarán tomó el documento, pero sus dedos rozaron los míos. No sé si fue accidental. Retiré la mano. Él no hizo comentario alguno.

—Lilianne —dijo después.

Era una de las pocas personas que se atrevía a llamarme así sin pedir permiso primero.

—¿Qué ocurre?

—No todos los hombres son Connor Walsh.

La sangre pareció detenerse en mis venas.

—No sé a qué se refiere.

—Sí lo sabe.

—No tiene derecho a hablar de mi matrimonio.

—No estoy hablando de su matrimonio.

—Acaba de mencionar a mi antiguo esposo.

—Estoy hablando de usted.

Me alejé de la mesa.

Ciarán dejó los documentos a un lado.

—Cada vez que alguien se aproxima —continuó—, usted encuentra una razón para marcharse.

—Tengo muchas responsabilidades.

—Eso no es lo que he dicho.

—No le debo explicaciones.

—Tampoco se las he pedido.

Su calma me irritó.

—Entonces no comprendo esta conversación.

—Creo que la comprende demasiado bien.

Lo miré. Sus ojos verdes no contenían lástima. Eso habría sido insoportable. Había en ellos una ternura prudente, contenida, como si supiera que cualquier gesto demasiado directo me haría retroceder.

—Se equivoca conmigo —dije.

—Es posible.

—No soy la mujer que cree.

—No sé qué mujer cree que imagino.

—Una que todavía puede…

Me detuve. Sentir. Confiar. Amar. La palabra no pronunciada quedó entre nosotros. Ciarán dio un paso hacia mí, pero mantuvo suficiente distancia para no acorralarme.

—No intento obligarla a nada —dijo.

—Todos los hombres dicen eso antes de decidir por una.

Su expresión se volvió seria.

—Entonces procuraré no parecerme a todos los hombres.

Quise reírme, quise creerle, ambas cosas me asustaron.

—Debe atender a sus pacientes —respondí.

—Y usted debe dejar de utilizar a los pacientes como excusa.

—Es usted insolente.

—Me lo han dicho.

—Probablemente muchas mujeres.

—Solo una con suficiente la frecuencia como para que empiece a preocuparme de verdad.

No pude evitar sonreír, fue una sonrisa pequeña, traicionera. Ciarán la vio y su rostro se suavizó. Yo aparté la mirada de

inmediato.

Años atrás habría confundido aquella atención con una promesa, habría construido una vida entera a partir de un roce de manos, una sonrisa o una mirada prolongada. Ya no era aquella muchacha.

Había aprendido que un hombre podía admirar nuestro rostro y despreciar nuestra mente, que podía tocar nuestro cuerpo sin conocerlo, que podía dormir a nuestro lado mientras amaba a otra persona. Ciarán Doyle parecía sincero y eso no me tranquilizaba, pero la sinceridad también podía equivocarse.

—Debo volver a mi despacho —dije.

Él asintió.

—El informe estará terminado esta tarde.

Me dirigí hacia la puerta.

—Lilianne.

Me detuve, aunque no me volví.

—No tiene que huir de todo lo que le hace sentir algo.

Cerré los ojos.

—No huyo.

—Entonces un día quizá consiga quedarse.

Salí de la enfermería sin responder.

El corredor estaba lleno de voces infantiles. Alguien corría en el piso superior. Desde la cocina llegaba el olor del pan horneándose, y

por una ventana abierta entraba una corriente de aire húmedo que movía las cortinas.

Apoyé una mano sobre mi pecho. El corazón me latía con una fuerza absurda. Me enfadé con Ciarán y me enfadé conmigo.

Había pasado años intentando construir una vida en la que ningún hombre pudiera volver a decidir cuánto valía. Había aprendido a sostener una institución, a negociar con benefactores, a enfrentar médicos, sacerdotes y funcionarios. Ya no era la mujer que lloraba en el suelo mientras una fiesta continuaba debajo de ella.

Sin embargo, bastaba una mirada de Ciarán para despertar algo que yo creía enterrado. No era amor. Ni siquiera deseo, me repetí.

Era solo el recuerdo del deseo.

La memoria de una parte de mí que Connor había vuelto silenciosa.

Seguí caminando.

No miré atrás.

Pero durante el resto de la mañana, cada vez que escuché pasos en el corredor, una parte de mí esperó que fueran los suyos.

3 La mujer que todos miraban

La primera vez que volví a ver a Renata después de mi matrimonio, comprendí que ciertas mujeres no entran en una habitación.

La toman.

No necesitan elevar la voz ni recurrir a la belleza, aunque mi hermana poseía ambas cosas cuando se lo proponía. Les basta con avanzar unos pasos para que las conversaciones se debiliten, las miradas cambien de dirección y las personas recuerden, con una incomodidad inexplicable, que llevan demasiado tiempo fingiendo ser algo que no son. Yo había sido educada para complacer a quienes me observaban. Renata parecía haber nacido para obligarlos a bajar la mirada.

Más allá de ellos, el mundo desaparecía, pero en el interior se habían encendido todos los candelabros. La luz se quebraba contra los espejos, se multiplicaba en las copas de cristal y hacía brillar las molduras doradas. Había rosas blancas sobre las mesas, ramas de hiedra alrededor de las chimeneas y una orquesta instalada en el extremo del salón principal. El aire olía a cera caliente, perfume y madera húmeda.

Todo era hermoso y todo estaba dispuesto para ser admirado.

No comprendí su repentino interés hasta que vi los nombres escritos en la invitación: Renata y Seth Dupont.

Permanecí frente al escritorio más tiempo del necesario, observando la tinta negra. No había visto a mi hermana desde antes de su matrimonio. Habíamos intercambiado algunas cartas, aunque ninguna contenía una verdadera conversación.

¿Eres feliz?

Quizá sabíamos que una de nosotras tendría que mentir.

—¿Estás seguro de que vendrán? —pregunté aquella mañana.

Él estaba en su despacho, inclinado sobre una carta. La luz gris que atravesaba las ventanas hacía que su rostro pareciera tallado en piedra.

—Han confirmado su asistencia.

—Renata no suele respetar esa clase de compromisos.

—Vendrá.

Lo dijo con una certeza que me incomodó.

—Pareces conocer bien sus decisiones.

Connor levantó la mirada.

—Conocí a tu hermana durante años.

—Yo crecí con ella.

—Eso no significa que la comprendieras. La frase me hirió con la precisión de algo que había sido pensado antes.

—¿Y tú sí?

Connor dobló la carta.

—Sé que no rechazaría una invitación si creyera que hacerlo puede interpretarse como miedo.

—Renata no teme a nadie.

—Todos temen a alguien.

—¿Incluso Seth?

La boca de Connor se tensó.

Había escuchado rumores sobre el esposo de mi hermana. Se decía que dirigía negocios que nunca aparecían en documentos oficiales, que conocía secretos capaces de destruir gobiernos y que algunos hombres habían desaparecido después de intentar traicionarlo. Las historias cambiaban dependiendo de quién las contaba. En todas, sin embargo, Seth permanecía en pie al final.

—No hables de asuntos que no comprendes —dijo Connor.

—Solo he preguntado si él teme a alguien.

—Y yo te aconsejo que no hagas esa pregunta delante de él.

Se levantó.

—¿Tú le temes?

Connor me miró con una expresión fría.

—Procura ser cordial esta noche.

—Sé comportarme.

—No siempre cuando se trata de Renata.

—Ella tampoco se esfuerza conmigo.

—Tú eres la anfitriona. —Pasó junto a mí, pero se detuvo antes de abandonar el despacho—. Y no menciones los rumores.

—No pensaba hacerlo.

—Mejor.

La puerta se cerró.

Permanecí a solas con la sensación desagradable de haber descubierto algo que Connor no deseaba mostrarme. Miedo. No estaba acostumbrada a verlo en él.

Durante el resto del día me ocupé de preparativos que ya habían sido concluidos. Hice cambiar las flores del comedor, ordené que repitieran el pulido de la plata y reprendí a una doncella porque uno de los manteles tenía una arruga apenas visible.

Elegí un vestido color crema, bordado con pequeños hilos de oro. La falda caía alrededor de mis piernas con una suavidad impecable y el escote dejaba al descubierto el collar de diamantes que había pertenecido a varias generaciones de mujeres Walsh.

Mi cabello rojo fue recogido sobre la nuca, algunos rizos descendían deliberadamente junto a mis mejillas. Cuando me

contemplé en el espejo vi lo que todos esperaban ver; la esposa perfecta, la señora de la casa, la mujer elegida por Connor Walsh.

Nadie habría podido adivinar que debajo del corpiño mi corazón latía como el de una criatura escondida.

El salón fue llenándose de vestidos claros, chaquetas oscuras y voces moderadas por la educación.

Connor se mantuvo a mi lado y desde lejos, parecíamos unidos.

Entonces las puertas se abrieron nuevamente.

El mayordomo anunció sus nombres.

No recuerdo con exactitud qué dijo, solo recuerdo que Connor dejó de respirar. Renata entró primero. Su cabello era café rojizo, más oscuro que el mío, con reflejos cobrizos bajo la luz. Lo llevaba recogido de una manera sencilla, casi descuidada, aunque algunos mechones suavizaban la línea de su rostro. Sus ojos eran castaños claros y poseían aquella atención penetrante que siempre me hacía sentir que mis pensamientos eran demasiado ruidosos.

Vestía de negro.

Seth caminaba junto a ella. Era alto, de hombros amplios y cabello oscuro; sus ojos, de un verde extraordinariamente claro, parecían casi incoloros bajo la luz de los candelabros.

—Señora Dupont —dijo, inclinándose ante mi hermana.

La formalidad resultó más íntima que si la hubiera llamado por su nombre. Renata extendió la mano. Connor la sostuvo. Demasiado

tiempo. No lo suficiente para que alguien pudiera reprochárselo, pero sí para que yo sintiera una presión lenta debajo de las costillas.

—Connor —respondió ella.

Su voz no contenía afecto, tampoco sorpresa.

Después me miró. Sus ojos recorrieron mi vestido, las joyas y la sonrisa que yo mantenía con esfuerzo.

—Lilianne.

—Renata.

Nos besamos en la mejilla.

Su perfume olía a madera, especias y lluvia.

—Estás hermosa —dijo.

—Tú también.

No supe cuál de las dos había mentido.

Seth inclinó la cabeza hacia mí.

—Señora Walsh.

—Señor Dupont.

Cuando nuestras miradas se encontraron, tuve la desagradable impresión de que me había reconocido, no de que supiera quién era, sino de que sabía qué clase de persona era.

Connor se volvió hacia él con una cordialidad que nunca utilizaba con hombres a quienes consideraba inferiores.

—Es un honor recibirlos.

Seth lo contempló un momento.

—Eso suelen decirme antes de pedirme algo.

La frase fue pronunciada sin humor. Connor rio de todos modos.

—Esta noche no hay negocios.

—Siempre hay negocios.

Renata giró el rostro para ocultar una sonrisa.

—Seth está haciendo un esfuerzo por resultar agradable —explicó.

—Lo noto —respondió Connor.

—No deberías —dijo Seth.

El silencio duró apenas un segundo. Connor volvió a sonreír.

—Confío en que el viaje haya sido cómodo.

—No lo fue.

—El clima…

—No ha sido el clima.

Renata le dirigió una mirada de advertencia. Seth la observó. Algo cambió en su expresión. No se volvió amable, pero la dureza se retiró lo suficiente para que yo comprendiera que mi hermana podía alcanzarlo en un lugar donde nadie más entraba.

—Hemos llegado —concluyó él—. Eso es lo importante.

Connor asintió demasiado deprisa. Yo vi cómo sus dedos se cerraban alrededor de la copa que sostenía. Miedo. No había

imaginado cuánto podía disfrutar al descubrirlo.

La llegada de Renata transformó la velada, no hizo nada evidente para atraer la atención, no alzó la voz ni buscó colocarse en el centro del salón. Sin embargo, las personas se acercaban a ella como si la curiosidad fuera una cuerda. Podía hablar de cualquier asunto. Política. Arte. Las condiciones de los trabajadores en Belfast. Una exposición que había visitado en Francia.

El trabajo de ciertas mujeres en comunidades olvidadas por aquellos que gobernaban desde salones como el nuestro.

Escuchaba con atención, pero no asentía por cortesía. Si alguien decía una estupidez, sus ojos lo revelaban antes que sus palabras. Un hombre vinculado al gobierno intentó impresionarla con una reflexión sobre el futuro de Irlanda.

—Las naciones jóvenes necesitan obediencia —dijo él.

Renata inclinó la cabeza.

—Los hombres que exigen obediencia suelen llamarla estabilidad cuando les beneficia.

Algunos invitados rieron. El hombre no. Seth, desde el otro lado del salón, alzó su copa hacia ella. No como una felicitación, sino como reconocimiento mientras yo observaba a mi hermana con una mezcla de fascinación y resentimiento.

Había pasado años llamándola arrogante porque no comprendía la diferencia entre la arrogancia y la certeza de poseer una mente

propia. Renata no necesitaba demostrar que era inteligente. Su inteligencia aparecía en la rapidez de sus respuestas, en las preguntas que hacía y en aquello que decidía no decir. Yo había aprendido a parecer interesante. Ella lo era. Una mujer mencionó una lectura de cartas a la que había asistido en París. Alguien encontró una baraja y la colocó sobre la mesa.

Renata la tomó.

—¿Desde cuándo sabes leerlas? —pregunté.

—Amber me enseñó.

—A mí nunca me enseñó.

—Tú decías que las cartas olían a manos ajenas. Lo había olvidado. Renata extendió varias sobre el mantel.

—Además, no creías en estas cosas. —Sigo sin creer.

—Tu incredulidad no suele alterar el comportamiento del mundo.

Una mujer pidió que leyera su futuro.

Renata aceptó y todos se inclinaron hacia ella. Yo permanecí cerca, observando la facilidad con que convertía un entretenimiento absurdo en algo íntimo. No hacía grandes afirmaciones. Preguntaba, escuchaba y encontraba en los gestos de las personas aquello que necesitaba saber. Al levantar una carta con una torre destruida por un rayo, sus ojos se encontraron con los míos.

—Los edificios más sólidos suelen caer desde dentro —dijo.

Un escalofrío recorrió mi espalda.

—Es solo una carta.

—Por supuesto.

Su sonrisa me hizo pensar que hablaba de mi casa. O de mi matrimonio. Connor apareció junto a nosotras.

—¿Robando la atención de todos? —preguntó.

—No se roba aquello que se entrega voluntariamente.

Seth se encontraba cerca de una chimenea, hablando con dos hombres, no miraba hacia nosotros, pero supe que estaba observando.

La orquesta cambió de pieza y las primeras parejas comenzaron a dirigirse hacia el centro del salón. Connor se aproximó a Seth.

—¿Me permitiría bailar con su esposa?

Varias conversaciones se debilitaron alrededor. Seth volvió lentamente la cabeza, sus ojos claros pasaron de Connor a Renata.

—Pregúntaselo a ella.

La respuesta fue tranquila. La corrección, devastadora.

Connor había solicitado permiso al hombre y Seth le recordó que Renata no le pertenecía.

Mi esposo se volvió hacia ella.

—¿Bailarías conmigo?

Renata observó la mano que le ofrecía.

—Una pieza.

No había alegría en su aceptación, tampoco temor.

Seth no intentó detenerla, se limitó a mirarla. Renata sostuvo su mirada durante un instante y algo silencioso pasó entre ambos.

Una promesa, quizá o una advertencia. Después colocó la mano sobre la de Connor. Yo permanecí junto a la mesa. Todo mi cuerpo se tensó cuando mi esposo condujo a mi hermana hacia el centro del salón. Connor apoyó una mano en su cintura. Renata colocó la suya sobre su hombro. Comenzaron a moverse entre las demás parejas con una naturalidad que no podía fingirse.

Se conocían.

No como dos personas que habían coincidido algunas veces durante la juventud, sus cuerpos recordaban el ritmo del otro. Connor ajustaba cada paso a los de Renata, la apartaba de las parejas cercanas y se inclinaba hacia ella para hablarle.

Mi hermana respondía sin mirarlo siempre, manteniendo el rostro sereno. Yo había bailado con Connor muchas veces y nunca me había sostenido de aquella manera. Era como si, con Renata entre los brazos, recordara de pronto que una mujer podía romperse al caer.

—Está apretando demasiado la copa.

La voz de Seth surgió a mi lado. Me sobresalté. No lo había visto acercarse. Miré mi mano. Mis dedos se habían cerrado con tanta

fuerza alrededor del cristal que los nudillos estaban blancos.

—No sé a qué se refiere.

—Esa una frase que las personas utilizan cuando saben exactamente a qué me refiero.

Sus ojos permanecían sobre la pista.

—Connor es un buen bailarín —dije.

—No. Ha practicado lo suficiente para esconder su torpeza.

No supe si hablaba del baile.

—¿No le molesta verlos juntos?

Seth dirigió hacia mí una mirada lenta.

—¿Debería?

—Él está tocando a su esposa.

—Renata no es una posesión que deba proteger de ajenos.

—Parece muy seguro.

—Lo estoy.

—La seguridad puede ser peligrosa.

—También casarse con alguien a quien no se conoce.

La frase me alcanzó antes de que pudiera protegerme.

—Usted no sabe nada de mi matrimonio.

—Sé cómo mira su esposo a mi mujer.

El aire se volvió más frío.

—Entonces sí le molesta.

—Me molesta él.

—No parece preocupado.

—Preocuparse y actuar no son la misma cosa. —Seth volvió la vista hacia la pista—. Confiar en una mujer no significa creer que nadie la deseará. Significa saber que ella podría marcharse y, aun así, tener la certeza de que ha elegido quedarse a tu lado.

Pensé en Connor.

En sus silencios.

En el cuerpo de mi hermana entre sus brazos.

—¿Y si se equivoca?

Seth sonrió, pero no fue una sonrisa agradable.

—Las personas procuran no darme motivos para descubrirlo.

No pregunté qué significaba.

La música continuó.

Connor dijo algo a Renata. Ella dejó de moverse durante una fracción de segundo, mi esposo la acercó más, como si aquel gesto pudiera confundirse con un paso de baile.

—No deberías haber venido con él —alcancé a escuchar.

Renata giró el rostro hacia Connor, pero en ese momento se alejaron de nuevo entre las parejas y yo sentí que la habitación entera se inclinaba hacia ellos, sobre todo cuando Connor volvió a hablar.

—Podrías haber tenido otra vida.

—La tuve.

—No con él.

—Ni contigo.

La respuesta fue baja, pero yo la escuché.

Connor también y por ello su rostro cambió.

—Te escogí a ti primero —dijo.

Renata soltó una risa sin alegría.

—No. Me escondiste primero.

El corazón me golpeó con violencia, no comprendí aquellas palabras o no quise comprenderlas.

Connor apretó la mandíbula.

—Lilianne era la elección adecuada.

—No hables de mi hermana como si fuera un mueble que combinaba mejor con tu casa.

—Tú nunca habrías podido ocupar su lugar.

—Ese fue el único favor que me hiciste.

La furia apareció en el rostro de Connor, retiró la mano de la cintura de Renata. No como quien pierde el paso, sino como quien abandona deliberadamente algo que sostenía. Mi hermana se inclinó hacia atrás y durante un instante, el desconcierto atravesó su expresión. No llegó al suelo. Seth cruzó el espacio antes de que

nadie pudiera gritar. Una de sus manos rodeó la cintura de Renata, la otra sostuvo su espalda. La atrajo contra su cuerpo con una rapidez tan precisa que pareció haber estado esperando el momento en que Connor cometería un error.

La música se detuvo.

El arco de un violín produjo un sonido largo y desagradable. Las parejas se apartaron. Renata alzó la mirada hacia su esposo. Seth no le preguntó si estaba bien, le bastó con verla. Después dirigió los ojos hacia Connor y la habitación entera contuvo el aliento.

—Ha sido un accidente —dijo mi esposo.

Seth ayudó a Renata a recuperar el equilibrio.

—No.

La palabra fue pronunciada sin elevar la voz, pero Connor palideció.

—Perdí el paso.

—Dejaste de sostenerla.

—Seth —advirtió Renata.

Él no apartó la mirada de Connor.

—Vuelve a hacerlo y te romperé la mano con la que la soltaste.

Alguien dejó caer una copa y el cristal se hizo añicos sobre el suelo. Connor miró a los invitados, decenas de ojos fingieron no observarlo.

—Me estás amenazando en mi propia casa.

Seth inclinó ligeramente la cabeza.

—No. Te estoy explicando lo que ocurrirá.

La diferencia pareció aterrar a Connor más que la amenaza.

Renata se apartó de su marido.

—Ya basta.

Seth la miró.

—Pudiste caer.

—Pero no caí.

—Porque yo estaba allí.

—Y ahora estás convirtiendo mi caída en un espectáculo.

Su tono no era sumiso, tampoco prudente, le hablaba como si no existieran decenas de personas observándolos ni historias sobre hombres destruidos por contrariarlo.

Seth guardó silencio, la tensión en su mandíbula no desapareció, pero retrocedió un paso. Renata se volvió hacia Connor.

—No vuelvas a tocarme.

Mi esposo abrió la boca, pero ella no necesitó decir nada más, así que me acerqué, tratando de relajar la tensión en el ambiente.

—¿Te has lastimado?

—Estoy bien. He caído de lugares peores.

—No bromees.

—Si no lo hago, Seth asesinará a alguien antes del postre.

Nadie rio. Seth colocó una mano en la parte baja de su espalda.

—Siéntate.

—No necesito…

—Renata.

Aquella sola palabra contenía más emoción que todas las frases afectuosas que Connor me había dirigido durante nuestro matrimonio.

Connor me sujetó del brazo.

—Ocúpate de los invitados —murmuró.

—Tú la soltaste.

Su mano se cerró con fuerza.

—Mide tus palabras.

—La soltaste a propósito.

—No sabes qué viste.

—Vi suficiente.

Sus dedos se hundieron en mi piel.

—Sonríe, Lilianne.

Miré alrededor.

Los invitados fingían conversar, algunos observaban el suelo. Otros intercambiaban susurros detrás de las copas. Sonreí. Siempre sonreía cuando él me lo ordenaba sin pronunciar la palabra.

—Reanuden la música —pedí.

La orquesta obedeció, las primeras notas surgieron débiles, inseguras. Poco a poco las conversaciones regresaron, aunque la velada ya no podía salvarse. Una amenaza permanecía suspendida sobre nosotros, mezclada con el humo de las velas.

Connor se acercó a Seth y yo lo seguí a cierta distancia.

—Lamento el incidente —dijo.

Seth permanecía detrás de la silla de Renata, con una mano apoyada sobre el respaldo.

—No lo lamentas. Mientes mal.

Connor tragó saliva.

—No deseo que esto altere nuestra relación.

—No tenemos una relación.

—Nuestros intereses podrían coincidir.

—Los tuyos cambian según el hombre que tengas delante.

El rostro de Connor se endureció.

—Tengo contactos que podrían resultarte útiles.

—Y yo tengo información que podría arruinar a cada uno de ellos.

Mi esposo guardó silencio. Seth se inclinó apenas hacia él.

—No intentes comprar mi paciencia después de tocar a mi esposa.

—Solo bailamos.

—No me preocupa el baile. —Sus ojos claros se volvieron más fríos—. Me preocupa lo que creíste que aún podías reclamar.

Connor miró a Renata, fue un movimiento breve, pero Seth lo vio.

—Hazlo otra vez —dijo—. Mírala como si todavía te perteneciera.

Connor apartó la vista.

Aquello fue peor que verlo humillado, fue verlo obedecer.

Renata, en cambio, recuperó su lugar en la velada como si nada hubiera ocurrido. Habló, rio y volvió a las cartas. En ocasiones se burlaba de su marido con una audacia que me parecía suicida.

—Seth no cree en la suerte —comentó cuando una mujer le pidió otra lectura—. Considera que es una palabra inventada por quienes no saben imponer su voluntad.

—Mi esposa cree que ridiculizarme frente a desconocidos prolongará su vida —respondió él.

—No son desconocidos. Algunos ya te temían antes de conocerte.

—Los demás aprenderán.

Las personas rieron con inseguridad.

Renata sonrió y Seth la observó como si cada desafío renovara su interés. No parecía desear una esposa dócil. Parecía haber elegido precisamente a la única mujer que no retrocedía ante él.

Cerca de la medianoche, la niebla se volvió tan espesa que el camino desapareció. Después comenzó a llover. El agua golpeaba los cristales y el viento sacudía las ramas contra las ventanas. Connor insistió en que Renata y Seth pasaran la noche en casa.

—No es prudente viajar con este clima —dijo.

—He conducido bajo disparos —Seth miró hacia la ventana.

—No dudo de ello —respondió Connor con una risa débil—. Pero no tiene sentido correr riesgos innecesarios. Podemos preparar una habitación. Sería un honor tenerlos en nuestra casa.

Seth lo observó durante varios segundos. La invitación dejó de parecer hospitalidad, parecía una súplica.

—¿Qué quieres hacer? —preguntó a Renata.

—Quedarme.

—Entonces nos quedamos.

No discutió. No eligió por ella. Fue así de sencillo. Sentí una punzada de algo parecido a la envidia.

Cuando los últimos invitados se marcharon, acompañé a ambos hasta la habitación preparada en el ala oriental. Una empleada había encendido la chimenea y colocado agua caliente junto al biombo.

Renata entró primero, se quitó los guantes y los dejó sobre una mesa. Seth cerró la puerta detrás de nosotros, y el sonido del pestillo hizo que mi espalda se tensara.

—Hay mantas adicionales en el armario —expliqué—. Esta parte de la casa suele ser fría.

—Sobreviviremos —dijo Renata.

—El marco de la ventana no cierra del todo.

—Lilianne, estamos bien.

Miré a Seth, quien se había quitado la chaqueta y sin ella parecía aún más grande, fuerte e intimidante. La luz del fuego recortaba sus hombros y dejaba la mitad de su rostro en sombras.

—Puedes llamarme si necesitas algo —le dije a mi hermana.

—No necesitaré nada.

—Aun así.

—Lily. —Hacía años que no utilizaba aquel nombre. Me volví. Durante un instante, su expresión perdió dureza—. Estoy bien.

Miré a Seth otra vez y él arqueó una ceja.

—¿Hay alguna razón por la que no lo estaría? —preguntó Renata.

—No.

—Entonces deja de mirar a mi marido como si fuera a matarme en cuanto cierres la puerta.

El calor subió a mi rostro.

—No estaba haciendo eso.

—Llevas toda la noche haciéndolo.

Seth se acercó a la chimenea.

—No se preocupe, señora. No asesino personas en casas ajenas.

—Eso no resulta tranquilizador.

—No pretendía serlo.

Renata rio.

—Está intentando comportarse.

—No parece.

—Créeme. Esto es un esfuerzo extraordinario.

Me dirigí hacia la puerta, pero antes de que pudiera salir, Renata tomó mi mano, sus dedos estaban tibios.

—Gracias por preocuparte —dijo.

La sinceridad me incomodó más que sus burlas.

Salí y cerré la puerta. Avancé varios pasos por el corredor. Después me detuve. Los rumores sobre Seth regresaron a mi mente. Recordé su amenaza, el miedo de Connor y la frialdad con que había descrito lo que haría si alguien volvía a lastimar a Renata.

Mi hermana aseguraba estar bien, pero Renata siempre había preferido sangrar antes que admitir que necesitaba ayuda. Regresé sobre mis pasos. Me quedé junto a la puerta. Al principio no escuché nada. Después llegó la voz de Renata.

—No vuelvas a hacer algo así.

—Él te soltó.

—Y tú amenazaste con romperle la mano delante de media Irlanda.

—Pudo hacerte daño.

—No lo hizo.

—Porque llegué antes de que tocaras el suelo.

Hubo un silencio.

—Estás temblando —dijo Renata.

—No.

—Seth. —La voz de Renata cambió, perdió la burla.

—Estoy bien.

—Odio imaginar qué habría ocurrido si no hubieras estado cerca.

—Yo siempre estoy cerca.

—Eso no es posible.

—Para ti, procuro que lo sea.

El silencio que siguió fue distinto. Más íntimo. Escuché los pasos de Renata acercándose.

—Estabas celoso —dijo.

—Lo estoy desde que entramos.

—No tenías motivos.

—Te miraba como si aún tuviera algún derecho sobre ti.

—Connor mira muchas cosas que no puede tener.

—Te tocó.

—Fue un baile.

—Te habló de una vida con él.

—Una que jamás existió.

—Podría haber existido.

Renata tardó en responder.

—No.

—¿Por qué?

La voz de Seth era más baja.

—Porque nunca habría podido respirar a su lado.

Hubo un movimiento dentro de la habitación. La madera crujió.

—Y conmigo sí —dijo él.

No era una pregunta.

—A veces apenas.

—Mentirosa.

Renata rio. Escuché un golpe suave contra la pared y después su respiración, sorprendida, pero no asustada.

—Sigues enfadado —murmuró.

—Mucho.

—¿Qué piensas hacer?

Seth respondió algo que no pude distinguir. Renata volvió a reír, aunque la risa se quebró a mitad de camino y se convirtió en un suspiro. Debería haberme marchado. No lo hice. Me quedé junto a la

puerta, avergonzada, intentando convencerme de que permanecía allí para asegurarme de que mi hermana estaba a salvo.

La verdad era más complicada. Nunca había oído a una mujer hablar como Renata hablaba con él. No guardaba silencio, no esperaba, no soportaba su deseo como una obligación. Participaba en él. Se burlaba, respondía, pedía. Entre ellos había una lucha que ninguno deseaba ganar por completo. Se desafiaban incluso en la ternura. Reían entre palabras entrecortadas, discutían en susurros y se buscaban como si el cuerpo del otro no fuera una deuda, sino un lugar elegido.

Me alejé con el rostro encendido. La intimidad entre Connor y yo nunca se parecía a aquello. No había risas, no había preguntas, no existía la sensación de que mi placer pudiera importarle.

Yo permanecía inmóvil y esperaba que mi cuerpo cumpliera con su función. Había llegado a creer que todas las esposas hacían lo mismo, que el deseo pertenecía a los hombres, que la resignación era la forma femenina de la virtud. Aquella noche Renata destruyó esa certeza sin saber que yo estaba detrás de su puerta.

Regresé a mi habitación. Connor no se encontraba allí y no llegó hasta mucho después. Yo fingí estar dormida.

A la mañana siguiente, la casa despertó antes de lo habitual.

Cuando bajé al comedor encontré a Renata rodeada de personas. Maureen había llegado temprano, aunque solía considerar impropio

visitar una casa después de una velada.

Yo ocupé mi lugar frente a Connor.

—Buenos días.

Él no respondió. Tenía el labio inferior ligeramente partido. La herida era pequeña, casi invisible. La vi. Seth también.

—¿Qué te ha ocurrido? —pregunté.

Connor tocó la herida con la lengua.

—Me golpeé anoche.

Seth pasó una página del periódico.

—Los muebles de esta casa son muy agresivos.

Renata la leyó una vez.

—La fecha no coincide con el matasellos —dijo.

Todos se inclinaron sobre el papel.

—¿Cómo lo has visto? —pregunté.

—Estaba allí.

—También para los demás.

—Entonces deberían aprender a mirar.

No lo dijo con crueldad, aun así, me sentí pequeña.

Solo por la tarde conseguí encontrarla sola. Estaba en la biblioteca, de pie frente a una ventana, la lluvia había cesado, pero las gotas continuaban descendiendo por los cristales. El jardín

parecía cubierto por una piel brillante y el cielo tenía un color gris azulado.

Renata sostenía una taza de té.

—Por fin —dije al entrar.

Volvió la cabeza.

—¿Me buscabas?

—Desde esta mañana.

—Todos han decidido que soy una novedad. Viví en esta casa más veces de las que me gusta recordar.

—No como esposa de Seth.

Algo en mi tono la hizo observarme con atención.

Cerré la puerta.

—Quería preguntarte si estás bien.

—Ya te respondí anoche.

—No me refiero a la caída.

Renata dejó la taza sobre una mesa.

—¿A qué te refieres?

—A tu marido.

—¿Qué ocurre con él?

—Amenazó a Connor frente a todos, dijo que le rompería la mano.

—Y no lo hizo.

—Eso no es una defensa.

—Tampoco lo es fingir que Connor perdió el paso.

—Seth es peligroso.

—Sí.

La facilidad con que lo admitió me desconcertó.

—¿Y eso no te preocupa?

—Me preocuparía más que fingiera no serlo.

—No comprendo cómo puedes vivir junto a un hombre así.

—Vivo bastante bien.

—Anoche estaba furioso.

—También yo.

—Temí que pudiera hacerte daño.

Renata me observó durante varios segundos.

—¿Por eso permaneciste junto a la puerta?

El calor subió a mi rostro.

—No sé de qué hablas.

—Tus pasos siempre han sido más ligeros cuando intentas escuchar conversaciones ajenas.

—Yo no…

—Lilianne.

Bajé la mirada.

—Estaba preocupada.

—¿Cuánto escuchaste?

—Nada.

Renata sonrió sin humor.

—Sigues siendo una pésima mentirosa.

—Pensé que podía lastimarte.

—Seth jamás me ha obligado a hacer algo así.

—Parecía…

—¿Qué?

—Apasionado. —Renata alzó las cejas y yo quise desaparecer—. No parecías estar sufriendo —añadí—. Pero yo no sabía si…

—Disfruté.

La palabra cayó con una naturalidad que me escandalizó.

—Renata.

—Tú has preguntado.

—No esperaba que fueras tan directa.

—Entonces no hagas preguntas si solo aceptarás una respuesta que no te incomode. —Tomó de nuevo la taza—. Entre nosotros es así.

—¿Así cómo?

—Como escuchaste.

—No escuché tanto.

—Tu rostro dice lo contrario.

Me volví hacia la ventana.

—No sabía que una mujer pudiera comportarse de ese modo.

—¿Disfrutar con su esposo?

—No lo digas así.

—¿Cómo prefieres que lo diga? ¿Qué cumplí con mis obligaciones conyugales mientras pensaba en las cortinas?

La miré. Su expresión había cambiado, la burla había desaparecido.

—¿Connor y tú no sois así? —preguntó.

—No todas las parejas tienen que comportarse como animales.

La frase salió más cruel de lo que pretendía. Renata dejó la taza.

—Definitivamente no.

—Connor es más reservado.

—¿Y tú?

—También.

—No pregunto si guardas silencio. Te he preguntado si lo deseas.

—Es mi marido.

—Eso no significa que tu cuerpo le pertenezca.

—No comprendes cómo funciona un matrimonio respetable.

Renata soltó una risa breve.

—No. Tú no comprendes cómo funciona el deseo.

Sentí que me abofeteaba.

—No tienes derecho a hablarme así.

—Tú escuchaste detrás de mi puerta.

—Porque creí que estabas en peligro.

—Te quedaste porque descubriste que yo recibía algo que tú no.

La miré.

—¿Qué se supone que tienes tú?

—Una vida en la que no necesito fingir que estoy dormida cuando mi marido entra en mi habitación.

El aire desapareció de mis pulmones.

—No sabes nada de mí.

—Te conozco desde que naciste.

—Me conocías.

—Entonces cuéntame quién eres ahora.

—Soy la esposa de Connor.

—Eso no es una identidad.

—Para ti nada es suficiente.

Siempre necesitas que las mujeres rechacen todo aquello que tú desprecias para sentirte superior.

—Yo no desprecio tu matrimonio.

—Desprecias mi casa, mis vestidos, mis amigos y la vida que elegí.

—No desprecio tus vestidos, Lilianne. Desprecio que los utilices para cubrir heridas que todo el mundo puede ver.

—Connor es un hombre bueno —dije.

—¿Segura? —Me tomó el brazo—. Un hombre bueno no aprieta el brazo de su esposa hasta dejarle marcas.

Instintivamente cubrí con la mano el lugar donde sus dedos me habían sujetado. Renata lo vio.

—Trabaja demasiado —dije—. Tiene muchas responsabilidades.

—Siempre tienes una explicación preparada para él.

—Porque soy su esposa.

—No. Porque tienes miedo de descubrir que te equivocaste.

—Yo no tengo miedo.

—Entonces mírame y dime que eres feliz.

Abrí la boca, pero no pude responder.

Renata se acercó.

—Lily…

La compasión de su voz fue insoportable. Necesitaba herirla. Siempre había sido así. Cuando Renata se aproximaba demasiado a una verdad que yo no estaba preparada para reconocer, buscaba una parte vulnerable de ella y presionaba hasta hacerla sangrar.

—No me mires con lástima. Tú tampoco tienes una vida perfecta.

—Nunca he dicho que la tenga.

Necesitaba herirla. Insinué que Seth deseaba a Valerie y que Renata estaba tan sola como yo. Ella comprendió que no buscaba la verdad, sino devolverle la vergüenza que acababa de hacerme sentir; me acusó de convertir mi miseria en un arma contra quienes intentaban ayudarme.

—Al menos mi vida es respetable.

—Tu vida es una jaula.

—Y la tuya es un escándalo.

—Pero es mía.

—¿Eso te repites cuando Seth desaparece durante días? ¿Cuándo regresa cubierto de sangre ajena? ¿Cuándo toda una habitación se queda en silencio porque teme que pueda matar a alguien?

—No necesito repetirme nada.

—Claro. Tú eres Renata, nunca tienes miedo, nunca te equivocas. Siempre eres la mujer más inteligente de la habitación.

—No me odias por ser inteligente.

—No te odio.

—Me odias porque Connor te enseñó a utilizarme como medida de todo lo que te falta.

Sentí que algo se desgarraba dentro de mí.

—No pronuncies su nombre como si supieras lo que ocurre entre nosotros. —Sé que te compara conmigo.

—Porque tú haces todo lo posible por llamar la atención de cada hombre que conoces.

El silencio fue absoluto.

Renata retrocedió un paso.

—¿Eso piensas?

—Siempre ha sido así. Te gusta provocar, discutir, hacer que todos crean que eres peligrosa. Incluso anoche. Bailaste con mi esposo porque sabías que él no podría apartar los ojos de ti.

—Bailé con Connor porque quería saber qué intentaba decirme.

—Podías haberte negado.

—Sí.

—Pero no lo hiciste.

—No.

—Porque lo disfrutaste.

Renata me sostuvo la mirada.

—¿Quieres saber qué me dijo?

No respondí.

—Me dijo que tú eras la elección adecuada.

La habitación pareció inclinarse.

—No comprendo.

—Sí comprendes.

—¿Qué más dijo?

—No importa.

—Dímelo.

—Lilianne…

—Dímelo.

Renata respiró hondo.

—Dijo que podría tener otra vida si hubiera sabido comportarme.

—¿Contigo? Ella guardó silencio. Aquello fue una respuesta.

—¿Qué quiso decir?

—Pregúntaselo a él.

—Te lo estoy preguntando a ti.

—No es el momento.

—¿Qué hubo entre vosotros?

Renata apartó la mirada.

—Nada que pueda cambiarse ahora.

—¿Te amaba?

—Connor no sabe amar sin convertir a una persona en algo que pueda serle de utilidad.

—No has respondido.

—Porque la respuesta no te ayudará.

—Tú sabías que estaba interesado en ti.

—Sí.

La palabra me atravesó.

—Y no me dijiste nada.

—Intenté advertirte.

—Nunca me dijiste que él…

—Porque cada vez que pronunciaba una palabra contra Connor me acusabas de estar celosa.

—¿Lo estabas?

Renata me miró con una tristeza inesperada.

—Sí. El dolor fue limpio.

—Entonces te casaste conmigo para castigarla —murmuré, aunque Connor no se encontraba allí.

Renata se acercó.

—Lily, escúchame.

Me aparté.

—No me toques.

—No sabía que llegaría tan lejos.

—Pero sabías algo.

—Sí.

—Y permitiste que me casara con él.

—No podía impedirlo, tú no escuchabas a nadie.

—Podrías haberlo intentado más.

—Lo intenté durante años.

—No lo suficiente.

—¿Qué querías que hiciera? ¿Qué te arrastrara fuera de la iglesia?

—Tal vez.

—Me habrías odiado.

—Ya te odiaba.

Las palabras quedaron entre nosotras.

Renata palideció, nunca la había visto hacerlo.

—Lo sé —dijo.

—Dices que tienes amigos —murmuré—. ¿Te refieres a Bade?

La expresión de Renata cambió.

—Sí.

—¿El hombre negro?

No oculté mi desagrado. En aquella época mis prejuicios eran tan naturales para mí como los cubiertos dispuestos junto a un plato, había crecido escuchando que ciertas personas pertenecían a otro lugar, a otra clase de vida, a un orden inferior. No me consideraba malvada por pensarlo, me consideraba educada, esa es una de las formas más repugnantes que adopta la ignorancia.

—No comprendo cómo puedes llamarlo amigo —añadí.

Renata me observó como si acabara de verme por primera vez.

—¿Alguien como él? —preguntó.

—Sabes a qué me refiero.

—Sí. Lo sé perfectamente.

—No pongas palabras en mi boca.

—No necesito hacerlo. Las que salen de ella ya son despreciables.

—Solo he dicho que me sorprende.

—Bade ha demostrado más inteligencia, lealtad y humanidad que la mayoría de las personas que estaban anoche en tu salón.

—No puedes compararlos.

—Tienes razón, sería injusto para él.

—Amber te ha llenado la cabeza con ideas extrañas.

—Amber me enseñó que la sangre de una persona no cambia de valor según el color de su piel.

—No quiero hablar de eso.

—Porque sabes que lo que acabas de decir es repugnante.

—No me hables como si fueras mi madre.

—Alguien debería haberte educado.

Levanté la mano, pero no llegué a golpearla, me detuve a pocos centímetros de su rostro. Renata no retrocedió, ni siquiera parpadeó. Bajé la mano. La vergüenza se convirtió de inmediato en rabia.

—Vete al infierno.

—He estado allí —respondió—. Se parece bastante a esta casa.

La puerta de la biblioteca se abrió. Seth apareció en el umbral y su expresión bastó para enfriar la habitación, llevaba los guantes en

una mano y el abrigo sobre el brazo, había una pequeña mancha oscura en uno de sus nudillos. Sangre. No sabía si era suya.

—Nos vamos —dijo.

Renata le exigió una explicación. Seth admitió que había detenido a Connor y que le dejó claro qué ocurriría si volvía a pronunciar su nombre como si aún tuviera algún derecho sobre ella. Mi hermana censuró la amenaza; él se limitó a repetir que debían marcharse.

Me interpuse entre ellos y la puerta.

—Renata, espera.

—Hablaremos después.

Miré a Seth. Seguía demasiado tranquilo. La sangre en su mano parecía más oscura bajo la luz.

—No tienes que ir con él.

El silencio cayó como una piedra.

Renata me observó con incredulidad. Seth no se movió.

—¿Qué has dicho? —preguntó mi hermana.

—Está furioso.

—Lo sé.

—Podría hacerte daño.

Seth inclinó la cabeza.

—Continúe, señora Walsh.

Su tono era cortés y aquello lo volvió aterrador.

—No permitiré que se la lleve en este estado.

Renata soltó una risa breve, incrédula.

—¿Que se me lleve?

—Estás enfadada. No estás pensando con claridad.

—Tú acabas de intentar golpearme.

La sangre abandonó mi rostro. Seth miró a Renata. Después a mí. La habitación pareció reducirse.

—No fue…

—No importa —dijo Renata.

—Sí importa —respondió Seth.

Su voz había cambiado. No era más alta. Era más vacía.

—No la toqué —dije.

Seth avanzó un paso.

—No vuelvas a levantarle la mano.

—Seth —advirtió Renata.

—Es mi hermana.

—Eso no te concede derecho a dañarla.

—No iba a hacerlo.

—Entonces no tendrás dificultad en obedecer.

Sentí terror.

No por una amenaza concreta, sino por la certeza de que, si hubiera golpeado a Renata, Seth no habría considerado nuestro

parentesco una protección. Mi hermana se colocó entre nosotros.

—Ve por nuestras cosas —le ordenó.

Seth no apartó los ojos de mí.

—Ahora.

Él miró a Renata.

Durante varios segundos ninguno habló. Finalmente retrocedió.

—Cinco minutos.

Salió de la biblioteca y esperé hasta que sus pasos se alejaron.

—¿Te has vuelto loca? —preguntó Renata.

—Estoy intentando protegerte.

—¿De mi marido?

—Acaba de amenazarme.

—Porque levantaste la mano contra mí.

—No iba a golpearte.

—No lo sé.

La frase me dejó sin aliento.

—Soy tu hermana.

—Precisamente tú deberías saber que el amor no vuelve inocente todo lo que hacemos.

—Todos le temen.

—Sí.

—Tú deberías temerle también.

Renata se acercó.

—No confundas el miedo que tú sientes junto a Connor con lo que Seth despierta en los demás.

—¿Cuál es la diferencia?

—Connor utiliza tu miedo para hacerte pequeña.

Su voz se suavizó.

—Seth nunca me ha pedido que lo sea.

—Eso no lo convierte en un buen hombre.

—No he dicho que sea bueno.

—Entonces ¿por qué lo defiendes?

—Porque lo conozco.

—Los hombres siempre ocultan una parte de sí mismos.

—También las mujeres.

—Puede lastimarte.

—Sí.

—¿Y aun así irás con él? Renata me miró con tristeza.

—También tú puedes lastimarme.

Recordé mi mano levantada. Mis palabras sobre Bade. El modo en que había utilizado a Valerie y a Connor.

—No es lo mismo.

—No. Seth al menos no finge que sus golpes son modales.

Bajé la mirada.

—No puedo dejarte ir con él así.

—No necesito tu permiso.

—Quiero ayudarte.

—Entonces ayúdate primero.

—Sigo siendo tu hermana —dije. —Y yo sigo amándote.

Su voz se quebró apenas.

—Ese es el problema.

No supe qué responder. Renata respiró hondo.

—He intentado protegerte desde que éramos pequeñas. Cuando papá se enfadaba. Cuando Clare desapareció. Cuando Wendy murió y tú fingías que no recordabas su rostro porque recordarlo dolía demasiado. Cuando Connor comenzó a mirarte como un hombre mira una casa que piensa comprar.

Las lágrimas ardieron detrás de mis ojos.

—Nunca te lo pedí.

—El amor no siempre espera una invitación.

—Yo solo te he dado desprecio.

—Lo sé.

—Te he dicho cosas horribles.

—También lo sé.

—¿Por qué sigues volviendo?

Renata me miró.

—Porque tú nunca dejaste de ser mi hermana, incluso cuando te esforzabas por no parecerlo.

Seth apareció nuevamente en la puerta. Un empleado esperaba detrás de él con el equipaje. Su expresión continuaba siendo fría, pero la sangre había desaparecido de sus nudillos. Renata tomó su abrigo. Antes de colocárselo, me miró.

—Escríbeme.

—¿Responderás?

—Si dices la verdad.

Seth acomodó el abrigo sobre sus hombros. Lo hizo con una delicadeza que habría sorprendido a cualquiera que solo conociera los rumores. Después miró hacia el corredor. Connor había aparecido al final. Su labio sangraba de nuevo. Seth se quedó inmóvil. Mi esposo también. La distancia entre ellos pareció llenarse de algo oscuro.

—Esta conversación no ha terminado —dijo Connor.

Seth sonrió.

—Para ti, sí.

Connor miró a Renata.

—No sabes con quién estás casada. Mi hermana sostuvo su mirada.

—Tú tampoco.

Seth apoyó una mano en la cintura de Renata y la condujo hacia la salida; Connor no intentó detenerlos. Los observé marcharse. Durante mucho tiempo creí que aquel encuentro había sido importante porque me permitió descubrir cómo miraba Connor a mi hermana.

Estaba equivocada.

Lo verdaderamente importante fue comprender, aunque apenas durante un instante, cómo me había mirado ella durante toda nuestra vida; con preocupación, con frustración, con un amor que no desaparecía cuando yo me volvía desagradable.

Yo había respondido a sus advertencias con desprecio; a su protección, con crueldad; a su inteligencia, con envidia y, aun así, cuando me vio temblar en aquella biblioteca, no hubo satisfacción en su rostro, sólo miedo por mí. Nos protegíamos de maneras distintas. Renata enfrentaba el peligro y yo fingía que no existía hasta que se sentaba a mi mesa y me ordenaba sonreír.

El recuerdo no terminó con el carruaje alejándose de la casa de los Walsh, terminó con el sonido de una respiración infantil tras una pared.

Abrí los ojos. Estaba en París. La habitación era pequeña y casi oscura. La lluvia golpeaba el tejado del orfanato con una monotonía suave, distinta a la lluvia irlandesa, aunque durante la noche todas

las tormentas terminaban pareciéndose. Las tuberías crujían. En algún lugar del piso inferior, uno de los niños tosió mientras dormía.

Me encontraba sola. Ciarán estaba en Irlanda. Renata, demasiado lejos. Amber no podía abrazarme a través de sus cartas. Connor continuaba moviéndose por Europa con la facilidad que conceden el dinero, los contactos y la falta de conciencia.

—¿Dónde estás? —susurré.

Nadie respondió.

Me habían dicho que mi hija nació muerta. Me habían permitido llorarla, habían colocado una mentira dentro de mis brazos vacíos y esperado que la enterrara. Pero estaba viva. En alguna parte.

Aquello era lo que más dolía.

No la posibilidad de que no me recordara, la certeza de que nunca le habían permitido conocerme. Cada orfanato que visitaba podía contenerlo. Cada niño cuya edad coincidía con la suya podía ser él. Había aprendido a estudiar rostros sin que los pequeños se dieran cuenta. Observaba cabellos, ojos, orejas y formas de las manos.

Preguntaba por registros incompletos, médicos desaparecidos, adopciones irregulares y niños trasladados durante la noche. Seguía rumores que terminaban en callejones vacíos. Pagaba por información que casi siempre era falsa. Connor también lo buscaba, o buscaba asegurarse de que yo no lo encontrara.

Nunca supe qué posibilidad me aterraba más.

Él tenía dinero, contactos y hombres dispuestos a obedecer. Yo tenía documentos robados, cartas de Renata y una obstinación que había nacido demasiado tarde. Era una carrera. Y cada día que pasaba mi hija crecía lejos de mí. Las lágrimas descendieron hacia mis sienes. No hice ruido. Había aprendido a llorar en silencio mucho antes de llegar a aquel orfanato. Primero, para que Connor no me oyera, después, para no despertar a los niños. Mantuve la mano sobre mi vientre. En la habitación contigua, uno de los pequeños comenzó a llorar. Me levanté. No era mi hija. Lo sabía. Aun así, fui hacia él.

4 La hija que no quise

Cuando Renata perdió a su hijo, regresó a la casa de nuestro padre convertida en una mujer a quien apenas reconocí.

No lloraba delante de nosotros.

Eso era lo peor.

El dolor visible permite ofrecer un pañuelo, una mano, una frase inútil. El de Renata era distinto. Permanecía dentro de ella como una habitación cerrada. Caminaba, comía y respondía cuando le hablaban, pero algo en su mirada se había retirado del mundo.

La casa de los Donovan adquirió entonces el silencio de los lugares donde ha ocurrido una muerte, aunque nadie hubiera llevado un ataúd a través de sus puertas. Las cortinas permanecían abiertas, las chimeneas encendidas y los empleados continuaban sus tareas, pero hasta la luz parecía entrar con cautela.

Amber se ocupaba de Renata sin asfixiarla. Le dejaba té junto a la ventana, se sentaba a su lado sin exigir palabras y apartaba a cualquiera que confundiera la curiosidad con la preocupación.

Mi padre envejeció durante aquellas semanas.

Yo visitaba la casa con frecuencia, aunque no sabía cómo aproximarme a mi hermana. No existía entre nosotras la ternura sencilla que permite abrazar sin pedir permiso. Habíamos acumulado demasiadas ofensas, demasiadas comparaciones y silencios.

A veces me quedaba en la puerta de su habitación mientras ella contemplaba los jardines.

Nunca sabía qué decir.

Connor sí parecía saberlo.

Cuando le conté lo ocurrido, su rostro perdió el color.

No reaccionó como un cuñado compasivo, sino como un hombre que acababa de recibir una herida propia. Preguntó por la salud de Renata, por las circunstancias de la pérdida y por Seth. Pronunció su nombre con una tensión que intentó disimular.

Al enterarse de que Renata había regresado sola, algo semejante a la esperanza apareció en él.

Fue una revelación pequeña.

Un destello apenas.

Pero yo lo vi.

Connor comenzó a preguntar si el matrimonio de mi hermana atravesaba dificultades. Quiso saber cuánto tiempo permanecería con nuestros padres y si Seth había escrito. Hablaba con fingida prudencia, aunque cada pregunta revelaba el deseo que las

sostenía: la posibilidad de que Renata abandonara a su esposo lo hacía parecer más vivo.

Una noche, mientras cenábamos solos, dejó de fingir.

Me dijo que quizá aquella desgracia obligaría a Renata a reconocer que se había equivocado. Que un matrimonio como el suyo no podía sostenerse. Que aún era joven y podía comenzar de nuevo.

No mencionó consigo.

No fue necesario.

Sentí que el suelo se inclinaba bajo mis pies.

Comprendí entonces que Connor no esperaba simplemente que mi hermana se recuperara. Esperaba que quedara libre. Y por primera vez tuve la certeza de que, si Renata volvía a extender la mano hacia él, mi esposo me abandonaría sin mirar atrás.

El miedo convirtió mi cuerpo en una estrategia.

Busqué su intimidad con una insistencia que antes no había tenido. Me acercaba a él por las noches, fingía un deseo que no sentía y aceptaba cada encuentro como si fuera parte de un plan silencioso.

Quería embarazarme. Creía que un bebé podía cerrar la puerta por la que Connor pensaba marcharse.

Durante aquellas noches permanecía debajo de él con los ojos cerrados, contando respiraciones y esperando que mi cuerpo hiciera

aquello para lo que yo lo necesitaba. No había placer. Tampoco ternura.

Solo cálculo.

Pensaba que un embarazo me devolvería seguridad. No comprendía que estaba intentando construir una cadena alrededor de un hombre que ya se había ido.

La confirmación llegó semanas después.

El médico pronunció las palabras con una sonrisa discreta, como si acabara de concederme una bendición. Yo apoyé una mano sobre el vientre todavía plano y durante unos segundos fui feliz. No por la criatura, sino por la victoria. Había conseguido retener a mi esposo.

Aquella misma tarde llegaron las noticias sobre los Dupont. Una casa quemada. Cuerpos que nadie podía identificar con certeza. Sirvientes desaparecidos. Rumores contradictorios, pero la versión que terminó imponiéndose afirmaba que todos habían muerto.

Recuerdo la quietud de Connor al leer la carta.

No lloró.

Su dolor no se parecía al que había mostrado cuando Renata perdió al bebé. Era más profundo, pero también más extraño. Permaneció sentado frente a la chimenea, con el papel entre las manos, mientras el fuego iluminaba la mitad de su rostro.

Después comenzó a hacer preguntas: ¿Quién había visto los cuerpos? ¿Quién había confirmado la muerte? ¿Qué había ocurrido

exactamente? Había desesperación en él, pero también una posibilidad monstruosa que tardé en comprender.

Si Seth estaba muerto y Renata seguía viva, entonces era libre. Connor se aferró a aquella idea. Yo lo vi nacer dentro de él.

Fue entonces cuando le dije que estaba embarazada. No escogí el momento por crueldad. O quizá sí. Pronuncié la noticia mientras él todavía sostenía la carta, y observé cómo su expresión se transformaba.

Esperaba sorpresa, tal vez alegría, pero lo que apareció fue encierro. Connor miró mi vientre como si ya pudiera ver la forma de una cerradura. Me felicitó, me besó la frente, dijo que aquello cambiaba muchas cosas, pero no dijo que me amaba.

Esa noche comprendí que no lo había retenido, lo había atado y ya no estaba segura de querer junto a mí a un hombre que permanecía únicamente porque mi cuerpo llevaba a su heredero.

El embarazo no me salvó, me encerró con más fuerza.

Maureen tomó posesión de él desde el principio. Mi cuerpo dejó de pertenecerme para convertirse en una extensión de la familia Walsh. Vigilaba lo que comía, cuánto dormía, cómo caminaba y las horas que pasaba fuera de casa.

Nada era suficiente porque otras mujeres habían soportado embarazos con mayor elegancia, otras esposas no se quejaban. Renata, según ella, habría mostrado más fortaleza.

La comparación era especialmente cruel porque Maureen nunca había querido a mi hermana. Sin embargo, ahora encontraba en ella otra herramienta para reducirme.

Decía que Renata tenía carácter, que yo era débil, que una mujer fuerte no convertía cada incomodidad en una tragedia.

El cansancio, las náuseas y el dolor de espalda se volvieron defectos morales bajo su mirada.

Connor apenas intervenía, pasaba cada vez menos tiempo en casa. Recibía cartas que escondía al verme entrar y realizaba llamadas desde el despacho con la puerta cerrada.

Una tarde escuché su voz detrás de ella. Maureen estaba con él. Hablaban de Renata. Había sobrevivido. Se encontraba en África.

No sabían exactamente dónde, pero Connor había contratado personas para buscarla. Su madre lo alentaba. Decía que, después de cuanto había sufrido, Renata necesitaría a alguien conocido, alguien capaz de devolverle una vida respetable.

Mi esposo respondió que viajaría si conseguía una dirección.

Entonces Maureen mencionó mi embarazo, no como una razón para respetarme, sino como un inconveniente. Permanecí en el corredor con una mano sobre el vientre, escuchando cómo decidían qué hacer conmigo si Connor encontraba a mi hermana.

El niño se movió por primera vez aquella noche. Fue apenas un estremecimiento. Una vida pequeña rozándome desde dentro.

Yo debería haber sentido ternura, pero sentí miedo.

La criatura que había concebido para salvar mi matrimonio era ahora aquello que me impediría escapar de él.

Al día siguiente regresé a casa de mi padre.

La lluvia caía sobre los campos y oscurecía las piedras del camino. Llegué empapada, aunque un empleado había corrido con un paraguas para recibirme. No esperé a que anunciaran mi llegada.

Encontré a Amber en la sala pequeña, junto a una chimenea casi apagada. Al verme, supo que algo había ocurrido. No tuve que fingir con ella. Le conté lo que había escuchado. Hablé de Connor, de Renata, de África y de la forma en que Maureen se refería a mi bebé como si ya perteneciera por completo a los Walsh.

Amber no intentó consolarme con mentiras.

Me explicó que el embarazo complicaba cualquier separación. Connor podía impedir que me marchara. Podía utilizar su apellido, su dinero y su influencia para conservar al niño.

En Irlanda, una mujer casada no abandonaba fácilmente a su esposo. Una madre, todavía menos. Amber tomó mis manos y me pidió que pensara con cuidado. Me recordó que la criatura no era culpable de la clase de hombre que era su padre. Yo asentí. Pero al regresar a la casa de los Walsh, deseé que el bebé no existiera.

El pensamiento apareció sin aviso. Claro. Terrible.

Si mi vientre volvía a estar vacío, quizá Connor no tendría ningún derecho sobre mí. Podría marcharme antes de que encontrara a Renata, podría regresar con Amber, podría comenzar una vida que no dependiera de las decisiones de un hombre.

Me odié por pensarlo.

Después volví a pensarlo.

El resentimiento creció lentamente.

Cada movimiento del niño me recordaba la prisión que yo misma había construido. Cuando me dolía la espalda, lo culpaba. Cuando Maureen me vigilaba, lo culpaba. Cuando Connor regresaba tarde y evitaba tocarme, sentía que aquel hijo era una cuerda que nos mantenía unidos por el cuello.

Comencé a volverme amarga.

Dejé de cuidarme con la obediencia que todos esperaban. Caminaba durante más tiempo del recomendado, rechazaba el descanso y actuaba con una indiferencia temeraria hacia mi propio cuerpo.

No elaboré un plan, no necesitaba hacerlo, porque había una parte de mí que esperaba que ocurriera algo; una caída, una pérdida.

Una liberación.

Connor advirtió mi descuido antes que nadie.

Por primera vez durante el embarazo se mostró verdaderamente alarmado. Me acusó de poner en peligro a su hijo, no al nuestro. Maureen fue menos prudente. Me llamó egoísta, inestable e indigna del apellido que llevaba y yo los escuchaba sin defenderme. Sabía que tenían razón en una cosa: había deseado que el niño muriera.

Pero no todo el tiempo.

A veces, en mitad de la noche, colocaba las manos sobre el vientre y esperaba sentirlo. Si tardaba en moverse, el miedo me atravesaba. Entonces le hablaba en voz baja y prometía protegerlo.

Al día siguiente podía volver a odiarlo.

Aquella contradicción fue una de las primeras cosas que me enseñó la maternidad: es posible amar y resentir una vida al mismo tiempo; es posible desear la libertad y llorar ante la posibilidad de obtenerla.

Mi hija comenzó a existir para mí no como una persona, sino como una lucha entre dos versiones de mí misma: la mujer que quería escapar y la madre que todavía no sabía que ya la amaba.

El parto comenzó durante una madrugada de lluvia.

Me despertó un dolor profundo, distinto a cualquier otro. La habitación estaba oscura y el viento hacía vibrar los cristales. Durante unos minutos permanecí inmóvil, esperando que desapareciera.

No lo hizo.

El segundo dolor me arrancó un grito.

La casa despertó de inmediato.

Recuerdo pasos en los corredores, puertas abriéndose y la voz de Maureen dando órdenes. Recuerdo a Connor de pie junto a la cama, pálido, observándome como si mi sufrimiento fuera un problema que alguien más debía resolver.

El médico llegó antes del amanecer.

Ciarán Doyle era más joven entonces, aunque ya poseía los mismos ojos verdes y el cabello café cobrizo que años después aprendería a reconocer incluso desde el otro extremo de un corredor.

No recuerdo haber pensado que era apuesto, solo recuerdo sus manos firmes, rápidas… Y su voz, intentando mantenerme presente mientras el dolor me separaba del mundo.

El parto fue largo.

El aire de la habitación se volvió espeso, cargado con el olor de sudor, sangre y agua hervida. Las sábanas se adherían a mi piel. Cada contracción parecía partirme desde dentro.

Grité hasta que mi propia voz dejó de pertenecerme. Pedí que lo sacaran, pedí que me dejaran morir. En algún momento comencé a repetir que lo sentía. No sé si hablaba con Ciarán, con Amber o con el niño, probablemente con los tres.

Las horas perdieron su forma, solo existían el dolor, las voces y la presión de unas manos que me obligaban a permanecer en la cama.

Algo no iba bien, lo comprendí por el cambio en el rostro del médico. Ciarán dejó de hablarme con aquella calma estudiada y comenzó a dar instrucciones más rápidas. Alguien llamó a otro hombre. Maureen fue apartada. Connor discutió detrás de la puerta.

El niño tenía dificultades. Mi cuerpo no conseguía traerlo al mundo. Ciarán me pidió que respirara. Después que empujara. Una vez. Otra. Otra más. Yo ya no tenía fuerzas.

—No puedo —lloré.

Él sostuvo mi mirada.

—Sí puede.

Negué con la cabeza.

—No lo quiero.

La frase escapó entre un grito y otro.

La habitación quedó en silencio durante un instante o quizá solo ocurrió dentro de mí.

—No lo quiero —repetí—. No quiero que nazca.

Ciarán no apartó los ojos, no había juicio en ellos.

Eso lo volvió peor.

El dolor regresó. Grité. Alguien dijo que el pulso del niño estaba debilitándose. Ciarán dio una orden que no comprendí. Las manos

me sujetaron. La luz de la habitación se volvió blanca. Escuché a Connor exigir que salvaran al heredero. Escuché a Maureen rezar. Escuché al médico decir mi nombre.

Después, nada.

Desperté en la cama del orfanato con la garganta cerrada. La habitación estaba oscura. Durante unos segundos no supe dónde me encontraba. Busqué con las manos las sábanas húmedas, el peso del vientre y las voces alrededor.

No había nadie.

Solo la lluvia contra la ventana.

Me incorporé lentamente.

La camisa se adhería a mi espalda y mi corazón golpeaba con violencia. Crucé la habitación descalza y aparté la cortina.

París aún dormía. Los tejados se extendían bajo un cielo azul oscuro y algunas chimeneas comenzaban a exhalar humo. Las primeras luces aparecían en las ventanas del edificio de enfrente.

Apoyé la frente contra el cristal.

Durante mucho tiempo culpé a Connor, a Maureen y al médico por cuanto ocurrió después. También culpé a Dios, pero había una verdad más difícil de soportar.

Durante una parte de mi embarazo, yo no quise a mi hija.

Deseé que desapareciera.

Me arriesgué con él porque confundí su existencia con la prisión que su padre había construido para mí.

Después supe que estaba vivo y desde entonces lo busqué como si el amor posterior pudiera borrar el rechazo anterior.

No podía.

Algunas culpas no desaparecen cuando una persona cambia.

Solo aprenden a caminar a su lado.

Observé mi reflejo en el cristal. Una mujer pálida, con el cabello desordenado y los ojos hinchados, me devolvió la mirada.

—¿Merezco encontrarte? —pregunté.

La ciudad no respondió.

En el piso inferior, un niño comenzó a llorar.

Cerré los ojos.

No sabía si merecía recuperar a mi hija.

Solo sabía que no dejaría de buscarlo.

5 El llanto

Antes de perder el conocimiento, escuché llorar a mi hija.

Durante años me dijeron que aquel sonido había pertenecido a otro niño, a una criatura nacida en alguna habitación cercana o incluso a una invención de mi mente exhausta. El dolor, aseguraban, podía engañar a los sentidos. Una mujer desangrándose podía oír voces donde solo había silencio.

Pero yo lo escuché.

Breve.

Agudo.

Furioso.

Era el llanto de alguien que acababa de llegar al mundo y ya encontraba motivos para protestar contra él. Quise levantar la cabeza, preguntar si estaba bien, pedir que me la pusieran sobre el pecho.

No pude moverme.

La habitación había perdido sus contornos. Las lámparas eran manchas amarillas suspendidas sobre mí, y las voces llegaban desde

una distancia imposible. Sentía manos en las piernas, sobre el vientre, alrededor de los hombros. Alguien pronunciaba mi nombre.

Ciarán. Su voz intentaba mantenerme despierta. Yo solo podía pensar en el llanto. Mi bebé estaba vivo.

Después, la oscuridad.

Cuando desperté, la mañana había entrado en la habitación. No lo hizo con bondad. La luz era pálida, fría, y dejaba al descubierto las manchas que las doncellas se apresuraban a borrar. Habían retirado casi todas las sábanas. Una mujer recogía recipientes con agua teñida de rojo; otra frotaba el suelo junto a la cama.

Se movían como si yo no estuviera allí o como si ya no importara.

Tenía la boca seca, el cuerpo vacío y una pesadez profunda en los huesos. Al intentar incorporarme, un dolor me atravesó desde el vientre hasta la espalda. Nadie acudió de inmediato.

—Mi bebé —dije.

La voz salió quebrada.

Las doncellas se miraron.

Una bajó la cabeza y continuó doblando una sábana.

—¿Dónde está?

No respondieron.

El miedo nació lentamente. Primero como una incomodidad, después como una presión insoportable en el pecho.

—Escuché que lloraba.

La puerta se abrió.

Maureen entró vestida de negro, aunque no supe si lo había elegido por elegancia o por anticipación. Llevaba el cabello recogido con la misma perfección de siempre. Ni una hebra fuera de su lugar. Ni una señal de haber pasado la noche preocupada.

Se detuvo al pie de la cama.

—Has tenido una niña —dijo.

Por un instante sonreí. No porque hubiera deseado una hija en lugar de un hijo. Sonreí porque existía, porque el llanto había sido real, porque en alguna parte de la casa había una criatura que había vivido dentro de mí y ahora respiraba por sí misma.

Después comprendí la decepción oculta en la voz de Maureen, una niña, no el heredero que los Walsh esperaban.

Mi sonrisa desapareció.

—¿Dónde está?

Mi suegra observó las sábanas que una doncella sostenía.

—Ni siquiera eso pudiste hacer bien.

Sentí que el aire abandonaba la habitación.

—¿Qué?

—Nació muerta.

No le creí. El cuerpo reconoce algunas mentiras antes que la mente.

—La escuché llorar.

—Estabas delirando.

—No.

—El parto fue difícil. No sabías lo que ocurría.

—Lloró.

Intenté levantarme.

El dolor me hizo caer de nuevo contra las almohadas.

—Quiero verla.

Maureen tensó la boca.

—No hay nada que ver.

—Es mi hija.

—Era una criatura sin vida.

—Quiero verla.

Mi voz se convirtió en un grito.

Las doncellas dejaron de moverse. Una comenzó a llorar en silencio. Maureen ordenó que me calmara. Dijo que otras mujeres soportaban pérdidas semejantes con mayor dignidad, que mis gritos no cambiarían lo ocurrido y que debía agradecer haber sobrevivido.

Yo no quería haber sobrevivido. No sin ella.

Lloré hasta que me dolió el pecho. Supliqué que me mostraran el cuerpo, que me permitieran despedirme, que llamaran al médico. Maureen respondió que todo había sido resuelto y que no debía atormentar a la casa con una escena inútil.

Connor apareció atraído por mis gritos.

Entró con el rostro pálido y la camisa arrugada, por primera vez lo vi descompuesto, aunque no supe si era dolor o simple agotamiento. Ordenó a su madre que saliera. Maureen protestó, pero él repitió la orden. Cuando se quedó a solas conmigo, permaneció junto a la puerta. No se acercó a la cama.

—¿La viste? —le pregunté.

Connor no respondió.

—¿Viste a nuestra hija?

—Debes descansar.

—Quiero verla.

—Lilianne…

—La escuché llorar.

Apartó la mirada, aquel gesto debió bastarme, pero el dolor vuelve crédula a una persona. Necesitaba que alguien negara mi esperanza con suficiente firmeza para poder comenzar a enterrarla.

Connor se acercó y tomó mi mano.

—El médico hizo cuanto pudo.

No dijo que la niña hubiera nacido muerta, tampoco dijo que hubiera visto su cuerpo y yo estaba destruida para advertir la diferencia.

Los días posteriores se deshicieron dentro de mí.

Dormía durante horas y despertaba sin saber si era de mañana o de noche. La leche llegó a mis pechos, dolorosa e inútil, como si mi cuerpo ignorara que no había una niña a quien alimentar. Las doncellas cambiaban las vendas, abrían las cortinas y dejaban comida que yo no tocaba. No quería hablar, no quería bañarme, no quería volver a mirar mi vientre, ahora blando y vacío.

A veces despertaba convencida de que había escuchado llorar a mi hija en otra habitación. Me levantaba y avanzaba por los corredores hasta que alguien me detenía.

Otras veces deseaba haber muerto durante el parto.

Maureen interpretaba mi tristeza como debilidad. Connor dejó de entrar en la habitación después de que yo le preguntara por quinta vez dónde habían enterrado a la niña.

Nadie me daba un nombre, nadie me mostraba una tumba, aun así, acepté la muerte porque todos los que me rodeaban parecían haber acordado que esa era la única verdad posible.

La depresión no llegó como una tormenta, fue una inundación lenta. Primero cubrió mis pies, después el pecho, hasta que respirar se convirtió en una tarea demasiado grande. Perdí interés por todo

aquello que antes me había importado. Los vestidos permanecieron guardados. Las invitaciones se acumularon sin respuesta. Ni siquiera la presencia de Amber conseguía despertarme durante mucho tiempo.

Yo había deseado que mi hija desapareciera. Ahora creía que mis pensamientos la habían matado; aquella culpa era una forma de justicia, me decía. Dios había escuchado mis deseos más vergonzosos y había decidido concedérmelos. No merecía levantarme, no merecía consuelo, no merecía volver a amar nada.

Entonces regresó Renata.

No anunció su llegada ni esperó a que el mayordomo le concediera el paso ni permitió que nadie corriera a advertir a Connor. Atravesó la casa como un vendaval, todavía con el abrigo húmedo por la lluvia y el cabello desordenado alrededor del rostro.

Los empleados se apartaron, Maureen intentó detenerla, Renata ni siquiera redujo el paso, Connor la encontró al pie de la escalera.

Su alegría al verla fue tan evidente que incluso las doncellas la percibieron. Pronunció su nombre como si hubiera regresado alguien a quien llevaba meses esperando.

Renata no le concedió más que una mirada y por ello Connor intentó sujetarla del brazo, pero ella retrocedió antes de que sus dedos la alcanzaran, advirtiéndole que Seth lo mataría si volvía a tocarla.

Connor palideció, tató de mostrarse seguro cuando dijo que Seth estaba muerto, pero mi hermana sonrió de lado.

—¿De verdad lo crees?

No explicó nada más.

Continuó hacia mi habitación, dejando a Connor en el corredor con la misma expresión de un hombre que acaba de descubrir que su esperanza se construyó sobre una mentira.

Yo no supe nada de aquel encuentro hasta mucho después. Solo vi abrirse la puerta. Renata entró sin flores, sin voz dulce y sin aquella compasión insoportable con la que los demás me trataban. Cerró detrás de sí, cruzó la habitación y apartó las mantas.

—Levántate.

Me volví hacia la pared. Ella me tomó por los hombros y me obligó a incorporarme. El movimiento hizo que todo mi cuerpo doliera.

—Déjame —murmuré.

—No.

—Quiero dormir.

—Llevas semanas durmiendo.

Intenté apartarla, pero apenas tenía fuerza. Renata colocó almohadas detrás de mi espalda y me sostuvo hasta que pude permanecer sentada. La odié en aquel instante. Odié su energía, el

color de sus mejillas y la vida que todavía habitaba en ella. Odié que hubiera perdido también un hijo y fuera capaz de mantenerse en pie mientras yo me deshacía en una cama.

—Vete.

Renata no se movió. Sus ojos recorrieron mi rostro, el cabello sin peinar y las manos que yo escondía bajo las sábanas. No me preguntó cómo estaba, hizo una pregunta distinta.

—¿Sigues queriendo a tu hija?

Creí que no la había escuchado bien.

—Está muerta.

—No te he preguntado eso.

La miré.

—¿Qué clase de crueldad es esta?

—Respóndeme.

Las lágrimas aparecieron antes que las palabras.

—Sí. —Mi voz se quebró—. La quise desde que la escuché llorar.

Renata se sentó frente a mí.

—Entonces levántate, porque está viva.

No comprendí la frase. Las palabras parecían sencillas, pero mi mente no conseguía unirlas.

—No.

—El médico me lo dijo.

—Maureen aseguró…

—Maureen mintió.

—Connor…

—Dudo que lo sepa.

Negué con la cabeza. Sentí que la habitación comenzaba a girar.

—La escuché —susurré.

—Sí.

—Lloró.

—Sí.

—¿Dónde está?

La expresión de Renata cambió.

Por primera vez desde que había entrado vi dolor en su rostro.

—No lo sabemos.

El mundo se abrió bajo mí.

Mi hija estaba viva y alguien se la había llevado. No tuve fuerzas para comprender quién, por qué o hacia dónde. Solo vi a Renata frente a mí, real, firme, ofreciéndome una verdad demasiado grande.

Me lancé hacia ella. La abracé con una desesperación que nos hizo perder el equilibrio sobre la cama. Enterré el rostro en su hombro y lloré como no había llorado desde el parto.

Renata me sostuvo, no dijo que todo estaría bien, nunca ofrecía promesas que no podía cumplir.

Me dejó llorar hasta que pude respirar, después me explicó lo poco que sabía. Ciarán había escuchado también a la niña. La había visto respirar. Había intentado preguntar por ella al recuperar el control de la situación, pero Maureen y otro médico se habían ocupado de sacarla de la habitación. Los registros habían sido modificados.

Ciarán había guardado silencio por miedo, por presión o por cobardía. Renata había conseguido obligarlo a hablar.

No quise saber todavía cómo.

—Tienes que abandonar esta casa —dijo.

El miedo regresó, no a perder a mi hija, sino a perder todo lo demás: el apellido, la posición, la vida que todavía creía que podía protegerme.

—No puedo.

—Sí puedes.

—Sería un escándalo.

Renata me miró como si acabara de pronunciar la preocupación más absurda del mundo. Quizá lo era.

—Te arrebataron a tu hija —dijo—. Te hicieron creer que había muerto. ¿Y temes lo que dirán durante una cena?

La vergüenza me obligó a apartar la mirada.

—Connor no permitirá que me marche.

—Connor ha perdido el derecho a permitirte nada.

—Es mi esposo.

—Precisamente por eso debes divorciarte.

La palabra me aterrorizó.

Divorcio.

En nuestra sociedad no era solo el final de un matrimonio. Era una marca. Una mujer divorciada podía conservar su dinero, sus vestidos y quizá incluso parte de sus amistades, pero nunca volvía a entrar en una habitación sin que alguien recordara su fracaso.

—No sabes lo que me estás pidiendo.

—Sí lo sé.

—Tú nunca has tenido miedo del escándalo.

—Lo he tenido. Solo decidí que había cosas peores. —Señaló la habitación—. Esto es peor.

Comprendía sus palabras, aun así, el miedo continuaba dentro de mí. Me habían educado para soportar la infelicidad antes que la vergüenza, para proteger el matrimonio incluso de aquello que ocurría en su interior, para creer que una mujer sin esposo era más vulnerable que una mujer destruida por él.

Renata no intentó convencerme con ternura, me recordó cada cosa que me habían hecho, la humillación, las comparaciones, el engaño, la desaparición de mi hija.

—Se la entregaron a Dios sabe quién —dijo—. Y mientras permanezcas aquí, ellos decidirán cuánto puedes saber.

Aquello quebró la última parte de mí que todavía deseaba obedecer.

No abandoné la casa ese mismo día, la valentía rara vez aparece completa, pero por primera vez imaginé la posibilidad de marcharme, de buscar a mi hija, de convertirme en una mujer cuyo nombre ya no dependiera de Connor Walsh.

Abrí los ojos.

La oficina estaba en silencio.

Durante unos segundos esperé encontrar a Renata sentada frente a mí. En cambio, solo vi el escritorio, los archivadores y la luz gris entrando por las ventanas del orfanato.

Aquel cuarto había sido suyo antes de marcharse.

Todavía conservaba algunos de sus libros, una caja de madera tallada y el olor tenue de las hierbas que Amber utilizaba para perfumar las cartas. Yo había cambiado los muebles, pero no conseguía dejar de pensar en él como la oficina de Renata.

Sobre el escritorio descansaban los documentos del divorcio, mi firma aparecía al final de la última página, debajo, el espacio

destinado a Connor permanecía vacío.

No estaba libre. Habían pasado años desde que abandoné su casa, pero Connor continuaba utilizando cada recurso para retrasar el proceso. Impugnaba los documentos, negaba acusaciones y hacía desaparecer testigos. Su apellido seguía unido al mío como una cadena que se resistía a romperse.

A un lado del acta se encontraba la libreta.

La abrí.

Sus páginas estaban llenas de direcciones, nombres y fechas. Orfanatos en Irlanda, hospicios en Francia, conventos, clínicas y casas de adopción. Algunos lugares estaban tachados. Junto a otros había escrito palabras breves. Sin registros, trasladada antes de llegar, la edad no coincide, información falsa. Durante más de cinco años había seguido cada rumor, había viajado bajo la lluvia, esperado frente a oficinas cerradas y pagado a personas que juraban haber visto a una niña pelirroja con ojos azules, había abierto expedientes convencida de encontrar su nombre y regresado a mi habitación con las manos vacías.

Cinco años. Mi hija ya no era un bebé, caminaba, hablaba, tal vez sabía leer. Quizá tenía otro nombre y llamaba madre a una mujer distinta. Apoyé la frente sobre las páginas.

El llanto llegó sin elegancia.

No fue silencioso ni contenido. Mi cuerpo se dobló sobre el escritorio y durante algunos minutos volví a ser la mujer tendida en aquella cama, pidiendo que le mostraran a su hija.

Había días en los que la esperanza me parecía una forma refinada de tortura. Entonces vi una anotación en la última página, no era una dirección, era una frase de Renata. Me la había dicho antes de marcharse y yo la escribí para no olvidarla:

No puedes salvar únicamente al niño que lleva tu sangre.

Debajo había una lista de los orfanatos que me había encomendado.

Centros para niños negros que nadie quería financiar. Lugares sostenidos por donaciones insuficientes, empleados agotados y la obstinación de unas pocas personas. Al principio los había aceptado como una obligación temporal.

Después conocí los nombres de los niños.

Sus miedos.

La forma en que algunos escondían pan bajo las almohadas porque habían pasado demasiadas noches sin comer, los escuché llorar por madres cuyos rostros apenas recordaban, vi cómo esperaban cartas que nunca llegaban y cómo aprendían a dejar de mirar la puerta.

Comprendí que mi hija podía estar viviendo la misma espera. Tal vez no podía encontrarla aquel día, pero podía impedir que otro niño

creyera que nadie lo buscaba.

Cerré la libreta.

Los documentos del divorcio continuaban incompletos, mi hija seguía desaparecida, yo aún no era libre. Sin embargo, en el piso inferior decenas de niños dependían de que me levantara del escritorio.

Me limpié el rostro y respiré.

Había pasado gran parte de mi vida esperando que alguien me rescatara de las consecuencias de mis propias decisiones.

Renata me había enseñado algo distinto, el miedo podía acompañarme, pero no tenía que dirigir mis pasos.

Guardé la libreta en el cajón y dejé el acta de divorcio sobre la mesa.

Después me levanté.

Seguiría buscando a mi hija, seguiría luchando por mi libertad y mientras lo hacía, cuidaría de todos los niños que el mundo había decidido abandonar, no porque eso pudiera borrar lo que fui, sino porque todavía podía decidir quién sería al día siguiente.

6 El hombre que guardó silencio

Las mañanas en un orfanato comienzan antes que la luz. Primero despertaban las tuberías, que crujían dentro de las paredes como si el edificio padeciera dolores antiguos. Después llegaban los pasos de las cocineras, el golpe de la leña contra la chimenea y el rumor de las ollas. Finalmente, uno de los niños comenzaba a hablar, a llorar o a reír, y su voz despertaba a todos los demás.

Aquel día no fue distinto.

Cuando bajé, el amanecer apenas había aclarado las ventanas. La cocina olía a avena, pan caliente y ropa húmeda. Había llovido durante la noche, y los abrigos alineados junto a la entrada despedían ese aroma espeso de la lana mojada que terminaba impregnándolo todo.

Dos niños discutían por una cuchara. Una de las niñas pequeñas se negaba a ponerse los zapatos. En el comedor, alguien había derramado leche sobre una mesa recién limpiada.

Era una mañana ordinaria.

Por eso la amaba.

Las tragedias anuncian su llegada con cartas, gritos o puertas abiertas en mitad de la noche. La vida, en cambio, se construye con pequeños desastres: botones arrancados, rodillas raspadas, facturas que no coinciden y niños que esconden pan en los bolsillos por miedo a que la comida desaparezca.

Revisé la despensa, hablé con la cocinera y autoricé la compra de carbón para la semana. Después atendí a una mujer que deseaba dejar a su sobrino con nosotros durante algunos meses y a un proveedor que aseguraba, con una indignación admirable, que yo no comprendía el precio de las patatas.

A media mañana ya había firmado seis documentos, solucionado una pelea y encontrado un trozo de mantequilla dentro del bolsillo de un niño de siete años.

Fue entonces cuando vi a Elettra. Estaba en el patio cubierto, inclinada sobre una mesa donde varias niñas practicaban la escritura. Llevaba un vestido gris sencillo y el cabello recogido en la nuca. A simple vista nada en su cuerpo revelaba el embarazo.

Yo, sin embargo, lo sabía. Ser prima de los Charpentier implicaba recibir noticias que nadie se atrevía a anunciar todavía en público. También significaba conocer los detalles de una boda antes de que los novios hubieran decidido cómo explicarla. Elettra no tardaría en casarse con Philip, el niño llegaría después, el orden de los acontecimientos era una delicadeza destinada a quienes todavía

creían que la sociedad podía ser engañada mediante fechas convenientes.

Esperé a que las niñas terminaran su ejercicio y pedí a Elettra que caminara conmigo. El patio olía a piedra mojada. Desde allí podían escucharse las voces del comedor y el golpeteo constante de la lluvia que comenzaba de nuevo sobre los cristales.

—¿Cómo te encuentras?

Ella bajó la mirada.

—Bien.

—Las mujeres embarazadas dicen "bien" cuando desean que nadie continúe preguntando.

Se detuvo.

—¿Quién se lo dijo?

—Soy prima de los Charpentier. En esa familia los secretos viajan más rápido que las invitaciones.

Elettra llevó una mano al vientre.

—Philip quería esperar.

—Philip siempre quiere esperar hasta que los problemas hayan encontrado una forma de resolverse por sí mismos.

Sonrió, aunque parecía nerviosa.

—Nos casaremos pronto.

—Eso también lo sé.

—¿Está enfadada?

—¿Por el embarazo o por la boda?

—Por ambos.

—No soy tu madre, Elettra. Y, considerando mi historia, sería hipócrita juzgarte.

Ella respiró con alivio.

—Quiero seguir trabajando.

—Lo harás.

—Hasta que pueda.

—Necesito que lo hagas incluso después.

Frunció el ceño.

—No comprendo.

Me detuve frente a la puerta que conducía al patio.

—Voy a dejarte a cargo del orfanato.

Elettra me miró en silencio.

—¿De todo?

—De los niños, los empleados, las cuentas y las goteras.

—No puedo ocupar su lugar.

—No pretendo que lo ocupes. Pretendo que hagas el trabajo.

—No tengo sus contactos.

—No los necesitas.

—Los benefactores apenas me conocen.

—Renata se ocupa de la mayoría. Seth se ocupa de quienes no desean colaborar.

Elettra hizo una mueca.

—Eso suena amenazante.

—Con Seth, casi todo lo es.

Renata y Seth sostenían buena parte de las instituciones desde la distancia. Cuando un funcionario intentaba retrasar una autorización, bastaba una carta de mi hermana. Cuando un benefactor retiraba su apoyo, Seth encontraba otro con una rapidez que prefería no investigar.

—Aun así, usted es una Donovan.

—Y tú vas a casarte con un Charpentier. Las puertas se abrirán antes de que tengas tiempo de llamar.

—No quiero que me obedezcan por mi apellido.

—Entonces consigue que después te respeten por tu trabajo.

Ella miró hacia el comedor, donde varias voces infantiles se elevaban al mismo tiempo.

—¿Por qué se marcha?

Toqué el bolsillo interior de mi vestido.

La carta de Millie descansaba allí.

—Debo regresar a Irlanda.

—¿Por cuánto tiempo?

—No lo sé.

—¿Ha ocurrido algo?

—Tal vez.

Elettra esperó.

No añadí nada.

—No parece una respuesta —dijo.

—Es la única que tengo.

—¿Confía de verdad en mí?

—No te entregaría a estos niños si no lo hiciera.

Sus ojos se humedecieron.

—No voy a llorar.

—Hazlo después. Los niños utilizan las lágrimas adultas como una invitación al caos.

Elettra soltó una risa.

—Acepto.

—Bien.

—Pero quiero que regrese.

—También yo.

La dejé en el corredor y regresé a mi oficina.

Elettra no era una criatura frágil y yo no tenía intención de tratarla como si el embarazo hubiera reducido su inteligencia. Ella conocía a los niños, llevaba las cuentas con más precisión que yo y

poseía una paciencia que no podía enseñarse. Aun así, dudaba de su capacidad para ocupar mi lugar. No tenía relaciones entre benefactores, políticos ni familias adineradas. No sabía a quién recurrir si el dinero comenzaba a faltar, pero Elettra estaba a punto de convertirse en una Charpentier.

El apellido abriría puertas que la bondad, por sí sola, rara vez conseguía mover, eso no pareció cómoda con aquella ventaja y fue precisamente lo que me confirmó que podía confiar en ella, porque las personas más peligrosas son aquellas que consideran natural que el mundo se incline a su paso.

Eso me hizo recordar la carta de Millie, aquella que descansaba en el bolsillo interior de mi vestido y parecía pesar más que todos los documentos de mi escritorio.

Había llegado aquella mañana.

Reconocí la letra antes de abrir el sobre: inclinada, elegante y demasiado firme para una correspondencia inocente. Millie era hija de los Charpentier, prima mía y una mujer incapaz de escribir cuatro líneas cuando podía convertirlas en un misterio.

Su mensaje era breve.

Había obtenido información sobre mi hija. Una niña cuya edad coincidía. Un traslado sin registrar. Un nombre que había aparecido cerca de Dublín. No podía explicarlo por escrito. Temía que la carta

fuera interceptada y me pedía que regresara a Irlanda. Debíamos encontrarnos en un café que ambas conocíamos.

Había leído aquellas líneas tantas veces que ya podía repetirlas sin mirar. No eran una certeza. Había seguido demasiadas pistas falsas para entregarme por completo a la esperanza. Sin embargo, Millie no habría utilizado el nombre de mi hija sin un motivo.

Al entrar a mi oficina, noté que Ciarán me esperaba junto a la puerta. Llevaba el cabello café cobrizo ligeramente húmedo y una carpeta bajo el brazo. Sus ojos verdes se dirigieron primero hacia mi rostro y después hacia el bolsillo donde yo había guardado la carta.

Aquel hombre poseía la irritante capacidad de reconocer mis secretos antes de que yo decidiera compartirlos.

Preguntó por la correspondencia llegada durante la mañana. Yo podría haber fingido que no sabía a qué se refería.

No lo hice.

Entramos en la oficina y cerré la puerta. La lluvia dibujaba líneas irregulares sobre las ventanas, y el olor del café que alguien había dejado sobre mi escritorio se mezclaba con el papel viejo y la tinta.

Le entregué la carta, la leyó dos veces, pero se mostró entusiasmado.

Después de tantos años buscando conmigo, había aprendido a desconfiar de la esperanza con la misma disciplina que yo.

Ciarán dejó la carta sobre la mesa.

—Puede ser ella.

Mi sonrisa desapareció.

—No diga eso.

—¿Por qué?

—Porque no sabemos nada.

—Sabemos que Millie no habría escrito sin una razón.

—Millie disfruta de los misterios.

—No cuando se trata de su hija.

Me acerqué a la ventana.

—He seguido demasiadas pistas.

—Esta puede ser distinta.

—Todas parecen distintas al principio.

El silencio cayó entre nosotros.

—Iré con usted —repitió.

No volvió a pedirme permiso.

Ciarán llevaba años acompañándome de aquella manera. Sin promesas, sin preguntas. Su presencia no podía protegerme de todo, pero hacía que el mundo pareciera menos hostil. Ciarán había estado cerca durante los interrogatorios, los viajes y las noches en las que una pista falsa me dejaba incapaz de regresar sola a mi habitación.

Había permanecido a mi lado desde el día en que lo enfrenté por primera vez. Desde el día en que descubrí que había oído llorar a mi hija y había elegido guardar silencio.

Fui a buscarlo al hospital pocas semanas después de que Renata me revelara la verdad. Todavía estaba débil por el parto. La ropa colgaba de mi cuerpo y apenas había conseguido recogerme el cabello. Recuerdo las miradas de las enfermeras al verme avanzar por los corredores: una mujer pálida, vestida de negro, sosteniéndose de las paredes para no caer.

El hospital olía a alcohol, sudor y carbón encendido. Había gemidos detrás de las puertas, pasos apresurados y voces que intentaban hablar de la muerte como si fuera una tarea administrativa.

Encontré a Ciarán en una sala pequeña junto al quirófano. Revisaba unos documentos, pero al verme, dejó de leer. La culpa apareció en su rostro antes de que yo formulara la pregunta.

—Señora Walsh.

—No me llame así. —Cerré la puerta tras de mí—. Renata me ha informado que mi hija está viva.

Ciarán no respondió.

—Míreme. —Lo hizo—. ¿La vio respirar?

—Sí.

Sentí que las piernas me fallaban, pero no permití que se acercara.

—Entonces ¿por qué me dijeron que había muerto?

Ciarán dejó los documentos sobre la mesa.

—Su suegra entró con otro médico. Ordenó que se la llevaran.

—¿Y usted lo permitió?

—Yo estaba atendiendo la hemorragia.

—Después.

—Cuando pregunté por ella, ya se la habían llevado.

—¿Adónde?

—No lo sé.

Me aferré al respaldo de una silla.

—Miente.

—No.

—Usted estaba allí.

—Los registros fueron modificados para que su hija apareciera como nacida sin vida.

—Yo la escuché.

—Lo sé.

—¿Por qué no dijo nada?

Ciarán guardó silencio.

—Respóndame.

—Durante el parto dijo que no la quería.

El aire se volvió frío.

—Estaba sufriendo.

—Lo sé.

—No sabía lo que decía.

—Lo sé ahora.

—¿Y entonces?

Ciarán bajó la mirada.

—Sabía que quería alejarse de los Walsh. Pensé que quizá aquello…

—¿Aquello qué?

—Que quizá era lo que deseaba.

Lo observé sin comprender.

Ciarán había visto mi miedo durante el embarazo. Sabía que yo no quería continuar en la casa de los Walsh. Había escuchado mi rechazo durante el parto y permitió que esas palabras pesaran más que el llanto de la niña. Era más sencillo pensar que obedecía mi voluntad.

—¿Pensó que deseaba que robaran a mi hija?

—No lo formulé de esa manera.

—Porque entonces habría tenido que reconocer la monstruosidad que ocasionaba su silencio.

Ciarán apretó la mandíbula.

—Sí.

—Escuchó llorar a una bebé y decidió que no era asunto suyo.

—Decidí creer una explicación que me permitía no enfrentarme a la familia Walsh.

Su respuesta fue tan directa que me dejó sin palabras.

—¿Quién era el otro médico?

Me dio un nombre.

—Quiero verlo.

—Desapareció poco después del parto.

—Entonces búsquelo.

—Lo haré.

—No me prometa nada.

—No es una promesa.

—¿Qué es?

—Una deuda.

Negué con la cabeza.

—No puede pagarla.

—Lo sé.

—No quiero sus disculpas.

—No he venido a ofrecérselas.

—Quiero a mi hija.

—La ayudaré a encontrarla.

—No confío en usted.

—No se lo estoy pidiendo.

Lo miré durante varios segundos. Parecía agotado. Había sombras bajo sus ojos y una mancha de tinta en uno de sus dedos. No intentaba parecer inocente. Eso me enfureció todavía más.

—Hablará con cada enfermera —dije—. Revisará los registros. Encontrará al cochero que salió del hospital aquella noche.

—Sí.

—Preguntará por cada pago realizado por Maureen Walsh. Y cuando encuentre algo, vendrá directamente a mí. No a Connor. Ni a su madre. A mí, ¿de acuerdo?

—Se lo diré a usted.

Me acerqué a la puerta.

—No vuelva a decidir lo que deseo, doctor Doyle.

—No lo haré.

—Ya decidió una vez.

—Y viviré con eso el resto de mi vida.

No respondí. Salí del hospital sin permitir que me acompañara.

Había guardado silencio una vez. No existía razón para confiar en que sería valiente la segunda. Sin embargo, comenzó aquel mismo día. Revisó archivos prohibidos, buscó a antiguos empleados y

escribió a hospitales de Irlanda y Francia. Utilizó contactos que arriesgaban su posición y declaró contra los Walsh cuando hacerlo todavía podía destruir su carrera. No convirtió su culpa en una disculpa, la convirtió en trabajo, eso no borró lo que había hecho. Nada podría hacerlo.

Durante mucho tiempo no fui capaz de permanecer a solas con él sin recordar la habitación del parto. A veces miraba sus manos y pensaba que aquellas mismas manos habían sostenido mi vida mientras otra persona se llevaba a mi hija.

Lo odié. Pero después dejé de odiarlo todos los días.

Con el tiempo, su presencia se volvió constante. No exigía perdón ni intentaba convencerme de que era un hombre bueno. Simplemente aparecía cuando una pista nos obligaba a viajar, cuando un niño enfermaba o cuando yo perdía la capacidad de distinguir la esperanza de la obsesión. Ciarán no podía devolverme los años perdidos, pero desde aquella tarde no volvió a permitirme buscar sola.

Doblé la carta de Millie y la guardé en el sobre.

Ciarán seguía de pie frente a mi escritorio.

La lluvia había aumentado. Los niños corrían por el corredor y una cuidadora intentaba imponer silencio sin conseguirlo. Todo continuaba como cualquier otra mañana, aunque dentro de mí Irlanda ya había comenzado a llamarme.

Le dije que saldríamos en cuanto estuvieran preparados los documentos del viaje. Ciarán asintió. Después observó la libreta donde registraba cada búsqueda.

—Puede ser ella —dijo.

La esperanza en su voz era prudente. Casi tímida.

—También puede no serlo.

—Lo sé.

—Millie ha cometido errores antes.

—También ha encontrado cosas que nadie más pudo encontrar.

No quise discutir, necesitaba creer lo suficiente para regresar, no tanto como para destruirme si la pista terminaba en otra niña.

Ciarán se acercó a la ventana. La luz gris volvía más claros sus ojos. Yo comprendía por qué quería acompañarme, la culpa aún caminaba junto a él. Pero no era solo culpa. Había algo en la forma en que me observaba, en su manera de quedarse cuando ya no era necesario, que hacía tiempo había dejado de ser una obligación.

Aquello me asustaba más que el viaje.

Confiar en él había sido difícil, desearlo cerca era mucho peor.

—Elettra se hará cargo del orfanato —dije.

—¿Confía en ella?

—Sí.

—Entonces solo falta preparar el equipaje.

—Habla como si fuera sencillo.

Ciarán me miró.

—Nada con usted lo es.

Había una sonrisa apenas visible en sus labios.

—Todavía puede quedarse.

—No.

La respuesta fue inmediata, sentí una calidez absurda en el pecho. Aparté la mirada. Sobre el escritorio, la carta parecía un objeto insignificante. Una hoja doblada, unas pocas líneas y un lugar acordado para encontrarnos. Sin embargo, podía contener el final de cinco años de búsqueda o el comienzo de otra decepción.

Me acerqué al archivador y saqué los documentos necesarios para el viaje. Mis manos no temblaban, había aprendido a contenerlas. Antes de salir de la oficina, miré hacia el patio. Elettra ayudaba a una niña a atarse los zapatos. Nada en aquella escena indicaba que mi vida estuviera a punto de cambiar. Tal vez no lo haría. Las vidas rara vez se transforman cuando una persona espera que lo hagan. A veces regresamos del viaje con el mismo dolor y una dirección menos donde buscar, pero Millie había escrito que mi hija podía estar en Irlanda.

El país donde había nacido, el lugar del que se la llevaron, la tierra de la que yo había huido. Ciarán abrió la puerta para dejarme pasar. No necesitaba que me salvara, ya no esperaba eso de ningún

hombre, pero mientras atravesábamos juntos el corredor, comprendí que me alegraba de no tener que regresar sola.

7 La casa que esperaba

El café estaba casi vacío cuando llegamos.

Había llovido durante toda la mañana, y Dublín parecía cubierta por una película de agua y ceniza. Los carruajes pasaban levantando salpicaduras oscuras junto a las aceras, mientras el viento empujaba la humedad bajo los abrigos. Dentro del local olía a café tostado, tabaco y lana mojada.

Millie había elegido una mesa apartada, junto a una ventana empañada. La reconocí antes de entrar. Llevaba un sombrero oscuro y sostenía una taza entre ambas manos, aunque no bebía. A su lado estaba Killian de Valois, inclinado sobre una carpeta de cuero. Su presencia habría resultado severa de no ser por la manera en que miraba a mi prima: con una atención tranquila, como si incluso sus silencios merecieran ser escuchados.

Ciarán abrió la puerta para dejarme pasar. El sonido de la campanilla hizo que Millie levantara la cabeza. Se puso de pie de inmediato.

—Lily.

Nos abrazamos. Su cuerpo estaba frío por la lluvia. El mío comenzó a temblar antes de que hubiera pronunciado una sola palabra.

—Gracias por venir —dijo.

—No habría podido hacer otra cosa.

Killian se levantó y saludó a Ciarán. Después tomó mi mano con una seriedad que me inquietó.

—Lo que hemos encontrado aún no es definitivo.

—Entonces no empiece con advertencias. Dígame qué sabe.

Nos sentamos.

Ciarán ocupó la silla a mi lado. No me tocó, pero sentí la cercanía de su brazo como una presencia firme.

Millie intercambió una mirada con Killian. Fue él quien abrió la carpeta. Había copias de registros, cartas, recibos y varias hojas cubiertas de anotaciones. Algunos nombres estaban subrayados. Otros habían sido tachados y reemplazados por iniciales.

—Seguimos el rastro de los pagos realizados después del nacimiento —explicó Killian—. La mayoría desaparece entre cuentas privadas y fundaciones que ya no existen.

—Eso ya lo sabemos.

—No todo.

Deslizó un documento hacia mí.

Reconocí el apellido Walsh antes que cualquier otra cosa.

—Tres semanas después del parto se hizo un pago a una mujer que trabajaba con adopciones privadas —continuó—. La operación fue registrada en Francia, pero el dinero salió de una cuenta irlandesa vinculada a Maureen Walsh.

Las letras comenzaron a oscurecerse ante mis ojos.

—Mi suegra tenía cuentas en muchos lugares.

—Sí —dijo Millie—. Por eso tardamos tanto. Cada vez que seguíamos una pista, parecía conducir fuera de Irlanda.

—París. Lyon. Bruselas.

—También Londres —añadió Killian.

Conocía aquellas ciudades. Había recorrido sus orfanatos, hospitales y conventos. Había hablado con religiosas, enfermeras y hombres que exigían dinero antes de recordar cualquier cosa. Cada viaje había terminado con otra dirección tachada.

—No comprendo.

Millie inclinó el cuerpo hacia mí.

—Creemos que las pistas falsas se crearon para hacerte pensar que la niña había sido trasladada.

El ruido del café pareció alejarse.

—¿Trasladada adónde?

—A todas partes —respondió Killian con obviedad—. A cualquier lugar que no fuera Irlanda.

Ciarán tomó uno de los papeles.

—¿Están diciendo que nunca salió del país?

—No podemos demostrarlo —dijo Millie—. Pero es probable.

Miré los documentos. Las palabras no formaban frases. Solo veía nombres, fechas y el sello de una institución que llevaba años cerrada.

—¿Dónde estuvo?

Millie no respondió de inmediato.

—Dímelo.

—Bajo vigilancia de los Walsh.

Sentí que algo se cerraba alrededor de mi pecho.

—¿De Connor?

—De su madre —dijo Killian—. O de alguien que actuaba directamente para ella.

El aire dejó de entrar. Intenté respirar, pero la inhalación se detuvo a mitad de camino. Mis dedos se entumecieron sobre la mesa. El corazón comenzó a golpearme con tanta fuerza que cada latido parecía una caída. Ciarán volvió el cuerpo hacia mí.

—Lilianne.

Negué con la cabeza. No quería que me mirara. No quería que nadie me viera mientras la habitación se inclinaba.

—Respire conmigo.

No podía.

La niña había estado en Irlanda. Mientras yo viajaba. Mientras buscaba en ciudades extranjeras. Mientras Maureen recibía informes sobre cada una de mis derrotas.

Me llevé una mano al cuello.

—No puedo…

—Sí puede. Míreme. —Los ojos verdes de Ciarán ocuparon todo mi campo de visión. Colocó una mano sobre la mesa, con la palma hacia arriba. No me sujetó. Esperó—. Escuche mi voz. No los documentos. No a Millie. Solo a mí.

El pecho me dolía.

—Respire despacio.

Intenté obedecer. El aire entró de forma irregular.

—Otra vez.

Su voz no cambió.

No me pidió que me calmara ni dijo que todo estaría bien. Solo marcó el ritmo hasta que mis pulmones comenzaron a recordarlo.

Puse la mano sobre la suya. Ciarán cerró los dedos con cuidado. Poco a poco, el café regresó. El murmullo de unas voces junto al

mostrador. La cuchara de Millie golpeando una taza. La lluvia contra la ventana. Killian había cerrado la carpeta.

—Lo siento —dijo mi prima.

—No. —Mi voz era apenas un hilo—. No lo sientas.

Retiré la mano de la de Ciarán y observé los documentos otra vez.

—¿Cuánto tiempo lo supieron?

—No creemos que Connor conociera todos los detalles al principio —respondió Killian.

Solté una risa breve.

—Siempre hay una explicación que lo vuelve menos culpable.

—No intento defenderlo.

—Entonces no lo haga.

Millie intervino antes de que pudiera continuar.

—Las órdenes llevan la firma de Maureen. Connor aparece después, cuando comenzaron tus búsquedas.

—¿Después de cuánto tiempo?

—Casi un año.

Cerré los ojos. Pude ver a mi suegra al pie de la cama, informándome que mi hija había nacido muerta. Su rostro sereno. Su voz seca. La ausencia absoluta de compasión.

Ni siquiera eso pudiste hacer bien.

Tal vez nunca había querido castigarme por dar a luz a una niña. Tal vez ya sabía que se la llevaría.

—Ella quería que mi hija me odiara —dije.

Nadie respondió. La idea se formó mientras la pronunciaba. Maureen no se había conformado con separarnos. Había dispuesto una historia para cada una. A mí me hizo creer que mi hija estaba muerta. A mi hija quizá le dijo que yo la había abandonado.

Dos mentiras enfrentadas, creciendo durante años hasta que ninguna de las dos pudiera reconocer a la otra.

—Quería criarla contra mí —murmuré.

Millie bajó la mirada. Aquello bastó.

—¿Qué más encontraron?

Killian abrió de nuevo la carpeta.

—Hay informes sobre sus viajes. Fechas, ciudades y personas con las que habló. Prácticamente todo lo que hacía o dejaba de hacer.

—¿Informes sobre mí?

—Alguien seguía sus movimientos.

El miedo se transformó en una claridad helada.

—Sabían dónde buscaba.

Ciarán recorrió los documentos con rapidez.

—Por eso las pistas aparecían antes de cada viaje.

—La mantenían lejos —aseguró Killian, cruzándose de brazos—. Cada vez que se acercaba a una institución relacionada con los Walsh, surgía información en otro país.

Recordé las cartas anónimas. Los testigos que aparecían después de meses de silencio. Las descripciones de niñas pelirrojas trasladadas durante la noche. Había creído que la mala suerte me perseguía. No era mala suerte. Era una dirección. Siempre apuntando lejos de Irlanda.

—Entonces esperaban que regresara —dije.

Ciarán levantó la vista.

—Sí.

—¿Por qué ahora?

—Quizá ya no pueden mantenerla oculta —respondió Millie.

—O quieren algo de ti —añadió Killian.

Ciarán se volvió hacia mí.

—Es una trampa.

—Lo sé.

—No. No una posibilidad. Una trampa preparada durante años.

—Mi hija está allí.

—Tal vez.

—Está allí.

Ciarán cerró la carpeta.

—Eso es exactamente lo que necesitan que crea.

—¿Qué espera que haga? ¿Que me quede París sin hacer nada?

—Espero que no regrese a Irlanda sin saber qué encontrará.

—Llevo cinco años sin saber qué encontraré.

—Y ellos lo saben.

Su voz se endureció.

—Saben que no se detendrá si mencionan a su hija. Saben que aceptará cualquier condición con tal de verla.

—No aceptaré condiciones.

—Ya está pensando en hacerlo.

Lo miré.

—Usted no entiende.

El dolor atravesó su expresión.

—He pasado cinco años intentando entender.

—No es su hija.

—No.

—Entonces no me diga cuánto riesgo debo aceptar.

Ciarán guardó silencio.

Millie apoyó una mano sobre los documentos.

—Nadie te está pidiendo que renuncies a ella.

—Parece que sí.

—Te estamos pidiendo que no regreses sola.

Me puse de pie.

La silla rozó el suelo con un sonido áspero.

—Necesito comprar los boletos.

Ciarán se levantó también.

—Lilianne.

—No intente detenerme.

—No lo haré.

—Entonces no me siga.

Tomé la carta y la guardé en el bolso. Millie pronunció mi nombre, pero ya había llegado a la puerta. Al abrirla, el aire frío me golpeó el rostro. La lluvia había disminuido hasta convertirse en una llovizna fina. Crucé la calle sin mirar hacia atrás.

Aun así, antes de alejarme, escuché la voz de Killian.

—Está caminando hacia donde quieren que vaya.

—Lo sé —respondió Ciarán.

—Entonces deténgala.

Hubo un silencio.

—No puedo.

No escuché lo que Millie dijo después. Continué caminando. Tenían razón. Probablemente era una trampa. No me importaba. Si Connor esperaba que regresara, regresaría. Si Maureen deseaba verme humillada, soportaría su mirada. Si mi hija me odiaba,

permitiría que me lo dijera en el rostro. Cualquier cosa era preferible a seguir buscándola en habitaciones vacías.

Preparé el equipaje antes de que anocheciera.

La habitación de la casa familiar que ocupaba en París había permanecido casi igual desde mi juventud. Amber había cambiado las cortinas y retirado algunos muebles, pero todavía reconocía las marcas sobre el tocador, la grieta junto a la chimenea y las paredes rosas.

Abrí la maleta sobre la cama. Coloqué dos vestidos, ropa interior, un abrigo y la libreta con todas las direcciones que había recorrido durante cinco años. Las manos me temblaban. No por el viaje.

Por Connor.

Regresar a Irlanda siempre significaba recordar que mi divorcio no estaba concluido. Mi firma esperaba en un documento que él se negaba a reconocer. Legalmente continuaba siendo su esposa. Para ciertos hombres, aquello equivalía a continuar bajo su autoridad.

Doblé una camisa.

El movimiento me llevó a otra habitación.

A otra maleta.

A la tarde en que intenté abandonarlo por primera vez.

Connor estaba en su despacho cuando entré.

Había colocado los documentos del divorcio sobre su escritorio antes de que llegara. Renata me había acompañado hasta la casa, pero se quedó en la planta baja. Insistió en que debía hablar con él sola si quería comprender que la decisión me pertenecía.

Llovía entonces también.

La casa olía a humedad y al humo de la chimenea. Connor permanecía de pie frente a la ventana, sosteniendo una copa.

—¿Qué es esto? —preguntó sin volverse.

—Lo sabes.

—Quiero oírtelo decir.

Cerré la puerta.

—Deseo divorciarme.

La palabra alteró la habitación.

Connor dejó la copa sobre una mesa.

—No.

Su respuesta fue tan sencilla que durante un momento pensé que no me había entendido.

—No te estoy pidiendo permiso.

—Claro que sí.

Se volvió hacia mí.

Llevaba la chaqueta abierta y el cabello ligeramente desordenado, pero seguía pareciendo el mismo hombre al que

tantas personas admiraban. El mismo con quien yo había soñado una vida sencilla.

—Soy tu esposo —continuó—. No puedes decidir marcharte como una criada descontenta.

—Me quitaron a mi hija.

—La niña murió.

—No mientas.

Su rostro no cambió.

—Estabas enferma. Renata te ha llenado la cabeza de ideas tontas.

—El doctor la oyó llorar.

—Los médicos se equivocan.

—La vio respirar.

Connor tomó los documentos.

—¿Y ahora confías en ese hombre?

—Confío más en él que en ti.

Algo se endureció en sus ojos.

—Renata te está utilizando.

—¿Para qué?

—Para castigarnos.

—¿A nosotros?

—A mí.

Aquello me confirmó que, incluso entonces, todo terminaba en ella.

—Mi hija no es una disputa entre tú y Renata.

—Tu hija murió.

—¿La viste?

Connor guardó silencio.

—¿Viste su cuerpo?

—No era necesario.

—¿La enterraste?

—Mi madre se ocupó de ello.

—¿Dónde?

—Lilianne…

—Dime dónde está su tumba.

Apretó los documentos entre los dedos.

—No lo sé.

Lo observé. Había esperado años que alguna verdad lo transformara ante mis ojos. Que su crueldad apareciera de pronto en el rostro, liberándome de cualquier duda.

No ocurrió.

Seguía siendo hermoso, eso me pareció obsceno.

—Sabías que estaba viva —dije.

—No sabía nada.

—Pero no preguntaste.

—Habías dicho que no querías a la criatura.

Las palabras me golpearon con la misma fuerza que durante mi conversación con Ciarán.

—Estaba dando a luz.

—Llevabas meses actuando como si el embarazo fuera una enfermedad que te habían impuesto.

—Porque quería escapar de ti.

Connor dio un paso hacia mí.

—Querías retenerme. —No pude negarlo. Él sonrió sin alegría—. Quisiste quedar embarazada porque temías que volviera con Renata.

—Sí.

La admisión lo sorprendió.

—Al menos yo puedo reconocer lo que hice.

—No sabes lo que hiciste.

—Me casé con un hombre que amaba a mi hermana.

—Te casaste conmigo sabiendo que podías ofrecerme la vida que necesitaba, ser la mujer que requería.

—Una casa no es una vida.

—Antes pensabas lo contrario.

—Antes era estúpida.

—Sigues siéndolo si crees que Renata desea ayudarte.

Sentí la antigua necesidad de defenderla.

—Ella encontró la verdad sobre mi hija.

—Ella encontró una historia que podía utilizar para separarnos.

—Ya estábamos separados.

Connor se acercó al escritorio y abrió los documentos.

—No firmaré.

—Entonces iniciaré el proceso sin ti.

—¿Con qué pruebas?

—El testimonio del médico.

—Un hombre que admitirá haber permitido que desapareciera una recién nacida. Será destruido antes de terminar la primera declaración.

—Renata me ayudará.

La mención de su nombre lo alteró.

—Renata no puede ayudarte.

—Puede hacer más por mí que tú.

Connor arrojó los papeles sobre la mesa.

—¿Eso te ha dicho? ¿Que vendrá a rescatarte mientras regresa a sus aventuras y te deja sola con el escándalo?

—No temo estar sola.

—Sí lo temes.

La crueldad de su certeza me hizo retroceder.

—Toda tu vida has necesitado que alguien te diga quién eres —continuó—. Tu padre. Amber. Yo. Ahora Renata. ¿Qué harás cuando se canse de ti? ¿Cuándo no pueda sobrellevarte?

—Aprenderé.

—No sabes vivir sin una familia que pague tus errores.

—Entonces será momento de averiguarlo.

Connor se colocó entre la puerta y yo.

—No saldrás de esta casa.

El miedo llegó primero al cuerpo. Las manos frías. La respiración corta. El antiguo impulso de sonreír, pedir perdón y esperar que su humor cambiara. Pero Renata se encontraba abajo. Y mi hija estaba viva en alguna parte.

—Apártate.

—Eres mi esposa.

—No por mucho tiempo.

—Mientras mi nombre siga unido al tuyo, irás donde yo diga.

—Ese nombre fue lo único que amaste de mí.

Su expresión cambió.

—No te confundas, Lilianne. Yo te di una posición.

—Y yo te di una fachada.

—Te di todo.

—Excepto la verdad.

Connor levantó una mano.

No me golpeó. La dejó suspendida entre nosotros, como si hasta él mismo se sorprendiera de haber considerado hacerlo.

Lo miré. Después miré su mano. Algo se quebró para siempre.

—Hazlo —dije.

Bajó el brazo.

—No seas ridícula.

—Golpéame. Al menos una vez deja de fingir que eres respetable.

—Vete al infierno.

—He vivido aquí durante años.

Tomé los documentos.

Connor se apartó de la puerta, pero su voz me siguió.

—No sobrevivirás al escándalo.

Me detuve.

—Entonces moriré siendo libre.

Bajé las escaleras con los papeles contra el pecho.

Renata me esperaba junto a la entrada. No preguntó qué había ocurrido. Vio mi rostro, tomó la maleta que una doncella había dejado preparada y abrió la puerta.

Connor no firmó.

Yo me marché de todos modos.

Regresé al presente con una camisa todavía entre las manos. La guardé en la maleta y cerré los ojos. No había muerto siendo libre. Todavía no era libre en absoluto.

Connor seguía negándose a firmar. Continuaba utilizando su apellido para retrasar cada procedimiento y recordar al mundo que yo le pertenecía legalmente.

Ahora estaba a punto de acercarme de nuevo a él. No sabía cómo me recibiría. Tal vez con aquella cortesía pública que usaba para ocultar el desprecio. Tal vez con rabia. O con una ternura falsa, peor que ambas cosas. Maureen, por el contrario, sería punzante. Podía imaginarla sentada en un salón oscuro, con las manos sobre el regazo y la misma expresión con la que me había informado que mi hija había muerto. No alzaría la voz. Me miraría como se contempla a una criatura que finalmente ha regresado a la jaula.

Sabía que volverías.

El pensamiento hizo que mis dedos se cerraran sobre la maleta.

Me acerqué a la ventana. La lluvia había terminado. Sobre los tejados quedaba una luz gris, y las primeras lámparas comenzaban a encenderse en las calles. En alguna parte de Irlanda estaba mi hija.

Quizá bajo otro nombre.

Quizá en la misma casa donde yo había sido humillada.

Tal vez Maureen la había educado para despreciarme. Tal vez Connor le había dicho que yo no la quise, y utilizaba como prueba

las palabras que grité durante el parto.

No podía cambiar aquello desde una habitación segura.

Tendría que regresar. Aunque fuera una trampa. Aunque Connor creyera que mi retorno significaba una rendición. Aunque Maureen hubiera esperado durante cinco años el momento de verme suplicar.

Cerré la maleta.

Entonces llamaron a la puerta. No tuve que preguntar quién era.

—Está abierta.

Ciarán entró. Llevaba el abrigo puesto y una maleta en la mano.

—Le dije que no me siguiera.

—No la seguí. Vine a recogerla.

—No he pedido compañía.

—Tampoco lo pediste cuando vinimos a París.

Se acercó a la cama y observó mi equipaje.

—Ha olvidado llevar algo para comer.

—Encontraremos comida en el camino.

—Eso dijo la última vez.

—La manzana era grande.

Una sonrisa breve apareció en su rostro, pero desapareció al mirarme mejor.

—Tiene miedo.

No fingí no comprender.

—Sí.

—Podemos esperar hasta saber más.

—No.

—Podemos ir a otro lugar antes de acercarnos a los Walsh.

—No.

—Lilianne.

—He esperado cinco años.

Ciarán guardó silencio.

—Si es una trampa —continué—, dejaré que se cierre.

—Podría no poder salir.

—Entonces ayúdeme a mantenerla abierta.

Sus ojos se encontraron con los míos. Asintió. Tomó mi maleta antes de que pudiera impedirlo.

—El tren sale dentro de dos horas.

—Lo sé.

—Millie y Killian seguirán investigando.

—Bien.

—Y usted no se acercará a Connor sin que yo esté cerca.

—Eso no puede decidirlo.

—Puedo intentarlo.

—Es un hábito peligroso.

—He abandonado otros peores.

Apagué la lámpara. La habitación quedó sumida en una penumbra azulada. Antes de salir, miré una vez más hacia la cama, el escritorio y los pocos objetos que había dejado fuera de la maleta.

Ciarán esperaba en el corredor. Caminé hacia él. Regresaría a la casa de Connor Walsh. Al lugar donde había aprendido a temer. Al lugar donde me habían arrebatado a mi hija.

Quizá Maureen siempre había sabido que terminaría haciéndolo. Tal vez todo aquel camino de pistas falsas, documentos perdidos y esperanzas rotas había sido diseñado para conducirme de nuevo hasta su puerta. Si era así, había cometido un error.

La mujer que regresaba no era la misma que se había marchado.

Yo seguía teniendo miedo.

Pero ya no confundía el miedo con obediencia.

8 La niña del jardín

Irlanda me recibió con lluvia. No una tormenta violenta, sino aquella llovizna obstinada que parecía surgir de la propia tierra. Se posaba sobre los caminos, cubría los campos de un brillo gris y se adhería a la ropa hasta alcanzar la piel.

Desde la ventanilla del automóvil observé los prados extendiéndose bajo un cielo bajo y pálido. Había olvidado cuántas tonalidades de verde podían existir en un mismo paisaje. Los setos dividían las propiedades, los árboles se inclinaban bajo el peso del agua y, a lo lejos, algunas casas de piedra exhalaban columnas delgadas de humo.

Ciarán estaba sentado a mi lado. No habíamos hablado durante la última parte del trayecto. Yo mantenía las manos entrelazadas sobre el regazo para que no advirtiera cuánto temblaban. Cada curva del camino me parecía conocida. Cada árbol despertaba un recuerdo que habría preferido dejar enterrado.

La casa de Connor apareció detrás de una hilera de hayas.

No había cambiado. La misma piedra gris. Las mismas chimeneas. Las mismas ventanas altas, oscuras bajo la lluvia.

Incluso las enredaderas continuaban ascendiendo por la fachada occidental, aunque habían crecido tanto que parecían intentar devorarla.

Sentí que una parte de mí nunca se había marchado de allí. Seguía en alguno de aquellos dormitorios, fingiendo dormir mientras Connor regresaba tarde. Permanecía frente al espejo, preguntándose qué debía cambiar para que su marido la mirara. Continuaba en el corredor, escuchando cómo Maureen decidía el destino de su hija.

—Podemos detenernos antes de entrar —dijo Ciarán.

—No.

—Lilianne.

—Si el automóvil se detiene, bajaré. Si continúa, también.

Me observó unos segundos.

—No tiene que demostrarme nada.

—No se lo estoy demostrando a usted.

El vehículo cruzó las puertas de hierro. El sendero de grava se extendía delante de nosotros, húmedo y brillante. A ambos lados, el jardín se encontraba demasiado cuidado. Los rosales habían sido podados con precisión y no había una sola rama caída sobre el césped.

Maureen seguía gobernando aquel lugar. Incluso la naturaleza parecía obedecerla. Entonces vi el movimiento rojo entre los árboles.

Al principio pensé que era una hoja arrastrada por el viento. Después la figura salió de detrás de un seto.

Una niña corría por el jardín.

Llevaba un abrigo azul oscuro, botas pequeñas y el cabello suelto sobre los hombros. Era un cabello rojo, encendido incluso bajo el cielo gris. La lluvia había formado rizos alrededor de su rostro.

Todo mi cuerpo la reconoció antes que mi mente. Abrí la puerta del automóvil antes de que este terminara de detenerse.

—¡Lilianne!

Bajé. Mis zapatos se hundieron en la grava mojada. La niña continuó corriendo detrás de una pelota, ajena a nosotros.

—¡Espera!

No sé si se lo dije a ella o a mí misma.

Avancé hacia el jardín.

Ciarán me alcanzó y me sujetó por la cintura.

—Suélteme.

—No corra hacia ella.

—Es mi hija.

—Puede asustarla.

—Suélteme.

Intenté apartar sus manos.

Él no aumentó la fuerza, pero tampoco cedió.

—Mírela —dijo—. Permite que te vea primero.

La niña había recogido la pelota, entonces levantó la cabeza, nuestros ojos se encontraron y el mundo dejó de moverse.

Era hermosa.

No con la belleza imprecisa que concedemos a todos los niños, sino de una manera que me resultó dolorosamente familiar. Tenía mi cabello, mi piel clara y la misma curva suave de mis mejillas. Sus ojos eran azules, aunque más oscuros que los míos, y sus cejas tenían el color castaño de Connor.

También había algo de él en la forma de su boca. Una seriedad demasiado adulta. Un gesto contenido, como si hubiera aprendido muy pronto que debía observar antes de confiar.

La pelota cayó de sus manos.

—Hola —conseguí decir.

La niña retrocedió.

Sonreí, aunque las lágrimas ya descendían por mi rostro.

—No tengas miedo.

Dio otro paso hacia atrás. Ciarán aflojó las manos, pero permaneció cerca. Me agaché para no parecer tan alta.

—Yo soy…

No supe cómo terminar.

Tu madre. La mujer que te buscó durante cinco años. La persona a quien te enseñaron a olvidar.

La niña giró de pronto y corrió hacia la casa.

—¡Espera!

Esta vez Ciarán me permitió avanzar. Seguí a la pequeña por el jardín, tropezando con la falda y el terreno húmedo. No llegué muy lejos. Una mujer apareció junto a los escalones de la entrada.

Maureen Walsh.

Llevaba un vestido negro y un abrigo oscuro cerrado hasta el cuello. Su cabello, más blanco que la última vez que la había visto, continuaba recogido en el mismo moño rígido. El tiempo había marcado líneas alrededor de sus ojos, pero no había conseguido doblegar su postura.

La niña se escondió entre sus faldas. Maureen apoyó una mano sobre su cabeza. Después me miró. Sonrió.

—Sabía que volverías.

Me detuve. Ciarán permaneció varios pasos detrás de mí.

—Apártese de ella —dije.

Maureen acarició el cabello de la niña.

—Has tardado más de lo que esperaba.

—No la toque.

—No seas absurda. Soy su abuela.

La pequeña se aferró con más fuerza a su vestido.

—¿Cómo se llama?

Mi voz se quebró. Maureen arqueó las cejas.

—¿No lo sabes?

—Usted le puso un nombre.

—Alguien tenía que hacerlo.

—Dígamelo.

La lluvia descendía entre nosotras, fina y silenciosa. Algunas gotas se detenían sobre las pestañas de la niña.

—Eileen —respondió Maureen—. Se llama Eileen Walsh.

Walsh. No Donovan. No el nombre que yo habría elegido. Uno impuesto por la familia que se la había llevado.

—Eileen —repetí.

La niña levantó apenas la mirada.

Escuchar su nombre en mi voz pareció confundirla.

—Es un nombre bonito —dije—. Te queda muy bien.

Eileen volvió a esconderse. Algo dentro de mí se quebró. Caí de rodillas sobre el césped mojado. No sentí el impacto ni el agua atravesando la tela de mi vestido. Solo veía una parte del rostro de mi hija asomándose detrás de Maureen.

—Eileen, mírame.

La pequeña no obedeció.

—Por favor.

Maureen soltó un suspiro.

—No la alteres.

—Es mi hija.

—Biológicamente.

Levanté la vista.

—¿Qué le ha dicho sobre mí?

—La verdad.

—Usted no conoce la verdad.

—Conocí a tu madre.

La mención de Clare me dejó inmóvil.

Maureen inclinó la cabeza.

—Siempre me pareció evidente que terminarías pareciéndote a ella. Clare también necesitó una vida libre de responsabilidades. También abandonó a sus hijos cuando dejaron de resultarle convenientes.

—Yo no la abandoné.

—Te marchaste.

—Porque ustedes me dijeron que había muerto.

—Eso dices ahora.

Miré a Eileen.

—No es verdad.

La niña observaba mis lágrimas con temor.

—Yo no me fui porque no te quisiera —le dije—. Te busqué desde el momento en que supe que estabas viva.

Maureen rio suavemente.

—¿La buscaste?

Me puse de pie con dificultad.

—Durante cinco años.

—¿Dónde?

La pregunta estaba llena de veneno.

—En Francia. En Inglaterra. En hospitales, conventos y orfanatos.

—Qué extraño. —Su mano se deslizó sobre el hombro de Eileen y la acercó—. La niña siempre estuvo aquí.

Sentí náuseas.

—Usted creó las pistas.

—No sé de qué hablas.

—Pagó a personas para enviarme lejos.

—Siempre has tenido una imaginación demasiado influenciable.

—Tengo los documentos.

La sonrisa de Maureen no desapareció.

—Entonces deberías entregárselos a un abogado. Tal vez alguno consiga explicar por qué una madre necesitó cinco años para encontrar a la hija que dejó en casa de su padre.

—Ella no la dejó.

La voz de Ciarán atravesó el jardín. Maureen lo miró por primera vez. Su expresión cambió apenas.

—Doctor Doyle.

—Señora Walsh.

—Me sorprende que todavía conserve el derecho a utilizar el título.

—A mí me sorprende que pueda mirar a esta mujer a los ojos.

—No le he pedido su opinión.

—Tampoco pidió permiso para llevarse a la niña.

Maureen se irguió.

—Mi nieta fue protegida.

—Fue robada.

Eileen comenzó a temblar. Lo advertí antes que ellos.

—Basta —dije.

Ciarán guardó silencio.

Me acerqué un paso, pero la niña se apretó contra su abuela.

Me obligué a detenerme.

—Eileen, no voy a hacerte daño.

—No quiere hablar contigo —dijo Maureen.

—No le he preguntado a usted.

—Tiene cinco años.

—Y usted ha utilizado cada uno para hacer que me tema.

La rabia endureció mi voz.

—Le dijo que la abandoné. Que no la quería. Probablemente le contó las palabras que grité durante el parto.

Maureen no negó nada. Eileen levantó la cabeza.

—¿No me querías?

La pregunta fue apenas un susurro. Mi corazón se detuvo.

—Sí te quería.

—La abuela dice que no.

—Tu abuela mintió.

La niña miró a Maureen.

—No utilices esa palabra delante de ella —ordenó mi suegra.

—¿Cuál prefiere? ¿Engañó? ¿Manipuló? ¿Robó?

—Estabas enferma. Rechazaste a la criatura antes de que naciera.

Las lágrimas me nublaron la vista.

—Tuve miedo —le dije a Eileen con desesperación—. Dije cosas terribles porque estaba sufriendo y porque quería escapar de ciertas cosas, pero cuando te escuché llorar…

Me llevé una mano al pecho.

—Te amé antes de poder verte.

Eileen no respondió.

La confusión había sustituido al miedo en sus ojos.

—Te busqué todos los días —continué—. No hay un solo lugar en el mundo al que no habría ido por ti.

—Eso es suficiente —interrumpió Maureen.

—No. —Mi voz salió firme—. Ya decidió durante demasiado tiempo lo que mi hija podía escuchar.

Maureen dio un paso hacia mí.

—No es tu hija únicamente. Es una Walsh.

—Es una niña. No un apellido.

—Un concepto que siempre te costó comprender. La familia exige sacrificios, es una ley implícita entre los de nuestra clase.

—Usted sacrificó cinco años de su vida para castigarme.

—La salvé de ti.

—¿De qué?

—De una mujer superficial, inestable y egoísta. De una madre que deseó su muerte antes de que naciera.

Cada palabra encontró un lugar donde herirme. Eileen me observaba. No podía defenderme mediante una mentira.

—Es verdad —dije.

Maureen pareció sorprendida.

—Durante una parte de mi embarazo deseé que no existieras —le confesé a mi hija—. No porque fueras tú. Porque creí que eras la

cadena que me obligaría a permanecer aquí.

Eileen no podía comprenderlo todo.

Tal vez ningún niño debería escuchar semejante verdad, pero yo no construiría nuestra relación sobre otra mentira.

—Me equivoqué. Tú no eras mi prisión. Eras lo único bueno que había dentro de mí, y fui demasiado cobarde para entenderlo.

La niña apretó la tela del vestido de su abuela.

—¿Por qué no viniste antes?

—Porque no sabía dónde estabas.

—Estaba aquí.

—Lo sé.

La sencillez de su respuesta me destrozó.

—Lo sé ahora.

Un movimiento en la entrada nos hizo volver la cabeza.

Connor apareció en lo alto de los escalones.

Durante cinco años había intentado imaginar cómo se vería al encontrarlo otra vez. Esperaba que el tiempo lo hubiera vuelto más pequeño, más ordinario. Que la culpa hubiera dejado alguna señal sobre su rostro. No fue así. Estaba más atractivo que antes.

La madurez había endurecido las líneas de su mandíbula y añadido algunas hebras claras junto a las sienes. Vestía un traje

oscuro, perfectamente ajustado, y sostenía un guante entre los dedos. La serenidad de su expresión parecía ensayada.

Yo, en cambio, estaba de pie bajo la lluvia, con el vestido manchado de barro, el cabello pegado al rostro y los ojos hinchados. Volví a sentirme como aquella muchacha que necesitaba su aprobación. El hábito de la inferioridad sobrevivía incluso después del amor.

Eileen vio a Connor. Su rostro cambió de inmediato.

—¡Papá!

Se desprendió de las faldas de Maureen y corrió hacia él.

Connor bajó los escalones para recibirla, la levantó con facilidad y la sostuvo contra su pecho. Eileen rodeó su cuello con los brazos. Él besó su mejilla. El gesto fue natural. La había cargado cientos de veces. Había escuchado sus primeras palabras, curado sus heridas y estado presente en cada noche en que yo la buscaba en otro país.

Sentí que el dolor podía partirme en dos.

Connor levantó la mirada hacia mí. No había sorpresa en sus ojos.

—Lilianne.

Mi nombre sonó casi afectuoso en su voz.

—Sabías que vendría.

—Lo esperaba.

—¿Desde cuándo?

—Desde que comenzaste a acercarte demasiado.

Apreté los puños.

—Baja a mi hija.

Eileen se aferró con más fuerza a él.

—Está asustada.

—Porque ustedes le enseñaron a temerme.

—Porque una desconocida ha llegado gritando a su casa.

Desconocida.

La palabra me hizo tambalear. Ciarán dio un paso hacia mí. Connor lo advirtió. Su mirada descendió sobre él con una frialdad inmediata.

—Doctor Doyle.

—Walsh.

Connor sonrió.

—Veo que continúa acompañando a mi esposa.

—No soy tu esposa.

—Los documentos dicen lo contrario.

—Porque te niegas a firmarlos.

—No acepto decisiones tomadas bajo influencia de otras personas.

—¿Renata? ¿Ciarán? ¿Cualquiera que recuerde que tengo voluntad?

Eileen miró de uno a otro. Connor suavizó el rostro para ella.

—Entra con la abuela, pequeña.

—No —dije.

Mi hija se sobresaltó. Controlé la voz.

—Por favor. Quiero que se quede.

—Ha sido suficiente por hoy —respondió Connor.

—Cinco años no son suficientes para ti.

La mandíbula se le tensó.

—No tendremos esta conversación bajo la lluvia.

—Tú no decides dónde hablamos.

—Sigues creyendo que has cambiado más de lo que lo hiciste.

Maureen extendió los brazos hacia Eileen. La niña dudó antes de pasar a los de su abuela. Quise acercarme, pero Connor se interpuso.

—Puedes entrar —dijo.

Miré hacia la puerta.

Detrás de ella estaba la casa donde me habían humillado, vigilado y despojado de mi hija. Las ventanas parecían observarme. Incluso el olor que escapaba desde el vestíbulo —cera, flores y madera quemada— despertó un miedo antiguo.

Connor dirigió la mirada hacia Ciarán.

—Él no.

—Vendrá conmigo.

—No bajo mi techo.

—No entraré sola.

—Entonces no entrarás.

Nos observamos. Eileen permanecía en brazos de Maureen, mirando por encima de su hombro. Si me marchaba, quizá no volverían a permitirme verla. Aquello era lo que Connor sabía.

La trampa no necesitaba cerrarse con violencia. Le bastaba con colocar a mi hija al otro lado de una puerta. Ciarán se acercó a mí.

—No tienes que hacerlo.

—Sí.

—Podemos regresar con ayuda legal.

—La moverán.

—Lilianne.

—Si salimos de esta propiedad, desaparecerá otra vez.

Connor no negó aquella posibilidad. Eso decidió por mí.

Me volví hacia Ciarán. Había lluvia en su cabello y preocupación en sus ojos. Quise pedirle que entrara a la fuerza, que me protegiera de aquella casa y de la versión de mí misma que todavía vivía en

ella, pero Connor esperaba precisamente que necesitara a otro hombre para enfrentarme a él.

—Estaré bien —dije.

Ciarán miró la fachada.

—No lo sabes.

—No.

—Entonces no me lo prometas.

Bajé la voz.

—No me iré sin verla otra vez.

—Puedo quedarme junto a la entrada.

—Connor llamará a sus hombres.

—Que los llame.

—Ciarán.

Su expresión se endureció.

—Si la puerta se cierra y algo ocurre…

—Encontraré la forma de abrirla.

—Eso dijiste la última vez.

—La última vez no sabía quién era.

Sus ojos buscaron los míos.

—¿Y ahora?

Miré a Eileen.

—Ahora soy su madre.

Ciarán no pareció convencido. Tampoco intentó detenerme. Me quité los guantes mojados y se los entregué. Sus dedos rozaron los míos.

—No firme nada —dijo.

—No lo haré.

—No acepte ninguna condición.

—No.

—Y si necesita salir…

—Gritaré.

—No espere hasta entonces.

Asentí. Connor observaba nuestro intercambio con una quietud peligrosa. Me volví hacia él.

—Entremos.

Subí los escalones. Cada paso parecía devolverme a una época de la que había huido. El cuerpo recordaba más que la mente: el modo de mantener la espalda recta, la necesidad de no mirar a los empleados y aquella antigua tensión en el estómago al sentir a Maureen cerca.

Al alcanzar la entrada, Eileen me observó desde los brazos de su abuela. Intenté sonreír. Ella no apartó la mirada. Fue suficiente. Connor entró primero. Maureen lo siguió con la niña. Yo me detuve en el umbral y miré atrás.

Ciarán permanecía en el jardín, inmóvil bajo la lluvia. Sostenía mis guantes entre las manos y me observaba como si tratara de memorizar la última imagen de mí antes de que la casa me tragara.

—Lilianne —llamó Connor desde el interior.

Crucé el umbral.

La puerta se cerró detrás de mí.

El sonido recorrió el vestíbulo como el golpe de una cerradura.

9 Las condiciones del regreso

Connor no me permitió permanecer mucho tiempo en el vestíbulo.

Apenas se cerró la puerta, una doncella apareció para recoger mi abrigo. Era una mujer joven, demasiado joven para que yo pudiera reconocerla de los años de mi matrimonio. Evitó mirarme directamente mientras deslizaba la prenda húmeda de mis hombros.

El interior de la casa olía igual. Cera de muebles. Carbón encendido. Flores frescas en habitaciones donde nadie se detenía a contemplarlas.

El mío me esperaba allí.

Maureen subió con Eileen sin despedirse.

Mi hija continuaba observándome desde los brazos de su abuela. Tenía una mano cerrada alrededor de la cadena que colgaba del cuello de Maureen y la otra apoyada contra su hombro.

Quise llamarla.

Connor se interpuso en mi campo de visión.

—Tendrás tiempo para verla.

—¿Cuándo?

—Cuando podamos hablar sin convertirlo todo en espectáculo.

—No fui yo quien hizo de esto un espectáculo.

—Te arrodillaste en el jardín bajo la lluvia.

—Acababa de encontrar a mi hija después de cinco años.

—Y la asustaste.

Miré hacia la escalera. Eileen había desaparecido.

—¿Dónde la lleva tu madre?

—A cambiarse. Está mojada.

—Quiero ir con ella.

—No.

La respuesta fue tranquila, demasiado conocida.

Connor señaló el corredor que conducía a su despacho.

—Primero hablaremos.

No me tocó. No necesitó hacerlo. Mi hija se encontraba en algún lugar del piso superior, y ambos sabíamos que yo lo seguiría a cualquier parte con tal de no alejarme de ella.

Avancé detrás de él.

Tuve que detenerme.

Connor volvió la cabeza.

—¿Qué ocurre?

—Nada.

—Sigues siendo una pésima mentirosa.

Apoyé una mano contra la pared.

La piedra estaba fría bajo el papel decorado.

—Solo necesito un momento.

—Has tenido cinco años.

La crueldad fue tan limpia que tardé en sentirla.

Enderecé la espalda.

—Continúa.

Su despacho se encontraba al final del corredor.

Connor abrió la puerta y esperó a que entrara. El gesto habría parecido cortés ante cualquier otra persona. Yo reconocí la vigilancia detrás de él. La habitación tampoco había cambiado. Los estantes cubrían una pared completa. Sobre el escritorio descansaban varias carpetas, un tintero y una lámpara de pantalla verde. La chimenea estaba encendida, aunque el fuego era bajo, contenido con la misma disciplina que todo en aquella casa.

Junto a la ventana continuaba el sillón donde Connor se sentaba a leer mis cartas antes de enviarlas. Nunca me había preguntado si podía hacerlo. Lo consideraba parte de sus derechos.

Al cerrar la puerta, el sonido del pestillo me tensó el cuerpo.

Connor lo notó.

—No estás prisionera.

—Esa frase suele pronunciarla quien tiene la llave.

Una sonrisa breve apareció en sus labios.

—Has aprendido a responder.

—He aprendido muchas cosas desde que me fui.

—Eso dicen los periódicos.

Connor sirvió vino y ocupó la silla detrás del escritorio. Rechacé sentarme.

—Te eché de menos —dijo.

Solté una risa sin humor.

—No hagas eso.

—¿Qué cosa?

—Hablar como si yo hubiera salido de viaje y acabara de regresar.

—Eso es lo que la mayoría cree. Connor explicó que él y Maureen habían convertido mi ausencia en una historia respetable: una esposa dedicada a obras de caridad y asuntos familiares. Sin Renata y Seth cerca, la sociedad había aceptado la versión más cómoda.

Sentí una lágrima deslizarse por mi mejilla.

No la limpié.

—¿Qué significa para mí?

Connor dejó la copa sobre el escritorio.

—Significa que aún puedes regresar.

—Ya regresé.

—No hablo de entrar en esta casa durante unas horas.

—Entonces habla con claridad.

Se reclinó en la silla.

—Quiero a mi esposa a mi lado.

La habitación quedó en silencio.

El fuego produjo un pequeño chasquido.

—No soy tu esposa.

—Legalmente sí.

—Porque te has negado a firmar.

—Porque un Walsh no se divorcia.

—Eso no es una razón.

—Es la única que necesito.

Me acerqué al escritorio.

—Me mentiste sobre nuestra hija.

—Mi madre tomó ciertas decisiones.

—Tú las permitiste.

—No conocía todos los detalles.

—Pero cuando los descubriste, continuaste ocultándola.

Connor no respondió.

Apreté los labios para contener la rabia.

—Me enviaste por media Europa.

—No personalmente.

—Sabías que las pistas eran falsas.

—Sabía que estabas buscando.

—¿Y nunca pensaste en detenerlo?

—Esperaba que te cansaras.

La sinceridad fue más cruel que una negación.

—¿Que me cansara de buscar a mi hija?

—Que comprendieras que tu lugar estaba aquí.

—¿Junto a ti?

—Junto a tu familia.

—Mi familia estaba en esta casa y me hicieron creer que murió.

Connor se puso de pie.

—No vine a discutir el pasado.

—Tú me trajiste a su centro.

—Te ofrecí una solución.

—No he oído ninguna.

Rodeó el escritorio y se detuvo frente a mí. No estaba lo bastante cerca para tocarme, pero sí para obligarme a levantar la cabeza.

—Regresa a casa.

Lo miré.

—¿A cambio de qué?

—De nada.

—No te creo.

—Vuelve a ocupar tu lugar. Permite que la sociedad vea que nuestro matrimonio continúa intacto. Yo facilitaré que conozcas a Eileen.

La esperanza apareció antes que la razón.

Fue inmediata y vergonzosa.

—¿Podré estar con ella?

—Es tu hija.

—Eso no te impidió ocultarla.

—No podemos cambiar lo ocurrido.

—Tú no quieres cambiarlo. Quieres utilizarlo.

Connor suspiró.

—Quiero evitar más escándalos.

—Yo quiero a mi hija.

—Entonces, por una vez, nuestros intereses coinciden.

El vino me revolvió el estómago.

—¿Y tu madre?

—Puedo controlarla.

Le recordé que antes no había controlado a Maureen y que yo había huido porque temía que me encerraran. Connor redujo aquello a una discusión desagradable: ahora había vuelto y debía permanecer en la casa, actuar como su esposa y confiar en que él mantendría a su madre a raya. Cuando pregunté si esperaba que

compartiéramos habitación, no respondió con claridad. Dijo que nuestro matrimonio podía volver a funcionar. Yo le recordé que nunca había funcionado y que me había elegido por ser «adecuada». Él replicó que ahora me ofrecía recuperar a Eileen.

—La niña te teme.

Sentí el golpe en el centro del pecho.

—Porque tu madre le mintió.

—Porque no te conoce.

—Permíteme conocerla.

—Eso estoy intentando hacer.

—Bajo tus condiciones.

—Todo tiene condiciones, Lilianne. Hasta tu trabajo en esos orfanatos depende de personas que exigen algo a cambio de su dinero.

—Los niños no son utilizados para castigar a sus madres.

—No estoy castigándote.

—Entonces déjame llevarme a Eileen.

La respuesta apareció en su rostro antes que en su voz.

—No.

—Soy su madre.

—Yo soy su padre.

—Tú supiste dónde estaba durante años.

—Y gracias a eso ha crecido protegida.

—Le robaron cinco años conmigo.

—Le evitamos una vida inestable.

—¿Inestable?

—Viajaste de ciudad en ciudad, viviste en hospicios y trabajaste con personas que no conocías. ¿Eso era lo que querías para ella?

—La habría criado conmigo.

—¿En un orfanato?

—En un lugar donde habría aprendido compasión.

—Es una Walsh.

—Es una niña.

—Es mi heredera.

—Ahí está.

La rabia me hizo llorar de nuevo.

—Nunca se trató de protegerla. Se trató del apellido.

Connor volvió hacia su escritorio.

—Puedes interpretar mis motivos como prefieras.

—¿Qué le han dicho sobre mí?

—Lo necesario.

—Quiero saberlo.

—Que estabas enferma.

—No parece creerlo. Corrió de mí.

—Porque hoy gritaste, acusaste a su abuela y le hablaste de asuntos que no comprende.

—Le dije la verdad.

—La verdad no siempre es un regalo.

—La mentira tampoco.

Connor sirvió más vino en su copa.

—Eileen me ama.

Aquella frase no parecía necesitar respuesta.

—Te ama porque has estado con ella.

—Y cree en mí.

Comprendí entonces la amenaza. No estaba presumiendo del afecto de nuestra hija. Me advertía que podía darle cualquier versión de mí y que ella la aceptaría porque él era su padre, su refugio y el hombre que la había sostenido desde que podía recordar.

Connor volvió a mirarme.

—Si le digo que viniste a quedarte, lo creerá.

—Y si no acepto…

—No he dicho eso.

—No hace falta.

—No deseo alejarla de ti.

—Ya lo hiciste.

—Deseo que su madre recupere el juicio y vuelva a su familia.

—¿Y si me niego?

Connor bebió lentamente.

—Eileen ya ha sufrido bastante.

Me limpié el rostro.

—Lo pensaré.

La satisfacción apareció apenas en sus ojos.

—Eso es todo lo que te pido.

—No. Me pides que regrese a un matrimonio que me destruyó para ganarme el derecho de hablar con mi propia hija.

—Te pido que pienses en ella antes que en tu orgullo.

—No hables de mi orgullo.

—Abandonaste esta casa para demostrar que podías vivir sin mí.

—Abandoné esta casa porque ustedes me hicieron creer que mi hija estaba muerta, ¿qué esperaban que hiciera?

—Y ahora está viva.

Connor extendió una mano hacia la puerta.

—No desperdicies otra oportunidad por escuchar a personas que no pertenecen a esta familia.

—Ciarán pertenece a mi vida.

Su expresión se endureció.

—El doctor no volverá a entrar en esta casa.

—No puedes impedir que lo vea.

—Mientras estés bajo mi techo, sí.

—Entonces no permaneceré bajo él.

Me dirigí hacia la puerta.

Connor habló antes de que pudiera abrirla.

—¿Y Eileen?

Mi mano se detuvo sobre el picaporte.

—No la utilices.

—Solo te recuerdo por qué estás aquí.

—Quiero verla esta noche.

—Necesita descansar.

—Quiero verla.

Connor guardó silencio durante algunos segundos.

—Puedes acompañarla durante la cena.

—A solas.

—No.

—Con una doncella.

—Estaremos todos.

No era una concesión, era una representación.

La familia Walsh reunida alrededor de una mesa, con la esposa pródiga ocupando de nuevo su lugar.

—Después quiero darle las buenas noches.

—Veremos cómo se encuentra.

—No aceptaré que tu madre decida.

—Yo decidiré.

Lo odié por la tranquilidad con que pronunciaba aquellas palabras.

—Lo pensaré —repetí.

—Bien.

Connor abrió la puerta, el corredor estaba vacío.

—He pedido que preparen una habitación para ti.

—No dormiré contigo.

—No he dicho que lo hagas.

—Todavía.

Una sonrisa escueta apareció en su rostro.

—Tu antigua habitación está disponible.

No nuestra habitación. La mía. El dormitorio donde había llorado después de las fiestas y esperado a un esposo que no regresaba.

—¿Dónde está Eileen?

—En el ala oriental, cerca de mi madre.

—Quiero una habitación junto a la suya.

—No alteraremos sus costumbres el primer día.

—Soy su madre.

—Entonces comienza a pensar como una.

Me volví hacia él.

—¿Qué significa eso?

—Que dejes de hacerla sufrir para aliviar tu culpa.

La acusación me dejó inmóvil.

—Quería ser sincera con ella.

—Tiene cinco años.

—Necesitaba saber que no la abandoné.

—Necesitaba sentirse segura.

Connor cerró la puerta del despacho detrás de sí.

—No eres una de las mujeres de tus hospicios a las que puedes ofrecer una confesión y esperar que eso repare cuanto ocurrió.

—No esperaba que lo reparara.

—Entonces ¿por qué le dijiste que deseaste que no existiera?

—Porque tu madre utilizaría esas palabras contra mí.

—Y decidiste hacerlo primero.

—No iba a mentirle.

—Una madre verdadera no arroja sobre una niña pequeña su dolor para tratar de sentirse honesta.

La vergüenza descendió lentamente por mi cuerpo. Yo había hablado desde la desesperación. Había necesitado explicar mis peores pensamientos antes de que Maureen los deformara. No me detuve a pensar qué podía comprender Eileen.

Connor vio mi duda y la utilizó.

—Claramente no sabes ser madre.

Levanté la mirada.

—No te atrevas.

—Una madre habría protegido su inocencia.

—Me robaron la oportunidad de aprender.

—Tuviste cinco años para hacerlo con los niños de otros.

La frase fue cruel porque rozaba una culpa que ya vivía en mí.

—No compares.

—¿Por qué? ¿Con ellos tienes paciencia? ¿Con ellos sabes esperar a que estén preparados para escuchar la verdad?

No respondí. Connor se acercó lo suficiente para bajar la voz.

—Eileen no necesita una mujer que aparezca para confesarle sus pecados. Necesita una madre.

—Lo soy.

—Entonces demuéstralo.

Se alejó.

Una doncella esperaba al final del corredor. Connor le indicó que me acompañara a mi habitación y ordenó que enviaran ropa seca.

—La cena será a las siete —dijo—. Procura estar presentable. Eileen ya ha tenido suficientes sobresaltos por hoy.

No contesté. Seguí a la doncella por las escaleras. Sentía la mirada de Connor en mi espalda. Cada peldaño despertaba otro

recuerdo. El sonido de una fiesta. La voz de Maureen. El roce de un vestido que alguna vez escogí para agradar a mi esposo. Al llegar al piso superior, miré hacia el corredor donde había desaparecido Eileen.

—¿Cuál es su habitación? —pregunté.

La doncella vaciló.

—Lady Eileen duerme cerca de los aposentos de la señora Walsh.

—Muéstramela.

—El señor ha dicho que debo acompañarla a su cuarto.

—Solo quiero saber dónde está.

—Lo siento. —La muchacha bajó la mirada.

No insistí. No era ella quien había construido aquella prisión. Continuamos hasta mi antiguo dormitorio. La puerta estaba abierta. Todo se encontraba preparado. Habían encendido la chimenea, colocado flores sobre el tocador y dejado un vestido sobre la cama. Incluso habían abierto las cortinas para que pudiera ver el jardín donde había encontrado a mi hija.

Apoyé la mano contra el cristal. El mensaje era claro. No esperaba que construyéramos una vida nueva. Esperaba devolverme a la antigua. Miré mi reflejo en la ventana. Connor quería una esposa obediente. Maureen, una madre a quien pudiera vigilar. Eileen, quizá, solo quería que aquella desconocida dejara de llorar delante de ella. Yo deseaba abrazar a mi hija, pero por primera vez

comprendí que encontrarla no bastaba. Tendría que conseguir que me conociera y para hacerlo debía permanecer en la casa de las personas que habían llenado su infancia con mi ausencia.

Connor me había ofrecido una elección. Regresar a su lado y acercarme a Eileen o conservar la libertad incompleta que había construido y perderla otra vez. No era una elección, era una amenaza vestida de cortesía. Me limpié las lágrimas. Después miré el vestido azul sobre la cama. Aún no sabía cuánto estaba dispuesta a fingir. Solo sabía que, si Connor creía que podía utilizar el amor por mi hija para convertirme de nuevo en la mujer que abandonó aquella casa, todavía no comprendía lo que cinco años de búsqueda habían hecho conmigo.

10 La mujer que decidió quedarse

No dormí aquella noche. Permanecí tendida sobre la cama que había ocupado durante mi matrimonio, con los ojos abiertos hacia un techo que conocía demasiado bien. La habitación estaba en silencio, salvo por el viento que rozaba las ventanas y el murmullo ocasional de las tuberías.

Connor había ordenado que encendieran la chimenea.

Aquel pensamiento no era nuevo. Sin embargo, dentro de la casa donde había sucedido todo, adquiría una claridad más dolorosa.

Yo había sido aquella princesa sin corona que recorría los corredores exigiendo flores frescas, té servido a la temperatura exacta y vestidos planchados sin una sola arruga.

Pensé en la doncella cuyo nombre no recordaba, en la mujer mayor a quien obligué a bajar dos veces las escaleras porque no me gustaba la porcelana, en todas las personas a las que había hecho pagar por una humillación que no les pertenecía.

Había cambiado, pero cambiar no significaba dejar de haber sido. La verdadera transformación no borra a la persona anterior. La obliga a acompañarnos para que recordemos de qué somos capaces.

Me levanté antes del amanecer. El suelo estaba frío bajo mis pies. Aparté las cortinas y abrí las puertas del balcón. El aire de Irlanda entró en la habitación con olor a tierra mojada, hojas y humo lejano. La lluvia había cesado. Sobre los jardines permanecía una niebla ligera, suspendida a poca altura, y las ramas de los árboles brillaban bajo las primeras luces. Me envolví en una manta y salí.

Durante varios minutos no ocurrió nada.

Después el cielo comenzó a aclararse.

Tal vez se despertaría y preguntaría por la mujer que había llorado frente a ella. Tal vez Maureen le explicaría que yo era inestable, egoísta y peligrosa. Connor sabría utilizar mi desesperación, le diría que aparecí después de años de ausencia para alterar la paz de la casa.

Si me marchaba, ellos conservarían el relato, yo volvería a convertirme en una figura lejana, una mujer de la que podían decir cualquier cosa porque nunca estaba presente para contradecirlos.

No podía recuperar cinco años en una mañana, tampoco podía exigirle a Eileen que me amara porque compartíamos sangre, tendría que quedarme. No para ocupar de nuevo mi lugar junto a Connor, sino para construir uno junto a ella.

Yo había sido débil, había sido sumisa, había confundido el lujo con la felicidad y el matrimonio con la salvación.

No era una santa, ni una víctima perfecta. Era una mujer que se había equivocado y había continuado viviendo el tiempo suficiente para intentar repararlo. Eso era lo que quería enseñar a Eileen. Que una mujer podía caer, podía ser cruel, ignorante y cobarde. Y aun así podía levantarse, las veces que fueran necesarias.

Escuché movimiento dentro de la habitación.

Una doncella había entrado con una bandeja. Era una mujer de mediana edad, de rostro delgado y cabello oscuro oculto bajo una cofia. Al verme en el balcón se detuvo.

—Disculpe, señora Walsh. No sabía que estaba despierta.

Regresé a la habitación. Ella dejó la bandeja sobre una mesa y comenzó a ordenar el vestido azul.

—No lo usaré.

Sus manos se detuvieron.

—El señor pidió que estuviera preparado.

—Lo sé.

La mujer mantuvo la mirada baja.

—Puede retirarlo.

—Sí, señora.

La observé durante unos segundos.

—¿Cómo se llama?

La pregunta pareció sorprenderla.

—Nora.

—¿Trabajaba aquí cuando yo vivía en la casa?

—En la cocina.

Intenté recordar su rostro. No pude.

—¿La traté mal?

Nora levantó la cabeza.

—Señora…

—No es necesario que me proteja.

Su expresión se volvió cautelosa.

—Era usted muy joven.

—Eso no es una respuesta.

Nora dobló el vestido con cuidado.

—Había días difíciles.

—Para usted o para mí.

—Para todos.

Sentí vergüenza.

—Lo siento.

La mujer me miró, no con gratitud, con desconcierto.

Una disculpa no reparaba los años en que yo apenas la había considerado una persona. Tampoco tenía derecho a esperar que me perdonara porque hubiera aprendido a pronunciar dos palabras.

—No tiene que responder —añadí—. Solo quería decirlo.

Nora asintió lentamente.

—La señorita Eileen suele desayunar a las ocho.

Mi corazón se aceleró.

—¿Con Connor?

—Con el señor y la señora Walsh.

—Gracias.

Nora tomó el vestido.

Antes de salir se detuvo junto a la puerta.

—A la niña le gustan los caballos.

—¿Monta?

—Un poni. Se llama Clover.

Sonreí.

—Yo odiaba ensuciarme en los establos.

—La señorita Eileen no parece haber heredado eso.

Una calidez dolorosa atravesó mi pecho.

—Me alegra.

Nora salió.

Permanecí sola otra vez, no me vestí para complacer a Connor, tampoco intenté corregir el cabello desordenado ni ocultar las marcas de cansancio bajo mis ojos. Me puse la ropa del día anterior, ya seca aunque todavía arrugada, y recogí mis cabellos con una cinta sencilla.

Deseaba que me viera como era, sin diamantes, sin seda, sin la apariencia de una esposa dócil recuperada después de una larga ausencia. Esperé. No quería presentarme en el comedor antes de que me llamaran. Connor interpretaría cualquier movimiento como una impaciencia que podía utilizar contra mí.

Así que permanecí junto a la ventana hasta que una doncella anunció que él deseaba verme en el despacho.

Descendí sin apresurarme.

Al pasar junto al comedor escuché la risa de Eileen. Mis pasos se detuvieron. La puerta estaba entreabierta. Alcancé a ver una parte de la mesa, la espalda de Maureen y un pequeño brazo que intentaba alcanzar algo en el centro. Quise entrar, pero no lo hice.

Aquella sería mi primera prueba.

Connor deseaba determinar el ritmo de nuestra relación. Yo aceptaría avanzar despacio, pero no porque él tuviera derecho a imponerlo. Lo haría porque Eileen necesitaba tiempo.

Continué hasta el despacho.

Connor estaba de pie detrás del escritorio. Vestía de manera impecable, como si hubiera dormido toda la noche sin un solo pensamiento desagradable.

Sus ojos recorrieron mi aspecto.

—Esperaba que utilizaras el vestido.

—Lo imaginé.

—¿No te gustó?

—No soy una muñeca que puedas vestir para recordar una época.

Connor indicó la silla frente a él. Esta vez me senté. No porque me lo ordenara, porque pensaba permanecer todo el tiempo necesario.

—He tomado una decisión —dije.

—Doce horas después.

—Algunas decisiones merecen una noche entera.

—Y otras deberían resultar evidentes desde el principio.

Ignoré el comentario.

—Me quedaré.

Connor no sonrió. La satisfacción apareció, sin embargo, en la relajación de sus hombros.

—Es lo más sensato.

—No he terminado.

—Por supuesto.

—Me quedaré por Eileen.

—Eso ya lo sé.

—No regresaré a nuestra habitación. No compartiré tu cama y no permitiré que hables de una reconciliación frente a ella.

Connor apoyó las manos sobre el escritorio.

—Has aceptado con rapidez para comenzar a imponer condiciones.

—No son condiciones. Son límites.

—En mi casa.

—En mi cuerpo. —Su expresión se endureció—. No necesito que me des una respuesta ahora. Anoche preguntaste qué estaba dispuesta a hacer para conocer a mi hija.

—Y ya has decidido.

—Haré lo necesario para acercarme a ella. Asistiré a las cenas, permaneceré en la casa y permitiré que la sociedad crea aquello que tanto te preocupa representar.

—Nuestro matrimonio continúa legalmente.

—La sociedad puede fingir que también continúa en privado, pero lo siento, yo no lo haré.

Connor guardó silencio.

—¿Eso es todo? —preguntó.

—No. Quiero verla.

—Ya te expliqué que será un proceso lento.

—Lo acepto.

Las palabras me dolieron.

Quería subir las escaleras, tomarla entre mis brazos y no permitir que nadie volviera a separarnos, pero Eileen no era el bebé que me

habían arrebatado, era una niña con recuerdos, afectos y miedos propios. Yo tendría que ganarme su confianza.

—Comenzarás con encuentros breves —dijo Connor—. Siempre habrá alguien presente.

—¿Tu madre?

—O yo.

—Preferiría una doncella.

—No decides eso.

—Eileen tampoco debería sentir que está siendo examinada.

Connor me observó con cierto interés.

—Al menos has aprendido algo durante tus meditaciones.

—He aprendido muchas cosas durante cinco años.

—Veremos cuáles te sirven aquí.

Apreté las manos sobre el regazo.

—¿Cuándo puedo verla?

—Durante el almuerzo.

—¿Por qué no en el desayuno?

—Porque está comiendo y no alteraré su rutina por tu impaciencia.

La palabra me irritó. Aun así, asentí.

—Almorzaré con ella.

—Con todos nosotros.

—Bien.

Connor se acercó a la ventana.

Desde allí podía verse el camino de entrada.

—Hay otro asunto.

No necesité preguntar.

—Ciarán.

—El doctor ha pasado la noche cerca de la propiedad.

—Porque no sabía si yo estaba a salvo.

—Estabas dentro de mi casa.

—Exactamente.

Connor se volvió.

—No toleraré que permanezca merodeando.

—No merodea. Espera.

—Debe marcharse.

—No puedes decidir adónde va.

—Puedo decidir quién permanece en mis tierras.

—Hablaré con él.

—Ahora.

—Después de ver a Eileen.

—Ahora, Lilianne.

Su tono despertó el antiguo miedo. La orden. La certeza de que la desobediencia tendría consecuencias.

Respiré antes de responder.

—Hablaré con él porque necesito explicarle mi decisión. No porque tú me lo ordenes.

Connor sonrió ligeramente.

—Puedes llamarlo como prefieras mientras lo hagas.

Me puse de pie.

—No confundas mi permanencia con una rendición.

—Has regresado a mi casa y has aceptado vivir bajo mi techo.

—Para recuperar a mi hija.

—Las razones cambian menos las cosas de lo que imaginas.

—Eso es lo que tú esperas.

Connor abrió la puerta.

—Un empleado te acompañará.

—No lo necesito.

—No estaba preguntando.

Salí sin responder. Ciarán se encontraba junto al camino, cerca del automóvil. Había pasado la noche en una pequeña posada de la zona, pero regresó antes del amanecer. Llevaba la misma ropa del día anterior y una expresión cansada.

Cuando me vio, avanzó hacia mí. El empleado de Connor permaneció cerca de la entrada, fingiendo no escuchar.

—¿Está bien? —preguntó Ciarán.

—Sí.

—No lo parece.

—No he dormido.

—Entonces vámonos.

—No puedo.

Sus ojos se detuvieron en mi rostro.

—¿Qué ha ocurrido?

—He decidido quedarme.

Ciarán no reaccionó de inmediato.

La mañana era clara, pero el aire continuaba frío. Detrás de él, la niebla se retiraba lentamente de los campos.

—¿Connor la obligó?

—No.

—¿Utilizó a Eileen?

—Sí.

Su mandíbula se tensó.

—Entonces te obligó.

—No es tan sencillo.

—Desde aquí parece bastante sencillo.

—Mi hija me teme.

—Porque ellos la educaron para hacerlo.

—Y no cambiará si me marcho.

—Podemos iniciar acciones legales.

—Connor tendrá tiempo para esconderla otra vez.

—Millie y Killian pueden proteger los documentos.

—Eso no me devolverá los años que ella ha vivido aquí.

Ciarán me observó con desesperación contenida.

—¿Qué le ha ofrecido?

—Tiempo con Eileen.

—¿A cambio de qué?

—De quedarme en la casa y permitir que todos crean que nuestro matrimonio sigue intacto.

—No.

La palabra fue inmediata.

—No es tu decisión.

—Es una trampa.

—Lo sé.

—Entonces no entres voluntariamente.

—Ya estoy dentro.

Ciarán miró hacia la casa.

—Anoche dijo que encontraría una forma de abrir la puerta.

—La encontraré.

—¿Desde el interior?

—Es el único lugar donde puedo estar cerca de ella.

Se acercó.

—Lilianne, Connor conoce sus miedos. Sabe qué decir para hacerla sentir culpable y qué parte de usted debe herir para que obedezca.

—También yo lo conozco.

—No como cree.

—Viví con él.

—Precisamente.

El dolor apareció detrás de su preocupación.

—Hay lugares donde una persona vuelve a convertirse en quien era.

Miré las ventanas de la casa.

—Anoche casi ocurrió.

—Entonces ven conmigo.

—No.

—Podemos buscar otra forma.

—He pasado cinco años buscando otras formas.

Ciarán bajó la voz.

Ciarán temía que Connor me aislara y que yo volviera a convertirme en quien había sido. Le expliqué que su presencia permitiría a Connor decirle a Eileen que había abandonado a su padre por otro hombre. Necesitaba que se alejara durante un

tiempo, no que desapareciera. Él lo llamó aislamiento; yo, el principio de un plan: conocer a mi hija.

Ciarán se acercó un poco más.

—Mírame.

Lo hice.

—¿Estás segura?

No lo estaba.

La casa se alzaba detrás de mí como una amenaza. Maureen esperaba cualquier debilidad. Connor creía que podía devolverme a la antigua Lilianne. Mi hija no quería acercarse a mí. Sin embargo, por primera vez no confundí la incertidumbre con incapacidad.

—Sí.

Ciarán estudió mi rostro. Tal vez encontró algo que no había estado allí el día anterior. No seguridad absoluta. Determinación.

—Estaré en Dublín —dijo finalmente.

—No demasiado cerca.

—Lo bastante.

—Connor podría vigilarte.

—Que lo haga.

—Ciarán.

—No pienso regresar a Francia mientras usted permanezca aquí.

No discutí. Me bastaba saber que no desaparecería.

—Millie y Killian deben continuar investigando —dije—. Quiero saber quién cuidó de Eileen cuando era bebé, qué médicos firmaron los registros y qué pagos hizo Maureen.

—Me ocuparé.

—También necesito una copia de los documentos del divorcio.

—¿Piensa firmar algo?

—No.

—Connor intentará convencerla.

—Lo sé.

Acordamos que permanecería en Dublín, continuaría la investigación y buscaría una forma discreta de comunicarse conmigo. Si algo cambiaba, yo se lo haría saber.

El empleado de Connor se movió junto a la entrada.

Nuestro tiempo había terminado.

—Debe irse —dije.

—Lo sé.

Ninguno se movió.

—Gracias por acompañarme.

—No me des las gracias como si esto fuera una despedida.

—No lo es.

—Entonces no la pronuncies de esa manera.

Sonreí.

Ciarán no.

—Ten cuidado —dijo.

—Lo tendré.

—No intentes demostrar que puedes soportarlo todo.

—No necesito demostrar nada.

—Bien.

Ciarán subió al automóvil.

Permanecí junto al camino mientras el vehículo se alejaba.

No miró hacia atrás.

Quizá sabía que, si lo hacía, yo podía perder el valor.

Cuando desapareció detrás de los árboles, sentí la ausencia de su presencia como una corriente fría.

Regresé hacia la casa. Connor continuaba junto a una ventana del piso inferior. No podía distinguir su expresión, pero sabía que había observado toda la conversación.

No me detuve. Al llegar al vestíbulo escuché unos pasos rápidos sobre el piso superior. Levanté la vista. Eileen cruzó el extremo del corredor, perseguida por una doncella que sostenía una cinta para el cabello. La niña rio y desapareció detrás de una puerta.

No me vio.

Yo sí.

Fue suficiente para recordar por qué estaba allí.

No había otra forma de recuperarla que permaneciendo cerca.

Tendría que soportar la casa, la vigilancia y las condiciones de Connor. Tendría que permitir que Eileen me conociera en fragmentos pequeños, sin exigirle un amor que todavía no sentía.

Quizá el sacrificio no consistía en sufrir en silencio.

Quizá consistía en saber por qué dolor valía la pena quedarse y ante cuál era necesario rebelarse.

Subí las escaleras.

Mi hija estaba al otro lado de aquella casa.

Esta vez no permitiría que me enviaran lejos.

11 Las flores que regresan

Las flores aparecieron tres días después de que decidí quedarme.

Eran peonías blancas. Mis favoritas. Las encontré sobre la mesa del desayuno, dispuestas en un jarrón de cristal que reconocí de inmediato. Había pertenecido a la madre de Connor y solo se utilizaba en ocasiones que Maureen consideraba dignas de la familia.

La luz de la mañana atravesaba los pétalos, revelando venas pálidas en su interior. Olían a primavera, aunque afuera la lluvia continuaba golpeando los cristales y los árboles del jardín se inclinaban bajo el viento. Eileen estaba sentada frente a mí. Untaba mermelada sobre una rebanada de pan con una concentración absoluta. Maureen vigilaba cada uno de sus movimientos, corrigiendo la forma en que sostenía el cuchillo y recordándole que una señorita Walsh no debía apoyar los codos sobre la mesa.

Connor ocupaba la cabecera.

No miró las flores hasta que yo lo hice.

—Pensé que alegrarían la habitación —dijo.

Toqué uno de los pétalos.

—¿Por qué?

—Porque te gustan.

—Me gustaban.

—No sabía que las flores pudieran ofenderte con los años.

Su tono era ligero. Maureen dejó la taza sobre el plato.

—Una mujer debería saber recibir un gesto amable sin interrogarlo.

—También debería aprender a desconfiar de aquello que llega después de una amenaza —respondí.

Eileen levantó la cabeza. Me arrepentí de inmediato. Connor siguió mi mirada y cambió de expresión.

—Tu madre quiere decir que las sorpresas pueden resultar extrañas cuando una persona ha pasado mucho tiempo lejos.

La niña me observó.

—¿No te gustan?

Sus ojos azules descendieron hacia las peonías.

Tomé el jarrón y lo acerqué.

—Son preciosas.

—Papá dijo que eran tus favoritas.

—Lo eran cuando tenía tu edad.

No era cierto. A los cinco años yo prefería cualquier flor que pudiera arrancar del jardín sin que Amber me sorprendiera. Pero

Eileen sonrió. Fue apenas un movimiento de sus labios. Suficiente para que las peonías dejaran de parecerme una amenaza.

Connor lo vio.

A partir de aquella mañana comenzaron los regalos. Primero fueron pequeños. Un libro sobre los hospitales infantiles de Francia, colocado sobre mi escritorio sin nota alguna. Después, un par de guantes nuevos porque los que llevaba al llegar todavía conservaban manchas de barro. Una caja de té procedente de la India, del mismo tipo que Amber preparaba cuando yo enfermaba.

Más tarde llegaron las joyas. Connor ordenó que limpiaran varias piezas que habían pertenecido a las mujeres Walsh y las hizo colocar en mi habitación. Encontré perlas, broches y una pulsera de esmeraldas sobre un paño de terciopelo.

Llamé a la doncella.

—Llévatelas.

Nora miró las piezas y después a mí.

—El señor pidió que permanecieran aquí.

—Yo pido que no.

—¿Adónde quiere que las lleve?

—A cualquier lugar donde no tenga que verlas.

Nora dudó.

—El señor podría enfadarse.

—No contigo. Dile que fue decisión mía.

Connor no mencionó las joyas cuando nos encontramos durante la cena. Tampoco preguntó por el libro, los guantes ni el té. Esa ausencia de reproches me desconcertaba más que cualquier discusión. Durante nuestro matrimonio, cada regalo había llevado consigo una expectativa. Una sonrisa. Una aparición pública. Una noche de obediencia.

Ahora me ofrecía cosas y fingía no esperar nada.

También me daba espacio.

No intentó entrar en mi habitación ni pidió que compartiéramos la mesa durante todas las comidas. Permitió que recorriera los jardines, hablara con los empleados y utilizara la biblioteca sin supervisión.

La libertad dentro de una prisión continuaba siendo una forma de encierro. Sin embargo, Eileen comenzó a aparecer con mayor frecuencia. Nunca a solas. Connor estaba presente durante nuestros paseos. Se sentaba cerca cuando la niña dibujaba en la sala pequeña y permanecía junto a la puerta cuando ella me mostraba sus libros. No intervenía demasiado. Le bastaba existir en el mismo espacio para recordarme que el tiempo con mi hija era una concesión suya.

Maureen intentó acompañarnos durante las primeras tardes.

Connor se lo impidió.

—La niña ya tiene demasiadas personas diciéndole qué debe sentir.

Mi suegra lo miró con una mezcla de sorpresa y ofensa.

—He cuidado de ella desde que nació.

—Y ahora Lilianne necesita conocerla.

—La alterará.

—Yo me ocuparé.

Maureen no estaba acostumbrada a que su hijo le negara algo. Se marchó sin despedirse. Aquella fue la primera ocasión en que me permití preguntarme qué deseaba Connor en realidad.

Eileen y yo avanzábamos con lentitud.

Le gustaban los caballos, las historias de aventuras y los dulces de limón que la cocinera ocultaba en un recipiente azul. Detestaba las muñecas de porcelana porque sus ojos parecían seguirla y se negaba a dormir si la puerta de su habitación quedaba completamente cerrada.

Yo guardaba cada detalle como si fuera una pieza de un tesoro recuperado. Una tarde me llevó hasta los establos para presentarme a Clover, su poni. La tierra estaba húmeda y el aire olía a heno, cuero y animales. Eileen llevaba botas de montar y un abrigo verde que le quedaba ligeramente grande.

—Papá dice que pronto podré montar sola —me contó.

—¿No te da miedo?

—No.

Acarició el hocico del poni.

—La abuela dice que tú no montabas porque no querías ensuciarte.

Connor estaba a unos pasos de nosotras. Sentí su mirada.

—Tu abuela tiene razón.

Eileen pareció decepcionada.

—¿Nunca montabas?

—Algunas veces. Pero me preocupaba más el vestido que el caballo.

—Eso es tonto.

—Muchísimo.

La niña rio. Fue la primera vez que lo hizo conmigo. El sonido me llenó de una alegría tan intensa que tuve que volver el rostro hacia Clover para que no viera mis lágrimas.

—Ahora no me importa ensuciarme —añadí.

Eileen examinó mi falda.

—Sí está sucia.

—Lo sé.

—La abuela se enfadará.

—Sobreviviremos.

Miró hacia la casa, como si Maureen pudiera escucharnos. Después sonrió otra vez. Connor permaneció en silencio durante todo el paseo de regreso. Al llegar al vestíbulo, Eileen corrió delante de nosotros.

—Está comenzando a confiar en ti —dijo él.

—Está comenzando a descubrir que tu madre le ha mentido.

—No arruines cada momento agradable.

Me detuve.

—¿Eso es lo que intentas crear? ¿Momentos agradables?

—Intento que esta familia funcione.

—Funcionaba mientras cuando creía que mi hija estaba muerta.

Connor tensó la mandíbula.

—No sabía que mi madre había organizado las pistas falsas.

—Pero sabías dónde estaba Eileen.

—No desde el principio.

—¿Cuándo lo descubriste?

No respondió.

Eileen apareció en lo alto de las escaleras y nos llamó para enseñarnos una cinta que Nora había encontrado.

La conversación terminó.

Así ocurría siempre.

Cada vez que me acercaba a una verdad, mi hija aparecía entre nosotros como un recordatorio de cuanto podía perder si Connor decidía cerrar nuevamente la puerta.

La invitación a la velada llegó una semana después. No era una celebración organizada por los Walsh, sino una recepción ofrecida por una familia cercana. Connor informó que asistiríamos juntos.

—No tengo ropa adecuada —dije.

—Hay vestidos en tu habitación.

—No utilizaré los que escogiste.

—Entonces elige otro.

—No quiero ir.

—Debes hacerlo.

Lo miré.

—Habíamos acordado que decidiría cuánto podía soportar.

—Acordamos que permitirías que la sociedad viera nuestro matrimonio como una unión intacta.

—No recuerdo haber utilizado esas palabras.

—Aceptaste permanecer aquí.

—Por Eileen.

—Y su posición depende de que no conviertas a sus padres en un escándalo, ¿es que no te das cuenta de cómo la afecta?

Connor siempre encontraba la forma de llevar cada discusión hasta nuestra hija y hasta el momento le funcionaba.

—¿Ella irá?

—Durante la primera parte. Después regresará con Nora.

Acepté.

No porque deseara volver a entrar en los salones donde había aprendido a sonreír mientras me humillaban, porque Eileen estaría allí.

Elegí mi propio vestido. Era color vino, de mangas largas y bordados discretos alrededor del cuello. No pertenecía a la Lilianne que había vivido en aquella casa. Lo había comprado en París con el dinero obtenido de mi trabajo. Nora recogió mi cabello sin intentar domesticar por completo sus ondas.

Cuando me contemplé en el espejo, vi el cansancio de los últimos años alrededor de mis ojos. Ya no poseía la suavidad perfecta de la muchacha que había sido. No me pareció una pérdida.

Connor esperaba al pie de la escalera.

Su mirada recorrió mi vestido.

—Estás hermosa.

—No lo elegí para ti.

—Eso no impide que lo sea.

Eileen apareció detrás de él con un vestido azul claro. Corrió hacia su padre y tomó su mano. Después me miró.

—Tu cabello parece fuego.

—El tuyo también.

Se tocó un rizo.

—La abuela dice que es poco elegante llevarlo suelto.

—Tu abuela piensa que la alegría debe sujetarse con horquillas.

Connor ocultó una sonrisa.

La recepción estaba llena cuando llegamos. Las conversaciones disminuyeron a nuestro paso. Los rostros se volvieron hacia mí con aquella curiosidad que la buena educación obligaba a disfrazar de afecto. Varias mujeres se acercaron de inmediato. Me abrazaron. Alabaron mi regreso. Hablaron de mi trabajo en Francia como si lo hubieran apoyado desde el principio.

—Siempre supimos que volvería junto a su familia.

—Ha sido admirable lo que hizo por esos pobres niños.

—Qué corazón tan generoso.

—Connor debe sentirse muy orgulloso.

Sonreí.

La sociedad había aceptado la versión que los Walsh habían construido. Yo no era una esposa que había huido después de que le robaran a su hija. Era una mujer caritativa que había pasado algunos

años entregada a obras piadosas antes de regresar al lado de su amable y permisivo marido. La mentira era más cómoda y por eso todos la abrazaban con tanto entusiasmo.

Eileen permaneció cerca de Connor durante la primera hora. Algunos invitados se inclinaban para elogiarla y comentar cuánto se parecía a mí. Ella me observaba cada vez que alguien lo decía. Yo no sabía si la comparación le agradaba. Cuando Nora se la llevó, Eileen se despidió de su padre con un abrazo. Después vaciló frente a mí.

—Buenas noches —dijo.

—Buenas noches, pequeña.

No intenté besarla. Ella dio dos pasos hacia Nora. Después regresó y me ofreció la mano. La tomé. Sus dedos eran tibios y ligeros.

—¿Estarás mañana? —preguntó.

El corazón me dolió.

—Sí.

Eileen asintió y se marchó.

Permanecí mirando la puerta hasta que desapareció.

—Lo estás haciendo bien —dijo Connor.

—No necesito tu aprobación.

—No. Pero la deseas todavía.

Me volví hacia él.

—Ya no soy aquella mujer.

—No por completo.

La orquesta comenzó a tocar. Varias parejas se dirigieron al centro del salón. Connor extendió la mano.

—Baila conmigo.

—No.

—Todos nos observan.

—Ese es tu problema.

—También es el tuyo si deseas que crean que has regresado voluntariamente a tu hogar.

Miré las caras a nuestro alrededor. Algunas personas fingían conversar mientras esperaban mi respuesta. Otras observaban directamente, demasiado seguras de que la cortesía las protegía. Coloqué la mano sobre la de Connor.

—Una pieza.

La frase despertó un recuerdo. Renata había dicho lo mismo la noche en que bailó con él. Connor también lo recordó. Lo vi en sus ojos. Me condujo hacia el centro del salón. Su mano se apoyó en mi cintura. Yo coloqué la mía sobre su hombro y procuré mantener suficiente distancia entre nuestros cuerpos.

La música era lenta.

Fácil.

Connor guiaba con la misma seguridad de siempre.

—Te han malinterpretado —dijo después de unos pasos.

—¿Quién?

—Todos.

—Eso te ha resultado conveniente.

—También me han malinterpretado a mí.

Solté una risa breve.

—¿Debo sentir lástima?

—Deberías escucharme.

—Llevo años escuchando tu versión.

—Nunca te di una.

—Tu silencio fue bastante claro.

Connor me hizo girar.

Las lámparas y los rostros se confundieron durante un instante.

—Te quise —dijo.

Mis pasos vacilaron.

—No.

—Siempre te quise.

—No digas eso.

—Es la verdad.

—Amabas a Renata.

—Estaba confundido.

La facilidad con que pronunció aquellas palabras me enfureció.

—¿Durante cuántos años?

—Renata parecía una vida distinta. Era impredecible, desafiante…

—Interesante.

—Sí.

La sinceridad dolió menos de lo que esperaba.

Tal vez porque ya conocía la respuesta.

—Cuando volvió —continuó—, confundí los recuerdos con algo que aún podía existir.

—Intentaste abandonar a tu esposa embarazada por un recuerdo.

—No te abandoné.

—Porque estaba embarazada.

Connor apretó ligeramente la mano en mi cintura.

—Me quedé.

—No es lo mismo que escogerme.

—Te escogí desde el principio.

—Porque era adecuada.

—Porque eras todo lo que siempre había querido.

Reí. No hubo alegría en el sonido.

—¿Una mujer hermosa que no entendía lo suficiente del mundo como para cuestionarte al respecto?

—Una mujer amable. Una esposa capaz de construir un hogar. Alguien que no convirtiera cada día en una batalla.

—Una mujer que pudieras controlar.

—Una mujer con quien podía vivir.

—No vivías conmigo. Me exhibías.

—Eso no es cierto.

—Me utilizabas como prueba de tu éxito. Una casa perfecta, una esposa hermosa y una familia respetable.

—¿Crees que eso no tenía valor?

—No cuando yo estaba vacía dentro de todo ello.

Connor me hizo girar otra vez.

Las personas cercanas sonreían al vernos. Desde lejos, nuestra discusión parecía una conversación íntima entre esposos reconciliados.

—Has cambiado —dijo.

—Sí.

—Pero no tanto como para dejar de ser tú.

—No sabes quién soy.

—Sé que sigues deseando una familia.

—Deseo a mi hija.

—Y yo puedo darte una vida junto a ella.

—A cambio de convertirme otra vez en tu esposa.

—Ya lo eres.

—Solo en un papel.

—Los papeles gobiernan más vidas que los sentimientos.

La música continuaba.

Mi mano comenzaba a sudar dentro de la suya.

—No confiaré en ti —dije.

—Con el tiempo lo harás.

—El único hombre que ha demostrado ser digno de mi confianza es Ciarán, de allí en más, me parece que todos son falsos.

Connor rio. Aquello me sorprendió. No fue una risa amarga ni celosa. Sonó… casi divertida.

—¿El doctor Doyle?

—Sí.

—El hombre que permitió que se llevaran a nuestra hija.

—Se equivocó y pasó cinco años ayudándome a repararlo.

—¿Eso es lo que te dijo?

—No necesitó decirlo. Estuvo conmigo.

Connor redujo el paso.

—¿Y nunca te preguntaste por qué siempre sabía hacia dónde ibas?

La pregunta me produjo una incomodidad inmediata.

—Me acompañaba.

—No siempre.

—Tenía contactos en hospitales.

—También mi madre.

Lo miré.

—¿Qué intentas hacer?

—Mostrarte aquello que no deseas ver.

—Solo quieres ponerme en su contra.

—No necesito hacerlo. Tus propios recuerdos bastarán.

La música terminó, pero Connor no soltó mi mano. Las parejas se separaron a nuestro alrededor.

—¿Cómo crees que mi madre conseguía saber dónde buscarías después? —preguntó.

—Seguían mis movimientos.

—¿Quién conocía cada dirección antes que nadie?

Sentí frío.

—Millie. Renata. Algunas personas de los orfanatos.

—Y Ciarán.

—No.

—¿Quién revisaba las pistas contigo?

—Porque era médico.

—¿Quién decidía cuáles parecían creíbles?

—No hagas esto.

—¿Quién te convencía de viajar?

Los aplausos comenzaron alrededor. Yo ya no escuchaba la orquesta. Recordé las cartas llegadas al hospital. Los nombres que Ciarán conseguía confirmar. Los viajes en los que él preparaba todo antes de que yo terminara de decidir.

Recordé que Maureen parecía saber siempre dónde estaba.

—No —repetí.

Connor inclinó la cabeza hacia mí.

—Mi madre necesitaba un informante.

—Ciarán la desprecia.

—La culpa puede obligar a un hombre a muchas cosas.

—No habría ayudado a mantenerme lejos de Eileen.

—Quizá no al principio.

Solté su mano.

—¿Qué significa eso?

—Pregúntaselo.

—Te estoy preguntando a ti.

—Tal vez comenzó obedeciendo porque temía perder su carrera. Tal vez después descubrió que le convenía tenerte lejos de mí.

—No.

—Te quería para él.

Las palabras produjeron un dolor extraño. No porque la idea de que Ciarán me quisiera resultara nueva, sino porque Connor la convirtió en algo sucio. Una posesión. Otra jaula.

—Él jamás intentó obligarme a nada.

—No necesitaba hacerlo. Estabas sola, herida y convencida de que todos los demás eran tus enemigos.

—Tú eras mi enemigo.

—Eso fue lo que él necesitaba que creyeras.

Me alejé. El salón se había vuelto demasiado cálido. Los perfumes, las velas y las conversaciones me oprimían la garganta.

Atravesé las puertas que conducían al balcón.

El aire frío me golpeó el rostro. Apoyé las manos sobre la balaustrada y respiré. Abajo, los jardines desaparecían entre sombras. La luna apenas conseguía abrirse paso entre las nubes.

Ciarán había estado conmigo durante años. Había buscado registros, interrogado médicos y pagado viajes con dinero que en ocasiones no podía permitirse perder. Se había sentado a mi lado mientras yo lloraba por otra pista falsa.

¿Y si él mismo sabía que era falsa?

La idea era repugnante, pero poseía una forma capaz de encajar con demasiadas cosas. Mi suegra siempre sabía dónde enviarme.

Alguien tenía que informarle. Millie no habría traicionado a su propia familia. Renata jamás habría permitido que me alejaran de mi hija.

Quedaba Ciarán o Connor mentía. Yo quería que fuera una mentira. Ese deseo volvió más peligrosa la duda.

—No deberías estar sola aquí.

La voz de Connor surgió detrás de mí. No se acercó demasiado. No intentó tocarme. Simplemente permaneció junto a las puertas, dejando una distancia prudente entre ambos.

—Vete.

—No.

—Has conseguido lo que querías.

—No quería verte llorar.

—Querías que desconfiara de él.

—Quería que desconfiaras de todos los que ganan algo manteniéndote lejos de tu familia.

Me volví.

—Esta no es mi familia.

—Tu hija duerme bajo mi techo.

—Porque la robaste.

—Yo la encontré.

La frase me detuvo. Connor avanzó un paso.

—Cuando descubrí que estaba viva, fui a buscarla.

—Sabías dónde estaba.

—No.

—Tu madre sí.

—Mi madre había confiado a la niña a otras personas. Después perdió el control de la situación.

—No te creo.

—No tienes que hacerlo.

—¿Cuándo la encontraste?

—Antes de que cumpliera un año.

La balaustrada estaba fría bajo mis dedos.

—¿Y no me dijiste nada?

—Te escribí.

Solté una risa rota.

—No.

—Envié una carta a la dirección que el doctor me proporcionó.

—Jamás recibí una carta.

—Te expliqué que la niña estaba viva. Te pedí que regresaras.

—Eso es mentira.

—Esperé una respuesta.

—Yo habría vuelto.

—No lo hiciste.

—Porque nunca la recibí.

Connor me observó con una calma que me desesperó.

—Quizá debas preguntarte quién controlaba tu correspondencia.

—Ciarán no controlaba mis cartas.

—Trabajabas en instituciones donde él conocía a cada empleado.

—Basta.

—¿Nunca te pareció extraño que la pista más importante desapareciera mientras todas las falsas llegaban sin dificultad?

Me llevé una mano a la boca. Había cartas que se perdían. Sobres abiertos. Mensajes que llegaban con semanas de retraso. Siempre lo atribuimos a los viajes, a los cambios de dirección y a la precariedad de algunos orfanatos. Ciarán solía recoger la correspondencia cuando yo estaba fuera. Aquello no demostraba nada, pero la duda ya estaba allí.

—¿Conservas una copia? —pregunté.

—Sí.

—Quiero verla.

—Mañana.

—Ahora.

—Está en la casa.

—Entonces vámonos.

Connor negó ligeramente.

—No estás en condiciones de leerla.

—No vuelvas a decidir lo que puedo soportar.

—Has bebido, estás alterada y Eileen nos espera mañana temprano.

—No utilices su nombre.

—Es nuestra hija. Tengo derecho a pronunciarlo.

Lo miré con odio.

—Si esa carta existe…

—Existe.

—¿Por qué no la mostraste antes?

—Porque pensé que habías elegido no regresar.

—No habría hecho eso.

—Habías abandonado nuestro matrimonio.

—No a mi hija.

—Yo no podía saberlo después de lo que sucedió durante el embarazo, para mí era más que obvio que no querías nada de esto.

Las palabras me devolvieron a la habitación del parto.

No la quiero.

Todos las utilizaban contra mí. Quizá mi vida entera se había desviado por una frase pronunciada mientras mi cuerpo se abría de dolor. Pero mentiría si dijera que esa fue la única razón de que todos desconfiaran de mi deseo por tener a Eileen, desde antes de entrar

en trabajo de parto, mi actitud hacia el embarazo era… descuidado. En más de una ocasión Connor me llamó la atención al respecto.

—No sabía lo que decía —murmuré.

—Lo sé ahora.

Connor bajó la mirada. Por primera vez pareció cansado.

—Cuando encontré a Eileen, era una niña enferma y asustada. La traje a casa. Mi madre se ocupó de ella. Yo esperé que respondieras.

—Podrías haber venido a buscarme.

—No sabía dónde estabas la mitad del tiempo.

—Ciarán sí.

La frase salió antes de que pudiera detenerla.

Connor asintió lentamente, no hubo triunfo en su rostro y aquello lo hizo más convincente.

—Pregúntale a tu médico. Pregúntale qué ocurrió con la carta.

Se volvió hacia las puertas.

—Connor.

Se detuvo.

—¿Por qué me dices esto ahora?

—Porque sigues creyendo que todos los hombres que te ofrecen una mano desean salvarte.

—Tú nunca me ofreciste una mano.

—Te ofrecí una casa.

—No era lo que necesitaba.

—Quizá ahora comprendas que Doyle tampoco te ofreció ayuda sin esperar algo.

—No sabes lo que esperaba.

—Sí.

Connor abrió las puertas.

La música y las voces escaparon hacia el balcón.

—Todos los hombres sabemos reconocer cuando otro desea lo que consideramos nuestro.

—No soy tuya.

—Tampoco eres de él.

Entró en el salón y me dejó sola.

Permanecí frente al jardín, respirando un aire que ya no conseguía llenar mis pulmones. No quería creerle. Connor había mentido durante años. Había utilizado a nuestra hija, alterado la verdad y permitido que su madre me destruyera. Ciarán había permanecido, había trabajado, había arriesgado su reputación. También había guardado silencio la noche en que se llevaron a Eileen.

Aquella era la grieta por la que la duda encontraba entrada.

Recordé sus palabras antes de que regresara a la casa.

No beba nada que él le ofrezca.

Había sonado preocupado. Ahora parecía una advertencia destinada a impedir que Connor pudiera hablar conmigo. Recordé cada carta perdida. Cada pista que llegaba demasiado tarde. Cada vez que Ciarán insistió en acompañarme.

¿Me protegía? ¿O se aseguraba de saber dónde estaba?

Las lágrimas comenzaron a descender y no intenté contenerlas. Había soportado la idea de que Connor me utilizara, la crueldad de Maureen, el miedo de que mi hija nunca me quisiera, pero Ciarán había sido el único lugar donde mi desconfianza descansaba.

Si él también me había mirado como una posesión, entonces no sabía qué parte de mi vida había sido verdadera.

Apoyé la frente contra la piedra fría.

Dentro, la velada continuaba.

Las personas reían, bebían y celebraban mi regreso. Connor caminaba entre ellos como un esposo paciente que había recuperado a su mujer después de una larga ausencia.

Nadie salió a buscarme.

Me alegré.

No habría sabido explicar por qué lloraba.

No sabía si lloraba porque Connor mentía o porque una parte de mí comenzaba a temer que no lo hiciera.

12 La carta que no llegó

Durante los días siguientes apenas salí de mi habitación.

No estaba enferma, aunque Nora comenzó a dejar el té junto a mi cama con la misma delicadeza que se emplea al cuidar a alguien con fiebre. Me levantaba, me vestía y bajaba para ver a Eileen, pero el resto del tiempo permanecía junto a la ventana, observando la lluvia extenderse sobre los jardines.

Las palabras de Connor me perseguían.

¿Quién conocía cada dirección antes que nadie?

Ciarán.

El hombre que había caminado conmigo durante cinco años. El que revisaba las pistas, organizaba los viajes y encontraba una explicación cuando una carta desaparecía. La única persona junto a quien había aprendido a descansar sin preguntarme qué esperaba obtener a cambio.

No quería creer que me hubiera traicionado, tampoco podía fingir que la sospecha carecía de sentido.

Connor no volvió a mencionar el asunto.

Su comportamiento se hizo incluso más cuidadoso. No entraba en mi habitación, no preguntaba por Ciarán y no intentaba obligarme a conversar. Permanecía cerca sin invadir, como si conociera la fragilidad de aquella duda y supiera que cualquier presión podría romperla antes de que lo beneficiara.

Con Eileen se mostraba paciente. Me explicaba qué cuentos prefería, a qué hora acostumbraba montar y por qué detestaba que cortaran la corteza del pan. Cuando la niña se cansaba de mi presencia, Connor no me humillaba señalándolo. Simplemente cambiaba de actividad o sugería que continuáramos al día siguiente.

Una tarde, Eileen y yo dibujábamos junto a la chimenea. Ella había trazado una casa de tejado azul, varios árboles y tres figuras de manos demasiado grandes. Una era Connor. Otra, Maureen. La tercera era ella.

—Falta alguien —dijo mi esposo desde el otro extremo de la habitación. Su voz estaba cargada de paciencia y tranquilidad.

Eileen levantó la mirada.

—¿Quién?

Connor señaló el papel.

—Tu madre.

La niña me observó.

Yo mantuve las manos quietas sobre el regazo.

—No sé cómo dibujarla —respondió.

—Puedes hacerme el cabello rojo —dije—. Así sabrán quién soy.

Eileen eligió un lápiz anaranjado y trazó una cuarta figura junto a la casa. No me colocó junto a Connor. Me dibujó cerca de uno de los árboles. Aun así, estaba allí.

Tuve que bajar la vista para ocultar las lágrimas.

Connor no hizo comentario alguno.

Aquella prudencia me turbaba más que su antigua crueldad. Había esperado encontrar al mismo hombre, intacto en su arrogancia, y descubrir que también podía ser amable me obligaba a formular preguntas para las que no estaba preparada.

¿Era una estrategia?

¿O el tiempo había hecho con él lo mismo que conmigo?

Una noche escribí a Renata.

No utilicé el papel de la casa. Pedí a Nora unas hojas sencillas y cerré el sobre con cera antes de entregárselo a un mensajero del pueblo. No podía preguntarle a Connor por el pasado que ambos compartían.

Necesitaba la verdad de mi hermana.

Renata:

Debo pedirte algo que tendría que haber preguntado hace años. Necesito saber qué ocurrió entre Connor y tú. No lo que él cree recordar ni aquello que yo he imaginado, sino la verdad.

¿Te amó? ¿Lo amaste? ¿Por qué ninguno me dijo nada antes de la boda?

He regresado a la casa. Eileen está aquí.

No me juzgues todavía por haberme quedado. Solo dime quién fue Connor antes de convertirse en mi esposo. Necesito saber si un hombre puede cambiar o si únicamente aprende a ocultarse mejor.

Firmé con mi nombre de nacimiento.

Lilianne Donovan.

Después esperé. La respuesta no llegó de inmediato. Las cartas de Ciarán sí. Connor me las entregaba cerradas. La primera apareció durante el desayuno. La colocó junto a mi taza sin hacer comentario alguno. Reconocí la letra del médico y sentí un estremecimiento.

—¿La has leído? —pregunté.

Connor alzó la mirada del periódico.

—Está sellada.

—Eso no responde.

—No tengo nada que ocultar.

Toqué el sobre.

—Podrías haberlo abierto y vuelto a cerrar.

—Podría hacer muchas cosas. No significa que las haga.

Guardé la carta sin leerla.

Llegaron otras dos durante aquella semana. Connor me entregó ambas de la misma forma. Sin preguntas. Sin ironía. No intentó averiguar si pensaba responder.

Aquella demostración de respeto parecía diseñada para hacer más visible la culpa de Ciarán. Yo acumulé los sobres en el cajón del tocador. No quería leer sus explicaciones antes de mirarlo a los ojos.

Al cuarto día envié una nota breve.

Lo cité en un café situado a las afueras de Dublín, lejos de la casa y de los lugares donde Connor podía encontrarnos con facilidad.

No le dije por qué, quizá Ciarán ya lo sabía.

Llegué primero.

El café era pequeño, con mesas de madera oscura y cortinas amarillentas que apenas dejaban entrar la luz. Olía a granos tostados, lluvia y carbón. Elegí un lugar cerca de la puerta.

Ciarán apareció pocos minutos después. Llevaba el abrigo desabrochado y el cabello húmedo. Al verme, su expresión se suavizó con un alivio que desapareció al notar que yo no sonreía.

Se sentó frente a mí.

—Gracias por venir.

—No he venido a tranquilizarte.

—Lo sé.

Una camarera dejó dos tazas sobre la mesa. Ninguno las había pedido. Ciarán rodeó la suya con las manos sin beber.

—Connor me dijo que informabas a Maureen de mis movimientos.

No fingió sorpresa y eso fue suficiente para inculparlo.

—¿Es verdad?

—Sí.

Sentí que algo descendía dentro de mí, frío y pesado.

—¿Desde cuándo?

—No fue como él te lo ha contado.

—No le he preguntado cómo lo contó Connor. Te he preguntado desde cuándo lo haces.

Ciarán miró hacia la ventana.

—Después de que abandonaste la casa.

—¿Le decías dónde me encontraba?

—A un intermediario de la familia.

—¿Por qué?

—Aseguraron que necesitaban comunicarse contigo sobre la niña.

Reí sin diversión.

—¿Y jamás te pareció extraño que cada lugar al que yo llegaba produjera una pista falsa?

—Sí.

—¿Cuándo?

—Demasiado tarde.

—¿Cuánto es demasiado tarde?

Ciarán apretó la taza.

—Después del segundo viaje a Francia comprendí que utilizaban la información para mantenerte en movimiento.

—Y continuaste acompañándome.

—Intenté corregirlo.

—Sin decirme la verdad.

—Sabía que regresarías a la casa de Connor en cuanto descubrieras que Eileen estaba allí.

—Era mi decisión.

—Creí que te destruirían otra vez.

—Era mi decisión —repetí.

Algunas personas volvieron la cabeza.

Bajé la voz.

—No tenías derecho.

—No.

La respuesta inmediata me enfureció más.

—Deja de estar de acuerdo conmigo como si al reconocerlo reparara algo del daño que has ocasionado.

—No intento repararlo con palabras.

—Entonces explícame por qué lo hiciste.

Ciarán sostuvo mi mirada.

—Porque eras infeliz con ellos.

—Eso no responde.

—Te vi durante el embarazo. Vi cómo Connor te trataba, cómo su madre decidía sobre su cuerpo y cómo comenzabas a desear que su propia hija desapareciera porque pensaba que era la forma de escapar.

—¿Y decidiste que no sabía qué era mejor para mí?

—Sí.

La honestidad resultó brutal.

—¿También tenías la carta?

Ciarán cerró los ojos.

Ya conocía la respuesta.

—Sí.

El café se volvió demasiado silencioso.

—Démela.

—Lilianne…

—¿La conservas?

—Sí.

—Después de cinco años.

—No pude destruirla.

—Qué considerado.

—La leí una vez.

—Era para mí.

—Lo sé.

—¿Qué decía?

—Que Connor había encontrado a Eileen. Quería que regresara.

El dolor me obligó a apartar la mirada.

—¿Por qué no me la entregaste?

—Porque pensé que volverías con él.

—Naturalmente habría vuelto. Mi hija estaba allí.

—Y Connor habría utilizado eso para encerrarla.

—Como está haciendo ahora.

Ciarán bajó la voz.

—Sí.

—Entonces no conseguiste salvarme. Solo conseguiste quitarme cinco años junto a ella. Cinco años que yo habría sido su madre.

El color abandonó su rostro. No retiré las palabras. Necesitaba que sintiera al menos una parte de aquello.

—Creí que podía encontrar a la niña sin devolverte a esa familia.

—Creíste muchas cosas.

—Creí que, si conseguíamos localizarla antes que Connor, podríamos criarla lejos de él.

—¿Nosotros? —Ciarán guardó silencio—. Ese era tu plan. Encontrar a mi hija y formar una vida conmigo.

—No lo pensé de esa manera al principio.

—¿Y después?

Sus ojos verdes encontraron los míos.

—Después me enamoré de ti.

La confesión no me sorprendió. Me dolió. Había esperado oírla algún día, pero no de aquella forma. No colocada junto a una carta escondida, años robados y decisiones tomadas a mis espaldas.

—Eso no lo justifica.

—No.

—Deja de decir que no.

—¿Qué quieres que diga? ¿Que hice bien? No lo hice.

—Quiero comprender cómo pudiste amarme y pensar que tenías derecho a decidir sobre mi vida.

—Porque confundí el protegerte con mantenerte lejos de aquello que podía herirte hasta destruirte.

—¿Y en qué se diferencia de Connor?

Ciarán pareció recibir un golpe.

—En muy poco, por lo que veo.

La respuesta me dejó sin defensa durante un instante.

Él continuó:

—No quería poseerte.

—Pero querías conservarme.

—Sí.

—Lejos de mi marido.

—Sí.

—Lejos de mi hija.

—No sabía que estaba en esa casa.

—Tuviste una carta que lo decía.

Ciarán inclinó la cabeza.

—No puedo cambiarlo.

—No.

—Puedo entregársela.

—Eso harás.

Se puso de pie.

—La tengo en la habitación donde me hospedo.

—Tráela.

—Espérame aquí.

—No voy a ninguna parte.

Ciarán salió bajo la lluvia.

Permanecí frente a las dos tazas intactas.

Una parte de mí deseaba marcharse antes de que regresara. Otra necesitaba tocar el papel que había alterado cinco años de mi vida.

Pensé en ambos hombres.

Connor había escogido a una mujer adecuada, la había humillado y permitido que su madre se llevara a su hija; después, al encontrar a la niña, había escrito una carta. Ciarán había salvado mi vida, escuchado llorar a Eileen y guardado silencio. Años más tarde encontró la carta de Connor y decidió que yo no debía leerla.

Los dos aseguraban haber actuado por mi bien. Ambos habían confundido el amor con el derecho a elegir por mí. Tal vez los hombres no necesitaban ser crueles para construir una jaula. A veces bastaba con que estuvieran convencidos de conocer mejor que una mujer aquello que debía hacer con su libertad.

Ciarán regresó casi media hora después. Tenía el abrigo empapado y un sobre entre las manos. El papel estaba amarillento. Mi nombre aparecía escrito con la letra de Connor, firme y elegante.

La dirección correspondía al primer hospicio donde trabajé después de abandonar Irlanda.

—Aquí está —dijo Ciarán.

Tomé el sobre. Estaba abierto.

—¿Conservaste también el sello roto?

—No.

—Qué lástima. Habría sido un recuerdo perfecto.

—Tienes derecho a odiarme.

—No me digas qué tengo derecho a sentir.

Asintió. Guardé la carta en mi bolso.

—Necesito pensar.

—Lo entiendo.

—No creo que lo hagas.

Me levanté. Ciarán permaneció sentado.

—Todo lo que hice —dijo— lo hice pensando en ti.

Me detuve.

—Ese es el problema.

—Lilianne.

—No quiero explicaciones ahora.

—Esperaré.

—No me prometas cosas.

—No es una promesa.

Lo miré.

—¿Otra deuda?

—No. Esta vez es una elección suya. Puedes volver o no hacerlo.

Salí del café. La lluvia había disminuido. No miré atrás.

Cuando regresé a la propiedad, encontré a Connor y Eileen en el jardín cubierto. La niña estaba sentada sobre sus hombros, intentando alcanzar una rama baja. Connor fingía no poder sostenerla, inclinándose de un lado a otro mientras ella reía y le

pedía que no la dejara caer y eso me hizo pensar que era un buen padre. Reconocerlo me produjo una tristeza extraña. Había estado presente en la vida de nuestra hija. Conocía su risa, sus temores y el modo exacto de hacerla sentir segura. Nada de cuánto me había hecho anulaba aquello.

Los seres humanos habrían sido más sencillos si una crueldad bastara para volverlos crueles en todo.

En ese momento Connor vio que había regresado, no preguntó dónde había estado, pero bajó a Eileen con cuidado.

—Tu madre ha vuelto.

La niña corrió hacia mí y se detuvo a poca distancia.

—Papá dice que mañana podemos montar.

—Me encantaría.

—¿Sabes hacerlo?

—Puedo aprender.

—Las personas mayores ya deberían saber.

—Las personas mayores ignoramos muchas cosas.

Eileen consideró la respuesta, después tomó mi mano. Su confianza seguía siendo tímida, pero ya no retrocedía al verme. Entramos juntas en la casa. Connor caminó detrás de nosotras y eso hacía que la carta pesara aún más dentro de mi bolso.

Esperé hasta encontrarme sola para abrirla.

Me senté junto a la ventana de mi habitación. Afuera comenzaba a oscurecer y el jardín se volvía una extensión azulada bajo la niebla.

El papel tembló entre mis manos.

Lilianne:

No sé si aceptarás leer algo escrito por mí, tampoco sé si tengo derecho a pedirlo, pero tengo que informarte que Eileen está viva.

Tuve que detenerme. Había visto aquellas palabras muchas veces en mis sueños. Continué. Connor explicaba que no había conocido la verdad durante el parto. Maureen le aseguró que la criatura había muerto y él, cobarde o indiferente, no exigió verla. Solo comenzó a sospechar cuando encontró pagos realizados por su madre y descubrió contradicciones en los registros.

Había seguido el rastro hasta una casa situada fuera de Irlanda. Encontró allí a una niña enferma, entregada bajo otro nombre y vigilada por una mujer pagada por Maureen.

La llevó de regreso.

En la carta no intentaba presentarse como inocente. Admitía que su desapego, sus comparaciones y la forma en que me había tratado habían contribuido a que yo abandonara la casa. Reconocía que pensó demasiado en Renata y que convirtió mi embarazo en una obligación familiar en lugar de acompañarme.

Me pedía perdón.

No exigía que regresara como esposa, decía que Eileen me necesitaba. También confesaba que él deseaba verme, aunque aceptaría que yo solo volviera por la niña. Prometía que las cosas serían diferentes. Que intentaría recuperar mi afecto únicamente si yo deseaba concederle esa oportunidad.

La carta estaba fechada cuatro años atrás.

¡Cuatro años!

La leí otra vez y después una tercera.

Las lágrimas cayeron sobre el papel y deformaron algunas palabras.

Connor había dicho la verdad. Al menos sobre aquello. No había sabido que Eileen estaba viva desde el principio. La había buscado. La había encontrado y había intentado comunicarse conmigo.

Ciarán decidió que no debía saberlo.

La revelación no borraba cuanto Connor había hecho. No borraba la humillación, su amor por Renata, la indiferencia durante mi embarazo ni la facilidad con que ahora utilizaba a Eileen para retenerme; pero abría una grieta en la imagen que yo había construido de él. No era inocente. Tampoco era culpable de todo.

Necesitaba la respuesta de Renata. Necesitaba saber si la carta era una excepción nacida de la culpa o la primera señal de un cambio verdadero. Aun así, no creía poder perdonarlo.

Algunas heridas dejan de sangrar sin cerrar.

Doblé el papel y lo guardé dentro del sobre.

La noche llegó por completo, pero no bajé a cenar, no tenía hambre y no deseaba ver a nadie. Permanecí sentada junto a la chimenea, escuchando el fuego y los pasos que cruzaban el corredor.

Cerca de las nueve llamaron a la puerta.

—No quiero nada.

La puerta se abrió de todos modos.

Connor entró con una bandeja.

—No recuerdo haberte invitado.

—No has comido.

Dejó la cena sobre una mesa baja. Había sopa, pan y una taza de té.

—Nora podía traerla.

—Podía.

Connor vio la carta sobre mi regazo.

No preguntó cómo la había conseguido.

—La leí —dije.

Se quedó quieto.

—¿Y?

—Te creo.

La sorpresa cruzó su rostro.

—En esa parte —añadí—. Creo que no sabías la verdad al principio. Creo que encontraste a Eileen y escribiste.

Connor asintió.

—Es suficiente por esta noche.

—No significa que te perdone.

—No he pedido que lo hagas.

—Lo hiciste en la carta.

—Han pasado cuatro años desde que la escribí.

—¿Ya no lo quieres?

Connor acercó una silla, pero no se sentó hasta que yo hice un gesto leve de aceptación.

—Quiero muchas cosas —respondió—. He aprendido que desearlas no me concede el derecho a recibirlas.

Aquella no era una frase que el antiguo Connor habría pronunciado.

—¿Por qué no volviste a escribir?

—Creí que el silencio era una respuesta.

—Podías buscarme.

—Lo intenté.

—No lo suficiente.

—Probablemente.

Lo observé con recelo.

—Antes siempre tenías una defensa.

—Supongo que antes creía que admitir un error permitía que otros obtuvieran poder sobre mí.

—¿Y ahora?

—Ahora sé que los errores poseen poder aunque uno no los admita.

Bajé la mirada hacia la carta.

—Ciarán la ocultó.

Connor no pareció satisfecho.

—Lo imaginaba.

—No lo sabías con certeza.

—No.

—Entonces sembraste una sospecha.

—Te dije lo que sabía.

—Querías que fuera cierto.

Connor reflexionó antes de responder.

—Sí.

La honestidad me desconcertó.

—Lo detestas.

—Detesto que te mire como si te comprendiera mejor que yo.

—Quizá lo hace.

—Quizá. —Se reclinó ligeramente en la silla—. Pero eso no le concedía derecho a decidir por ti.

—Tampoco a ti.

—No.

El fuego crujió entre nosotros.

—Has cambiado —dije.

—Tú también.

—Mi cambio no borra lo que hice.

—El mío tampoco.

—Entonces ¿qué esperas?

Connor miró la bandeja.

—Que comas algo.

A pesar de mí, casi sonreí.

Él lo notó, pero tuvo la prudencia de no mencionarlo.

—Después —continuó—, espero que me permitas conocerte.

—Vivimos juntos durante dos años.

—Conocí a una joven mujer que quería agradar a todos y se enfurecía cuando no podía hacerlo.

—Eso es cruel.

—También es verdad.

—¿Y qué crees que conocía yo?

Connor sostuvo mi mirada.

—A un hombre convencido de que el afecto podía reemplazarse con comodidad. Alguien que careció de cariño y no sabía entregarlo. Alguien eligió una esposa pensando en lo que debía representar y después la castigó por no parecerse a la mujer que no se atrevió a elegir.

La mención de Renata tensó mi cuerpo.

—He escrito a mi hermana.

—Lo supuse.

—Quiero conocer su versión.

—Tienes derecho.

—¿Te preocupa lo que dirá?

—Sí.

—¿Por qué?

—Porque fui peor con ella de lo que me gusta recordar.

La confesión quedó suspendida.

—¿La amabas?

Connor miró hacia el fuego.

—Creí que sí.

—No es una respuesta.

—Es la única que puedo darte ahora. Cuando la conocí, deseaba lo que representaba: una vida fuera de las expectativas de mi

familia. Después tuve miedo de esa vida y escogí la que parecía correcta.

—Me escogiste a mí.

—Sí.

—Y me hiciste pagar por no ser ella.

Connor cerró los ojos brevemente.

—Sí.

No había defensa. Eso no disminuía el daño, pero impedía que mi rabia encontrara una pared contra la que golpearse.

—No sé quién eres —dije.

—Yo tampoco sé quién eres tú ahora.

—Tal vez eso sea lo mejor.

—Podríamos comenzar allí.

Lo miré.

—¿Conocernos nuevamente?

—Sin fingir que el pasado no ocurrió.

—¿Y sin esperar que vuelva a tu cama?

La mandíbula se le tensó, aunque respondió con calma.

—Sin exigirlo.

—No es lo mismo.

—No.

Guardó silencio.

—Sin esperarlo —corrigió.

No sabía si creerle, tampoco sabía si deseaba intentarlo.

Connor se levantó.

—Come antes de que se enfríe.

—No tengo hambre.

—Come de todos modos. —La antigua orden apareció en su voz. Él también la oyó, así que se apuró en agregar—: Por favor.

Se dirigió hacia la puerta.

—Connor.

Se volvió.

—No estoy prometiendo nada.

—Lo sé.

—Puedo leer la carta de Renata y decidir marcharme.

—Lo sé.

—Y no utilizarás a Eileen para impedirlo.

Algo oscuro cruzó su expresión.

—No deseo perderla.

—No he dicho que me la llevaría sin hablar contigo.

—Antes lo habrías hecho.

—Antes tú me habrías obligado a huir.

Connor asintió lentamente.

—Entonces hablaremos si llega ese momento.

No era una promesa perfecta.

Era más de lo que habría ofrecido años atrás.

Salió de la habitación y cerró la puerta.

Me quedé sola con la carta, la cena y una tristeza que parecía haber adquirido demasiados nombres.

Connor tenía razón en una cosa.

Si yo había cambiado, también debía aceptar que él podía haberlo hecho, pero cambiar no borraba la vida anterior. No resucitaba los años perdidos ni convertía el daño en una equivocación pequeña.

Quizá podíamos conocernos nuevamente.

Eso no significaba amarnos.

Mucho menos perdonarnos.

Tomé una cucharada de sopa. Estaba tibia. Sobre mi regazo, la carta de Connor permanecía doblada junto a los sobres de Ciarán y la copia de la que yo había enviado a Renata.

Tres versiones de mi vida.

Tres personas convencidas de haber intentado protegerme.

Y, en medio de todas ellas, yo.

Por primera vez comprendí que no necesitaba decidir cuál de los dos hombres merecía mi confianza.

Necesitaba descubrir si era capaz de confiar en mí misma.

13 A través de sus ojos

La respuesta de Renata llegó nueve días después.

Reconocí su letra antes de que Nora colocara el sobre sobre mi escritorio. Era firme, inclinada hacia la derecha, con ciertos trazos impacientes que parecían atravesar el papel en lugar de descansar sobre él. Había esperado aquella carta con una ansiedad que procuré ocultar incluso de mí misma.

Durante los primeros días imaginé que contendría una respuesta sencilla. Una confesión capaz de ordenar el pasado, señalar a un culpable y absolver al resto. Después recordé que nada relacionado con Renata había sido sencillo jamás.

Cerré la puerta de mi habitación antes de romper el sello.

La carta era breve.

Lily:

No puedo responder por escrito a todo lo que me preguntas. Hay asuntos que no me pertenecen únicamente y otros que, después de tantos años, merecen ser explicados mirándote a los ojos.

Regresaré a Irlanda pronto. Espérame.

Pero antes necesito saber algo: ¿has vuelto con Connor?

No había saludo afectuoso ni despedida. Solo aquella pregunta al final, separada del resto como una acusación que Renata todavía no se atrevía a formular.

Leí la carta dos veces.

No sabía qué significaba *pronto* para una mujer que podía desaparecer durante meses sin ofrecer explicaciones. Tampoco sabía dónde estaba ni qué asuntos la mantenían lejos. La sola certeza de que regresaría debería haberme tranquilizado.

No lo hizo.

Me senté frente al escritorio y tomé una hoja.

No he vuelto con Connor.

Me detuve.

La frase era cierta y, al mismo tiempo, insuficiente. Vivía bajo su techo. Comía en su mesa. Permitía que la sociedad nos contemplara como un matrimonio reconciliado. Caminaba junto a él por los jardines y dependía de su permiso para acercarme a nuestra hija.

Desde fuera, cualquier persona habría dicho que había regresado con mi esposo. Tal vez yo misma no comprendía aún la diferencia.

Continué escribiendo.

Permanezco en su casa porque Eileen está aquí. No compartimos habitación y no le he prometido nada. Necesito tiempo con mi hija

antes de iniciar otra batalla que pueda alejarla nuevamente de mí.

Connor dice que te quiso. También asegura que me escogió porque yo representaba la vida que creía desear. No sé si eso vuelve las cosas mejores o peores.

La carta que me envió cuando encontró a Eileen existía. Ciarán la retuvo.

La pluma permaneció suspendida.

No quería explicar por escrito cuanto había ocurrido con el médico, no hasta comprenderlo yo misma.

Cuando vengas, necesito que me cuentes toda la verdad. Incluso la parte que creas que puede herirme.

No tardes.

Firmé como Lilianne, no Donovan, no Walsh. Solo Lilianne.

Entregué la carta a Nora y la vi salir con ella entre las manos. Después permanecí junto a la ventana, observando cómo el mensajero atravesaba los jardines bajo una lluvia débil.

Renata tardaría en llegar.

Mientras tanto, yo debía decidir qué haría con mi vida.

No bastaba con saber que Connor podía haber cambiado. Tampoco bastaba descubrir que Ciarán había sido capaz de traicionarme mientras aseguraba protegerme. Durante demasiados

años había permitido que las decisiones de otros hombres determinaran quién podía ser yo.

Ahora necesitaba aprender a vivir sin escoger entre sus versiones.

Aquella tarde salí a caminar.

La lluvia había cesado y sobre la propiedad permanecía el aroma limpio de la tierra mojada. Las nubes se habían abierto lo suficiente para permitir que una luz pálida descendiera sobre los campos. Cada hoja parecía guardar una gota de cristal en el borde.

Los jardines de los Walsh estaban diseñados para parecer naturales sin permitir que nada creciera verdaderamente libre. Los setos conservaban formas precisas; las rosas eran podadas antes de que pudieran inclinarse sobre los senderos, y hasta los árboles parecían haber sido colocados para enmarcar la vista desde las ventanas.

Durante mi matrimonio había admirado aquel orden.

Entonces me producía cierta tristeza.

Avancé hacia la parte posterior de la propiedad, donde el jardín se volvía menos rígido y comenzaban los terrenos destinados a los caballos. Pensaba en Renata, en la carta de Connor y en las tres respuestas de Ciarán que todavía no había leído, cuando escuché pasos rápidos sobre la grava.

Me volví.

Eileen corría hacia mí.

Llevaba un abrigo verde, el cabello suelto y una expresión de alegría culpable. Una de sus medias había descendido hasta el tobillo y en la mano sostenía una cinta azul que probablemente debía llevar en el cabello. Se detuvo frente a mí, respirando con dificultad.

—No me has visto.

Miré alrededor.

—Eso será difícil de sostener si continúas delante de mí.

—Estoy escondida.

—También deberías trabajar en esa parte.

Eileen hizo un gesto para que guardara silencio.

—La señorita Fanning quiere que practique francés.

—Qué crueldad.

—Dice que no puedo montar hasta que termine.

—Eso sí parece grave.

La niña sonrió. Había comenzado a sonreírme con mayor facilidad durante los últimos días. Aún no buscaba mi mano al caminar ni permitía que la abrazara sin ponerse rígida, pero ya no me observaba como a una desconocida peligrosa. Cada pequeña confianza me parecía un milagro demasiado frágil para nombrarlo.

—Puedes esconderte conmigo unos minutos —dije—. Después tendrás que regresar.

—¿Vas a decírselo?

—No inmediatamente.

—Entonces eres mejor escondiendo cosas que papá.

La frase despertó mi atención.

—¿Tu padre no sabe guardar secretos?

—Sí sabe. Pero hace una cara.

—¿Qué cara?

Eileen intentó imitar la expresión seria de Connor. Frunció las cejas, tensó la boca y levantó ligeramente la barbilla.

El parecido fue tan preciso que solté una risa.

—Esa cara.

—La conozco.

Nos alejamos del sendero principal y encontramos un banco protegido por las ramas de un roble. El asiento todavía estaba húmedo, de modo que extendí mi pañuelo antes de que Eileen se sentara.

—La señorita Fanning dice que no debo ensuciarme.

—La señorita Fanning y tu abuela parecen compartir opiniones.

—La abuela dice que tú siempre estabas limpia.

—Tu abuela guarda recuerdos muy extraños de mí.

Eileen balanceó las piernas.

Me pregunté cómo podía hablarle de Connor sin que pareciera un interrogatorio. No quería utilizarla para reunir información, aunque esa había sido una de las razones por las que le permití esconderse. La culpa me acompañó incluso antes de formular la primera pregunta.

—Tu padre parece pasar mucho tiempo contigo.

Ella me miró, sorprendida.

—Claro.

—¿Qué hacéis juntos?

La niña comenzó a enumerar con entusiasmo.

Connor le enseñaba a montar, le leía antes de dormir y permitía que entrara en su despacho cuando tenía pesadillas. Conocía los nombres de sus muñecas, aunque se equivocaba deliberadamente para hacerla protestar. Los domingos caminaban hasta el lago y daban de comer a los patos con restos de pan que Maureen no aprobaba desperdiciar.

—¿Nunca se enfada contigo?

Eileen pensó.

—Cuando hago cosas peligrosas.

—¿Como escapar de tu institutriz?

—Eso no es peligroso.

—Depende de cuánto tarde en encontrarte.

—Papá no grita.

La certeza en su voz me sorprendió.

—¿Nunca?

—Habla más despacio cuando está enfadado.

Sonreí a pesar de mí, eso no había cambiado.

—Después me explica por qué hice algo mal —continuó—. Pero a veces la abuela se enfada más y él le dice que me deje.

Connor protegiéndola de Maureen.

Aquella imagen no encajaba con el hombre que yo había conocido, aunque tampoco debía sorprenderme. Él había permitido que su madre controlara mi vida, pero parecía haber aprendido a impedir que hiciera lo mismo con Eileen y eso merecía mi respeto.

—Te quiere mucho —dije.

Eileen asintió con una seguridad absoluta.

—Soy su princesa.

—Eso me ha dicho.

—También dice que me parezco a ti.

Mi corazón se contrajo.

—¿Lo dice?

—Siempre.

La niña tomó uno de sus rizos rojos.

—Dice que tengo tu cabello y tus ojos cuando estás contenta.

No supe qué responder.

Había imaginado a Connor eliminándome de la vida de nuestra hija. Creí que habría prohibido mi nombre o permitido que Maureen lo pronunciara únicamente para hablar de abandono.

Sin embargo, Eileen sabía que se parecía a mí.

—¿Qué más te ha contado?

—Que eras muy hermosa.

La palabra me produjo una punzada amarga.

—¿Solo eso?

—Que te gustaban las flores blancas y que no tocas las ranas.

—Eso es cierto.

—Dice que no sabías nadar.

—También.

Eileen rio.

—Papá dice que tú fingías saber muchas cosas.

—Tu padre parece conservar una opinión muy elevada de sí mismo.

—¿Qué significa eso?

—Que cree recordar demasiado bien.

La niña me observó con seriedad.

—También dice que eras buena.

Aquello me dejó inmóvil.

—¿Buena?

—Sí.

—¿Cuándo te lo dijo?

—Muchas veces.

No pude apartar los ojos de ella.

Connor conocía mis defectos mejor que nadie. Había sufrido mi superficialidad, se había burlado de mi ignorancia y visto la crueldad con que trataba a quienes me servían. Aun así, cuando hablaba de mí con nuestra hija, me llamaba buena. Tal vez mentía para protegerla o quizá conservaba de mí algo que yo había dejado de ver.

—Dice que estabas triste —añadió Eileen— y que por eso te fuiste.

La ternura se quebró.

—No me fui porque estuviera triste solamente.

—Ya sé. Buscabas niños.

—También te buscaba a ti.

Eileen bajó la mirada hacia sus botas.

—La abuela dice que no sabías que estaba aquí.

—Eso es cierto.

—¿Y papá?

La pregunta fue pronunciada con cautela.

—Tu padre me escribió cuando te encontró.

—¿Entonces por qué no viniste?

El dolor regresó con una precisión intacta.

—La carta no llegó a mis manos.

—¿Se perdió?

—Alguien decidió esconderla.

Eileen frunció el ceño.

—Eso está mal.

—Sí.

No quise decir más. No convertiría a Ciarán en un monstruo frente a una niña que apenas comenzaba a comprender mi ausencia. Tampoco utilizaría el error de un hombre para obligarla a acercarse a mí.

—Pero estoy aquí ahora —dije.

Eileen levantó la mirada.

—¿Te quedarás?

La pregunta permaneció entre nosotras.

No podía prometerle que viviría para siempre bajo el techo de Connor. Tampoco podía asegurar que la batalla por su custodia no volvería a separarnos temporalmente, pero ella no necesitaba una explicación legal, necesitaba seguridad.

—No volveré a marcharme sin decirte adónde voy.

—Eso no es lo mismo.

—No. —Me acerqué un poco—. Pero es lo que puedo cumplir.

Eileen pareció pensar en ello.

Después asintió.

El sonido de pasos sobre la grava nos hizo volver la cabeza. Connor apareció al final del sendero. Caminaba con rapidez, seguido a cierta distancia por la institutriz, quien tenía el rostro encendido por el esfuerzo y la indignación. Eileen se encogió en el banco.

—Ahora sí estoy en problemas.

—Probablemente.

Connor se detuvo frente a nosotras. Su expresión era severa, pero al vernos juntas algo se suavizó en su rostro.

—Eileen.

La niña bajó la cabeza.

—Buenos días, papá.

—La señorita Fanning lleva casi media hora buscándote.

—No fue tanto.

—Veintisiete minutos —dijo la institutriz al llegar.

—Casi media hora —repitió Connor.

Eileen se levantó.

—El francés es aburrido.

—Eso no convierte desaparecer en una solución aceptable. —Su voz era firme, pero no cruel—. Debiste pedir permiso para descansar.

—Habría dicho que no.

La institutriz abrió la boca.

Connor levantó una mano antes de que respondiera.

—Tal vez habría dicho que sí.

Eileen me miró buscando apoyo.

—No me involucres —dije con una sonrisa—. Ya he ocultado tu presencia más tiempo del debido.

—Me traicionaste.

—Con gran dolor.

Connor intentó mantener la seriedad, pero no lo consiguió, ya que una sonrisa breve apareció en sus labios. Eileen la vio y corrió hacia él. Connor la recibió entre los brazos. La niña rodeó su cintura con las piernas y apoyó la cabeza contra su pecho.

—Te extrañé —dijo.

—Estuve fuera una mañana.

—Fue mucho.

Connor acarició su cabello.

—Sobreviví con dificultad.

—¿Iremos pronto al lago?

—El domingo.

—¿Solo nosotros?

Él levantó la mirada hacia mí.

—Tal vez Lilianne quiera acompañarnos.

El cuerpo de Eileen se tensó. Fue un cambio pequeño, pero evidente. La niña se apartó lo suficiente para mirar a su padre.

—No.

La respuesta fue inmediata. Connor alzó una ceja.

—¿No?

—Siempre vamos tú y yo.

—Podemos hacer algo diferente.

—No quiero.

Sus brazos se cerraron con más fuerza alrededor de él.

Comprendí.

No era solo miedo a mí. Eran celos. Había aparecido en su vida y, de pronto, el padre que había sido exclusivamente suyo me observaba, me ofrecía flores y me invitaba a compartir sus costumbres. Eileen no comprendía aún que yo era su madre. Solo veía a una mujer desconocida reclamando un lugar junto al hombre que más amaba.

Me acerqué con cuidado cuando Connor la dejó en el suelo.

—No quiero robarte a tu padre.

Eileen me miró con desconfianza.

—Él te da flores.

Connor bajó la vista, ocultando una sonrisa.

—También puede darte flores a ti.

—Me da libros.

—Eso es mejor.

La niña pareció considerar la respuesta.

Me agaché para quedar a su altura.

—Sé que eres su princesa.

Sus ojos se dirigieron hacia Connor.

—Lo soy.

—Y nadie va a quitarte ese lugar.

—¿Tú no?

—Yo no quiero ser su princesa.

Connor soltó una risa. Le dirigí una mirada que lo hizo callar.

—Quiero conocerte —continué—. Eso es distinto.

Eileen frunció los labios.

—¿Y si papá te quiere más?

El corazón me dio un golpe y Connor dejó de sonreír.

—El cariño no funciona así —respondí—. Él te ama de una forma que solo te pertenece a ti.

—¿Y a ti?

No supe qué decir. Connor tampoco intervino.

—A mí me quiso de otra manera —contesté finalmente—. Y todavía estamos intentando comprender qué significa eso.

Eileen no pareció satisfecha, aunque la respuesta bastó para disminuir la tensión de sus hombros.

—Puedes venir al lago —decidió—. Pero yo me siento junto a papá.

—Me parece justo.

—Y yo doy de comer primero a los patos.

—Eso será más difícil de negociar.

La niña sonrió. Connor besó su frente.

—Ahora debes regresar con la señorita Fanning.

Eileen gimió.

—Papá.

—Ve.

—Pero…

—Si terminas la lección, podrás montar después del almuerzo.

Aquello resolvió la discusión. La niña corrió hacia la institutriz. Al llegar a la entrada de la casa volvió la cabeza.

—¡No vayas al lago sin mí!

—Jamás —respondió Connor.

Eileen desapareció en el interior.

Quedamos solos.

La cercanía de Connor se volvió más evidente sin nuestra hija entre nosotros. Sentí la necesidad absurda de alisar mi falda y corregir un mechón de cabello movido por el viento.

Él señaló el sendero.

—¿Quieres caminar?

Podría haberme negado.

En cambio, acepté.

Nos dirigimos hacia los límites occidentales de la propiedad, donde los jardines daban paso a campos abiertos. El suelo aún estaba húmedo y nuestros zapatos dejaban marcas sobre el sendero.

Connor comenzó a hablar de las tierras.

No como solía hacerlo durante nuestro matrimonio, cuando mencionaba sus negocios mediante frases vagas para recordarme que no podía comprenderlos. Me explicó los problemas de algunas cosechas, los contratos con granjeros y las dificultades para transportar mercancías durante los meses de lluvia.

Yo escuché y después hice preguntas.

—¿Por qué mantienes esos terrenos si producen pérdidas cada año?

Connor miró hacia una extensión de campos cercanos al bosque.

—Pertenecieron a mi abuelo.

—Eso no los vuelve útiles.

—Antes dirías que una propiedad familiar jamás debía venderse.

—Antes no sabía cuánto costaba sostenerla.

—¿Y ahora?

—Ahora sé que conservar algo únicamente porque perteneció a nuestros antepasados puede convertirse en una forma muy costosa de obedecer a los muertos.

Connor permaneció en silencio. Esperé una burla. No llegó.

—Podría arrendarse una parte —dijo después de meditarlo un buen rato—. Pero los contratos actuales son antiguos.

—Entonces cámbialos.

—Las familias llevan décadas trabajando allí.

—No dije que las expulsaras. Podrías ofrecerles participación en las ganancias a cambio de mejorar la producción.

Me miró.

—Eso trasladaría parte del riesgo.

—También les daría un motivo para cuidar las tierras como propias.

—Mi madre diría que es una idea peligrosa.

—Tu madre considera peligrosa cualquier situación en la que otra persona obtenga poder.

Una sonrisa apareció en su rostro.

—Eso es cierto.

Continuamos caminando.

Connor me habló de una fábrica en la que había invertido recientemente. Describió los salarios, los costos y las dificultades para competir con productos llegados de Inglaterra. Yo le pregunté por las condiciones de los trabajadores.

—Son adecuadas —respondió.

—Esa palabra no significa nada.

—Significa que cumplen la ley.

—La ley suele conformarse con muy poco.

Connor volvió la mirada hacia mí.

—¿Qué propondrías?

Durante nuestro matrimonio jamás me había preguntado algo semejante. No para ridiculizarme. No para esperar que repitiera una opinión que él pudiera corregir.

Quería escuchar la respuesta.

Hablé de los horarios, de las madres que no podían trabajar porque no existía un lugar seguro para sus hijos y de la conveniencia de financiar una pequeña escuela cerca de la fábrica. Connor formuló nuevas preguntas.

Discutimos.

No con aquella hostilidad antigua que convertía cada desacuerdo en una demostración de mi ignorancia, sino como dos personas intentando comprender un problema.

Yo no tenía todas las respuestas.

Él tampoco fingía tenerlas.

La conversación me produjo un placer inesperado.

Durante años había creído que los libros eran aburridos porque estaba obligándome a leerlos para parecerme a Renata. Después aprendí por necesidad. Administrar un orfanato me obligó a comprender cuentas, leyes, salarios y política. Cada cifra representaba comida, camas o medicinas.

El conocimiento dejó de ser un adorno.

Se convirtió en una herramienta.

Connor parecía descubrirlo mientras me escuchaba.

—No sabía que habías aprendido tanto —dijo.

—Nunca te interesó averiguarlo.

No se defendió.

—Tienes razón.

Me detuve junto a una cerca baja.

—No hagas eso.

—¿Qué cosa?

—Estar de acuerdo con cada reproche.

—Creí que deseabas que reconociera mis errores.

—Lo deseo. Pero no quiero que lo utilices para parecer diferente.

Connor apoyó una mano sobre la madera de la cerca.

—No sé cómo demostrarte que he cambiado sin comportarme de forma distinta.

La respuesta me dejó incómoda.

—Podrías estar fingiendo.

—Sí.

—¿Y no vas a negarlo?

—Si lo negara, pensarías que también eso forma parte del engaño.

No pude evitar una sonrisa breve.

—Has aprendido a conocerme mejor.

—Estoy intentándolo.

El viento recorrió los campos, llevando hasta nosotros el olor de la hierba mojada. A lo lejos se escuchaban los golpes de un martillo procedentes de los establos.

Connor miró hacia el camino.

—¿Quieres continuar con los orfanatos?

La pregunta me sorprendió.

—Sí.

—Incluso si te quedas aquí.

—Especialmente si me quedo aquí.

—¿Por qué?

—Porque no pienso permitir que esta casa vuelva a ser toda mi vida.

Connor asintió.

—¿Cuántos centros administras ahora?

—Directamente, tres. Ayudamos a otros cinco.

—¿En Francia?

—En Francia y Bélgica. Hay uno pequeño en Irlanda que Renata intentaba sostener antes de marcharse.

—¿Qué necesitan?

Lo observé.

—¿Por qué preguntas?

—Porque quizá pueda ayudarte.

—No necesito que compres mi gratitud.

—No he dicho nada sobre gratitud.

—Todo tu dinero tiene una intención.

—El de Seth también.

—Seth no espera que Renata sonría durante una cena a cambio.

—No sabes qué espera Seth.

—Lo suficiente.

Connor aceptó el golpe sin modificar la expresión.

—¿Qué necesitarías para abrir un centro aquí?

—Una propiedad adecuada, personal preparado y permisos que pueden tardar meses el llegar.

—Podría conseguirlos.

—Claro que podrías.

—Eso ha sonado como una acusación.

—Es una observación.

Él esperó.

Yo continué:

—No son los niños que tu madre consideraría apropiados para una obra de caridad Walsh.

—¿Por qué?

—Muchos son negros. —Connor no reaccionó—. Niños africanos, hijos de marineros, familias desplazadas o criaturas que nadie desea recibir por el color de su piel —añadí—. Algunos ni siquiera hablan inglés cuando llegan. La sociedad no los quiere cerca, mucho menos bajo la protección de una familia como la tuya.

—Nuestra hija tiene sangre Donovan.

—No cambies de asunto.

—No lo hago. Solo señalo que la pureza familiar es una fantasía que mi madre ha defendido durante demasiado tiempo.

Lo miré con extrañeza.

—Antes te preocupaba mucho lo que pensaban los demás.

—Todavía me preocupa.

—Entonces no querrás asociar tu apellido con mis centros.

Connor observó los campos antes de responder.

—Que algo me preocupe no significa que deba obedecerlo.

La frase se parecía demasiado a algo que yo misma había aprendido.

—¿No tienes inconveniente?

—Con el color de los niños, no.

—Tu madre sí lo tendrá.

—Mi madre tiene inconvenientes con casi todo.

—Y durante años permitiste que eso dirigiera nuestra vida.

—Sí.

—¿Qué harás cuando se oponga?

Connor se volvió hacia mí.

—Averiguaremos si realmente he cambiado.

No supe qué responder. Había esperado una defensa elaborada, una promesa o una frase diseñada para impresionarme. En cambio, reconocía que todavía no había sido puesto a prueba.

Aquella incertidumbre parecía más sincera que una certeza perfecta.

—No aceptaré dinero sin condiciones claras —dije.

—Redáctalas.

—El centro no llevará el nombre de los Walsh.

—De acuerdo.

—No intervendrás en las admisiones.

—De acuerdo.

—Y nadie será utilizado para mejorar tu imagen en los periódicos.

—Eso parece dirigido a mí personalmente.

—Lo es.

Connor sonrió.

—Acepto.

Reanudamos el paseo. Yo seguía mirándolo de reojo, más que nada porque no comprendía qué estaba ocurriendo.

El hombre a mi lado tenía el rostro de Connor, su forma de caminar y la misma inclinación arrogante de la cabeza cuando algo le parecía divertido. Sin embargo, escuchaba mis opiniones, admitía desconocer ciertas cosas y ofrecía apoyar un trabajo que antes habría considerado impropio de una esposa Walsh.

Podía tratarse de una estrategia, una manera más refinada de convencerme de permanecer a su lado, también podía ser verdad.

La posibilidad me asustaba.

Era más sencillo odiar a un hombre incapaz de cambiar.

Un Connor distinto me obligaba a preguntarme si el perdón era posible, y yo aún no sabía si deseaba concedérselo.

Al acercarnos a la casa, vimos a Eileen salir nuevamente por una puerta lateral. La señorita Fanning caminaba detrás de ella, esta vez sin permitir que se alejara.

La niña nos vio juntos.

Se detuvo.

Connor levantó una mano. Eileen respondió al saludo, aunque sus ojos se dirigieron primero hacia mí y después hacia la distancia que existía entre nuestros cuerpos.

No caminábamos tomados del brazo ni estábamos lo bastante cerca para tocarnos, eso pareció tranquilizarla.

—Tendremos que avanzar con cuidado —dije.

Connor siguió mi mirada.

—Sí.

—No quiero que crea que he venido a quitarle algo.

—No has venido a quitarle nada.

—He venido a recuperar un lugar que ella no sabía que me pertenecía, creo que ni siquiera comprende que soy su madre.

—Entonces tendremos que enseñarle que el cariño puede crecer sin desplazar a nadie y que no tiene nada que temer.

Lo observé.

—Eso ha sonado casi sabio.

—No se lo digas a nadie. Arruinarías mi reputación.

Sonreí y la facilidad con que lo hice me incomodó.

Seguimos caminando hasta la casa.

Yo todavía no confiaba en él.

La carta de Renata seguía sin contener respuestas. Ciarán esperaba una decisión que yo no estaba preparada para tomar, y el pasado de Connor continuaba entre nosotros como una habitación cerrada.

Pero aquella tarde había conocido al hombre que existía en los ojos de Eileen. Un padre paciente. Un refugio. Alguien que hablaba de mí con una bondad que no sabía que conservaba.

No era el mismo hombre con quien me había casado o quizá siempre había sido capaz de convertirse en él y simplemente no me había considerado digna de ese esfuerzo.

No sabía cuál de las dos posibilidades dolía más.

Al entrar en la casa, Connor sostuvo la puerta.

Pasé junto a él sin tocarlo.

No había tomado ninguna decisión.

Solo había aceptado continuar caminando.

Por el momento, era suficiente.

14 El día del lago

Maureen regresó a la casa poco antes del mediodía.

Había pasado la mañana visitando a una familia vecina y entró en el salón retirándose los guantes, preparada para encontrar el orden habitual: empleados silenciosos, puertas cerradas y una nieta entregada a sus lecciones.

En cambio, encontró a Connor sentado en el suelo. Eileen estaba arrodillada frente a él, intentando cerrar una cesta demasiado llena, mientras yo envolvía pan, queso y frutas en paños limpios. Habíamos apartado algunos muebles y sobre la alfombra se acumulaban mantas, platos, una botella de limonada y varias cosas que la niña consideraba indispensables para sobrevivir una tarde fuera de casa.

—No cabe —dijo Eileen, empujando la tapa.

—Porque has guardado tres libros —respondí.

—Puede que llueva.

—Los libros no detienen la lluvia.

—Pero hacen que sea menos aburrida.

Connor levantó la tapa y retiró uno.

—Llevaremos uno.

—Dos.

—Uno.

—Uno grande.

—Aceptado.

Eileen sonrió, satisfecha con una negociación que había perdido casi por completo. Fue entonces cuando advirtió a su abuela.

—¡Vamos al lago!

Maureen se detuvo en la entrada.

Su mirada recorrió la habitación, deteniéndose en Connor, después en mí y finalmente en la cesta que estábamos preparando juntos.

—¿Al lago?

—Pasaremos allí el día —respondió Connor.

La serenidad de su voz pareció incomodarla más que una discusión.

—El tiempo no es apropiado.

Los cuatro miramos hacia las ventanas. El cielo estaba despejado. La luz descendía sobre los jardines con una claridad dorada, y no había una nube lo bastante oscura para justificar la advertencia.

Connor volvió a mirar a su madre.

—Parece bastante apropiado.

—En Irlanda el tiempo cambia.

—Esa es una posibilidad diaria.

Eileen corrió hacia Maureen.

—Papá va a enseñar a mamá a nadar.

La palabra quedó suspendida. Mamá. La niña la había pronunciado sin detenerse a pensar. Yo tampoco me moví. Maureen sí. Su expresión se endureció apenas antes de recuperar la compostura.

—Lilianne nunca tuvo inclinación por esas actividades.

—Quizá no tuvo un maestro paciente —dijo Connor.

Continué colocando las cosas en la cesta para evitar que todos vieran la emoción en mi rostro. Maureen observó a su hijo.

—No creo que sea conveniente que se marchen durante todo el día.

—Entonces no lo creas.

—Connor.

—Si piensas quedarte, pide a las cocineras que te preparen algo.

Cerró la cesta y se puso de pie. No hubo crueldad en sus palabras, solo una firmeza que Maureen no estaba acostumbrada a encontrar dirigida contra ella. Eileen tomó mi mano.

—Tenemos que irnos antes de que aparezcan las nubes.

—No veo ninguna.

—La abuela sí.

Connor ocultó una sonrisa. Atravesamos el vestíbulo dejando a Maureen junto a la escalera. Al pasar a su lado sentí su mirada sobre mí, pesada y fría; no dijo nada y aquello resultó peor.

Al salir, me volví una vez. Continuaba en el mismo lugar, observándonos desde la puerta abierta. Una sensación desagradable me recorrió la espalda, como si el día demasiado hermoso hubiera cometido el error de existir frente a ella.

Connor había ordenado preparar un caballo tranquilo, de cuerpo ancho y paso seguro.

—¿Los tres? —pregunté al verlo.

—El camino es corto.

—Podríamos llevar otro.

—¿Sabes montar?

—Técnicamente.

—Eso significa que no.

Eileen ya esperaba junto al animal, impaciente.

Connor montó primero, después me ayudó a subir y me acomodé delante de él, con la niña sentada entre mis brazos. Durante los primeros metros intenté mantener la espalda rígida. Era inútil. El movimiento del caballo me obligaba a apoyar el cuerpo contra el de Connor. Su pecho permanecía detrás de mí, firme y cálido, mientras

uno de sus brazos rodeaba mi cintura para alcanzar las riendas, la otra mano descansaba cerca de mi cadera.

No me sujetaba más de lo necesario. Aun así, cada paso del animal acercaba nuestros cuerpos. El roce era constante. Lento. Una intimidad construida por el movimiento, imposible de ignorar y demasiado inocente para que pudiera reprochársela.

El aire olía a hierba, tierra húmeda y hojas calentadas por el sol. Eileen hablaba sin descanso, señalando árboles, pájaros y caminos que ya conocía de memoria, pero yo apenas conseguía escucharla.

Sentía la respiración de Connor cerca de mi oído, el calor de su mano atravesando la tela de mi vestido, la presión ocasional de sus piernas contra las mías cuando el caballo descendía por una pendiente.

Había pasado demasiado tiempo sin una cercanía semejante, el cuerpo lo recordaba aunque yo hubiese decidido olvidar.

—Estás muy tensa —murmuró Connor.

—No confío en el caballo.

—El caballo es la criatura más tranquila de esta familia.

—Eso no es difícil.

Su risa vibró contra mi espalda.

El sonido me produjo un estremecimiento.

—¿Tienes frío? —preguntó.

—No.

Su mano se cerró ligeramente sobre mi cintura cuando el caballo saltó una pequeña irregularidad del camino. El gesto fue rápido. Instintivo. Mi respiración se desordenó. Me alegré de que Eileen estuviera hablando sobre un zorro y no pudiera advertir nada.

La casa del lago apareció entre los árboles.

Era una construcción pequeña de madera oscura, con techo inclinado y una chimenea de piedra. Había un porche estrecho, una habitación principal y un dormitorio al fondo. No poseía la elegancia de la residencia Walsh; precisamente por eso resultaba encantadora.

Connor desmontó y bajó primero a Eileen. Después extendió las manos hacia mí. Apoyé las mías sobre sus hombros mientras él me sostenía por la cintura y durante un instante quedamos demasiado cerca. Sus ojos descendieron hacia mi boca, los míos hicieron lo mismo.

Me soltó antes de que el momento pudiera convertirse en otra cosa.

—Voy a llevar el caballo al cobertizo —dijo.

La voz le había cambiado apenas.

Yo tomé la cesta.

—Yo prepararé la comida.

—Primero nadaremos —anunció Eileen.

—Primero comeremos.

—No se puede nadar después de comer.

—Entonces esperaremos.

—Eso desperdicia el día.

Connor levantó la cesta de mis manos.

—La niña tiene un argumento razonable.

—La niña tiene cinco años y gobierna esta familia.

—Finalmente alguien competente.

Eileen corrió hacia el lago.

El agua se extendía entre los árboles, oscura y serena. El sol dibujaba reflejos blancos sobre la superficie, y en la orilla crecían juncos que se inclinaban con el viento.

Connor dejó la cesta dentro de la choza.

Cuando regresó, comenzó a desabrocharse la camisa. Aparté la mirada demasiado tarde. Su cuerpo había cambiado. Durante nuestro matrimonio había sido delgado, elegante y atractivo de una forma casi delicada. Ahora los años habían ensanchado sus hombros y endurecido los músculos de sus brazos y pecho. Había una cicatriz pequeña cerca de las costillas que yo no recordaba. Sentí calor en el rostro. No debería haberme sorprendido. Connor montaba, trabajaba y pasaba largas temporadas recorriendo sus propiedades. Naturalmente su cuerpo no podía permanecer idéntico al del

muchacho con quien me había casado, pero la explicación no disminuía el efecto. Hacía años que no miraba a un hombre de aquella manera.

Ciarán había despertado en mí una cercanía diferente, más silenciosa, construida a través de miradas y cuidados. Con Connor, en cambio, mi cuerpo recordaba una historia que mi mente todavía rechazaba. No toda aquella historia había sido dolorosa. La juventud sabe fabricar deseo incluso dentro de un matrimonio equivocado.

—¿Ocurre algo? —preguntó Connor.

—No.

Había vuelto a mirarlo. Él lo sabía. Una sombra divertida cruzó su expresión, aunque tuvo la decencia de no mencionarlo.

Eileen se quitó los zapatos y corrió hacia el agua.

—¡Papá!

Connor la siguió.

Los observé desde la orilla. Eileen sabía nadar lo suficiente para avanzar algunos metros, aunque Connor permanecía siempre cerca. La sostenía bajo los brazos, la levantaba y la dejaba caer mientras ella reía. Después fingía hundirse para que la niña lo rescatara. No recordaba haber escuchado a Connor reír de aquella forma durante nuestro matrimonio. Sin vigilancia. Sin elegancia. Con la cabeza hacia atrás y el cabello mojado sobre la frente, parecía más joven y verdadero.

Me senté sobre una manta y abrí la cesta. Intenté concentrarme en ordenar la comida.

—¡Mamá!

Levanté la cabeza.

Eileen agitaba un brazo desde el agua.

La palabra volvió a estremecerme.

—Ven.

—Estoy bien aquí.

—Papá te enseñará.

—Puedo observar.

—Eso es aburrido.

—Alguien debe proteger el almuerzo.

—Los patos no subirán hasta la cesta.

—No estoy segura.

Eileen nadó hacia la orilla.

—Prometiste aprender cosas nuevas.

—No recuerdo haberlo prometido.

—Lo dijiste cuando hablamos de montar.

Connor se encontraba detrás de ella, con el agua a la altura de la cintura, dejando a la vista el cuerpo que llamaba tanto mi atención.

—No tienes que hacerlo —dijo.

Aquello debería haber facilitado mi negativa. En cambio, me molestó que pareciera tan dispuesto a aceptarla.

—Puedo intentarlo.

Eileen aplaudió.

La choza guardaba algunos trajes sencillos para nadar. Elegí uno oscuro, de tela pesada, que cubría más de lo que revelaba y aun así me hizo sentir extrañamente desnuda al salir.

Connor me observó. No con descaro. Peor. Con una atención contenida que parecía exigirle esfuerzo.

Eileen ya estaba sentada en la orilla.

—Yo te diré qué hacer.

—¿Tú?

—Papá te sostiene y yo doy las instrucciones.

—Parece un sistema dudoso.

—Funciona.

Entré en el agua. El frío me robó el aliento. Retrocedí.

—No.

Eileen rio.

—Todavía no empezamos.

—Ya ha sido suficiente.

Connor se acercó.

—Despacio.

—Está helada.

—Después deja de sentirse.

—Eso parece una amenaza.

El agua alcanzó mis rodillas, después la cintura. El fondo desaparecía bajo una oscuridad verdosa que me producía una inquietud infantil. Nunca había aprendido a nadar porque odiaba no saber qué se encontraba debajo de mí, necesitaba tocar el suelo, sentir algo firme.

Connor extendió las manos.

—Confía en mí.

Lo miré. La frase contenía demasiadas cosas.

—Solo en esto —añadió.

Apoyé las manos sobre sus antebrazos. Su piel estaba fría por el agua, pero debajo sentí el calor del cuerpo y la tensión de sus músculos.

—Voy a sostenerte —dijo.

—No me sueltes.

—No lo haré.

Una de sus manos se colocó debajo de mi espalda, la otra rodeó mi cintura. Me pidió que inclinara el cuerpo, el agua subió alrededor de mis hombros. El miedo me hizo aferrarme a él. Mi pecho chocó contra el suyo y mis piernas buscaron apoyo donde no lo había.

Connor me sostuvo con mayor firmeza, acercándome hasta que pude respirar.

—Estoy aquí.

Su voz estaba junto a mi rostro.

—No me gusta.

—Lo sé.

—Eileen dijo que sería fácil.

—Eileen también cree que los patos comprenden francés.

—Lo comprenden —protestó ella desde la orilla.

Connor sonrió sin apartar los ojos de mí.

—Extiende las piernas.

—No.

—Lilianne.

—Me hundiré.

—No mientras te sostenga.

Su mano se deslizó lentamente desde mi cintura hacia la parte baja de mi espalda, guiándome sobre el agua. El contacto era necesario, también demasiado consciente. Sentí cada dedo a través de la tela mojada. Mi respiración cambió. Connor lo advirtió. Su mirada descendió hacia mi boca y regresó a mis ojos.

—Relájate.

—Es difícil cuando lo dices de esa manera.

Una sonrisa lenta apareció en sus labios.

—¿De qué manera?

—Como si supieras que no puedo hacerlo.

—Sé que puedes.

La confianza en su voz me desarmó. Dejé que me inclinara. El agua sostuvo parte de mi peso mientras Connor conservaba una mano bajo mi espalda y otra en mi cintura. Su cuerpo permanecía cerca, lo bastante para que mi pierna rozara la suya cada vez que intentaba moverme.

—Ahora patea —ordenó Eileen.

Obedecí. El movimiento produjo una salpicadura que alcanzó el rostro de Connor. Eileen estalló en carcajadas.

—No así.

—Es mi primera vez.

—Pareces un pato enfermo.

—No aceptaré críticas de alguien que aún confunde ciertos verbos en francés.

La niña hizo una mueca. Connor rio. Continuamos. Poco a poco dejé de aferrarme a sus hombros. El miedo no desapareció, pero se volvió manejable. Aprendí a dejar que el agua me sostuviera mientras él retiraba gradualmente la presión de sus manos.

—No me estás sujetando —dije.

—Sí.

—Apenas.

—Eso significa que ya no lo necesitas tanto.

Lo miré. Había algo profundamente seductor en aquella forma de sostenerme sin impedir que aprendiera a hacerlo sola.

Durante nuestro matrimonio, Connor siempre había guiado porque consideraba que yo era incapaz de elegir. Ahora sus manos estaban allí únicamente para evitar que cayera. La diferencia produjo una sensación extraña, una ternura cercana al deseo.

—Creo que ya puedes avanzar un poco —dijo.

—No.

—Un paso.

—En el agua no hay pasos.

—Entonces un movimiento.

Se colocó frente a mí, a poca distancia.

—Ven.

—Esto parece una idea terrible.

—La mayoría de tus buenas decisiones comienzan con esa frase.

Me impulsé. Por un instante el agua me sostuvo. Después entré en pánico y me lancé hacia él. Connor me recibió. Mis brazos rodearon su cuello. Los suyos se cerraron alrededor de mi cintura. Mi

cuerpo quedó pegado al suyo, temblando por el frío, el miedo y algo que no deseaba examinar. Nuestras caras estaban demasiado cerca.

Una gota descendió desde su cabello hasta la mejilla. Quise retirarla, pero no moví la mano. Connor tampoco se inclinó.

—Lo hiciste —dijo.

—Me arrojé sobre ti.

—Avanzaste antes.

—Una distancia insignificante.

—Suficiente para empezar.

Eileen aplaudía desde la orilla. Nos separamos. No con rapidez. Con una lentitud que reconocía lo ocurrido sin atreverse a nombrarlo.

Comimos junto al lago. Extendimos las mantas sobre la hierba y abrimos la cesta. Había pan, queso, frutas y un pastel pequeño que Eileen aseguró no haber visto antes de que apareciera en sus manos. Connor le quitó una fresa de los dedos, ella respondió lanzándole una uva, la fruta golpeó su hombro.

—Eso es una declaración de guerra —dijo.

—Tú empezaste.

—Soy tu padre.

—Eso no significa que puedas robar.

Eileen se escondió detrás de mí cuando Connor fingió acercarse para hacerle cosquillas.

—Protégeme.

—No pienso intervenir en una disputa familiar.

—También eres familia.

El comentario surgió con naturalidad. La niña no pareció notar lo que había dicho. Yo sí. Connor también. Nuestros ojos se encontraron por encima de su cabeza. Ninguno habló, pero lo entendimos todo.

Pasamos la tarde jugando cerca del agua.

Eileen recogió piedras lisas y decidió que cada una representaba a un miembro de la familia. Escogió una clara para ella, una oscura para Connor y una rojiza para mí.

—¿Y la abuela? —pregunté.

Buscó durante varios minutos. Finalmente eligió una piedra grande y gris. Connor se volvió para ocultar la risa.

El cielo comenzó a oscurecer sin que lo advirtiéramos.

Primero desapareció el sol, después el viento agitó las ramas y una sombra azul cubrió el lago.

—La abuela tenía razón —dijo Eileen.

—No se lo diremos —respondió Connor.

La primera gota cayó sobre mi mano.

Después llegó la lluvia.

Recogimos la comida con rapidez y corrimos hacia la choza. La tormenta se desató antes de que Connor pudiera llegar al cobertizo para preparar el caballo. El agua golpeaba el techo con tanta fuerza que apenas podíamos escucharnos.

—Esperaremos —dijo.

Eileen parecía encantada.

—Podemos dormir aquí.

—No será necesario.

Un trueno sacudió las ventanas.

La niña sonrió.

—Sí será.

La tormenta empeoró al caer la tarde. El camino se volvió demasiado resbaladizo para regresar a caballo y la oscuridad llegó antes de lo esperado. La choza tenía una sola cama. No era grande. Connor encendió la chimenea y extendió algunas mantas cerca del fuego.

—Dormiré aquí —dijo.

—El suelo estará frío.

—He dormido en lugares peores.

Eileen apareció en la puerta del dormitorio.

—No.

—¿No qué?

—Dormiremos juntos.

—Tu madre y tú usaréis la cama.

—Los tres.

Connor y yo intercambiamos una mirada.

—Eileen —comenzó él.

—Hay truenos.

Otro retumbó en la distancia, como si la tormenta hubiese decidido ayudarla. La niña cruzó los brazos.

—Los tres.

No tuvimos oportunidad. Eileen se colocó en el centro de la cama y señaló un lado para cada uno. Connor se acostó sobre la colcha, todavía vestido, y yo hice lo mismo al otro extremo.

La niña parecía satisfecha.

—Así está bien.

La habitación estaba iluminada por el fuego de la estancia contigua. La lluvia golpeaba el techo, y el viento se colaba por alguna rendija de la madera con un silbido suave.

Eileen habló durante varios minutos. Nos preguntó por nuestros animales favoritos, por la primera vez que nos conocimos y por qué yo no sabía nadar. Connor respondió con historias cuidadosamente modificadas, convirtiendo nuestro pasado en algo más amable.

Yo no lo contradije, no aquella noche, la voz de Eileen se volvió cada vez más lenta. Finalmente se giró hacia Connor, apoyó una mano sobre su brazo y cerró los ojos.

Su respiración se hizo profunda.

Esperé.

Connor también.

Ninguno parecía saber qué hacer después.

La cercanía del lago continuaba en mi cuerpo. Recordaba sus manos sosteniéndome, la presión de su pecho y la manera en que me había mirado dentro del agua. La cama era demasiado estrecha. Aunque Eileen estaba entre nosotros, podía sentir el calor de Connor al otro lado. Cerré los ojos. No sé cuánto tiempo pasó. La lluvia se volvió más suave. El cansancio comenzó a vencerme. Entonces noté movimiento.

Abrí apenas los ojos.

Connor se incorporó con cuidado. Retiró el brazo que Eileen aún tocaba y acomodó la manta alrededor de ella. Después tomó una almohada y otra cobija. No dijo nada. Salió del dormitorio y se acostó en el suelo junto a la chimenea.

Podría haberse quedado, la presencia de nuestra hija habría convertido la cercanía en algo aparentemente inocente, nadie habría podido acusarlo de romper su promesa. Aun así, se marchó. No porque temiera mi rechazo, sino porque había entendido mi límite.

La sensación que me recorrió fue pequeña y cálida. Un cosquilleo agradable, más profundo que el deseo que sentí en el lago. El respeto poseía una intimidad propia, una forma de tocar sin utilizar las manos.

Eileen se movió en sueños. Su cuerpo se volvió hacia mí. Uno de sus brazos rodeó mi cintura y su cabeza se acomodó contra mi pecho.

Dejé de respirar. Después la abracé con cuidado. Como si pudiera despertar y arrepentirse. Eileen suspiró y se acercó más. Su cabello olía a lluvia, jabón y agua del lago. Apoyé los labios sobre su cabeza, permitiéndome un beso tan ligero que quizá ni siquiera lo sintió.

Miré hacia la puerta.

Desde allí podía ver una parte de la estancia. Connor dormía en el suelo, cubierto por una manta, con el rostro vuelto hacia el fuego. No era la vida que habíamos tenido, tampoco sabía si podía convertirse en otra, pero aquella noche mi hija dormía entre mis brazos y el hombre al que había temido había elegido alejarse para no invadir mi espacio.

Cerré los ojos. Por primera vez desde que regresé a Irlanda, no pensé en escapar. Abracé a Eileen. Ella me abrazó también y me quedé dormida sorprendentemente feliz.

15 La verdad entra del brazo de Seth

Desperté porque Eileen estaba gritando. No era un grito de miedo.

Era una celebración aguda, prolongada y lo bastante escandalosa para despertar a cualquier criatura situada a varios kilómetros de la casa del lago.

Abrí los ojos.

La cama estaba vacía a mi lado.

Durante un instante no recordé dónde me encontraba. Vi el techo inclinado de madera, las paredes estrechas y la luz blanca entrando por las cortinas. Después sentí el olor de la chimenea apagada y recordé la tormenta, el cuerpo de mi hija abrazado al mío y a Connor durmiendo en el suelo para no incomodarme.

Otro grito llegó desde el exterior.

—¡Otra vez!

Me incorporé.

Mi vestido estaba doblado sobre una silla y las mantas de Connor habían desaparecido. También faltaba su ropa húmeda, que habíamos dejado junto al fuego.

Me acerqué a la ventana. Padre e hija estaban dentro del lago. Eileen nadaba alrededor de Connor, lanzándole agua con ambas manos. Él la sostenía por la cintura y fingía dejarla caer cada vez que ella intentaba trepar sobre sus hombros.

Yo era la única que seguía durmiendo.

Salí de la choza envuelta en una bata, descalza y con el cabello completamente enmarañado.

—¿Qué hora es?

Connor volvió la cabeza. Su cabello estaba mojado y pegado a la frente. La luz de la mañana recorría sus hombros desnudos y se detenía sobre la superficie del agua.

—Buenos días —dijo.

—Eso no responde.

—Casi las nueve.

—¿Las nueve?

Eileen nadó hacia la orilla.

—Papá dijo que te dejáramos dormir.

—Papá no debía permitir que volvieras al agua después de la tormenta, es peligroso.

—El lago no sabe que hubo tormenta.

—Esa es una lógica peligrosa.

Connor se acercó detrás de ella.

—El agua está más cálida que ayer.

—No me interesa.

—Podrías comprobarlo.

La mirada que me dirigió descendió lentamente desde mi cabello desordenado hasta mis pies desnudos. Sentí calor en las mejillas.

—No volveré a entrar.

—Una lástima. Ayer comenzabas a hacerlo bien.

—Ayer casi me ahogo sobre ti.

—Hay hombres que considerarían esa una muerte aceptable.

Lo miré.

Connor sonrió.

—Salgan —ordené—. Prepararé el desayuno.

—¿Sabes cocinar? —preguntó Eileen.

—Naturalmente.

Connor alzó una ceja.

—¿Naturalmente?

—He aprendido.

—Eso quiero verlo.

Regresé a la choza antes de que pudiera notar que su voz había provocado un pequeño estremecimiento en mi espalda.

No tenía una gran variedad de alimentos, pero encontré huevos, pan, algunas hierbas secas y queso. Encendí la estufa y comencé a

trabajar mientras escuchaba a Eileen correr por el porche.

Cuando entraron, ambos se habían cambiado.

Connor llevaba una camisa blanca con las mangas dobladas hasta los antebrazos. Eileen se había puesto el vestido del día anterior y su cabello mojado formaba rizos desordenados alrededor del rostro.

—Huele bien —dijo la niña.

—No parezcas tan sorprendida.

—Papá dijo que antes no sabías hacer nada.

Connor se detuvo en la puerta.

—No dije nada.

—Dijiste que las cocineras preparaban todo.

—Eso no significa lo mismo.

—Se parece bastante —respondí.

Serví los huevos con pan tostado y queso caliente. Eileen probó el primer bocado con una cautela exagerada.

Después abrió mucho los ojos.

—Está delicioso.

—Gracias.

—De verdad.

—La segunda vez resulta menos halagador.

Connor probó también.

Esperé su reacción con una atención que no deseaba reconocer.

—Tiene razón —dijo—. Está muy bueno.

—No necesito que parezcas sorprendido.

—Estoy intentando elogiar a mi esposa.

El título me produjo una sensación extraña. No fue rechazo inmediato. Tampoco agrado. Algo intermedio, más peligroso.

—Podrías elogiarme sin recordarme el estado legal.

—Podría. —Tomó un trozo de pan—. Cocinas muy bien, Lilianne.

La manera en que pronunció mi nombre me hizo bajar la mirada hacia el plato. Eileen parecía encantada.

—Puedes hacer el desayuno mañana.

—No estaremos aquí mañana.

La niña dejó de sonreír.

—¿Tenemos que volver?

—Sí —respondí—. Tu abuela estará preocupada.

Connor soltó una risa breve.

—Mi madre no se preocupa. Organiza represalias.

—Eso no es verdad —protestó Eileen.

—Por supuesto que no —dijo él—. Era una broma.

La niña continuó comiendo.

Regresamos a caballo. Esta vez Eileen insistió en sentarse delante de Connor, de modo que yo ocupé el último lugar. Tuve que rodearlo con los brazos para mantener el equilibrio. La postura era aún más

íntima que el día anterior. Mi pecho rozaba su espalda con cada movimiento del caballo. El calor de su cuerpo atravesaba la camisa, y mis manos descansaban sobre su abdomen, sintiendo cómo los músculos se tensaban cuando guiaba las riendas.

Eileen hablaba sobre el lago, los patos y la posibilidad de regresar la semana siguiente. Connor le respondía, pero en ciertos momentos giraba ligeramente la cabeza y su mejilla casi rozaba mi frente.

Cuando la casa apareció entre los árboles, me aparté un poco.

Connor lo notó, pero no dijo nada.

La propiedad estaba llena de carruajes.

Hombres con librea cruzaban el camino de entrada. Desde las ventanas abiertas llegaba música, y varios automóviles permanecían estacionados junto a los establos.

—¿Qué ocurre? —pregunté.

Connor tensó el cuerpo.

—Mi madre.

No necesitó añadir nada.

Maureen apareció en los escalones antes de que desmontáramos. Llevaba un vestido color marfil y una expresión de satisfacción serena.

—Al fin regresan.

Connor bajó primero a Eileen. Después me ayudó. Sus manos rodearon mi cintura y al tocar el suelo, mi cuerpo quedó frente al suyo. Él no me soltó de inmediato. Nuestros ojos se encontraron.

—Tenemos invitados —dije.

—Eso parece.

Maureen observó el gesto. Su boca se endureció.

—He organizado una recepción —informó—. Hay personas que deseaban saludar a Lilianne después de su regreso.

—Podrías haber avisado —respondió Connor.

—No sabía que pasarían la noche fuera.

La acusación estaba dirigida hacia mí.

—La tormenta cerró el camino —dije.

—Naturalmente.

Eileen corrió hacia su abuela.

—Dormimos los tres en la misma cama.

El silencio fue inmediato.

Connor tosió para ocultar la risa.

Yo cerré los ojos.

—Eileen…

—Papá después durmió en el suelo.

Maureen miró a su hijo.

—No era necesario explicar tanto —dijo él.

—Pero es verdad.

—Eso nunca ha impedido que una conversación sea inconveniente —respondí, ocasionando que Connor sonriera, pero Maureen no.

—Deben cambiarse —ordenó—. Algunas de las familias más importantes de Irlanda se encuentran dentro.

—Invitadas por ti —dijo Connor.

—Invitadas por los Walsh.

Su mirada se detuvo en mi vestido arrugado y en el cabello húmedo.

—Será mejor que no las hagamos esperar.

Quise negarme.

Después vi a Eileen.

Me observaba esperando mi decisión.

—Me cambiaré —dije.

Maureen sonrió.

—Sabía que recordarías cómo comportarte.

Connor se acercó a mí.

—No tienes que bajar.

—Sí.

—Mi madre lo organizó para obligarte.

—Entonces no le daré el placer de verme esconderme.

Su mirada recorrió mi rostro.

—Estaré cerca.

—Puedo defenderme.

—Lo sé. —Su voz fue baja—. Aun así estaré cerca.

Elegí un vestido verde oscuro.

La tela se ajustaba al cuerpo antes de caer en una falda suave. El escote era discreto, aunque dejaba al descubierto la línea de los hombros y parte de la espalda. Nora recogió mi cabello en un moño bajo, permitiendo que algunos rizos quedaran libres cerca del rostro.

Cuando se marchó, permanecí frente al espejo.

Había algo distinto en mi belleza.

Me gustaba más aquella mujer.

Llamaron a la puerta.

—Adelante.

Connor entró. Llevaba un traje negro y una corbata gris, su cabello todavía conservaba una ligera humedad del baño. Se detuvo al verme. No habló. La atención en sus ojos recorrió mi figura con una lentitud que hizo que la habitación se volviera más cálida.

—¿Qué? —pregunté.

Connor cerró la puerta.

—Nada.

—Esa mirada no significa nada.

—Estoy intentando recordar cómo hablar.

Sentí un cosquilleo en el estómago.

—Has tenido años de práctica.

—No para esto.

Se acercó. Llevaba una pequeña caja de terciopelo en la mano.

—No quiero otra joya.

—Mírala primero.

Abrió la caja.

Dentro había un collar de esmeraldas pequeñas, unidas por una cadena fina de oro. No era una de las piezas pesadas que había enviado antes a mi habitación. Era delicado, elegante y demasiado hermoso.

—No tienes que usarlo —dijo—. Pero pertenece a ese vestido.

—Las joyas no pertenecen a los vestidos.

—Esta sí.

Debería haberme negado. En cambio, aparté el cabello. Connor tardó un segundo en comprender que le permitía colocarlo.

Se situó detrás de mí.

Lo vi en el espejo. Sus dedos rozaron mi nuca al levantar la cadena. El contacto fue ligero, pero mi piel reaccionó de inmediato. Un escalofrío descendió por mi espalda.

Connor lo sintió. Su mirada se encontró con la mía en el reflejo. No retiró las manos. El metal frío descansó sobre mi clavícula mientras él buscaba el broche. Sus dedos rozaron varias veces la piel desnuda, con una lentitud que podía atribuirse a la dificultad del cierre.

No lo creí.

Mi respiración se hizo más profunda. Connor inclinó ligeramente la cabeza y su aliento tocó la parte posterior de mi cuello.

—¿Te lastimo?

—No.

La palabra salió demasiado baja. Cerró el broche. Podría haberse apartado, pero no lo hizo. Sus manos descendieron hasta mis hombros. No llegaron a acariciarlos; permanecieron allí, cálidas y quietas, como si estuviera esperando que yo decidiera si aquel contacto era permitido.

Observé su rostro en el espejo.

—Es hermoso —dije.

—Sí.

No estaba mirando el collar.

Me volví.

No se inclinó.

—Gracias —murmuré.

—De nada.

La puerta se abrió y Eileen entró sin llamar.

—Papá, dijiste que leeríamos…

Se detuvo. Nos observó. Yo retrocedí.

Connor guardó las manos en los bolsillos.

—Antes de bajar —terminó la niña.

—Lo recuerdo —respondió él.

Eileen llevaba un camisón blanco y abrazaba un libro contra el pecho. Sus ojos se dirigieron al collar.

—Es bonito.

—Tu padre me lo prestó.

Connor levantó una ceja.

—¿Prestado?

—No abuses del momento.

Eileen tomó mi mano.

—Ven.

Nos llevó hasta su dormitorio.

La habitación estaba iluminada por dos lámparas pequeñas. Había juguetes sobre una mesa, libros en un estante bajo y varias piedras junto a la ventana. Reconocí la rojiza que había elegido para representarme.

Nos sentamos en la cama.

Eileen se colocó entre nosotros y entregó el libro a Connor.

—Mamá lee hoy.

La palabra me produjo la misma emoción que por la mañana.

Tomé el libro.

Era una historia sobre una niña que atravesaba un bosque para encontrar a su hermano. Leí despacio, cambiando ligeramente las voces de los personajes. Eileen apoyó la cabeza contra mi brazo.

Connor permanecía al otro lado, su mano descansaba cerca de la de nuestra hija. En cierto momento, Eileen tomó ambas y las colocó sobre su vientre. La mía quedó debajo, la de Connor encima. Sus dedos tocaron los míos. Ninguno se movió.

Continué leyendo con la voz apenas alterada.

Cuando terminé, Eileen ya estaba adormecida. Besé su frente. Connor hizo lo mismo. Al inclinarnos, nuestros rostros quedaron separados por pocos centímetros sobre la niña dormida.

Él sonrió.

Yo aparté la mirada.

Salimos de la habitación en silencio.

Antes de cerrar la puerta, observé una vez más a Eileen. Aquella imagen —su rostro tranquilo, la piedra rojiza junto a la ventana y el libro abierto sobre las sábanas— valía cualquier recepción.

Incluso una organizada por Maureen.

Cuando descendimos, todos esperaban.

La música disminuyó al aparecer en lo alto de la escalera. Decenas de rostros se volvieron hacia nosotros. Connor me ofreció el brazo y yo lo tomé. No porque necesitara apoyo, sino porque comprendía el significado del gesto: la esposa Walsh había regresado.

Las conversaciones renacieron cuando comenzamos a bajar. Al llegar al salón, varios hombres se acercaron a Connor. Las mujeres me rodearon con mayor rapidez. Sus sonrisas eran perfectas.

Sus intenciones, no.

—Querida Lilianne, qué maravilla verla de nuevo.

—Está más delgada.

—El trabajo caritativo debe resultar agotador.

—Y tan poco apropiado para alguien de su posición.

Acepté una copa que no bebí.

—El hambre también resulta poco apropiada para los niños y los ancianos —respondí sin apartar la mirada.

La mujer sonrió sin comprender si la había contradicho.

Otra se inclinó hacia mí.

—Debe haber visto cosas terribles en esos hospicios.

—Sí.

—Niños de toda clase, según dicen.

—Suelen pertenecer a una sola clase cuando tienen hambre.

La sonrisa de la mujer se tensó.

—Me refería a sus orígenes.

—También yo.

Una señora de vestido azul soltó una risa breve.

—Siempre fue usted tan sensible.

La recordaba.

Lady Eleanor Whitmore. Había intentado sentarse junto a Connor en cada cena durante nuestro primer año de matrimonio.

—No recuerdo que antes me considerara sensible.

—Antes era tan joven.

—Ambas lo éramos.

Sus ojos se endurecieron. Otra mujer tomó la palabra.

—No comprendo cómo puede sentirse cómoda entre tantos pequeños africanos. Las costumbres deben ser diferentes.

—El hambre se parece bastante en todos los idiomas.

—Pero su naturaleza…

—¿Qué naturaleza?

La mujer titubeó.

—Ya sabe.

—No. Explíquelo.

Varias miradas se apartaron. La señora se ruborizó.

—No pretendía ofender.

—Entonces debería sentirse aliviada de que le permita corregirse.

Lady Eleanor intervino.

—No podemos negar que existen diferencias entre las razas.

—También existen diferencias entre las personas educadas y quienes confunden un salón con un lugar para expresar prejuicios.

El silencio cayó alrededor. Una joven ocultó una sonrisa detrás de su copa. Lady Eleanor se puso rígida.

—Su estancia en Francia la ha vuelto combativa.

—No. Solo me enseñó que la cortesía no obliga a escuchar estupideces en silencio.

Algunas mujeres se alejaron. Otras permanecieron, atraídas por la posibilidad de presenciar un escándalo.

—Connor fue muy paciente durante su ausencia —dijo una de ellas—. No todos los esposos habrían soportado que su mujer los abandonara para dedicarse a… esas personas.

—¿Qué personas?

—Los niños de color.

—Puede pronunciar la palabra negros. No se desintegrará.

La mujer abrió los ojos.

—No era necesario ser vulgar.

—La vulgaridad no está en el color de un niño —dije, obvia—. Está en utilizarlo como insulto.

—Solo digo que una dama debe recordar sus responsabilidades.

—Las recuerdo perfectamente.

—Su marido y su hija estaban aquí.

El comentario encontró una herida. La mujer lo supo.

—Mi hija me fue ocultada —respondí.

—Eso es una acusación muy grave.

—Lo ocurrido también lo fue.

—Quizá una madre más dedicada habría…

—Basta.

La voz de Connor apareció detrás de mí. No fue fuerte. No necesitó serlo. Las mujeres se volvieron hacia él con rapidez. Connor se colocó a mi lado, tan cerca que su brazo rozó el mío.

—Mi esposa no tiene que justificar su trabajo ni su ausencia ante ninguna de ustedes ni ante nadie más.

Lady Eleanor sonrió.

—Solo nos preocupaba que Lilianne hubiera olvidado su lugar.

Connor la observó con frialdad.

—Parece recordarlo mejor que quienes consideran una fiesta el lugar adecuado para insultarla.

—No fue nuestra intención.

—Entonces han fracasado de una forma extraordinaria.

La mujer del vestido azul apretó la copa.

Connor extendió el brazo hacia mí.

—Ven.

No me arrastró, no ordenó. Esperó. Tomé su mano y me condujo lejos del grupo y se detuvo junto a una columna.

—Podía defenderme —dije.

—Lo estabas haciendo.

—Entonces ¿por qué interviniste?

—Porque también quería hacerlo.

—No necesito ser rescatada.

—No. —Sus dedos continuaban alrededor de los míos—. Pero mereces que alguien se coloque a tu lado.

No encontré una respuesta inmediata.

Connor soltó mi mano.

—No permitiré que vuelvan a hablarte así en mi casa.

—Es la casa de tu madre.

—Eso también está cambiando.

Antes de que pudiera preguntarle qué significaba, alguien lo llamó desde el otro extremo del salón. Connor me miró una vez más.

—No te alejes demasiado.

—Eso ha sonado como una orden.

—Era una petición.

—Debes practicar la diferencia.

—Lo haré.

Se marchó. Permanecí junto a la columna, todavía sintiendo el calor de su mano como si siguiera presente.

—No les haga caso.

La voz pertenecía a la joven que había ocultado una sonrisa durante mi discusión con Lady Eleanor.

Se acercó con dos copas y me ofreció una.

—No pienso beber nada que no haya visto servir.

Ella rio.

—Prudente. Soy Agnes Fitzgerald.

Conocía el apellido. Su familia poseía tierras al norte y una reputación ligeramente escandalosa debido a que Agnes había rechazado dos matrimonios.

—Lilianne.

—Sé quién es.

—Todos parecen saberlo.

—La diferencia es que yo no he venido a preguntarle por qué abandonó a su marido.

—Eso la vuelve la persona más interesante de la fiesta.

Agnes miró hacia las mujeres que se habían alejado.

—No debería sentirse intimidada por ellas.

—No me intimidaron.

—La enfurecieron.

—Eso sí.

—Es peor. Cuando una está furiosa, termina diciendo la verdad delante de personas que han construido su vida para evitarla.

La miré con interés.

Agnes bebió un sorbo.

—Además, la mitad de esas mujeres deseaban acostarse con Connor mientras usted estaba fuera.

Parpadeé.

—Eso es una observación directa.

—No tengo talento para las indirectas.

—¿Y la otra mitad?

—También. Pero son menos honestas.

No pude evitar reír.

Agnes señaló discretamente a Lady Eleanor.

—Ella organizó tres cenas privadas después de que usted se marchara. Connor asistió a una y se retiró antes del postre.

—Eso no significa nada.

—La dejó llorando en la biblioteca.

—¿Cómo sabe eso?

—Porque yo estaba buscando coñac.

La estudié. No parecía estar mintiendo.

—Connor pudo tener otras mujeres.

—Pudo.

—Y probablemente las tuvo.

Agnes se encogió de hombros.

—No que alguien sepa.

—Los hombres ricos saben guardar secretos.

—No tan bien como creen. Los criados hablan, las amantes se ofenden y las amigas de las amantes hablan todavía más.

Miré hacia Connor.

Conversaba con varios hombres cerca de la chimenea. Parecía atento, seguro y completamente consciente de mi presencia.

—No estuvo con nadie —dije.

—No puedo jurarlo ante Dios. Pero si lo hizo, eligió a la mujer más silenciosa de Irlanda.

La información me produjo una sensación incómoda.

Descubrir que quizá no había sido así no reparaba nada.

Solo añadía otra pregunta.

—¿Por qué me cuenta esto?

Agnes sonrió.

—Acaba de humillar a Eleanor Whitmore y quiero ser su amiga.

—Es una razón poco profunda.

—Las amistades profundas suelen empezar con motivos ridículos.

Le devolví la sonrisa.

—En ese caso, acepto.

Una nueva pieza comenzó. Las parejas se dirigieron hacia el centro. Agnes observó detrás de mí, su expresión cambió.

—Parece que tiene otra visita.

Me volví. Ciarán estaba junto a la entrada. El corazón me dio un golpe. No sabía quién lo había invitado ni cuánto tiempo llevaba allí. Vestía un traje oscuro y mantenía el cabello peinado hacia atrás. Sus ojos recorrieron el salón hasta encontrarme.

No sonrió. Avanzó hacia mí.

Agnes observó primero a él, después a Connor y finalmente a mí.

—Esto se vuelve interesante.

—No diga nada.

—No pensaba hacerlo. Quiero escuchar.

—Agnes.

—Me retiraré con elegancia.

Se alejó sin ninguna elegancia, aunque fingió interesarse por un jarrón situado a pocos pasos.

Ciarán se detuvo frente a mí.

—Está hermosa.

—No debería estar aquí.

—Maureen me invitó.

La respuesta me sorprendió.

—¿Por qué?

—Imagino que deseaba ver qué ocurría.

Miré hacia mi suegra. Se encontraba al otro lado del salón, hablando con una mujer mayor. Al advertir mi mirada, levantó la copa.

Todo era deliberado.

—No tendría que haber venido.

—Necesitaba verla.

—Le pedí espacio.

—Han pasado semanas.

—Eso no modifica lo que hizo.

Ciarán bajó la voz.

—Lo sé.

La música comenzó. Extendió la mano.

—Baile conmigo.

—No.

—Lilianne.

—No pienso permitir que todos observen a dos hombres disputándose a la esposa de uno de ellos.

El dolor cruzó su rostro.

—No estoy disputándola.

—Entonces deje de aparecer cada vez que intento pensar.

Retiró la mano.

—Está volviendo con él.

—No sabe lo que estoy haciendo.

—Vive en su casa.

—Mi hija vive aquí.

—Acepta sus joyas.

Toqué el collar de esmeraldas.

—Eso no significa nada.

—Lo conoce. Sabe que cada gesto tiene una intención.

—También conozco sus intenciones.

—¿Está segura?

La pregunta me irritó.

—No vuelva a hacer eso.

—¿Qué?

—Hablar como si usted comprendiera mejor que yo aquello que ocurre a mi alrededor.

Ciarán apretó la mandíbula.

—Sé lo que Connor hizo.

—También sé lo que hizo usted.

—No son comparables.

—Ambos decidieron qué verdad podía soportar.

—Yo intentaba mantenerla lejos de un hombre que la destruyó.

—Y él asegura que intentaba proteger a nuestra hija de una mujer que la había rechazado.

—Eso es diferente.

—Para ustedes siempre lo es.

Ciarán miró hacia Connor.

Él nos observaba desde la distancia. No se acercó.

—La sigue manipulando —dijo Ciarán.

—Quizá.

—Entonces vámonos.

—¿Vámonos?

—Puede llevarse a Eileen. Millie tiene documentos suficientes.

—¿Y después? ¿Me esconderé con usted?

—La protegeré.

Sentí que algo dentro de mí se cerraba.

—No necesito otro hombre que prometa protegerme mientras decide adónde debo ir.

—No estoy decidiendo.

—Acaba de decirme que nos marchemos.

—Porque esta casa no es lo que cree.

—No sabe lo que creo.

—Sé que está comenzando a confiar en él.

—Tampoco sabe eso.

—Lilianne, la conozco.

—No.

Mi voz fue más firme.

—Conoce a la mujer que buscaba a su hija. A la mujer herida que necesitaba ayuda. No conoce todo lo que soy.

Ciarán palideció.

—La amo.

La confesión ya no me produjo sorpresa.

—Eso tampoco le permite decidir.

—No pienso irme.

—No se lo he pedido.

—Sí. Cuando me dijo que me alejara de la casa.

—Porque necesitaba espacio.

—Y se lo di. Pero no permitiré que Connor la aísle.

—No está aquí por mí únicamente. Sino porque no soporta perder.

—Eso no es verdad.

—¿No?

Ciarán guardó silencio. Las conversaciones continuaban a nuestro alrededor, aunque varias personas fingían no escucharnos.

—Estoy cansada —dije—. Cansada de que Connor asegure conocer mi lugar. De que usted crea saber qué vida debo elegir. De que todos hablen de mi miedo, mi hija y mi futuro como si yo fuera una habitación que debe disputarse.

—Nunca la he visto así.

—Escondió una carta porque temía que escogiera a otro hombre.

—Temía que regresara a una casa donde sufría.

—Y me amaba.

Ciarán bajó la mirada.

—Sí.

—Entonces no se engañe diciendo que fue sólo por mi bienestar.

—No lo hago.

—Todavía lo hace.

La música terminó. Ciarán dio un paso hacia mí.

—No renunciaré a usted.

—No puede renunciar a algo que nunca le perteneció.

La frase lo detuvo. Sentí dolor al pronunciarla. Parte de mí seguía recordando los años en que había sido mi compañía, mi apoyo y la única persona capaz de encontrarme cuando una nueva decepción me dejaba perdida. No lo odiaba. Eso hacía todo más difícil.

—No sé qué quiero —continué—. No sé si puedo perdonar a Connor. Tampoco sé si podré confiar de nuevo en usted. Pero estoy harta de que ambos transformen mi confusión en una oportunidad para convencerme de hacer algo que los favorezca.

Ciarán respiró hondo.

—¿Qué quiere que haga?

—Nada.

—No puedo hacer nada.

—Precisamente.

El salón quedó en silencio. No de manera gradual. Las conversaciones cesaron como si alguien hubiera cortado un hilo invisible. Incluso la orquesta perdió el ritmo antes de detenerse.

Todos miraban hacia la entrada.

Me volví.

Renata estaba allí.

Llevaba un vestido negro, sin más adorno que una joya oscura alrededor del cuello. Su cabello castaño rojizo caía sobre uno de sus hombros, y sus ojos recorrían el salón con aquella inteligencia feroz que siempre hacía parecer a los demás menos despiertos.

Estaba del brazo de Seth Dupont.

Él vestía completamente de negro. Su cabello oscuro estaba peinado hacia atrás y sus ojos verdes parecían demasiado claros

bajo la luz de las lámparas. No necesitaba amenazar a nadie. La sola manera en que ocupaba el umbral bastó para que varios hombres retrocedieran.

Los Dupont habían regresado. Maureen dejó de sonreír. Connor permaneció inmóvil junto a la chimenea. Ciarán volvió la mirada hacia mí, pero yo no podía respirar.

Renata me encontró entre la multitud. Sus ojos descendieron hasta el collar de esmeraldas, después se dirigieron a Connor y finalmente se detuvieron en Ciarán. Comprendió demasiado en unos pocos segundos. Seth inclinó la cabeza hacia ella y murmuró algo que nadie más pudo oír, Renata respondió sin apartar los ojos de mí.

Después comenzó a caminar. Las personas se abrieron para dejarla pasar. No parecía una invitada. Parecía la verdad entrando en una habitación donde todos habían vivido demasiado cómodos dentro de una mentira. Sentí que algo dentro de mí se desordenaba. Miedo, alivio, vergüenza, esperanza. Renata había prometido explicarme lo ocurrido con Connor mirándome a los ojos.

Ahora estaba allí.

Y por la forma en que avanzaba del brazo de Seth, supe que aquella noche nadie podría impedirle hacerlo.

16 El pasado que regresa

Connor se puso rígido cuando vio entrar a Renata. Fue apenas un cambio en su postura: los hombros más tensos, los dedos cerrándose alrededor de la copa y una respiración profunda que solo pude advertir porque llevaba demasiados años observándolo.

El salón entero había enmudecido.

Renata avanzaba entre los invitados del brazo de Seth, indiferente a las miradas que la seguían. No parecía una mujer que hubiera regresado de entre los muertos ni alguien consciente de haber provocado un escándalo. Caminaba con una tranquilidad casi insolente, permitiendo que los rumores se acumularan a su paso.

Seth era distinto.

Su rostro no revelaba nada. Había en él una quietud que no parecía humana, como si la muerte que todos le atribuían hubiera dejado alguna parte de sí en su cuerpo. Los hombres evitaban sostenerle la mirada y las mujeres hablaban en susurros detrás de abanicos abiertos.

Nadie preguntó cómo había sobrevivido, nadie se atrevió, pero todos lo pensaban. Renata se detuvo frente a mí. Durante un

momento no habló. Sus ojos recorrieron mi vestido, el collar de esmeraldas y la distancia que existía entre Connor y yo.

Después miró a Ciarán.

—Parece que llegué en un momento interesante.

—Tú conviertes cualquier momento en uno —respondí.

Mi hermana sonrió, luego me abrazó, lo hizo con fuerza, sin importarle el silencio de la habitación ni la tensión de mi cuerpo.

Olía a viento, cuero y aquel perfume de hierbas que siempre asociaba con Amber.

—Estás más delgada —murmuró.

—Tú sigues comenzando las conversaciones con insultos.

—Lo aprendí de ti.

Cuando se apartó, Seth inclinó la cabeza hacia mí.

—Lilianne.

—Seth.

Su mirada descendió hasta mi collar.

No dijo nada, pero tuve la impresión de que ya había comprendido más de mi situación que yo misma.

Connor se detuvo junto a mí. No frente a ella. A mi lado.

—Renata —dijo.

Su voz fue cordial, pero contenida.

Mi hermana lo estudió.

—Connor.

—Me alegra verte con vida.

—A muchos los decepciona.

Algunos invitados fingieron no haber escuchado.

Connor miró a Seth.

—Dupont.

—Walsh.

No hubo estrechamiento de manos.

Seth colocó la suya sobre la cintura de Renata, un gesto sereno cuya posesividad habría resultado ofensiva en otro hombre. En él parecía una advertencia dirigida al mundo.

Connor no reaccionó.

—Espero que disfruten de la velada. Mi madre estará encantada de añadir otra resurrección a la lista de acontecimientos que no organizó.

Renata soltó una risa breve. Después volvió la mirada hacia mí.

—Tenemos que hablar.

—Lo sé.

—A solas.

Connor tomó una copa de la bandeja de un camarero.

—Naturalmente.

Lo observé. No había reproche en su rostro, tampoco esa fascinación que yo temía encontrar.

—¿No quieres saber cuándo? —pregunté.

—Es asunto de ustedes.

—Todo lo relacionado con Renata parecía ser asunto tuyo antes.

La frase salió con mayor dureza de la necesaria.

Connor la aceptó sin cambiar la expresión.

—Antes confundía muchas cosas.

—Qué conveniente.

Renata levantó una ceja.

—Puedo dejarlos discutir si eso ayuda.

—No estamos discutiendo —dije.

—Todavía.

Seth inclinó la cabeza hacia ella.

—No provoques.

—¿Y qué haría durante el resto de la noche?

La sonrisa de Renata hizo que algunas mujeres cercanas desviaran la mirada con desaprobación. Mi hermana lo notó y amplió la sonrisa, disfrutando de la incomodidad ajena.

Seth permaneció impenetrable.

Connor, en cambio, volvió hacia mí.

—¿Necesitas algo?

La pregunta me desconcertó.

—No.

—Estaré junto a la chimenea.

—¿Por qué me lo dices?

—Para que sepas dónde encontrarme.

Se alejó, no miró atrás hacia Renata, esperé que lo hiciera.

No ocurrió.

—Lo estabas poniendo a prueba —dijo mi hermana.

—No sé de qué hablas.

—Claro que sí.

—No aquí.

Renata observó a Connor entre los invitados.

—Parece distinto.

—Eso asegura.

—¿Y tú lo crees?

—No lo sé.

Los ojos de mi hermana regresaron a Ciarán, quien permanecía a cierta distancia, pero al pendiente de toda la situación.

—Has encontrado una manera complicada de averiguarlo.

—No necesito tu juicio.

—No he comenzado a juzgarte.

—Conozco esa mirada.

—Entonces sabes que será peor cuando hablemos.

Seth se inclinó hacia ella.

—Renata.

—Estoy siendo amable.

—Eso me preocupa.

Mi hermana me tomó la mano.

—Mañana.

—Cuanto antes.

—Mañana por la mañana.

Asentí.

Ella se alejó junto a Seth.

El salón recuperó lentamente sus voces, aunque ya nada era igual. Las personas seguían a los Dupont con miradas disimuladas. Algunas mujeres criticaban el vestido negro de Renata, su forma de caminar y la indecencia de aparecer en sociedad junto a un hombre oficialmente muerto. A Renata no parecía importarle, al contrario, se inclinaba hacia Seth para murmurar algo cada vez que advertía una mirada particularmente escandalizada. Él no sonreía, pero la forma en que sus dedos se movían sobre la cintura de ella revelaba que la escuchaba.

Parecían vivir dentro de un espacio al que nadie más tenía acceso.

Connor no buscó hablar a solas con ella.

Se mostró amable cuando coincidieron cerca de la mesa, escuchó con cortesía una observación de Seth sobre un asunto comercial y después se excusó para atender a otro invitado.

Yo lo observaba. Demasiado. Cada vez que Renata cruzaba cerca de nosotros esperaba descubrir algo en su expresión. Una mirada prolongada, una sonrisa distinta, un interés que confirmara que el pasado continuaba vivo.

Connor me descubrió haciéndolo por tercera vez.

—Puedes preguntar —dijo.

Estábamos junto a una ventana. La música había comenzado de nuevo y los invitados parecían haber decidido que la resurrección de Seth era menos importante que la siguiente copa.

—¿Preguntar qué?

—Si todavía la quiero.

Mi rostro se calentó.

—No iba a hacerlo.

—Llevas media hora intentando responderte sola.

—Tal vez estoy observando a mi hermana.

—No de esa manera.

Tomé una copa de agua.

—Te pusiste tenso cuando entró.

—Sí.

—¿Por qué?

Connor miró hacia Renata.

Ella conversaba con Agnes, mientras Seth escuchaba a un hombre que parecía arrepentido de habérsele acercado.

—Porque me recordó quién era entonces.

—Eso no responde.

—No fue Renata en sí.

Reí con amargura.

—Siempre dices eso cuando quieres disminuir lo que sentiste.

—Escúchame.

—Te escucho.

Connor bajó la voz.

—Cuando volvió aquella vez, yo era infeliz.

—Lo recuerdo.

—No solo contigo. Con mi vida.

—Qué alivio saber que mi fracaso no era exclusivo.

—No estoy intentando culparte.

—Entonces continúa.

Apoyó la copa sobre el alféizar.

—Tenía responsabilidades, una familia que esperaba cosas de mí, negocios que no podía abandonar y una esposa a quien no sabía

amar. Cuando vi a Renata, recordé al hombre que era antes de todo eso.

—El hombre que la amaba.

—El hombre que no debía responder ante nadie.

La respuesta me detuvo. Connor miró hacia mi hermana, pero no había deseo en sus ojos, había algo semejante a la nostalgia que se siente al contemplar una casa de la infancia.

—Renata representaba mi juventud —continuó—. La época en que podía imaginar que cualquier vida era posible porque todavía no había escogido ninguna que fuera necesario llevar.

—Entonces quisiste regresar a ella.

—Quise regresar a mí mismo.

—Utilizándola.

—Probablemente.

—Y abandonándome.

—Sí.

Su admisión me irritó porque no podía combatirla.

—Eso no significa que no la quisieras.

—La quise.

Mi estómago se tensó.

—¿La quieres todavía?

Connor volvió hacia mí.

—No.

Lo dijo sin vacilar.

—¿Y esperas que te crea?

—No inmediatamente.

—¿Por qué ahora sería distinto?

—Porque ya no deseo volver a ser aquel hombre.

—Quizá solo porque sabes que Renata nunca te escogería.

Una sombra atravesó su rostro.

—Eso también lo sé.

—Entonces es fácil renunciar.

—No estoy renunciando a ella esta noche. Lo hice hace años.

—No parecía así cuando regresó a nuestra casa.

—El pasado me alcanzó antes de que aprendiera a dejarlo atrás.

—¿Y ahora?

Connor se acercó un poco.

No lo suficiente para tocarme. Sí para que el aroma de su piel se mezclara con el vino y el humo de las velas.

—Ahora me interesa la vida que tengo delante.

Su mirada descendió brevemente hacia mi boca.

Sentí una contracción suave en el vientre.

—No utilices eso conmigo.

—¿Qué cosa?

—La manera en que me miras.

—No sabía que existiera una forma prohibida.

—Sabes perfectamente lo que haces.

—Sí.

La sinceridad me dejó sin respuesta.

Connor se apartó.

—Habla con Renata —dijo—. Después ven conmigo, te contaré mi versión y podrás decidir cuál de las dos se aproxima más a la verdad.

—¿No intentarás impedir que la vea?

—No.

—¿Ni preguntarme qué dijo?

—Te preguntaré. Tú decidirás si respondes.

Lo observé con desconfianza.

—Sigues intentando parecer razonable.

—Estoy intentando serlo.

—No sé si eres capaz.

—Yo tampoco lo sabía.

Se alejó antes de que pudiera seguir poniéndolo a prueba. No había mirado a Renata ni una sola vez.

Maureen había organizado la recepción para humillarme.

No ocurrió.

Renata permaneció junto a Seth.

Ciarán se retiró poco después de nuestra discusión.

Connor continuó cerca de mí sin vigilarme.

Yo respondí a cada pregunta con una serenidad que habría resultado imposible para la joven que fui.

Cuando la última pareja abandonó la casa, mis pies dolían y la sonrisa social se había convertido en una tensión incómoda sobre el rostro. Los empleados recogían copas cuando Maureen se acercó. Eileen dormía desde hacía horas. Renata y Seth se habían retirado a una propiedad cercana, después de asegurar que regresarían por la mañana.

Connor estaba junto a la chimenea.

—Una velada memorable —dijo mi suegra.

—Eso suele decirse cuando nadie desea admitir que fue desagradable —respondí.

Maureen ignoró el comentario.

—Los Walsh tendrán que soportar críticas durante semanas.

—No sabía que nuestra reputación fuera tan frágil.

—No lo era antes de que tú regresaras.

El cansancio hizo que mi paciencia desapareciera.

—Tú organizaste esta fiesta.

—Para facilitar tu regreso a la sociedad.

—Invitaste a mujeres que me insultaron.

—Las personas tienen preguntas.

—Las personas tienen prejuicios y demasiado tiempo libre.

Maureen dejó su copa sobre una mesa.

—Tu comportamiento en Francia ha convertido a esta familia en objeto de rumores. Hospicios para negros, viajes impropios, apariciones públicas junto a un médico soltero…

—No continúes.

—Ahora Renata aparece del brazo de un hombre al que todos creían muerto. Su familia parece empeñada en cubrirnos de vergüenza.

—Renata no es responsable de tus invitados.

—Pero tú sí eres responsable de cuanto traes a esta casa.

Abrí la boca. Connor habló antes.

—Basta, madre.

Maureen se volvió hacia él.

—Estoy intentando proteger nuestro nombre.

—No necesito que lo protejas de mi esposa.

La palabra me produjo un estremecimiento.

—Connor…

—Esta es una conversación entre Lilianne y yo.

—Sus decisiones afectan a toda la familia.

—Entonces la familia aprenderá a soportarlas.

Maureen lo observó con incredulidad.

—¿Vas a permitir que continúe con esos lugares?

—Voy a ayudarla.

El silencio cayó sobre el salón.

—No puedes hablar en serio.

—Completamente.

—¿Con dinero Walsh?

—Con mi dinero.

—Es lo mismo.

—No.

Su voz se volvió más fría.

—Y a partir de ahora dejarás de intervenir en nuestra relación.

—Intento impedir que vuelva a abandonarte.

—Eso será decisión de Lilianne.

Lo miré, pero Connor no apartó los ojos de su madre.

—No sabes lo que dices —murmuró Maureen.

—Lo sé mejor que antes.

—Esa mujer ya destruyó una vez esta casa.

—No. Nosotros lo hicimos.

El rostro de mi suegra perdió color. Connor se acercó a mí y colocó una mano en la parte baja de mi espalda. El contacto fue

ligero, protector, aun así, el calor atravesó el vestido.

—Vamos.

No era una orden, esperó hasta que asentí.

Subimos las escaleras dejando a Maureen sola entre los restos de la fiesta. Sentí su mirada siguiéndonos, pero aquella vez no tuve la impresión de que hubiera ganado.

Connor me acompañó hasta mi habitación, creí que se despediría en la puerta, en cambio, entró detrás de mí.

La habitación estaba en penumbra. Solo ardía una lámpara junto a la cama y el fuego de la chimenea se había reducido a brasas. El aire conservaba el perfume de las flores que él había enviado días atrás.

Connor cerró la puerta sin asegurarla. Lo noté. Se dirigió hacia una mesa pequeña y sirvió vino en dos copas.

—No quiero beber.

—Agua, entonces.

Vertió agua en la segunda y me la entregó.

—Veo que aprendiste.

—Estoy intentando.

Tomé la copa, mis dedos rozaron los suyos. La sensación fue breve, pero mi cuerpo reaccionó como si hubiera esperado aquel

contacto durante toda la noche. Connor lo advirtió, se sentó en una silla cerca de la chimenea. Yo permanecí frente a la ventana.

Durante algunos minutos no hablamos.

Mi mente estaba llena de Renata, Ciarán, Maureen y Eileen. También de la forma en que Connor había defendido mi trabajo sin mirar a su madre para pedir aprobación.

—¿Cuándo hablarás con Renata? —preguntó finalmente.

—Mañana.

—¿A qué hora?

—No lo sé.

—Pensé que lo habrían acordado.

—Por la mañana.

Connor bebió un sorbo.

—Cuando termines, ven conmigo.

Me volví hacia él.

—¿Por qué?

—Para escuchar mi versión.

—Ya me has dicho parte.

—No toda.

—¿Vas a intentar contradecirla?

—No sé qué te contará.

—Entonces ¿cómo sabes que necesitas defenderte?

—Porque hubo cosas que Renata y yo comprendimos distinto.

—Eso suena conveniente.

—No quiero impedir que le creas. Solo quiero que nos escuches a ambos antes de decidir qué quieres creer.

—¿Decidir qué?

Connor sostuvo mi mirada.

—Qué piensas de mí.

—Ya pienso muchas cosas.

—Lo sé.

—Algunas no cambiarán.

—También lo sé.

La ausencia de resistencia me desarmó.

—Hablaré contigo después —dije.

—Eso es todo lo que quería.

Dejó la copa.

El silencio volvió. No resultaba incómodo. Era denso.

Algo había cambiado en la habitación desde que entramos. Tal vez era el cansancio, la cercanía o el recuerdo de sus dedos rozando mi nuca al colocarme el collar.

Connor se levantó.

La luz de la chimenea dibujó sombras sobre su rostro.

—Te veías hermosa esta noche.

—Ya me lo dijiste.

—No de la forma correcta.

Se acercó.

Mi cuerpo se tensó, pero no retrocedí.

—¿Existe una forma correcta de decirlo?

—Probablemente no.

Se detuvo frente a mí, lo bastante cerca para que tuviera que levantar un poco el rostro.

—Me gustó verte responderles.

—No necesitaba que me rescataras.

—Lo sé.

—Entonces no debiste intervenir.

—Quería hacerlo.

—Sigues creyendo que debes protegerme.

—No. —Su voz descendió—. Solo quería que supieran que no estaban solas frente a ti.

—¿Ellas?

—Debieron necesitar apoyo después de lo que les dijiste.

Sonreí.

—Eran horribles.

—Lo eran.

—Tu madre las invitó.

—También es horrible algunas veces.

Una risa se me escapó.

Connor me observó con una expresión que no supe interpretar.

—¿Qué?

—Había olvidado ese sonido.

La sonrisa desapareció de mis labios.

—Nunca me hacías reír.

—No con frecuencia.

—Estabas demasiado ocupado comparándome con Renata.

—Sí.

—No arruines el momento admitiéndolo.

—No sé qué esperas que haga cuando dices la verdad.

—Puedes parecer avergonzado.

—Lo estoy.

Sus ojos descendieron hacia el collar.

Levantó una mano, no me tocó de inmediato. Esperó. Yo podría haberme apartado. No lo hice. Sus dedos rozaron la esmeralda situada en el centro de mi clavícula. Después siguieron la cadena con una lentitud casi insoportable, hasta llegar al borde del cuello del vestido.

El contacto apenas existía, pero mi piel lo sintió por completo. La respiración se me detuvo cuando la yema de su dedo tocó el hueco

entre mis clavículas.

—Te queda mejor de lo que imaginaba —dijo.

—No estabas mirando el collar cuando lo colocaste.

—No.

Connor se inclinó ligeramente, su aliento alcanzó mi mejilla.

—¿Quieres que me aleje?

Debería haber dicho que sí.

Pensé en Renata. En la carta de Ciarán. En los años de nuestro matrimonio y en todas las ocasiones en que Connor había tomado mi cuerpo sin detenerse a preguntar qué quería yo.

Ahora estaba esperando.

La diferencia me produjo un calor profundo, lento, que comenzó en el vientre y se extendió hasta mis piernas.

—No —murmuré.

Sus dedos se deslizaron hacia mi nuca, n me atrajo hacia él, solo sostuvo el peso de mi cabello y lo apartó de mi hombro. Su otra mano se colocó sobre mi cintura, por encima de la tela.

El contacto era firme. Cálido. Lo bastante delicado para que yo supiera que podía romperlo en cualquier momento.

Mi cuerpo se inclinó apenas hacia el suyo. Connor cerró los ojos durante un segundo, como si aquel movimiento le hubiera exigido contenerse. La mano sobre mi cintura descendió unos centímetros.

Sentí cada dedo.

La tela del vestido se convirtió en una distancia absurda.

—Connor.

Mi voz no sonó como una advertencia. Él lo supo. Sus labios rozaron el aire junto a mi sien sin tocarme.

—Llevas toda la noche evitándome.

—Te estaba observando.

—Lo noté.

—Quería saber si mirarías a Renata.

—¿Y lo hice?

—No.

—¿Te decepcionó?

Levanté la vista hacia él.

—No seas arrogante.

—No he preguntado si te alegró.

Su pulgar se movió sobre mi cintura, una sola caricia, lenta, pero mi cuerpo respondió con una tensión íntima, casi dolorosa. Había olvidado lo que significaba ser tocada de esa forma. No como parte de una obligación, sino como si cada reacción fuera digna de atención.

Connor observaba mi rostro, no mis pechos ni mi cuerpo. Mi rostro. Esperaba cada cambio en mi respiración. Sus dedos

ascendieron por mi espalda hasta detenerse entre los omóplatos. Me acercó apenas, con suficiente lentitud para que pudiera resistirme.

No lo hice.

Levanté una mano y la apoyé sobre su pecho, los músculos se tensaron bajo mi palma. Connor respiró profundamente.

—No deberías hacer eso —dijo.

—¿Por qué?

—Porque estoy intentando comportarme.

—Tal vez no te lo he pedido.

Sus ojos se oscurecieron, la mano de mi espalda se cerró, durante un instante pensé que me besaría.

Lo deseé. La certeza fue inmediata y vergonzosa.

Me puse de puntillas, mis labios buscaron los suyos.

Connor se apartó, no con brusquedad, solo lo suficiente. El vacío entre nuestros cuerpos resultó más intenso que el contacto. Lo miré, confundida, su respiración estaba alterada.

—No.

El rechazo me produjo una punzada, retiré la mano de su pecho.

—Comprendo.

—No, no comprendes.

—No es necesario explicarlo.

Intenté alejarme, pero Connor tomó mi muñeca.

No me atrajo, solo impidió que huyera.

—No voy a besarte mientras no sepas si lo deseas o si estás intentando demostrarte algo.

—Sé lo que estaba haciendo.

—Hace unas horas discutías con otro hombre que asegura amarte.

El nombre de Ciarán cayó entre nosotros.

—No tienes derecho a mencionarlo.

—No estoy juzgándote.

—Parece que sí.

Connor soltó mi muñeca.

—Quiero que me beses cuando no tengas que justificarlo después.

No supe qué responder.

Él recogió su copa y la dejó sobre la mesa.

—Habla con Renata.

—¿Y después?

—Después decide qué quieres.

—¿Y si no eres tú?

La pregunta dolió al pronunciarla.

Connor me miró durante varios segundos.

—Entonces tendré que vivir con eso.

—¿Me dejarás marchar?

Su mandíbula se tensó.

—No he dicho que resultará sencillo.

—Eso no es una respuesta.

—Es la más honesta que puedo darte esta noche.

Se acercó una última vez, pensé que volvería a tocarme.

En cambio, levantó la mano y acomodó un mechón de cabello detrás de mi oreja. Sus dedos rozaron mi mejilla con una ternura que resultó más íntima que todo lo anterior.

—Buenas noches, Lilianne.

Se dirigió hacia la puerta.

—Connor.

Se detuvo.

Yo no sabía qué quería decir. Quería que se quedara, que regresara, que terminara aquello que él había comenzado.

No pronuncié ninguna de esas cosas.

—Te veré mañana —dijo.

Salió.

La puerta se cerró con suavidad.

Intenté explicarlo de una forma sencilla.

Llevaba años sin una relación íntima.

Era una mujer adulta cuyo cuerpo había pasado demasiado tiempo sin caricias, sin deseo y sin el calor de otro cuerpo. Naturalmente reaccionaría ante la proximidad de un hombre atractivo.

Eso era todo.

Connor había hablado de sus cambios. Yo comenzaba a verlos incluso cuando él creía que nadie lo observaba.

Había tratado a Renata con distancia, me había permitido hablar con ella, no leyó las cartas de Ciarán, defendió mis hospicios, preguntó antes de tocarme, se alejó cuando podría haber aprovechado mi confusión. ¿Podía una persona cambiar tanto?

¿Podía el hombre que me había hecho sentir pequeña convertirse en alguien capaz de devolverme espacio?

Pensé en Ciarán.

Él había estado allí cuando Connor no.

Me senté frente al espejo.

La mujer reflejada llevaba un collar de esmeraldas y las mejillas encendidas. Sus labios estaban entreabiertos y sus ojos poseían una inquietud que no recordaba haber visto desde la juventud.

Comenzaba a sentir algo por Connor.

La idea me aterrorizó.

También sentía algo por Ciarán, aunque ya no sabía si aquello era amor, gratitud o la costumbre de encontrarlo siempre cerca cuando el mundo se volvía insoportable.

Me quité el collar, el metal estaba tibio por el contacto con mi piel. Lo dejé sobre el tocador y apagué la lámpara.

Por la mañana hablaría con Renata, conocería la verdad sobre Connor, después escucharía su versión.

Y, por primera vez, intentaría decidir sin permitir que el miedo, la culpa o el deseo hablaran en mi lugar.

Me acosté.

Había sido él quien se apartó.

La antigua Lilianne habría interpretado aquello como rechazo, la mujer en la que me había convertido comprendía algo más peligroso.

Connor no me había negado el beso.

Había esperado que yo pudiera elegirlo.

17 La opción correcta

Me arreglé para encontrarme con Renata como si acudiera a un juicio. Elegí un vestido color crema, sobrio y de líneas sencillas. No quería que mi hermana interpretara las esmeraldas de Connor como una declaración, ni que la modestia excesiva pareciera una disculpa. Recogí mi cabello, lo solté y volví a recogerlo antes de aceptar que ninguna apariencia podía protegerme.

Renata conocía demasiadas versiones de mí.

La niña superficial que la envidiaba, la esposa que prefirió no hacer preguntas, la madre que había deseado librarse de su propio embarazo, también conocía a la mujer que pasó cinco años buscando a una hija que todos consideraban perdida.

Temía que, al verme de nuevo bajo el techo de Connor, solo reconociera a la primera.

Antes de salir decidí despedirme de Eileen.

Habíamos acordado leer juntas después del desayuno y no quería que mi ausencia volviera a parecerle una forma de abandono. Atravesé el corredor hasta su dormitorio, pero encontré la cama intacta. Las cortinas permanecían cerradas y sobre la almohada

descansaba la muñeca que ella insistía en colocar de espaldas porque sus ojos de porcelana la inquietaban.

Una doncella salía del cuarto contiguo con ropa doblada.

—¿Dónde está Eileen?

La mujer vaciló.

—Tuvo una pesadilla durante la noche, señora.

El miedo fue inmediato.

—¿Le ocurrió algo?

—No. Fue a buscar al señor Walsh.

—¿Está con Connor?

—Durmió en su habitación.

Miré hacia el extremo opuesto del corredor.

El dormitorio de mi esposo se encontraba detrás de una puerta cerrada. Durante nuestro matrimonio yo había entrado cientos de veces. Algunas noches para buscarlo; otras para comprobar si había regresado. Había aprendido a reconocer la clase de silencio que significaba sueño y la que ocultaba a un hombre despierto que no deseaba hablar conmigo.

Aun así, aquella mañana dudé. El reloj del corredor marcaba casi las nueve. Connor solía levantarse antes. Seguramente Eileen continuaba dormida mientras él se preparaba para trabajar.

Me acerqué y llamé. No hubo respuesta. Esperé. Volví a llamar, esta vez con más fuerza. Nada. Pensé en marcharme. Podía pedirle a Nora que transmitiera el mensaje cuando la niña despertara.

Entonces imaginé a Eileen preguntando por mí y recibiendo otra explicación de boca ajena.

Giré el picaporte.

—¿Connor?

Entré con cuidado.

La habitación estaba en penumbra, las cortinas apenas dejaban pasar una franja de luz que se extendía sobre la alfombra. El fuego se había apagado, aunque el aire conservaba calor y un aroma leve a madera, jabón y sueño. Eileen dormía en el centro de la cama.

Estaba acurrucada contra el costado de Connor, con una pierna atravesada sobre él y una mano cerrada alrededor de la tela de su pantalón. Su cabello rojo cubría parte de la almohada.

Connor tenía un brazo alrededor de su cuerpo. No llevaba camisa. Las mantas habían descendido hasta su cintura, dejando al descubierto el pecho y los hombros. Su rostro estaba vuelto hacia la niña, completamente relajado. Sin la tensión de los negocios, la vigilancia de Maureen ni aquella expresión de control que utilizaba frente a los demás, parecía otro hombre.

Más joven, más humano.

Durante nuestro matrimonio nunca lo había visto dormir de aquella manera. Incluso dormido conservaba entonces una distancia elegante. Permanecía boca arriba, con los brazos separados de mí, como si su cuerpo recordara que yo era una obligación incluso cuando su mente descansaba. Ahora Eileen ocupaba casi toda la cama y él se adaptaba a su peso sin incomodidad, había una ternura inconsciente en la mano extendida sobre su espalda.

Permanecí inmóvil junto a la puerta.

El recuerdo de nuestras noches regresó sin que lo invitara. La forma de su cuerpo bajo las sábanas, el calor que dejaba en el colchón cuando se levantaba antes que yo, las pocas mañanas de nuestro primer año en que desperté con una mano suya sobre mi cintura y creí que aquello podía convertirse en amor.

El hombre de la cama poseía el mismo rostro. Sin embargo, parecía habitarlo de una forma diferente. Tal vez Connor había cambiado o quizá yo necesitaba tanto creerlo que comenzaba a encontrar señales donde solo había costumbre.

Retrocedí para marcharme, la madera crujió bajo mi zapato.

Connor abrió los ojos.

Durante un instante no pareció reconocerme, después su mirada se aclaró y descendió hacia mi vestido.

—¿Ya te vas?

Su voz estaba áspera por el sueño.

Sentí un calor absurdo en el rostro.

—Renata me citó en su casa.

Connor miró el reloj.

—Pensé que sería más tarde.

—Yo también.

Eileen se movió.

Él colocó una mano sobre su espalda y esperó hasta que volvió a quedarse quieta. Después retiró con cuidado el brazo de la niña, acomodó una almohada junto a ella y descendió de la cama.

Tuve que apartar la vista. No porque nunca hubiera visto su cuerpo, sino porque precisamente porque lo había visto. Conocía la línea de sus hombros, la forma de su espalda y el modo en que su piel se tensaba alrededor de las costillas cuando respiraba profundamente. Sin embargo, el tiempo había añadido nuevas formas. Su pecho era más amplio, su abdomen más firme y la cicatriz que había descubierto en el lago se extendía cerca del costado.

Connor tomó una bata de una silla.

No se la puso.

La sostuvo mientras se acercaba.

—Hablemos fuera. No quiero despertarla.

Salí al corredor. Él cerró la puerta con suavidad y se quedó frente a mí, todavía sin camisa, con el cabello desordenado y una marca tenue de la almohada junto a la mejilla.

Aquella despreocupación me resultaba más sensual que cualquier elegancia preparada. Intenté mirar sus ojos. Mi atención descendió de nuevo. Connor lo notó, pero no sonrió, no hizo ningún comentario que pudiera avergonzarme más. Se limitó a apoyarse contra la pared, dejando la bata colgada de una mano.

—¿Estás nerviosa? —preguntó.

—No.

—Has cambiado tres veces la forma de sujetar el bolso.

Miré mis manos.

—Renata puede ser difícil.

—Lo sé.

—No creo que apruebe que haya regresado.

—No necesitas su aprobación.

—Es mi hermana.

—Eso no la convierte en dueña de tus decisiones.

La frase me recordó demasiado a lo ocurrido con Ciarán.

—Nadie lo es.

—Exactamente.

Connor se incorporó. La cercanía volvió más difícil ignorar su desnudez. Pude sentir el calor de su cuerpo a pesar de que no nos tocábamos, había algo íntimo en hablar con un hombre recién despertado, antes de que se cubriera con la ropa, los modales y la figura pública que ofrecía al resto del mundo.

—Todo saldrá bien —dijo.

—No puedes saberlo.

—No. Pero Renata te quiere.

—A su manera.

—Es la única que conoce.

—Podría decirme algo que cambie lo que pienso de ti.

Los ojos de Connor se detuvieron en mi rostro.

—Lo sé.

—¿Y no te preocupa?

—Mucho.

La honestidad me sorprendió.

—No lo pareces.

—Estoy intentando no utilizar mi miedo para influir en ti.

Su mano se movió junto a su cuerpo, como si hubiera querido tocarme y hubiese decidido no hacerlo.

—Espero que la conversación aclare algunas cosas —continuó—. Quizá después podamos avanzar.

—¿Avanzar hacia dónde?

—No lo sé.

Su mirada descendió hacia mi boca.

—Pero preferiría no regresar.

Mi respiración cambió.

Recordé la noche anterior, sus dedos sobre mi nuca, la mano en mi cintura y el instante en que yo había buscado sus labios. Él también lo recordó. El silencio adquirió una densidad cálida.

—Connor…

Se acercó.

No lo suficiente para pegar su cuerpo al mío, aunque la distancia quedó reducida a unos centímetros. Levantó una mano y rozó con el pulgar una hebra de cabello que se había soltado cerca de mi sien.

El contacto fue mínimo, pero mi piel reaccionó con un estremecimiento que descendió por el cuello.

—No estás obligada a defenderme frente a ella. Solo escucha.

—Eso pienso hacer.

—Y cuando termines, regresa. —No dijo *a la casa*. La palabra pareció contener algo más—. Te daré mi versión y después decidirás qué hacer con ambas.

Asentí.

Connor observó mi rostro durante un instante. Su mano se deslizó desde mi cabello hasta la curva de la mejilla, no fue una caricia completa, apenas el contacto de los dedos, lento y cálido.

Después inclinó la cabeza y besó mi frente.

Cerré los ojos, sus labios permanecieron allí apenas un segundo, el gesto era casto, mi cuerpo no lo recibió de esa manera.

Sentí el calor extenderse desde la frente hasta el pecho, la cercanía de su piel, el olor limpio de su cuerpo y el roce de su respiración sobre mi cabello despertaron una tensión íntima, profunda, que me obligó a apretar los dedos alrededor del bolso.

Connor se apartó.

—Llévate el automóvil.

Tardé en comprender.

—Puedo pedir otro.

—No es necesario. El camino a la casa de Renata sigue húmedo.

—¿Y tú?

—No pensaba salir.

Miró hacia la puerta de su habitación.

—Eileen probablemente despertará antes de que termines de llegar.

El nombre de mi hija me devolvió parte de la claridad.

—No me despedí.

—Está dormida.

—Quería decirle que volveré.

—Se lo diré.

Di dos pasos hacia el corredor, después regresé.

Connor continuaba en el mismo lugar, observándome.

—Dile que regresaré antes del almuerzo.

Una sonrisa leve apareció en sus labios.

—Tal vez todavía siga dormida.

—No duerme tanto.

—Anoche tampoco permitió que yo lo hiciera.

—¿Qué ocurrió?

—Soñó que te marchabas sin avisarle.

El corazón se me contrajo.

—¿Preguntó por mí?

—Sí.

—¿Qué le dijiste?

Connor sostuvo mi mirada.

—Que estabas en tu habitación y que no irías a ninguna parte.

Sentí lágrimas detrás de los ojos.

—Gracias.

—Ve. Antes de que Renata piense que te retengo aquí.

—Seguramente ya lo piensa.

—Entonces no le des más argumentos.

Me marché con el corazón golpeándome en la garganta.

No recordé el beso en la frente hasta encontrarme dentro del automóvil, después no pude pensar en otra cosa.

Durante el trayecto intenté prepararme para la conversación. Repasé las preguntas que había acumulado durante años. ¿Había amado Connor a Renata? ¿Había sido yo únicamente una sustitución aceptable? ¿Se casó conmigo porque Maureen se lo ordenó? ¿Me deseó alguna vez por quien era o solo por lo que representaba?

Sin embargo, otra preocupación se abría paso entre ellas; deseaba que Renata comprendiera por qué había vuelto, quería que viera a Eileen, que observara la forma en que Connor la trataba y reconociera los cambios que yo creía descubrir en él, necesitaba que no interpretara mi permanencia como una recaída en la cobardía y, más perturbador aún, deseaba que no me dijera nada capaz de alejarme de Connor.

El pensamiento surgió con tanta claridad que dejé de respirar durante un instante. No acudía únicamente para descubrir la verdad, una parte de mí esperaba recibir permiso para continuar acercándose a él. Aquello me avergonzó y también me asustó.

Renata nunca había necesitado permiso para amar a Seth. Lo elegía incluso cuando el mundo entero parecía sugerirle lo contrario.

Yo, en cambio, buscaba todavía una voz externa que me indicara si mis sentimientos eran legítimos.

Tal vez había cambiado menos de lo que creía.

La casa de Renata y Seth se encontraba sobre una elevación cercana al bosque. No era tan grande como la residencia Walsh, pero poseía una presencia imposible de ignorar. La piedra exterior era oscura y las ventanas estrechas, como si la construcción hubiera sido levantada para resistir asedios. Sin embargo, en los jardines crecían flores salvajes, plantas medicinales y árboles jóvenes sin ninguna disposición aparente.

Seth había comprado una casa sobria y Renata había permitido que la naturaleza se apoderara de ella.

El interior era aún más extraño.

Había muebles refinados junto a telas de colores intensos, libros apilados en el suelo y objetos procedentes de lugares que yo no sabía nombrar. Máscaras africanas compartían una pared con retratos antiguos, una lámpara de cristal colgaba sobre una mesa marcada por quemaduras de velas. Nada combinaba. Todo parecía pertenecer allí.

La casa era una conversación entre ambos: la elegancia severa de Seth y el caos deliberado de Renata.

Un empleado me indicó que esperara en el salón.

Antes de que pudiera sentarme escuché voces en el piso superior.

—No puedes seguir comprando casas cada vez que te aburres —decía Renata.

—No estaba aburrido.

—Entonces es peor. Significa que lo haces con intención.

—Dijiste que la otra no tenía suficientes ventanas.

—No dije que necesitara una residencia nueva.

—Te quejaste durante tres semanas.

—Quejarme no es una petición.

—Contigo suele serlo.

Renata apareció en lo alto de las escaleras, caminando de espaldas mientras hablaba con Seth.

—No comprendes la diferencia entre escuchar y obedecer.

—La comprendo. Prefiero obedecer cuando eres insoportable.

—Eso es insultante.

—También efectivo.

Ella se volvió hacia él.

—Eres un hombre horrible.

Seth tomó su rostro entre las manos y la besó. No fue un beso cortés, tampoco pareció importarles la posibilidad de que alguien pudiera observarlos. Renata se elevó sobre los pies y sujetó el cuello de su camisa. Seth la acercó por la cintura con una seguridad que hizo que el resto de la casa pareciera desaparecer.

Aparté la mirada, pero no lo hice con suficiente rapidez.

Renata me vio y su expresión juguetona se desvaneció. Dijo algo bajo a Seth. Él miró hacia mí, asintió y besó una vez más la frente de su esposa antes de retirarse hacia el corredor.

Renata descendió.

—Podrías haber anunciado tu llegada.

—Un empleado lo hizo.

—Entonces deberíamos contratar a alguien con mayor autoridad.

Me abrazó. Esta vez no hubo público ni curiosidad social, solo sus brazos alrededor de mí y una mano firme sobre mi espalda.

—Estás temblando —dijo.

—No.

—Nunca has sabido mentir.

—Connor también dice eso.

Renata se apartó.

—No empieces así.

—¿Así cómo?

—Defendiéndolo antes de que lo ataque.

—No lo estaba defendiendo.

—Entonces relájate.

Señaló un sofá.

—Todo estará bien.

—Las personas dicen eso cuando saben que no es cierto.

—Bien. Algunas cosas serán terribles, pero sobrevivirás.

—Eso suena más a ti.

Nos sentamos frente a la chimenea. Sobre la mesa había té, pan, queso y un pequeño recipiente con una pasta oscura que preferí no preguntar qué contenía. Renata sirvió dos tazas.

No habló de inmediato. La espera me impacientó.

—Escribí para obtener respuestas.

—Lo sé.

—He esperado años.

—También lo sé.

—Entonces habla.

Renata apoyó la taza.

—Connor y yo nos conocimos por accidente.

No era el inicio que esperaba.

—¿Dónde?

—En una reunión donde ninguno de los dos debía estar.

—Eso no explica nada.

—Era organizada por estudiantes, trabajadores y algunas personas que nuestras familias habrían considerado peligrosas. Había discusiones políticas, música, alcohol barato y demasiados

jóvenes convencidos de que podían transformar el mundo antes de cumplir los veinticinco.

Sonrió al recordarlo, yo sentí una punzada.

—Connor estaba allí porque deseaba escapar de su apellido durante unas horas. Yo porque Amber me había enseñado que las reuniones prohibidas suelen ser más interesantes.

—¿Sabían quién era el otro?

—No al principio. Utilizamos nombres falsos.

—¿Por qué?

—Porque éramos dramáticos.

No pude evitar una sonrisa. Renata continuó:

—Nos gustamos. Connor era distinto lejos de su familia. Más divertido, menos rígido. Hablaba de viajar, estudiar en otros países y construir negocios que no dependieran de su apellido. Yo quería conocer el mundo, escribir, aprender idiomas y no pertenecer a nadie.

—¿Se besaron?

Renata me miró.

—No.

—No te creo.

—No hubo besos.

—¿Entonces qué hubo?

—Conversaciones, promesas absurdas, planes que solo pueden hacer dos personas que todavía no han sido obligadas a vivir de acuerdo con la realidad en la que vivíamos.

—¿Lo amabas?

Mi hermana inclinó la cabeza.

—Amaba la posibilidad que representaba.

Las palabras se parecían demasiado a las de Connor.

—Él dijo casi lo mismo sobre ti.

—Entonces quizá esté diciendo la verdad por una vez.

—No bromees.

—No lo hago.

Renata tomó su taza.

—Cuando descubrimos quiénes éramos, comenzamos a mirarnos de otra forma. Dejamos de ser dos desconocidos con sueños y nos convertimos en posibles alianzas entre familias.

—Prospectos.

—Sí.

—¿Hablaron de matrimonio?

—De manera abstracta, ninguno quería casarse entonces, queríamos viajar y ser libres durante algunos años.

—Tú podías negarte.

—Era mujer, Lily. Podía negarme hasta que alguien decidiera que mi negativa era una enfermedad, una rebeldía o un problema que debía corregirse de la forma en la que se pudiera.

—Pero lo hiciste.

—Porque estaba dispuesta a pagar el precio que representaba. —Su mirada se endureció—. Connor no.

Conocía aquella parte antes de escucharla.

—Su padre murió —dije.

Renata asintió.

—Y todo cambió, las responsabilidades que habían parecido lejanas se volvieron inmediatas. Las tierras, los negocios, el apellido y su madre.

—Maureen comenzó a dirigirlo.

—Connor permitió que lo hiciera.

La precisión de Renata no le concedía refugio.

—Ella le explicó qué clase de esposa necesitaba —continuó—. Una mujer de buena familia, con dinero, belleza, educación social y un carácter que no produjera escándalos.

—Yo.

—Tú.

La palabra dolió.

—¿Y tú qué eras?

Renata sonrió de lado.

—Una mujer que discutía demasiado, frecuentaba lugares inconvenientes y tenía vínculos con personas que Maureen jamás habría permitido entrar por la puerta principal.

—No eras adecuada.

—No para los Walsh.

—Pero Connor te quería.

—Connor quería muchas cosas.

—Te pregunto si te quería a ti.

Renata permaneció en silencio.

—Creo que me quiso tanto como podía querer a alguien mientras todavía no se conocía a sí mismo —respondió—. Pero no lo suficiente para enfrentar a su madre, abandonar sus responsabilidades o soportar el escándalo que representaba desposar a la rebelde de los Donovan.

—Entonces me escogió porque era más fácil.

—Te escogió porque eras correcta.

—Es lo mismo.

—No. —La firmeza de su voz me sorprendió—. No hay nada malo en ser la opción correcta, Lilianne.

Reí con tristeza.

—Resulta fácil decirlo cuando tú eras la mujer que deseaba.

—¿Deseaba qué? ¿Una vida imposible? ¿Una versión de sí mismo que desapareció en cuanto tuvo que tomar una decisión?

—A ti.

Renata dejó la taza.

—Connor no me escogió porque no era nuestro destino.

—No creo en el destino.

—Entonces llama incompatibilidad a lo que quieras. —Se inclinó hacia mí—. Éramos demasiado parecidos en ciertos defectos. Los dos queríamos libertad, pero esperábamos que el otro cargara con las consecuencias. Habríamos terminado odiándonos.

—No puedes saberlo.

—Sé quién soy. —Una sonrisa tenue cruzó su rostro como un relámpago peligroso—. Y sé que Connor habría intentado contenerme. Yo habría dedicado cada día a recordarle que no podía hacerlo. Seth apenas sobrevive a esa tarea y disfruta del riesgo.

Escuché un ruido en el piso superior.

—Seth parece adorarte.

—Seth está enfermo.

—Eso explica muchas cosas.

Renata rio, después volvió a ponerse seria.

—Tú no eras una segunda versión de mí.

—Así me trató.

—Sí.

—Me comparaba contigo.

—Y fue cruel.

—Me hizo sentir estúpida.

—Lo eras un poco.

—Renata.

—Yo también, aunque de formas diferentes.

Su mano buscó la mía.

—Connor se casó contigo porque vio una vida posible. Una mujer hermosa, amable, capaz de construir el hogar que creía necesitar. Después descubrió que escoger lo correcto no elimina el deseo por todo aquello a lo que uno renunció.

—Y me castigó por ello.

—Sí.

No intentó suavizarlo.

—Cuando regresaste —dije—, se volvió loco.

—Se sintió atrapado.

—No lo justifiques.

—No lo hago. —Renata apretó mis dedos—. Comprendo lo que le ocurrió. Eso no significa que perdone lo que te hizo.

—¿Qué le ocurrió?

—El pasado apareció frente a él antes de que aprendiera a aceptar el presente. Me vio y creyó que todavía podía regresar a la época en que no tenía esposa, negocios y una madre vigilando cada movimiento.

—Connor dijo que no eras tú. Que eras su juventud.

—En eso tiene razón.

La confirmación me produjo una mezcla de alivio y humillación.

—¿Nunca intentó recuperarte?

—Lo intentó.

—¿Cuándo?

—Cuando creyó que Seth había muerto.

Sentí una punzada de rabia.

—Entonces sí te quería.

—Quería escapar.

—Contigo.

—Porque yo era la única puerta que recordaba. —Renata se inclinó hacia atrás—. Le dejé claro que no existía nada entre nosotros. Incluso si Seth hubiera muerto, Connor no habría tenido una oportunidad.

—¿Porque amabas a Seth?

—Porque ya no era la muchacha que Connor conoció.

—¿Y él?

—Tampoco era aquel joven.

El fuego crujió.

La casa estaba demasiado silenciosa después de tanta verdad.

—¿Por qué no me dijiste nada antes de la boda? —pregunté.

La expresión de Renata cambió.

—Porque fui una cobarde.

No esperaba aquella respuesta.

—Pensé que quizá Connor podía amarte de una forma más sencilla. Que tú serías feliz con él y él contigo. También temía que, si hablaba, creerías que intentaba quitártelo.

—Probablemente lo habría creído.

—Lo sé.

—Aun así, debiste decirme.

—Sí.

No había defensa.

—Todos decidieron qué verdad podía soportar —murmuré.

—Sí. —Renata sostuvo mi mirada—. Y todos nos equivocamos.

Las lágrimas aparecieron sin permiso. Mi hermana se acercó y se sentó a mi lado. No me abrazó inmediatamente, esperó hasta que fui yo quien apoyó la cabeza sobre su hombro.

—No sé qué hacer —dije.

—Eso explica por qué me llamaste.

—Connor parece distinto.

—Puede serlo.

Me aparté para mirarla.

—¿Lo crees?

—Las personas cambian.

—No suenas convencida.

—Porque también aprenden a fingir mejor.

—Eso no ayuda.

—No vine a ayudarte a elegirlo.

—¿Entonces para qué?

—Para decirte la verdad.

Se levantó y caminó hacia la ventana.

—¿Por qué regresaste realmente?

—Por Eileen.

—Eso explica por qué entraste en la casa, no por qué sigues mirando a Connor como lo miraste anoche.

Sentí calor en el rostro.

—No lo estaba mirando de ninguna manera.

—Lily.

—Lo deseo.

La confesión salió demasiado rápido.

Renata no reaccionó.

Aquello me animó a continuar.

—No sé cuándo ocurrió. Quizá en el lago. Tal vez antes. Me gusta verlo con Eileen, me gusta que escuche mis opiniones, que defienda los hospicios y no permita que Maureen decida por él.

—¿Te gusta que te toque?

Recordé sus manos en mi espalda.

—Sí.

—¿Quieres acostarte con él?

—No sé.

—Eso es mentira.

—Renata.

—Desearlo no significa que debas hacerlo.

Me levanté.

—Casi lo besé.

—¿Y él?

—Se apartó.

Mi hermana mostró una sorpresa auténtica.

—¿Connor?

—Dijo que no quería besarme mientras yo estuviera confundida.

—Eso sí es diferente.

—Lo sé.

—¿Estás segura de que no te está manipulando?

—No.

—Bien. Al menos no has perdido por completo el juicio.

Me crucé de brazos.

—También le he visto hacer cosas cuando no sabe que lo observo.

Le hablé de la noche en la choza, de Eileen dormida entre nosotros y de Connor acostándose en el suelo. Le conté cómo había enfrentado a Maureen, respetado mis cartas y comenzado a tratar a los empleados de una forma distinta.

Renata escuchó sin interrumpir.

—Podría haber cambiado —dijo finalmente.

—Eso es lo que pienso.

—También podría estar esforzándose porque teme perderte.

—¿No es eso una forma de cambio?

—Depende de lo que ocurra cuando deje de tener miedo.

La pregunta se quedó conmigo.

—¿Y Ciarán? —preguntó.

Mi cuerpo se tensó.

—No sé.

—¿Lo amas?

—Creí que podía hacerlo.

—No es lo mismo.

—Estuvo conmigo durante cinco años.

—También escondió la carta que podía devolverte a tu hija.

—Pensaba que me protegía.

Renata se volvió lentamente.

—No lo defiendas ante mí.

—No lo defiendo.

—Si alguien hubiera tenido una carta capaz de devolverme a mi hijo… —Su voz se quebró. Fue apenas un cambio, pero suficiente para recordarme que la herida de Renata seguía abierta—. Daría cualquier cosa por tener una oportunidad más. Un día. Una hora. Incluso la certeza de dónde está enterrado.

Bajé la mirada.

—Lo sé.

—Ciarán te quitó años con Eileen porque creyó que sabía qué vida te convenía, eligiendo por ti.

—Sí.

—Yo no perdonaría una traición semejante.

—¿Aunque te amara?

—Especialmente si asegurara amarme. —Renata regresó al sofá y se sentó frente a mí—. El amor no vuelve correcta una decisión, solo puede hacer que la persona se convenza con mayor facilidad de que tenía buenas razones.

—Connor también decidió por mí.

—Muchas veces.

—Entonces ¿por qué pareces más dura con Ciarán?

—Porque de Connor ya conocías la capacidad de herirte. Ciarán se convirtió en el lugar donde descansabas de él.

La precisión de la frase me dolió.

—Eso no significa que lo que hizo Connor sea menor.

—No. Significa que las heridas son distintas.

—No sé si lo que siento por Ciarán es amor.

—¿Qué sientes?

Pensé en sus manos curando a los niños. En sus ojos verdes al encontrarme llorando sobre otra pista falsa. En la forma en que siempre aparecía con café, documentos y una paciencia que parecía no agotarse.

Después recordé la carta abierta.

—Gratitud.

—Eso no es amor.

—Seguridad.

—Tampoco.

—Deseo algunas veces.

—Se acerca.

—Costumbre.

Renata sonrió con tristeza.

—La costumbre puede parecerse mucho al amor cuando una persona ha estado sola por mucho tiempo.

—¿Y Connor?

—Eso debes responderlo tú.

—Te pedí ayuda.

—Y te la estoy dando.

—No parece.

Renata tomó mis manos.

—Siente. —La miré, frustrada—. Eso es todo lo que puedo decir.

—No sé hacerlo.

—Claro que sí. Lo que no sabes es confiar en que tus sentimientos pueden existir sin convertirse inmediatamente en una decisión.

—No puedo permanecer indefinidamente entre los dos.

—¿Por qué no?

—Porque los heriré.

—Ellos sobrevivirán.

—No quiero ser cruel.

—No eres cruel por necesitar tiempo.

—Connor espera.

—Que espere.

—Ciarán también.

—Que espere más.

A pesar de mí, sonreí. Renata apretó mis dedos.

—No elijas al hombre que ha sufrido más por ti. No es una competencia que te daba interesar.

—No lo haría.

—Tampoco elijas a quien pueda ofrecerte la vida más cómoda.

—Eso ya lo hice una vez.

—Entonces aprendiste algo. —Su expresión se suavizó—. Mira quién eres cuando estás con cada uno.

—¿Qué significa?

—¿Con cuál te sientes libre? ¿Cuál escucha cuando dices no? ¿Quién acepta una decisión que no lo beneficia? ¿Quién te permite ser una mujer completa y no únicamente aquello que necesita de ti?

Pensé en Connor apartándose antes del beso. En Ciarán diciendo que no renunciaría a mí. La respuesta no era sencilla.

—Connor me hizo pequeña durante años.

—Sí.

—Ciarán me ayudó a crecer.

—Sí.

—Pero ahora Connor parece darme espacio y Ciarán intenta llevarme lejos casi con súplica.

—También.

—No estás facilitando nada.

—La verdad rara vez facilita las cosas.

Me levanté y caminé hasta la ventana.

Desde allí se veía a Seth cruzando el jardín. Llevaba un abrigo oscuro y hablaba con uno de los empleados. Incluso a distancia parecía una amenaza perfectamente vestida.

—¿Cómo supiste que Seth era lo correcto? —pregunté.

Renata se colocó a mi lado.

—No lo supe.

—Pero te casaste con él.

—Porque lo elegí incluso sabiendo que podía ser un error.

—Eso es irresponsable.

—Muchísimo.

—No ayuda.

—Seth no fue la opción segura ni la correcta. Fue la que podía mirar de frente y reconocer como mía.

Observé a mi hermana.

—¿Nunca dudas?

—Todos los días, pero no permito que la duda conduzca.

Seth levantó la mirada hacia la ventana, encontró a Renata y la dureza de su rostro desapareció apenas. Fue un cambio diminuto,

imposible de advertir para cualquiera que no lo conociera.

Mi hermana sonrió.

—Además, él hace eso.

—¿Qué?

—Me recuerda que puedo volver a elegirlo mañana.

Pensé en Connor, en el beso sobre mi frente, en la forma en que había dicho que prefería no regresar; tal vez amar no era borrar el pasado ni prometer una eternidad perfecta, quizá era poder escoger de nuevo, aun después de conocer todo aquello que debía hacernos huir.

—Tengo que volver —dije.

Renata me observó con atención.

—¿Porque Eileen te espera?

—Sí.

—¿Solo por eso?

No respondí. Mi hermana tomó mi abrigo.

—Habla con Connor y escucha su versión y no decidas nada hoy.

—¿Por qué?

—Porque te conozco. Cuando una emoción te asusta, corres hacia la primera decisión que parece capaz de terminarla. —Me ayudó a colocarme el abrigo—. No regreses a su cama solo porque ahora sabes que no me amaba como imaginabas.

—No pensaba hacerlo.

Renata arqueó una ceja.

—Tampoco huyas de él únicamente para demostrar que eres fuerte.

—No necesito demostrarlo.

—Bien. —Me besó la mejilla—. Entonces siente.

—Sigue pareciéndome un consejo inútil.

—Los mejores suelen serlo al principio.

Caminé hacia la entrada, pero antes de salir me volví.

—¿Crees que Connor me quiso cuando se casó conmigo?

Mi hermana permaneció en silencio.

—Creo que quiso la vida que imaginó contigo. No sé si entonces sabía querer a una persona separada de lo que podía ofrecerle.

—¿Y ahora?

—Eso tendrás que averiguarlo tú.

Salí de la casa. El cielo había comenzado a cubrirse de nubes y el viento agitaba los árboles alrededor del camino, el automóvil me esperaba frente a los escalones.

Durante el trayecto de regreso pensé en cuanto había escuchado.

Connor no había escogido a Renata y terminado conmigo por descarte. Había abandonado una posibilidad para aceptar otra.

Después fue demasiado cobarde para reconocer el duelo por la vida que no eligió y me castigó por representar la que sí.

No lo absolvía, pero la verdad era distinta de la herida que yo había alimentado durante años. No había perdido una competencia contra mi hermana, jamás hubo una. Renata y Connor no pertenecían el uno al otro, eso no significaba que Connor y yo debiéramos estar juntos.

Solo eliminaba un fantasma de nuestra habitación.

Al acercarnos a la residencia Walsh, llevé una mano a la frente, todavía podía sentir el lugar donde me había besado. Me pregunté si Eileen habría despertado, si Connor ya se habría vestido, si esperaría mi regreso con la misma tensión con que yo imaginaba verlo.

Renata me había pedido que sintiera sin decidir. Tal vez eso era lo más difícil que alguien me había exigido.

Entré en la casa sin tener una respuesta. Por primera vez, no me pareció un fracaso. Connor me esperaba en algún lugar detrás de aquellas puertas. Ciarán continuaba esperando fuera de ellas. Y yo aún no pertenecía a ninguno. Era una posición incierta. También era, quizá, la primera forma verdadera de libertad que había conocido.

18 Dos tontos

Regresé a la casa buscando a Connor. Había pasado todo el trayecto repasando la conversación con Renata, intentando separar aquello que me había aliviado de lo que todavía dolía. Necesitaba contarle lo que mi hermana había dicho. No porque debiera rendirle cuentas, sino porque él había pedido la oportunidad de ofrecerme su versión y, por primera vez, yo deseaba escucharla.

No encontré a Connor.

Encontré a Eileen.

Estaba sentada en el suelo del salón pequeño, rodeada de animales de madera. Había construido con libros una casa demasiado estrecha y trataba de introducir dentro un caballo que duplicaba el tamaño de la puerta, pero al verme, se levantó de un salto.

—Volviste.

La alegría de su voz borró por unos instantes todo lo demás.

—Te dije que lo haría.

Eileen corrió hacia mí y tomó mi mano. Todavía no me abrazaba por impulso. El afecto entre nosotras avanzaba mediante gestos

pequeños, pero cada uno me parecía inmenso.

—Tienes que jugar.

—Necesito hablar con tu padre.

—No está.

—¿Dónde fue?

—No lo sé. Los adultos siempre dicen "un asunto urgente" cuando no quieren explicar algo.

Miré a Nora, que ordenaba unas telas junto a la ventana.

—El señor Walsh recibió un mensaje de una de las propiedades —explicó—. Salió hace poco.

—¿Dijo cuándo regresaría?

—No, señora.

Eileen tiró suavemente de mi mano.

—Ahora puedes jugar.

No pude resistirme. Me senté en la alfombra y acepté la figura de una vaca que, según mi hija, era la encargada de vigilar la entrada.

Durante casi una hora construimos una aldea, organizamos una boda entre dos caballos y discutimos sobre si un cerdo podía ocupar una habitación en el piso superior.

Yo pensaba en Connor entre una historia y otra.

—No estás escuchando —dijo Eileen.

—Sí estoy escuchando.

—La vaca se cayó del techo.

Miré la figura tumbada junto a mi falda.

—Ha sido una tragedia.

—Tú la empujaste.

—Fue un accidente.

—Los adultos siempre dicen eso también.

Comencé a reír.

Eileen me imitó.

En ese momento la puerta se abrió con brusquedad.

Una doncella entró en el salón, tenía el rostro alterado y respiraba como si hubiera recorrido la casa corriendo.

—Señora Walsh.

Me levanté.

—¿Qué ocurre?

—La madre del señor Connor ha enfermado.

Eileen dejó caer el caballo.

—¿La abuela?

—La han traído a la casa. El médico dice que debe guardar reposo.

Mi hija comenzó a llorar antes de que la doncella terminara.

—Quiero verla.

Se aferró a mi vestido, yo la levanté entre mis brazos.

—Está bien. Iremos a verla.

—¿Se va a morir?

—No.

—¿Cómo sabes qué no? —preguntó Eileen.

—Porque tu abuela es demasiado obstinada.

La niña no comprendió el intento de humor.

—Esa almohada es demasiado dura. Ya he explicado que no puedo respirar si permanezco completamente acostada.

—Sí, señora —respondió alguien.

—Y abra las cortinas, este cuarto parece una cripta.

Entré con Eileen en brazos.

Maureen se encontraba recostada sobre una cama improvisada. Llevaba un camisón elegante, una bata de seda y una expresión de sufrimiento cuidadosamente construida. Su rostro estaba pálido, aunque sospeché que el efecto se debía más a los polvos que a la enfermedad; y junto a ella se sentaba una joven a quien no conocía.

Era muy hermosa.

Rubia, de piel clara y facciones delicadas, con una cintura tan estrecha que su vestido parecía dibujado directamente sobre el cuerpo.

Al verme, su atención se apartó de inmediato de las dos mujeres. Se acercó a mí. El gesto fue automático. No pensé en él hasta que

quedó a mi lado, formando conmigo una línea silenciosa frente a la escena.

Eileen se movió entre mis brazos.

—¡Abuela! Descendió antes de que pudiera sujetarla y corrió hacia la cama. Maureen abrió los brazos.

—Mi pequeña.

La niña se lanzó contra ella con cuidado. Mi suegra dejó escapar un gemido excesivo, pero la abrazó.

—¿Te vas a morir? —preguntó Eileen.

—Espero que no, aunque mi corazón se encuentra muy débil.

Connor me miró y yo levanté apenas una ceja.

No necesitamos palabras, aquello era una representación.

Maureen había encontrado una forma de regresar a la casa sin pedir permiso y, además, había llevado consigo a una joven de belleza impecable. La muchacha continuaba sujetándole la mano, aunque sus ojos se dirigieron brevemente hacia Connor. Allí fue cuando comprendí la segunda parte del plan.

—¿Quién es ella? —pregunté en voz baja.

—La señorita Eleanor Ashford —respondió Connor—. Dama de compañía de mi madre desde hace unas semanas.

—Qué conveniente.

—Extraordinariamente.

La joven se puso de pie para saludarnos.

—Señora Walsh.

Su voz era suave y perfectamente educada.

—Señor Walsh.

—La casa de la señora Walsh se encuentra aislada —añadió la señorita Ashford—. Temíamos que ocurriera algo durante la noche.

—Naturalmente —dije.

Connor acercó la boca a mi oído.

—No sonrías.

—No estoy sonriendo.

—Estás a punto.

Su aliento rozó mi piel.

El contacto involuntario me produjo un escalofrío.

—Esto no cambia nada —murmuró.

Volví el rostro hacia él. Estaba demasiado cerca.

—Lo dudo.

Mi respuesta fue tranquila, casi juguetona.

—Hablaremos —dije.

—Cuando quieras.

—Después de que termine la resurrección.

La comisura de sus labios se elevó.

—Mi madre apreciaría la comparación con Dupont.

Maureen nos miró desde la cama.

—¿De qué hablan?

—De tu recuperación —respondió Connor.

—El médico ha dicho que debo evitar cualquier alteración.

—Entonces procuraremos que nadie te contradiga durante al menos cinco minutos.

—Connor.

—Descansa, madre.

Eileen continuaba aferrada a ella, no podíamos expulsarla, Maureen lo sabía. Había elegido la única debilidad capaz de obligarnos a aceptar su presencia: el amor de la niña.

Durante la siguiente hora acondicionaron la habitación. Trajeron ropa, libros, una mesita y hasta el perfume que mi suegra utilizaba. Cada objeto confirmaba que su estancia no sería breve. Connor y yo permanecimos allí por Eileen.

Cuando la niña se tranquilizó, la señorita Ashford comenzó a leerle y Maureen cerró los ojos con la solemnidad de una mujer que esperaba ser observada mientras descansaba. Me acerqué a Connor.

—Necesito hablar contigo.

—Mi despacho.

Asentí.

Salimos juntos, pero sentí la mirada de Maureen siguiéndonos hasta que la puerta se cerró.

Entré en el despacho sin miedo.

No deseaba aprender, deseaba parecer inteligente ante mi esposo.

Ahora entraba con las manos vacías. No necesitaba tomar un libro para justificar mi presencia. Había administrado cuentas, negociado donaciones, enfrentado autoridades y sostenido instituciones donde cada decisión podía significar que un niño comiera o pasara hambre.

Yo era distinta.

Connor cerró la puerta detrás de nosotros, no la aseguró.

—Las cosas han cambiado —dijo.

Me volví.

—Sí.

Su mirada recorrió el escritorio, los estantes repletos de libros y el sillón donde yo solía sentarme.

—Pensabas que necesitabas convertirte en otra persona cada vez que entrabas aquí a leer.

—Creía que debía parecerme a Renata.

—Fue culpa mía.

—En parte.

—¿En parte?

—Yo también elegí competir con alguien que nunca participó en la competencia, porque jamás lo necesitó.

Connor aceptó la respuesta.

—¿Qué te dijo?

Me acerqué a la chimenea.

El fuego estaba apagado. La luz de la tarde entraba por las ventanas y dejaba una franja dorada sobre la alfombra.

—Que se conocieron en una reunión donde ninguno debía estar.

Una expresión sorprendida cruzó su rostro.

—No esperaba que comenzara por allí.

—Me contó lo de los nombres falsos, los planes que tenían de viajar, las promesas sin besos.

Connor bajó la mirada.

—Éramos jóvenes.

—También me dijo que ninguno quería casarse.

—Es verdad.

—Y que todo cambió cuando murió tu padre.

Su cuerpo se tensó.

—Mi madre consideró que la etapa de las fantasías había terminado.

—Te dijo qué clase de esposa necesitabas.

—Sí.

—Y yo encajaba.

—Sí.

Las respuestas no eran nuevas.

Aun así, escucharlas de su boca dolía.

—Renata dijo que no hay nada malo en ser la opción correcta.

Connor levantó la cabeza.

—No lo hay.

—Sí lo hay cuando haces que la opción correcta se sienta como una equivocación inevitable.

El arrepentimiento apareció en su rostro.

—Lo sé.

—Me comparabas con ella. —Tenía ganas de echarle todo en cara —. Me tratabas como si te hubiera obligado a elegir.

—Sí.

—Y cuando volvió, te comportaste como si yo fuera el obstáculo entre ambos.

Connor se apartó del escritorio y caminó hacia la ventana.

—No fue justo.

—No.

—Tampoco fue exactamente lo que yo creía entonces.

Esperé.

—Cuando vi a Renata —continuó—, sentí que el pasado regresaba para ofrecerme otra salida.

—Un hombre libre.

—Un muchacho que todavía podía imaginar cualquier vida.

—Y yo representaba la que habías elegido.

—Sí.

—Por eso me odiabas.

Connor volvió el rostro.

—Nunca te odié.

—Te comportabas como si lo hicieras.

—Me odiaba a mí mismo.

—La diferencia no era visible desde mi lado de la cama.

La frase lo detuvo. El silencio adquirió otra densidad.

—Renata dijo que comprendía por qué perdiste el juicio cuando regresó —añadí—. Pero no justificó lo que hiciste conmigo.

—No debería hacerlo.

—También confesó que intentaste acercarte a ella cuando creías que Seth estaba muerto.

Connor cerró los ojos brevemente.

—Sí.

—¿La querías?

—Quería saber si todavía existía una salida hacia la vida que imaginé con ella. Hacia la libertad y la liberación de responsabilidades.

—Eso sigue pareciendo amor.

—Quizá una forma egoísta de él.

—¿Y ahora?

Connor se giró por completo.

—Ahora sé que la perdí mucho antes de casarme contigo.

—¿Te duele? Pensó antes de responder.

—Me avergüenza la forma en que reaccioné al verla. Me avergüenza haberte hecho pagar por una decisión que tomé sin valor para asumirla.

—No he preguntado si te avergüenza.

—No. —Su voz fue firme—. Ya no me duele perderla.

No supe si creerle, pero no vi nostalgia cuando pronunció el nombre de mi hermana. Solo cansancio y una forma tranquila de arrepentimiento por sus acciones pasadas.

—Renata tampoco te ama —dije.

—Nunca lo hizo como ama a Seth.

—¿Eso te molesta?

—Antes sí.

—¿Y ahora?

—Ahora me parece más que evidente que ellos pertenecen a la misma clase de locura.

Sonreí.

—Eso también dijo ella.

Connor se acercó.

—¿Te dijo que yo era un monstruo?

—No.

La sorpresa en su rostro fue auténtica.

—Creí que aprovecharía la oportunidad.

—Dijo que fuiste cobarde, débil y cruel.

—Eso suena más a Renata.

—Pero no te convirtió en el villano de una historia sencilla.

Connor bajó la mirada.

—Tal vez habría sido más fácil.

—Para ambos.

Permanecimos en silencio.

Había una pregunta que llevaba años dentro de mí. Nunca me había atrevido a formularla porque temía que la respuesta confirmara la vergüenza que sentía respecto a mi propio cuerpo.

Ahora ya no era aquella joven.

—¿Por qué eras tan frío conmigo?

Connor se quedó inmóvil.

—¿Cuándo?

—Siempre.

—Lilianne…

—Incluso cuando hacíamos el amor. —No aparté la mirada—. Me tocabas como si estuvieras cumpliendo con una obligación. Nunca preguntabas qué sentía. Apenas me mirabas y, cuando terminaba, te alejabas y hacías como si no existía.

El color ascendió por su cuello, Connor dio varios pasos hacia la mesa y se volvió de espaldas con una rapidez cómica.

Era la primera vez que lo veía avergonzado por aquello.

—Pensé que no me deseabas —continué.

—Te deseaba.

—No parecía.

—No sabía cómo demostrarlo.

—Eras un hombre adulto.

—Eso no significa que supiera nada.

La respuesta me confundió.

—Habías estado con otras mujeres.

Connor permaneció en silencio

—¿No?

Se pasó una mano por el cabello.

—Tú fuiste la primera.

Lo miré.

—No te creo.

—Es la verdad.

—Connor, durante años se habló de tus conquistas.

—Los hombres hablan.

—Tú nunca lo negaste.

—Se suponía que debía estar orgulloso.

—¿Orgulloso de algo que no habías hecho?

—Era preferible a admitir que no tenía idea de cómo tocar a una mujer. Entre los hombres eso es… debilidad.

La incredulidad dio paso a una risa, intenté contenerla, no pude.

Connor se volvió.

—Me alegra que te resulte divertido.

—Me comparabas con Renata, me tratabas como una ignorante y todo ese tiempo…

—No termines.

—¿Tú tampoco sabías nada?

—Nada útil.

—Pregúntale a Renata —dijo—. Ella lo sabía.

—¿Cómo?

—Porque se burló de mí cuando descubrió dónde había crecido.

—¿Dónde creciste?

La vergüenza se intensificó.

—En un monasterio.

Dejé de reír.

—¿Qué?

—Mi familia era extremadamente religiosa. Mi padre consideraba que la disciplina era la base de un hombre honorable. Pasé buena parte de mi infancia y adolescencia bajo la educación de monjes.

Lo observé.

Intenté imaginar al joven Connor entre muros de piedra, rodeado de rezos, silencio y hombres que probablemente consideraban el deseo una prueba enviada por el demonio.

La imagen resultó tan absurda que volví a reír.

—No veo por qué sigues encontrando esto gracioso.

—Porque te comportabas como si hubieras nacido sabiendo exactamente qué hacer.

—Eso era lo que se esperaba de mí.

—¿Por quién?

—Por todos.

Connor caminó hacia la mesa y sirvió dos copas de agua.

Me entregó una.

—Un hombre no debía preguntar. Debía saber.

—¿Y de dónde pensabas obtener ese conocimiento?

—De conversaciones, libros…

—¿Qué clase de libros había en un monasterio?

—Ninguno que resultara útil.

Volví a sonreír.

Connor bebió agua.

—Antes de la boda, un amigo intentó explicarme ciertas cosas.

—¿Intentó?

—Estaba borracho.

—Eso aclara nuestro matrimonio.

—No todas las dificultades.

—Una cantidad considerable.

La vergüenza comenzó a ceder en su rostro. También él sonrió.

—La primera noche estaba aterrorizado —confesó.

La revelación cambió algo dentro de mí.

—No lo parecías.

—Me esforcé demasiado.

—Fuiste frío.

—Porque pensé que la seguridad era más importante que la ternura.

—¿Quién te enseñó eso?

—Nadie. Ese era el problema.

Me acerqué un poco.

—¿Nunca pensaste en preguntarme?

—Tú parecías aún más asustada.

—Lo estaba.

—Creí que hablar lo empeoraría.

—El silencio lo empeoró.

—Lo sé ahora. —Su voz descendió—. También creía que una esposa respetable no debía disfrutar demasiado.

Lo miré con incredulidad.

—¿Y qué debía hacer?

—Aceptar.

—Eso hice durante años.

El dolor atravesó su expresión.

—Lo sé.

—No. Ahora lo sabes.

Connor dejó la copa.

—Tienes razón.

—Siempre decías que una dama debía ser discreta, pero ni siquiera me diste la oportunidad de descubrir qué quería.

—No sabía que yo también podía querer algo distinto de aquello que me habían enseñado.

La habitación parecía más pequeña.

Hablar de nuestra intimidad había alterado el aire.

Ya no éramos dos esposos recordando una vida equivocada. Éramos un hombre y una mujer conscientes de sus cuerpos, separados por apenas unos pasos.

—¿Y ahora sí sabes qué hacer? —pregunté.

La pregunta salió con un matiz que ambos reconocimos.

Connor levantó la mirada, sus ojos se oscurecieron.

—He aprendido algunas cosas.

—¿Dónde?

—No con otras mujeres.

—Eso asegura Agnes.

Él frunció el ceño.

—¿Agnes Fitzgerald?

—Dice que ninguna mujer pudo probar lo contrario.

—Agnes habla demasiado.

—¿Es cierto?

—Sí. No hubo vacilación.

—¿No estuviste con nadie después de que me fui?

—No.

—¿Por qué?

Connor sostuvo mi mirada.

—Porque todavía eras mi esposa.

—Eso nunca detiene a muchos hombres.

—A mí sí.

—¿Y durante nuestro matrimonio?

—Tampoco.

La respuesta produjo un calor inesperado. No debía importarme. Sin embargo, la idea de que su cuerpo no hubiese pertenecido a otra mujer despertó una sensación posesiva que me avergonzó reconocer.

—Entonces ¿cómo aprendiste?

Una sonrisa lenta apareció en sus labios.

—Observando.

—¿A quién?

—No de esa forma. —Se acercó—-. Aprendí que una mujer debe saber que la desean.

La distancia entre nosotros se redujo.

—Eso parece evidente.

—No para el hombre que fui.

Connor levantó una mano, no me tocó todavía.

—Debe mirarse aquello que uno desea. Sus ojos descendieron por mi rostro, mi cuello y la línea del vestido.

La atención resultó casi física. Sentí el calor avanzar sobre mi piel allí donde su mirada se detenía.

—Debe escucharse —continuó—. La respiración cambia antes de que una mujer decida admitir que algo le gusta.

Mi pecho se elevó más lentamente.

Él lo observó.

—Debe tocarse sin tomar.

La yema de sus dedos rozó mi muñeca, apenas un contacto, después ascendió por el interior del antebrazo, siguiendo una línea lenta que estremeció mi piel. El gesto era sencillo. Mi cuerpo lo recibió con una intensidad que me obligó a apretar los labios.

—¿Eso aprendiste? —pregunté.

Mi voz había perdido firmeza.

—Estoy intentando explicarlo.

—Parece que intentas demostrarlo.

—Tal vez. —Sus dedos alcanzaron mi codo y descendieron de nuevo, despacio—. Un hombre debe hacerse desear tanto como desea.

—Eso suena bastante arrogante.

—Lo es. —Connor tomó mi mano y la colocó sobre su pecho. El corazón latía con rapidez bajo la camisa—. Pero no funciona si se finge no necesitar nada.

Su otra mano se posó sobre mi cintura.

No me atrajo.

Solo descansó allí, firme y cálida.

—Yo fingía —dijo—. Incluso contigo.

—¿Qué fingías?

—Que no me importaba si me tocabas. —Mis dedos sintieron el movimiento de su respiración—. Nunca lo pedías.

—No sabía hacerlo.

La mano de mi cintura se deslizó hacia mi espalda. El recorrido fue lento y deliberado. Sus dedos presionaron apenas la tela, siguiendo la curva de mi cuerpo hasta detenerse entre los omóplatos.

—Ahora sé que debía acercarte así.

Me atrajo unos centímetros. Mi pecho rozó el suyo. La sensación fue inmediata. El calor de su cuerpo atravesó la ropa. La memoria del lago regresó: sus manos sosteniéndome, el agua alrededor de nosotros y la tensión entre nuestras bocas.

—Debía mirarte —murmuró.

Sus ojos no abandonaron los míos.

—Preguntarte si querías que continuara.

Su pulgar acarició la parte baja de mi espalda.

—¿Y si decía que no?

—Detenerme.

—No lo habrías hecho antes.

El dolor pasó por su rostro.

—No.

La sinceridad me permitió respirar.

—¿Y ahora?

—Ahora me detendría, aunque me destruyera hacerlo.

Sus dedos ascendieron por mi columna. Sentí un escalofrío. Connor se inclinó. No a mis labios. Su rostro se detuvo junto a mi cuello, lo bastante cerca para que su respiración calentara la piel.

—También debía aprender dónde no tocar de inmediato.

El aire rozó debajo de mi oreja.

Mis piernas perdieron parte de su firmeza.

—Connor.

Él no me besó. Su nariz rozó apenas mi cabello. La mano que yo mantenía sobre su pecho se cerró sobre la tela.

—Y debía permitir que fueras tú quien se acercara.

Moví el rostro hacia el suyo. Nuestros labios quedaron separados por una distancia mínima. Connor respiró profundamente.

—¿Ahora sabes qué hacer? —pregunté.

—No.

La respuesta me sorprendió.

—¿No?

—Sigo siendo torpe.

Sonreí.

—Parecías muy seguro hace un momento.

—Estoy aterrorizado.

—No lo pareces.

—He practicado eso durante años.

El humor quebró la tensión apenas lo suficiente para que ambos recordáramos que necesitábamos respirar.

—Yo tampoco sé nada —confesé.

—Vivimos juntos.

—Aceptar no significa saber.

Connor cerró los ojos durante un segundo.

—No.

—Nunca aprendí qué me gustaba.

—Podrías hacerlo ahora.

—¿Contigo?

Abrió los ojos.

—Solo si quieres.

—¿Y si me arrepiento?

—Te arrepentirás de muchas cosas, aunque no me elijas.

—Eso no es reconfortante.

—No estoy intentando serlo.

Sonreí. Connor rozó con el pulgar la línea de mi cintura.

—Somos un par de tontos.

—En muchas cosas.

—Especialmente en lo que se refiere a amar.

—Tú eras el que se suponía que sabía.

—Y tú la mujer que se suponía que no debía preguntar.

—Un matrimonio prometedor.

—Extraordinario.

—No quiero volver a hacerte daño —dijo.

—Podrías hacerlo.

—Lo sé.

—Yo también podría herirte.

—Ya lo has hecho.

Me aparté apenas.

—¿Cuándo?

—Cuando te marchaste.

—Me obligaste.

—Eso no impidió que doliera.

No supe qué responder. Connor acarició una vez mis dedos.

—No digo que debieras quedarte.

—Entonces ¿qué dices?

—Las decisiones correctas también pueden herir a quien lo merece.

La frase quedó entre nosotros.

Pensé en Ciarán. En cómo había sabido sostenerme cuando lloraba, curar un cuerpo y reconocer el miedo antes de que yo lo pronunciara.

Connor, en cambio, admitía su torpeza. Su ignorancia. El miedo que había escondido detrás de una frialdad que terminó destruyendo nuestro matrimonio hasta casi anularlo.

—Estás pensando en él —dijo Connor.

No pregunté a quién se refería.

—Sí.

Su mano se apartó de mi espalda. La pérdida del contacto me produjo una punzada.

—No tienes que disculparte.

—No pensaba hacerlo.

—Bien.

Connor retrocedió. El aire frío ocupó el espacio entre nosotros.

—Ciarán estuvo cuando tú no —dije.

—Lo sé.

—Me ayudó a convertirme en esta mujer.

—También lo sé.

—Pero mintió.

—Sí.

—Y tú me hiciste daño durante años.

—Sí.

—No me facilitan las cosas.

—No es nuestra obligación facilitarlas.

Lo miré con incredulidad.

—Esa es la primera cosa inteligente que dices hoy.

—Creí que la demostración había sido convincente.

El calor volvió a mi rostro.

—Sigues siendo arrogante.

—Menos que antes.

—No mucho.

Connor tomó su copa.

—¿Qué piensas hacer?

Miré hacia la ventana.

Eileen había corrido hacia mí al regresar.

Connor estaba allí, frente a mí, dispuesto a reconocer sus errores sin pedirme que los olvidara. Podía imaginar una vida dentro de aquella casa. No la antigua. Otra. Una donde yo continuara con mis hospicios, discutiera sobre negocios y criara a nuestra hija junto a un hombre que preguntara antes de tocarme.

La posibilidad era tan hermosa que me dio miedo.

—No lo sé —respondí.

Connor asintió.

—Está bien.

—¿No intentarás convencerme?

—Acabo de acariciarte durante varios minutos mientras hablaba de cuánto he aprendido. Creo que eso cuenta como un intento.

Reí.

—Al menos eres honesto.

—Estoy practicando.

Me acerqué a la puerta. Antes de abrirla, me volví.

Connor continuaba junto al escritorio.

—Renata cree que las personas pueden cambiar.

—Es más generosa de lo que aparenta.

—También cree que pueden aprender a fingir mejor.

—Eso suena más a ella.

—¿Cuál de los dos eres tú?

Connor sostuvo mi mirada.

—No lo sabrás por lo que diga hoy.

La respuesta me gustó mucho más de lo que debía.

—Tendrás que observarme —añadió.

—Eso he hecho.

—Entonces continúa.

Abrí la puerta. En el corredor se escuchó la voz de Eileen preguntando dónde estaba su padre. Después llegó la de Maureen, más fuerte de lo que una mujer delicada de salud debería poseer. Connor se colocó a mi lado.

—La familia nos espera.

La frase no sonó como una obligación.

Miré hacia el corredor.

Nuestra hija.

La casa.

La madre de Connor instalada otra vez entre nosotros.

Los hospicios que deseaba conservar.

Ciarán y la vida construida lejos de allí.

Existía una posibilidad de recuperar a mi familia sin volver a quebrarme dentro de ella. No sabía si era real. Pero por primera vez podía imaginarla.

Connor extendió la mano, no para tomar la mía, solo la dejó entre nosotros, era una invitación, no una orden. La observé durante un instante. Después coloqué mis dedos sobre los suyos.

Caminamos juntos hacia la voz de Eileen.

No había perdonado el pasado, tampoco había elegido el futuro, pero aquella tarde comprendí que quizá no necesitábamos saber

amar antes de intentarlo. Tal vez bastaba con reconocer que ambos habíamos sido unos tontos y decidir si queríamos aprender.

19 La mujer a la que deseaba

Maureen no tardó en revelar el verdadero propósito de su enfermedad. Su recuperación avanzaba con una lentitud cuidadosamente administrada. Por las mañanas apenas podía abandonar la cama; al mediodía ya estaba lo bastante restablecida para dirigir la casa, y por las tardes descendía al salón apoyada en el brazo de Eleanor Ashford, como una reina enferma obligada a presentarse ante sus súbditos y Eleanor permanecía siempre cerca de Connor.

Aparecía durante el desayuno con algún mensaje de Maureen. Coincidía con él en la biblioteca, pedía su opinión sobre libros que probablemente ya había leído y aceptaba acompañar a Eileen en cada paseo donde existiera la posibilidad de encontrarnos.

Era demasiado hermosa para pasar inadvertida.

Su cabello rubio parecía conservar la luz incluso en los días nublados. Tenía una cintura delicada, manos elegantes y aquella forma serena de mirar a los hombres que revelaba cuánto tiempo había dedicado a aprender qué efecto producía en ellos.

Connor se mostraba amable.

Nada más.

Respondía a sus preguntas, le sostenía una puerta cuando era necesario y escuchaba las observaciones de Maureen sobre la utilidad de contar con una mujer joven y cultivada en la casa.

Pero siempre terminaba mirándome.

Yo fingía no verlo.

No siempre lo conseguía.

Una tarde, Eleanor habló durante varios minutos sobre una exposición de arte que deseaba visitar en Dublín. Connor escuchó con cortesía. Cuando ella preguntó si estaría dispuesto a acompañarla, él volvió el rostro hacia mí.

—Lilianne quería visitar esa exposición —dijo.

Yo no había mencionado nada semejante.

—¿De verdad? —preguntó Eleanor.

—Muchísimo —respondí.

Connor ocultó una sonrisa.

Maureen apretó los labios.

—Quizá los tres puedan ir —sugirió.

—Sería innecesario —dijo Connor—. Mi esposa y yo tenemos demasiados asuntos pendientes.

La palabra *esposa* me produjo un calor que no tenía ninguna relación con la chimenea. Eleanor lo advirtió, también mi suegra. A

partir de entonces comenzaron a aparecer más oportunidades para que la joven se acercara a él. Connor continuó ignorándolas con una paciencia que parecía divertirlo.

En las noches era distinto.

Cuando Eileen se quedaba dormida y la casa comenzaba a guardar silencio, Connor acudía a mi habitación. Nunca entraba sin llamar. Aparecía con una bandeja pequeña y algún postre que había ordenado preparar especialmente para mí. Una noche fue pastel de limón. Otra, peras cocidas en vino. También llevó pequeños bizcochos de almendra y una crema de chocolate que Eileen había intentado robar antes de que llegara al piso superior.

—Esto parece una forma de soborno —le dije la primera vez.

—Lo es.

—¿Qué esperas obtener?

Connor colocó la bandeja sobre la mesa.

—Una conversación sin que intentes escapar después un minuto.

—Podrías pedírmela.

—El pastel aumenta mis posibilidades.

Funcionó.

Nos sentábamos junto a la chimenea y hablábamos durante horas. No siempre del pasado. Connor me contaba los problemas de sus propiedades, las discusiones con Maureen y los cambios que

pensaba realizar en la fábrica. Yo hablaba de los orfanatos, de los niños y de la necesidad de abrir un centro cerca de Dublín. Él hacía preguntas sin convertir cada respuesta en una prueba de mi inteligencia.

Algunas noches hablábamos de Eileen. De sus celos, sus ocurrencias y la forma en que parecía empeñada en colocarnos juntos.

No comprendía completamente que éramos sus padres. Sin embargo, parecía reconocer que existía algo roto entre nosotros y trataba de unirlo con la obstinación sencilla de una niña.

Connor nunca permanecía demasiado tarde.

Cuando el reloj se aproximaba a la medianoche, recogía la bandeja, se levantaba y caminaba hacia mí.

Al principio creí que intentaría besarme. No lo hizo. Colocaba una mano sobre mi hombro, inclinaba el rostro y dejaba un beso suave sobre mi frente. Siempre en el mismo lugar. Siempre lo bastante breve para que no pudiera reprochárselo.

—Buenas noches, Lilianne.

Después se marchaba. La puerta se cerraba y yo permanecía despierta durante horas.

El deseo creció de aquella forma.

No mediante una gran escena ni una declaración apasionada, con una sucesión de gestos pequeños, el olor de su piel cuando se

inclinaba sobre mí, la presión ligera de su mano en mi hombro, la manera en que sus labios permanecían un instante sobre mi frente y se alejaban antes de que yo pudiera volver el rostro.

Comencé a esperar sus visitas.

Me encontraba escuchando los pasos en el corredor, intentando adivinar si eran los suyos. Elegía vestidos de noche más delicados y después me avergonzaba de haberlo hecho. Soltaba mi cabello antes de que llegara y fingía que era una costumbre reciente.

Connor no parecía darse cuenta o fingía demasiado bien.

Yo lo observaba cuando hablaba. La forma de sus manos al sostener una copa, el movimiento de su garganta al beber, la línea de sus hombros bajo la camisa y aquella pequeña arruga que aparecía entre sus cejas cuando algo lo preocupaba.

Quería tocarlo, más de lo que él me tocaba. A veces, mientras estábamos sentados junto al fuego, imaginaba deslizar los dedos sobre su muñeca, seguir la forma de su brazo y descubrir si su piel se calentaría bajo mi mano. No lo hacía. El deseo parecía más seguro mientras continuara convertido en una posibilidad.

Eleanor Ashford comenzó a amenazar esa seguridad.

No porque Connor le concediera motivos, sino porque ella había comprendido que Eileen era la forma más sencilla de entrar en su vida.

Le llevaba libros, le arreglaba el cabello y aprendió los nombres de sus muñecas, se ofrecía para acompañarla a los establos y celebraba cada una de sus ocurrencias con una dulzura que parecía ensayada.

Eileen empezó a buscarla, aquello me inquietó más que las sonrisas dirigidas a Connor. Una mañana las encontré en el salón. Eleanor estaba arrodillada, ayudándola a colocar flores dentro de una cesta.

—Podríamos llevarlas al despacho de tu padre —decía—. Seguro que le agradará encontrarlas allí.

—¿Podemos sorprenderlo?

—Por supuesto.

Eileen levantó la vista al verme.

—Eleanor dice que papá necesita flores.

—Tu padre necesita terminar su trabajo.

La joven se puso de pie.

—Solo intentábamos alegrarle la mañana.

—El señor Walsh sabe encontrar alegría sin ayuda.

La respuesta salió más fría de lo que pretendía.

Eleanor sonrió.

—Naturalmente.

Eileen frunció el ceño.

—¿Estás enfadada?

—No contigo.

Mi hija miró las flores.

—Entonces podemos llevárselas.

No quise convertir aquello en una batalla frente a ella.

—Sí.

Eleanor tomó la cesta.

—Yo la acompañaré.

—No es necesario.

Nuestros ojos se encontraron.

La joven comprendió la advertencia.

—Como prefiera.

Eileen y yo llevamos las flores al despacho.

Connor se mostró encantado, besó a la niña y colocó la cesta en el centro del escritorio. Después me preguntó por qué parecía preparada para declarar una guerra. No respondí.

Durante los días siguientes observé a Eleanor con mayor atención.

Buscaba a Eileen cuando Connor estaba presente, se ofrecía para enseñarle canciones que después interpretaba delante de él y procuraba que la niña alabara sus virtudes durante las comidas.

—Eleanor sabe tocar el piano —anunció Eileen una noche.

—Es una habilidad admirable —dijo Connor.

—Y canta.

—También admirable.

—Y sabe bordar.

Connor me miró.

—Parece estar extraordinariamente preparada.

—La abuela dice que una buena esposa debe saber todas esas cosas.

La mesa quedó en silencio.

Eleanor bajó la mirada con modestia mientras Maureen bebía un sorbo de vino. Yo sostuve el tenedor con demasiada fuerza.

Connor se inclinó hacia Eileen.

—Una buena esposa debe saber quién es, aunque no sepa bordar una sola flor o tocar un instrumento.

—¿Mamá sabe bordar?

—Terriblemente —respondió él.

—No es cierto.

—Bordaste mi apellido al revés en un pañuelo.

—Fue hace años.

Eileen comenzó a reír. Connor sonrió hacia mí. Eleanor dejó de parecer modesta. A pesar de la respuesta, la inquietud no desapareció. Maureen y su protegida tenían un plan. Podían no

conseguir que Connor la deseara, pero buscaban que Eileen se encariñara con ella. Si mi hija llegaba a imaginar a Eleanor como parte de su familia, mi presencia volvería a parecer una amenaza.

Debía hablar con Connor, eso me dije mientras avanzaba hacia su despacho. No tenía nada que ver con los celos. Absolutamente nada.

Connor estaba revisando documentos cuando entré.

Levantó la mirada.

—No has llamado.

—La puerta estaba abierta.

—Eso nunca te detuvo antes.

Cerré detrás de mí.

—Tenemos un problema.

Connor dejó la pluma.

—¿Maureen ha vuelto a morir?

—No bromees.

—Entonces es más grave de lo que pensaba.

Me acerqué al escritorio.

—Eleanor está utilizando a Eileen.

La expresión de Connor cambió.

—¿Cómo?

—Se acerca a ella, le lleva regalos y procura estar presente cada vez que tú apareces en alguna habitación.

—Eleanor vive en la casa.

—Por decisión de tu madre.

—Sí.

—Quiere que Eileen se encariñe con ella.

Connor apoyó los antebrazos sobre el escritorio.

—Eileen se encariña con facilidad con quienes son amables.

—No de esta manera.

—Lilianne.

—No me hables como si estuviera imaginando cosas.

—No lo hago.

—Tu madre quiere reemplazarme.

Aquello borró la diversión de su rostro.

—Eso no ocurrirá.

—No puedes asegurarlo.

—Sí puedo.

—Eileen apenas comienza a confiar en mí. Eleanor está intentando convertirse en alguien importante para ella antes de que yo consiga ocupar un lugar en su vida.

—No puede ocuparlo.

—Es joven, hermosa, educada y posee todas las cualidades que Maureen considera necesarias para ser una esposa Walsh.

Connor guardó silencio.

La ausencia de una respuesta inmediata me enfureció.

—¿Ves?

—¿Qué debo ver?

—Lo sabes.

—No.

—Tu madre la ha traído para ti.

—Eso resulta evidente.

—Y tú actúas como si no importara.

—Porque no importa.

—Claro que importa.

—¿Por qué?

La pregunta me detuvo. Connor se reclinó en la silla. Había algo demasiado tranquilo en sus ojos.

—Porque utiliza a nuestra hija —dije.

—Eso ya lo has dicho.

—¿No es suficiente?

—Sí. Hablaré con Eleanor.

—¿Solo con ella?

—También con mi madre.

—¿Y si no funciona?

—Funcionará.

—Siempre estás demasiado seguro.

Connor se levantó.

Rodeó el escritorio sin apartar los ojos de mí.

—No estoy seguro de muchas cosas.

—No lo parece.

—Estoy seguro de esta.

Se detuvo frente a mí.

—Eleanor no ocupará tu lugar con Eileen.

—No sabes lo que la niña puede sentir.

—Tampoco ocupará tu lugar conmigo.

El calor apareció de inmediato.

—No estaba hablando de ti.

—Por supuesto que no.

—Connor.

—Estás furiosa.

—Porque intentan manipular a nuestra hija.

—También estás celosa.

—No.

La respuesta fue demasiado rápida. Él no sonrió. La ausencia de burla hizo que mi mentira resultara aún más evidente.

—No tienes motivos —dijo.

—No estoy celosa.

—Bien.

—Deja de estar de acuerdo.

—No puedo discutir con algo que ambos sabemos que es falso.

Lo miré con rabia.

Connor avanzó un paso.

Mi espalda quedó cerca de la puerta.

—Eleanor es hermosa —dije.

—Sí.

La respuesta me dolió más de lo que debía.

—Y joven.

—También.

—Tu madre la considera adecuada.

—Mi madre ha considerado adecuadas muchas cosas que me hicieron miserable.

—Podrías desearla.

—Podría.

Apreté la mandíbula.

Connor levantó una mano y rozó con el pulgar la línea de mi ceja.

—Pero no la deseo.

Mi respiración se alteró.

—¿Por qué debería creerte?

—Porque no consigo apartar los ojos de ti ni siquiera cuando intento mantener una conversación cortés con ella.

Su dedo descendió por mi sien.

—Porque cada noche llevo postres a tu habitación con la esperanza de que me pidas que permanezca.

La caricia alcanzó mi mejilla.

—Porque cuando te dejo, paso horas recordando cómo se ve tu cabello suelto sobre los hombros.

Mi cuerpo se tensó cuando Connor se acercó un poco más.

—Y porque la única mujer a la que deseo es mi esposa.

La palabra rozó algo profundo dentro de mí.

—No uses ese título para convencerme.

—Entonces dime cómo debo llamarte.

Su mano descendió hasta mi cuello, los dedos se apoyaron sobre mi pulso, debió sentirlo acelerarse.

—Lilianne —murmuró—. La única mujer a la que deseo eres tú

Connor lo advirtió, sus ojos se oscurecieron.

—Demuéstralo —dije.

No había planeado pronunciarlo, la frase salió antes de que el miedo pudiera detenerla. La mano de Connor permaneció quieta.

—¿Estás segura?

—No vuelvas a preguntarme como si fuera una niña.

—No te lo pregunto por eso.

Su pulgar se movió sobre mi piel.

—La última vez intentaste besarme porque estabas confundida.

—Sigo confundida.

—Entonces…

—Pero sé que te deseo.

El silencio pareció llenar toda la habitación.

Connor respiró profundamente.

—Eso no es lo mismo que elegirme.

—No te he dicho que te elija.

Me acerqué a él.

—Te he pedido que demuestres lo que dices.

La tensión en su rostro cambió.

Ya no parecía el hombre paciente que visitaba mi habitación cada noche, había deseo en sus ojos, abierto, intenso, casi severo.

—Muy bien —dijo.

No me besó.

—Empieza por creer esto.

—Un corazón acelerado no demuestra demasiado.

—El mío rara vez se acelera cuando Eleanor está en una habitación.

—Qué romántico.

Connor sonrió. Después deslizó la mano desde mi cuello hasta mi hombro, siguiendo lentamente la línea del vestido.

El roce dejó una estela ardiente.

—También puedo demostrarte cuánto me cuesta mantener las manos lejos de ti. —Sus dedos descendieron por mi brazo. No hacia donde yo quería. Con una paciencia que parecía calculada para volverme loca—. Cada noche, cuando me despido, pienso en regresar.

Su mano alcanzó mi muñeca.

—Pienso en cerrar la puerta.

Entrelazó sus dedos con los míos.

—En tocarte hasta que dejes de mirarme como si aún necesitaras permiso para sentir algo.

El deseo subió por mi cuerpo con una fuerza que me hizo inhalar.

Connor se inclinó hacia mi oído.

—Y después recuerdo que prometí esperar.

Su voz rozó mi piel.

—Eso no demuestra que me deseas.

—No.

Sus labios tocaron apenas el borde de mi oreja. No fue un beso. La sensación resultó más intensa.

—Demuestra que te deseo lo suficiente para no arruinarlo.

Cerré los ojos. Su boca descendió hacia mi cuello sin llegar a tocarlo. Sentí el calor de su respiración en cada centímetro que

recorría. Mis dedos se cerraron sobre su camisa.

El contacto me arrancó un suspiro.

—Eso es lo que haces —dijo.

—¿Qué?

—Esa respiración. —Su pulgar acarició la curva de mi cintura—. La escucho cada vez que te toco.

—Eres insoportable.

—Y tú tiemblas.

—Estoy enfadada.

—Muchísimo.

La sonrisa se percibió en su voz. Intenté apartarme. Connor me soltó de inmediato. La facilidad con que lo hizo me detuvo, no estaba jugando con mi incapacidad de resistirlo, de verdad me permitía marcharme, aquello fue lo que terminó de quebrar mi prudencia.

Lo tomé por el cuello de la camisa.

Connor me miró.

—Lilianne…

Lo besé. No fue un gesto tímido, había esperado demasiado. Mis labios encontraron los suyos con una urgencia que me sorprendió incluso a mí. Durante un instante Connor quedó inmóvil, como si no creyera que finalmente había ocurrido.

Después respondió.

Una de sus manos se cerró sobre mi cintura y la otra sostuvo mi nuca. Me acercó hasta eliminar el último espacio entre nuestros cuerpos. Su boca era cálida más suave de lo que recordaba y, al mismo tiempo, hambrienta. El beso comenzó lento, como si todavía temiera asustarme, pero mi propia insistencia destruyó aquella cautela.

Mis manos recorrieron sus hombros, descendieron por su pecho y se detuvieron sobre el abdomen. Sentí los músculos tensarse debajo de la tela. Connor me condujo hacia atrás hasta que mi cuerpo quedó contra la puerta. El golpe fue leve. Su mano se interpuso entre la madera y mi espalda antes de que pudiera lastimarme.

Incluso en medio del deseo estaba cuidándome, aquello me hizo besarlo con mayor intensidad. Sus labios abandonaron los míos y descendieron hacia la línea de mi mandíbula.

—Connor.

Mi voz era irreconocible. Él rozó mi cuello con la boca. Esta vez sí me besó, lento, húmedo. La sensación recorrió mi cuerpo como una corriente. Incliné la cabeza para darle más espacio, olvidando por completo las preguntas, la prudencia y a la mujer rubia que había provocado aquella discusión. La mano de Connor ascendió desde mi cintura hasta las costillas. Su pulgar rozó el borde inferior de mi

pecho sin llegar a tomarlo. El cuerpo reaccionó antes que mi voluntad, me arqueé hacia él. Connor volvió a mi boca.

Entonces llamaron a la puerta.

Ambos nos quedamos inmóviles.

—Señor Walsh.

La voz pertenecía a Eleanor. Connor apoyó la frente contra la mía, su respiración estaba tan alterada como la mía.

—Extraordinario momento —murmuré.

Él cerró los ojos, conteniendo una risa.

Volvieron a llamar.

—Señor Walsh, la señora Maureen desea hablar con usted.

Connor no se apartó de mí.

—Dile que iré después.

Hubo un silencio al otro lado.

—Es importante.

—Después, señorita Ashford.

La sombra bajo la puerta permaneció algunos segundos. Imaginé a Eleanor comprendiendo la cercanía de nuestras voces, el silencio anterior y la respiración que yo todavía no conseguía controlar.

Finalmente se marchó.

Connor levantó la cabeza.

—Creo que se ha molestado.

—Qué tragedia.

Connor acarició mi mejilla.

—Estabas celosa.

—No lo arruines.

—Muchísimo.

—Puedo marcharme.

—No.

La forma en que lo dijo hizo desaparecer mi sonrisa, su mirada volvió hacia mis labios, hinchados por el beso.

—Todavía no.

Me besó otra vez.

La risa murió entre nuestras bocas.

Esta vez no hubo cautela inicial. Connor sostuvo mi rostro con ambas manos y yo rodeé su cuello. Sentí su cuerpo endurecerse contra el mío y una oleada de calor atravesó mi vientre.

El deseo dejó de ser una idea y se convirtió en una necesidad física, profunda, que parecía concentrarse en cada lugar donde nuestros cuerpos se tocaban. Connor descendió las manos por mi espalda, sus dedos encontraron los botones del vestido y se detuvieron.

—Dime que pare.

No quería que lo hiciera.

—No.

Desabrochó uno. El aire rozó la piel expuesta. Luego otro. Su boca bajó hacia mi hombro mientras la tela cedía poco a poco. Mis manos buscaron los botones de su camisa, logré abrir dos antes de que los dedos comenzaran a temblarme.

Connor tomó mi muñeca, por un momento creí que volvería a detenerme, en cambio, llevó mi mano hacia el interior de su camisa.

Connor cerró los ojos.

—Lilianne.

Pronunció mi nombre como si le doliera.

—Pensé que habías aprendido a hacerte desear.

—No imaginé que aprenderías tan rápido.

Lo besé, sus manos descendieron hasta mis caderas y me levantó apenas lo suficiente para que mi cuerpo se acomodara contra el suyo.

El movimiento provocó una presión íntima que me hizo contener un gemido. Connor lo sintió, su boca se volvió más exigente.

No sé en qué momento comenzamos a avanzar hacia el escritorio, tampoco quién de los dos lo decidió.

Connor apartó varios documentos con una mano, el sonido de los papeles cayendo al suelo me devolvió un instante de conciencia.

Estábamos en su despacho, Maureen se encontraba en la casa, los empleados cruzaban el corredor, Eleanor podía regresar. Nada de eso pareció importar cuando Connor me sentó sobre el borde del escritorio y se colocó entre mis piernas. Mis manos rodearon su rostro.

—Bésame.

Lo hizo. El deseo ya no parecía controlable. Su mano se deslizó bajo la falda, recorriendo lentamente mi rodilla y parte del muslo. La caricia encendió cada nervio que encontraba. Separé las piernas sin pensar, permitiendo que se acercara más.

Connor se detuvo, su frente descansó contra la mía.

—Aquí no.

Tardé en comprender.

—¿Qué?

Su respiración estaba rota.

—No quiero que nuestra primera vez después de tantos años ocurra sobre mi escritorio mientras mi madre finge estar muriendo al otro lado.

La frustración me hizo cerrar los ojos.

—Podríamos asegurar la puerta.

Connor soltó una risa áspera.

—No me ayudes.

Su mano continuaba sobre mi muslo, el pulgar se movió una sola vez. Tuve que apretar los labios.

—No parece que quieras detenerte.

—No quiero.

—Entonces…

—Precisamente por eso debemos hacerlo.

Retiró la mano, la pérdida del contacto fue casi dolorosa.

Connor retrocedió, aunque permaneció lo bastante cerca para que sus piernas rozaran las mías.

—No voy a tomarte aquí como si no pudiera esperar algunas horas.

—No me estarías tomando. Yo también lo quiero.

El deseo brilló en sus ojos.

—Vuelve a decirlo.

Sentí calor en el rostro.

—No.

—Cobarde.

—Tú eres quien se detuvo.

Connor apoyó las manos a ambos lados de mi cuerpo.

—Porque si continúo, no estaré seguro de poder hacerlo después.

—Tal vez no quiero que lo hagas.

Su mandíbula se tensó, durante algunos segundos creí que cedería.

Después cerró los ojos y respiró profundamente.

—Arréglate el vestido antes de que olvide lo que acabo de decir.

Bajé del escritorio, las piernas apenas y me sostuvieron.

Connor extendió una mano, pero no me tocó hasta que encontró mi equilibrio. Después cerró con cuidado los botones que había abierto.

Sus dedos rozaban mi espalda. Ahora cada contacto, por inocente que fuera, provocaba una reacción. Cuando terminó, apartó mi cabello del cuello y dejó allí un beso breve.

—Esto no ha terminado —dije.

—Espero que no.

Me volví. Su camisa estaba abierta y el cabello desordenado por mis manos, sus labios se veían enrojecidos.

La imagen despertó otra oleada de deseo.

—Ven a mi habitación esta noche.

Connor no respondió.

Su rostro se volvió completamente serio.

—¿Estás segura?

—Sí. No me preguntes otra vez. —Me acerqué y cerré uno de los botones de su camisa—. Ven cuando Eileen esté dormida.

Connor tomó mi mano antes de que pudiera retirarla, la llevó hacia su boca y besó mis nudillos. No apartó los ojos de mí.

—Estaré allí.

Abrí la puerta. El corredor se encontraba vacío. Antes de salir lo miré una vez más. Connor seguía junto al escritorio, con una mano sobre la superficie donde había estado sentada y una expresión que revelaba el esfuerzo necesario para permitirme marchar.

Yo había entrado enfadada por Eleanor. Salía con los labios hinchados, el cuerpo aún temblando y una invitación que podía cambiar todo cuanto existía entre nosotros, por primera vez no había sido Connor quien decidió cuándo debía acercarse.

Lo había besado yo, lo había deseado yo y esa noche, si todavía quería abrirle la puerta, también sería mi elección.

20 La puerta abierta

Connor y yo pasamos el día fingiendo que nada había ocurrido en su despacho. Era una representación deficiente. Durante el desayuno, nuestras miradas se encontraban sobre la mesa con demasiada frecuencia. Cuando él extendía la mano hacia el azúcar, sus dedos rozaban deliberadamente los míos. Si Eileen hablaba, ambos la escuchábamos, aunque una parte de nuestra atención permanecía suspendida en el recuerdo de la tarde anterior.

Sus labios sobre los míos, mi espalda contra la puerta, sus manos deteniéndose cuando el deseo amenazaba con arrebatarnos toda prudencia. Yo había invitado a Connor a mi habitación, la certeza vivía dentro de mí como un secreto ardiente.

—No has probado el pan —observó Eileen.

Bajé la mirada hacia el plato.

—No tengo demasiada hambre.

—Ayer tampoco comiste mucho durante la cena —dijo Connor.

Su voz parecía inocente, pero no lo era.

—Quizá no me gustó lo que sirvieron.

—Pensé que te había gustado.

Lo miré. Él levantó la taza, ocultando una sonrisa detrás de ella. Eileen frunció el ceño.

—La comida estaba buena.

—Tu padre no habla de la comida.

Connor tosió. Mi hija dirigió la mirada de uno a otro.

—Los adultos son muy extraños.

—Extraordinariamente —respondió él.

Eleanor permanecía a su lado.

La joven intentó atraer a Connor hacia una conversación sobre un concierto, pero él respondió sin apartar los ojos de mí.

—Quizá deberíamos asistir —dijo Eleanor.

—Tal vez —contestó él.

—Sería agradable salir de la casa.

—Lilianne siempre disfrutó de la música.

La protegida de Maureen apretó los labios.

—Podríamos ir todos.

—Veremos. —Connor volvió hacia mí—. ¿Te gustaría?

—No lo sé.

—Podría convencerte.

La frase fue pronunciada con suficiente naturalidad para que nadie pudiera censurarla. Yo comprendí la promesa escondida.

—Puedes intentarlo.

Sus ojos se oscurecieron. Eileen siguió comiendo, ajena al juego. Maureen, en cambio, dejó la cuchara sobre el plato con un golpe seco.

—Lilianne —dijo—, quisiera que tomaras el té conmigo esta tarde.

—Tengo planes con Eileen.

—La niña estará con su institutriz.

—No recuerdo haber aceptado.

—Será solo una hora.

La amabilidad de su voz era una advertencia. Connor me observó. Podía haber intervenido, pero yo negué con la cabeza.

—Estaré allí —respondí.

Maureen sonrió y supe que acababa de aceptar una invitación que no tenía relación alguna con el té.

El salón elegido por mi suegra era el más pequeño de la casa.

Había sido decorado en tonos rosados, con cortinas bordadas, porcelana delicada y demasiadas flores sobre cada superficie. Maureen aseguraba que aquel espacio favorecía las conversaciones femeninas, aunque yo siempre había pensado que parecía diseñado para evitar que alguien pudiera respirar con libertad.

Llegué a la hora indicada. Eleanor estaba sentada junto a la ventana, pero no era la única invitada, Ciarán ocupaba la silla frente

a Maureen. Me detuve en la entrada. Él se puso de pie. Llevaba un traje oscuro y sostenía una taza entre las manos, sus ojos verdes encontraron los míos con una mezcla de cautela y alivio.

—Lilianne.

—Doctor Doyle.

La formalidad lo hirió, no me arrepentí.

Maureen señaló la silla vacía a su lado.

—Siéntate. El doctor ha sido muy amable al venir a revisarme.

—Parece encontrarse mucho mejor.

—Las enfermedades del corazón son impredecibles.

—También muy oportunas.

Eleanor bajó la vista hacia su taza. Ciarán no ocultó una sombra de sonrisa. Me senté. Maureen sirvió té como si aquella reunión fuera completamente inocente.

—El doctor Doyle ha hablado de su trabajo en Francia —dijo—. Parece que compartieron muchas experiencias.

—Trabajamos juntos durante años.

—Eso he entendido.

Su mirada se deslizó entre ambos.

—Viajes, hospitales, noches atendiendo niños enfermos…

—Los niños rara vez eligen enfermar en horas apropiadas.

—Naturalmente.

Maureen añadió azúcar a su taza.

—Debió resultar reconfortante contar con la compañía del doctor.

—Lo fue.

Connor habría escuchado la respuesta como una provocación.

Mi suegra la recibió como una oportunidad.

—Las personas hablaron bastante de ustedes.

—Las personas hablan cuando carecen de ocupaciones útiles.

—Por supuesto, algunas aseguraban que la relación era más íntima de lo que correspondía.

Ciarán tensó la mandíbula. Yo bebí el té antes de responder.

—Entonces algunas personas mintieron.

—¿Nunca hubo nada entre ustedes?

La pregunta era demasiado directa incluso para Maureen, Eleanor levantó la mirada y Ciarán permaneció inmóvil.

—Hubo amistad —respondí—. Confianza. Trabajo y una búsqueda que ocupó gran parte de nuestras vidas.

—No era eso lo que pregunté.

—Lo sé. —Dejé la taza sobre el plato—. Jamás fuimos amantes, si eso es lo que desea saber.

Maureen pareció decepcionada.

—No era necesario expresarlo de esa forma.

—Era la forma necesaria para terminar la conversación.

Ciarán me observó, no había reproche en sus ojos, pero sí un dolor que preferí no examinar.

—El doctor siente un gran afecto por ti —continuó mi suegra.

—Debería preguntárselo a él.

Maureen se volvió hacia Ciarán.

—¿Es cierto?

—No acostumbro hablar de los sentimientos de una mujer en su ausencia —dijo—. Tampoco en su presencia, si ella no desea hacerlo.

La contestación me recordó por qué había confiado en él tanto tiempo, también por qué su traición continuaba doliendo.

Maureen sonrió.

—Qué caballeroso.

—Qué indiscreto todo esto —dije.

Me puse de pie.

—¿Ya te marchas? —preguntó Eleanor.

—Creo que la salud de la señora Walsh ha resistido suficientemente bien mi presencia.

—Aún no hemos terminado —dijo Maureen.

—Yo sí.

Mi suegra apoyó una mano sobre el pecho.

—El doctor permanecerá en la casa durante algunos días.

Volví a sentarme sin querer hacerlo.

—¿Qué?

Ciarán sostuvo mi mirada.

—La señora Walsh requiere observación.

—Hay médicos en el pueblo.

—Ninguno conoce sus antecedentes como lo hace el doctor Doyle —intervino Eleanor.

—No sabía que Ciarán conociera sus antecedentes.

—Los revisó esta mañana —dijo Maureen—. Le ofrecí una habitación para evitar viajes innecesarios y ha aceptado.

El silencio cayó sobre el salón.

—¿Por cuánto tiempo? —pregunté.

—El necesario —respondió Ciarán.

Maureen parecía satisfecha. Su protegida también. Comprendí el juego. Eleanor cerca de Connor. Ciarán cerca de mí. Dos presencias destinadas a recordarnos que existían otras opciones y a impedir que la intimidad comenzada entre nosotros pudiera crecer sin interferencias.

—¿Connor sabe esto? —pregunté.

—Se lo comunicaremos durante la cena —respondió Maureen.

—Naturalmente.

Me levanté de nuevo, esta vez nadie intentó detenerme, pero al salir sentí la mirada de Ciarán sobre mi espalda.

La cena comenzó con una cortesía excesiva.

Connor llegó tarde y ocupó su lugar sin saber todavía que el médico permanecería en la casa. Cuando vio a Ciarán sentado frente a mí, sus ojos se dirigieron primero hacia Maureen y después hacia mí.

No hizo preguntas, me bastó observar la tensión de sus dedos sobre el respaldo de la silla.

Eileen estaba encantada de tener más personas en la mesa.

—El doctor conoce París —le explicó a Eleanor—. Mamá también.

—Lo sé —respondió la joven.

—Trabajaban juntos.

—También lo sé.

Connor tomó su copa.

—Parece que todos están muy informados esta noche.

Maureen fingió no advertir el tono.

—El doctor Doyle ha aceptado permanecer con nosotros mientras mi salud siga delicada.

La mirada de Connor encontró la de Ciarán.

—¿Lo ha aceptado?

—Su madre necesita atención médica —respondió él.

—Mi madre necesita un público.

—Connor —murmuró Maureen.

—Hay habitaciones disponibles —continuó él—. Puede quedarse.

Su voz fue tranquila. Demasiado. Yo reconocía la ira escondida debajo de aquella serenidad.

—Será una tranquilidad para todos —dijo Eleanor.

—Sin duda —respondí.

Connor me miró. Sostuve su atención hasta que comprendió que tampoco me agradaba la situación y algo se relajó en su rostro.

La cena continuó. Al principio parecía que podría transcurrir sin incidentes. Después Eileen comenzó a hacer preguntas sobre los hospicios de Francia. Ciarán respondió con naturalidad. Recordó a un niño que se negaba a tomar medicinas si yo no inventaba una historia distinta cada noche. Mencionó la ocasión en que una tormenta inundó parte del orfanato y ambos pasamos horas trasladando camas.

—Lilianne cargó a dos niños al mismo tiempo —dijo.

—No pesaban demasiado.

—Casi cayó por las escaleras.

—El suelo estaba mojado.

—Y se negó a descansar hasta que todos estuvieron seguros.

Eileen me miraba con admiración.

—¿Papá estaba allí?

El silencio fue inmediato.

—No —respondió Connor.

No había reproche en su voz, aún así, sus ojos permanecieron sobre Ciarán. El médico continuó hablando de los viajes, los hospitales y los años en que ambos perseguimos pistas falsas. No parecía intentar herir a Connor, simplemente compartía una parte de mi vida que mi esposo no conocía. Eso era suficiente. Cada anécdota revelaba una intimidad construida en su ausencia. Gestos, bromas y recuerdos a los que Connor no podía entrar.

Lo vi comenzar a enfadarse, no hizo una escena, se volvió más silencioso, bebió demasiado vino y respondió con frases cortas cuando Eleanor intentó involucrarlo en la conversación.

Debajo de la mesa, busqué su mano, mis dedos tocaron los suyos junto a su pierna. Connor volvió el rostro hacia mí. Entrelacé nuestras manos, wl gesto quedó oculto por el mantel, su pulgar se movió una vez sobre el dorso de la mía, la tensión en su mandíbula disminuyó.

Eileen habló de otra cosa.

La cena terminó sin que nadie levantara la voz. En aquella casa, el silencio solía ser una forma más refinada de violencia.

Encontré a Ciarán solo en la biblioteca.

Maureen se había retirado a sus habitaciones y Connor acompañaba a Eileen para enseñarle un nuevo libro. Eleanor había desaparecido con la excusa de preparar las medicinas de mi suegra.

Entré y cerré la puerta.

—¿Por qué aceptaste?

Ciarán dejó el volumen que tenía en las manos.

—Ya lo sabes.

—Quiero escucharlo.

—Maureen pidió que me quedara como médico.

—Maureen te invitó porque desea confundirme.

—Eso también lo sé.

—Entonces ¿por qué?

Ciarán se acercó.

—Porque me permite estar cerca de ti.

La respuesta me enfureció.

—Te pedí espacio.

—Te lo di.

—Apareciste en una fiesta. Ahora te instalas en la casa de Connor.

—No podía dejarte aquí sin saber qué ocurre.

—No tienes que vigilarme.

—No confío en ellos.

—Yo tampoco confío completamente.

—Entonces ven conmigo.

Cerré los ojos.

—Otra vez.

—Lilianne…

—Sigues convirtiendo cada conversación en una invitación a marcharme contigo.

—Porque sé lo que esta casa te hizo.

—También sabes lo que tú hiciste.

Ciarán palideció.

—No intento borrarlo.

—Pero esperas que tu presencia me haga recordar todo lo bueno y olvidar la carta y el tiempo perdido con mi hija.

—Espero que recuerdes quién estuvo contigo durante cinco años.

—Lo recuerdo todos los días.

Su dolor se reflejó en el mío.

—Eso no significa que te pertenezca —añadí.

—Nunca he dicho que lo hagas.

—Dices que te quedas para estar cerca de mí aunque te he pedido distancia. ¿Qué nombre le darías?

Ciarán apartó la mirada.

—Miedo. —La honestidad me detuvo—. Tengo miedo de que Connor vuelva a herirte. Y de que, cuando ocurra, ya no confíes en mí lo suficiente para permitirme ayudarte.

—Quizá no lo haga.

—Lo sé.

—Entonces deberías respetarlo.

—Lo intento.

—No parece.

Ciarán respiró profundamente.

—No quiero confundirte.

—Pero lo haces.

—Tampoco quiero que unas semanas de amabilidad borren años de crueldad, Lilianne.

—No los han borrado.

—Lo estás deseando otra vez. —No respondí, la verdad debió aparecer en mi rostro. Ciarán cerró los ojos—. Lo sabía.

—No tienes derecho a juzgarme.

—No lo hago.

—Parece que sí.

—Estoy intentando aceptar que quizá lo elijas.

—No he elegido a nadie.

—Pero esta noche lo mirabas como si ya hubieras comenzado.

—No quiero hablar de esto contigo.

—Lo entiendo.

—Entonces aléjate.

La palabra salió más dura de lo que pretendía, Ciarán asintió.

—Permaneceré por la salud de Maureen.

—Sabes que no está enferma.

—Precisamente por eso prefiero observar qué intenta hacer.

—No utilices eso como excusa.

—No lo haré.

Se apartó para permitirme llegar a la puerta.

—Lilianne.

Me detuve.

—No vine para separarte de tu hija.

—Lo sé.

—Ni para obligarte a escogerme.

—Entonces demuéstralo.

Salí. No miré atrás.

Eileen estaba en mi habitación cuando llegué.

Había llevado varias muñecas, mantas y una caja de botones que, según ella, representaban una familia completa. Me senté en la alfombra y jugué con ella hasta que el cansancio comenzó a cerrar sus ojos.

—Debes ir a tu cama —dije.

—Esta también es una cama.

—Pero no es la tuya.

—Puedo dormir aquí.

No tuve fuerzas para negarme.

Eileen se acomodó entre las almohadas mientras yo le contaba una historia. Antes de llegar al final ya estaba dormida, con una mano cerrada alrededor de mi manga.

Permanecí observándola.

El cabello rojo extendido sobre las sábanas, las pestañas oscuras, la boca entreabierta en una expresión tranquila. Maureen podía invitar a cuantos médicos y mujeres hermosas deseara, porque nada era más importante que la niña dormida en mi cama.

Llamaron suavemente.

Connor entró. Había dejado la chaqueta y llevaba las mangas dobladas. Su mirada encontró primero a Eileen y después a mí.

—Se quedó dormida.

—Eso parece.

—Podría quedarse.

—Mañana despertará atravesada sobre tu cuello.

—He sobrevivido a cosas peores.

Connor se acercó a la cama.

—La llevaré.

Introdujo un brazo debajo de las rodillas de Eileen y otro bajo su espalda. La niña se movió apenas cuando él la levantó. Su cabeza cayó sobre el hombro de Connor.

El gesto era tan natural que me produjo una ternura dolorosa.

—Voy contigo —dije.

Atravesamos el corredor en silencio. Yo abrí la puerta del dormitorio de Eileen y aparté las mantas. Connor la depositó con cuidado, retiró sus zapatos y la cubrió. Después besó su frente.

—Deberíamos volver —murmuré.

Connor asintió.

Salimos.

Al doblar el corredor encontramos a Ciarán y Eleanor junto a una ventana. Ella sostenía una lámpara. Él llevaba varios documentos bajo el brazo. Conversaban en voz baja y ambos parecían extrañamente cómodos. Eleanor sonrió ante algo que dijo el médico.

Al vernos, guardaron silencio.

Connor y yo nos detuvimos, la escena era tan evidente que casi resultaba cómica. Maureen había colocado bajo el mismo techo a un hombre que me amaba y a una mujer destinada a reemplazarme. Dos piezas en extremos opuestos del tablero.

Connor miró a Eleanor, después a Ciarán, finalmente hacia mí.

—Buenas noches —dijo con una cortesía impecable.

—Buenas noches —respondió el médico.

Eleanor hizo una ligera reverencia. Continuamos caminando y cuando nos alejamos lo suficiente, Connor murmuró:

—Mi madre ha perdido sutileza.

—Nunca tuvo demasiada.

—¿Crees que intenta que nos pongamos celosos?

—Creo que espera que nos destruyamos solos.

—Eso le ahorraría trabajo.

Entramos en mi habitación, cerré la puerta, esta vez giré la llave y el sonido pareció alterar inmediatamente el aire.

Connor permaneció junto a la entrada, no se acercó.

—¿Sigues queriendo que esté aquí?

La pregunta me sorprendió a pesar de que sabía que la formularía.

—Sí.

—La presencia de Ciarán…

—No tiene relación con esto.

—Tiene alguna.

—Con mi confusión. No con lo que deseo esta noche.

Connor me observó con atención.

—No quiero que mañana pienses que intentabas demostrarle algo.

—No sabía que estaba aquí cuando te invité.

—Eso no responde.

—Quiero que estés conmigo —me acerqué.

La respiración de Connor cambió.

—¿Por qué?

—Porque te deseo. —No aparté la mirada—. Porque llevo días esperando tus visitas, escuchando tus pasos y deseando que el beso en la frente se desvíe unos centímetros.

Un brillo oscuro apareció en sus ojos.

—Porque cuando Eleanor se acerca a ti quiero recordarle que me miras a mí con esta mirada que tienes ahora.

—Eso sí son celos.

—No arruines el momento.

La comisura de sus labios se elevó.

—Continúa.

—Porque ayer te besé y no he podido dejar de recordarlo. —Me detuve frente a él—. Y porque esta vez quiero saber cómo se siente estar contigo cuando ambos podemos elegir.

Connor levantó una mano hacia mi rostro.

Sus dedos rozaron mi mejilla.

—Puedes cambiar de opinión en cualquier momento.

—Lo sé.

—Incluso después de empezar.

—También lo sé.

—No tienes que…

—Bésame.

Lo hizo.

No hubo urgencia al principio. Connor tomó mi rostro entre las manos y unió sus labios a los míos con una lentitud que parecía destinada a confirmar que yo continuaba allí. El beso era suave, profundo apenas lo necesario. Yo no quería suavidad, al menos, no todavía, así que lo tomé por la camisa y lo acerqué. Connor respondió con un sonido bajo que sentí vibrar contra mi boca, sus manos descendieron hasta mi cintura y me sostuvo con firmeza. El beso cambió, se volvió más hambriento, más parecido al del despacho.

Connor me atrajo hasta que nuestros cuerpos quedaron unidos, la presión de su cuerpo despertó un calor profundo. No era la sensación fría de las noches de nuestro matrimonio, cuando yo esperaba inmóvil a que él terminara, esta vez cada roce tenía una respuesta; mi pecho contra el suyo, sus manos siguiendo la curva de mi espalda, la respiración de ambos quebrándose al mismo ritmo.

Connor abandonó mis labios y recorrió la línea de mi mandíbula. Sus besos descendieron hacia el cuello, lentos y cálidos. Incliné la cabeza, ofreciéndole más espacio antes de comprender lo que hacía.

Él se detuvo.

—¿Así?

La pregunta fue apenas un murmullo contra mi piel.

—Sí.

Volvió a besarme, la boca descendió hasta el lugar donde el cuello se encontraba con el hombro, el roce me hizo cerrar los ojos y aferrarme a él, sus manos no avanzaban sin aviso, exploraban mediante movimientos lentos, como si mi cuerpo fuera un idioma que ambos intentábamos aprender. Yo hice lo mismo.

Connor apoyó la frente sobre mi hombro.

—No eres la única que tiembla —murmuré.

—Nunca dije que lo fueras.

Acaricié la cicatriz junto a sus costillas.

—¿Cómo ocurrió?

—Un caballo.

—¿Te caíste?

—El caballo cayó conmigo.

—Eso resulta menos elegante.

—Fue humillante.

Besé la cicatriz y el cuerpo de Connor se tensó, sus dedos se cerraron sobre mi cintura.

—Lilianne.

—¿Qué?

—Nada.

Lo besé otra vez. Esta vez fui yo quien recorrió su mandíbula, el cuello y la piel descubierta por la camisa abierta. Había algo embriagador en descubrir que también podía hacerlo perder el control.

Connor me permitió explorar, no intentó dirigir cada gesto.

Cuando mis manos vacilaron, las cubrió con las suyas y me enseñó mediante una presión suave, nunca mediante una orden, llegamos hasta la cama sin saber cuál de los dos había comenzado a caminar.

Él se detuvo junto al borde.

—Todavía puedes pedirme que me marche.

—No lo haré.

—Quiero escucharlo.

Tomé su rostro.

—Quédate.

La palabra pareció atravesarlo. Connor cerró los ojos y besó mi palma, después comenzó a desabrochar mi vestido, sus dedos eran

más hábiles que en el despacho, aunque todavía había una torpeza cuidadosa en ellos. La tela cedió poco a poco. No sentí vergüenza cuando cayó de mis hombros, su mirada no me evaluó, me contempló.

La diferencia hizo que mi cuerpo se llenara de calor.

—Eres hermosa —dijo.

Había escuchado aquellas palabras durante toda mi vida, nunca habían significado tanto. No porque Connor las pronunciara, sino porque yo no necesitaba que fueran ciertas para sentirme digna.

Connor me preguntaba con los ojos antes de cada nuevo contacto. Yo respondía acercándome, guiándolo o pronunciando su nombre cuando las palabras resultaban innecesarias.

La intimidad creció sin violencia. Con paciencia. Con una ternura que no anulaba el deseo, sino que lo volvía más intenso, hubo momentos en que reconocí al hombre con quien había compartido una cama años atrás: la forma de su respiración, el peso de su cuerpo y la manera en que cerraba los ojos cuando algo lo sobrepasaba.

Pero ahora me miraba. Escuchaba. Se detenía cuando mi cuerpo se tensaba y continuaba cuando yo misma lo atraía. No fui una esposa cumpliendo una obligación, fui una mujer deseada y deseante.

Cuando finalmente nos unimos, el pasado apareció durante un instante, el miedo antiguo, la costumbre de permanecer inmóvil.

Connor lo advirtió y se detuvo.

—Mírame.

Abrí los ojos, no había impaciencia en su rostro, solo una preocupación que enternecía y el deseo contenido.

—Estoy aquí —dije.

—¿Quieres continuar?

Llevé una mano hasta su mejilla.

—Sí.

Lo besé.

El miedo se deshizo poco a poco bajo la suavidad de sus movimientos. La experiencia no fue perfecta ni grandiosa de la forma en que los poemas describen el amor.

Fue humana, torpe algunas veces, hermosa precisamente por eso.

Descubrimos el ritmo juntos.

Mis manos encontraron dónde sostenerlo. Las suyas aprendieron qué caricias me hacían acercarme en lugar de retroceder. El placer creció de forma gradual, atravesado por besos, respiraciones entrecortadas y palabras que ninguno habría sido capaz de pronunciar durante nuestro matrimonio.

Connor repetía mi nombre, pero no como una posesión, sino como una pregunta y una respuesta al mismo tiempo. Cuando el deseo nos venció, lo hizo sin dejarme atrás, permanecimos unidos, respirando con dificultad, mientras el silencio regresaba a la habitación.

Connor apoyó la frente contra la mía, yo todavía tenía los brazos alrededor de su cuello. Ninguno habló. No existía una frase capaz de explicar la diferencia entre aquella noche y todas las anteriores.

Él se apartó con cuidado y se tendió a mi lado, esperé que apareciera la antigua distancia. No ocurrió. Connor me atrajo hacia su pecho y cubrió ambos cuerpos con las mantas, su brazo rodeó mi cintura, mis piernas quedaron entrelazadas con las suyas.

—¿Estás bien? —preguntó.

—Sí.

—¿Segura?

—No arruines esto interrogándome.

Besó mi cabello.

—Estoy practicando.

Apoyé la cabeza sobre su pecho.

El corazón continuaba latiendo con rapidez bajo mi oído.

—No sabía que podía ser así —murmuré.

Connor tardó en responder.

—Yo tampoco.

—Perdimos mucho tiempo.

Su brazo se tensó alrededor de mí.

—Sí.

No dijo que podríamos recuperarlo y agradecí que no ofreciera promesas imposibles.

Permanecimos abrazados mientras el cansancio nos alcanzaba. Sus dedos recorrían mi espalda con movimientos distraídos. De vez en cuando besaba mi frente, pero ahora el gesto ya no era una despedida.

Era una permanencia.

Cerré los ojos.

Mi suegra había intentado separarnos mediante los celos y solo había conseguido acercarnos. Pero no se rendiría. Conocía demasiadas maneras de herir y poseía una que ninguno de nosotros podía ignorar.

Eileen.

Abrí los ojos.

Connor dormía o estaba cerca de hacerlo. Su respiración se había vuelto lenta, una mano continuaba apoyada sobre mi cintura, como si incluso dormido necesitara asegurarse de que yo no había desaparecido.

Miré hacia la puerta cerrada.

—Connor.

Él se movió.

—¿Qué ocurre?

—Tu madre utilizará a Eileen.

El sueño desapareció de su rostro.

—No lo permitiré.

—Ya lo hizo una vez.

—No volverá a hacerlo.

—No puedes saberlo.

Connor se incorporó ligeramente y me miró.

—Entonces la protegeremos juntos.

La palabra *juntos* debería haberme tranquilizado, en cambio, hizo más visible todo cuanto podía perder.

Había recuperado a mi hija, comenzaba a recuperar una versión posible de mi matrimonio y también acababa de entregar a Connor una parte de mí que creía perdida para siempre. Maureen podía verlo, y cuando Maureen comprendía qué amaba una persona, encontraba la manera de convertirlo en una debilidad.

Connor acarició mi rostro.

—No pienses en ella esta noche.

—Está al otro lado del corredor.

—Esta puerta está cerrada.

—Las puertas nunca la detuvieron.

—Entonces mañana cambiaremos las cerraduras.

La respuesta me hizo sonreír.

—No hablo literalmente.

—Yo sí.

Me atrajo otra vez contra su pecho.

—Duerme.

—No tengo sueño.

—Mientes.

—Eso dices siempre.

—Porque siempre lo haces mal.

Cerré los ojos.

Connor besó mi frente y yo me quedé escuchando su corazón.

Aquella noche dormimos abrazados, no hubo un extremo vacío de la cama, ni una espalda vuelta ni el silencio frío de dos personas que compartían un apellido sin compartir una vida.

Éramos distintos. Yo era distinta, quizá también lo era él, pero mientras el sueño comenzaba a vencerme, comprendí que la felicidad no había eliminado el miedo. Lo había vuelto más preciso, ahora sabía exactamente qué podían arrebatarme.

21 La mujer que quería ocupar su lugar

Desperté antes que Connor.

La claridad del amanecer apenas atravesaba las cortinas y la habitación conservaba el calor de nuestros cuerpos. Él dormía de lado, vuelto hacia mí, con una mano abierta sobre la sábana donde mi cintura había estado minutos antes.

Durante nuestro matrimonio nunca había permanecido así. Connor acostumbraba abandonar la cama antes de que yo despertara. En las escasas mañanas en que coincidíamos, se levantaba con rapidez, como si el día le proporcionara una excusa aceptable para alejarse.

Ahora su ropa continuaba dispersa cerca de la chimenea y su respiración era tranquila. Lo observé.

Yo también era distinta.

Tal vez por eso la escena no se parecía a ningún recuerdo.

Habíamos comenzado algo, pero no sabía qué nombre darle.

Connor abrió los ojos.

No pareció sorprendido de encontrarme mirándolo.

—Buenos días.

Su voz todavía guardaba el sueño.

—Buenos días.

—¿Te arrepientes? —preguntó.

—No.

Connor me observó con atención.

—Lo has respondido demasiado rápido.

—¿Preferías que dudara?

—Preferiría saber la verdad.

—Esa es la verdad.

Su mano ascendió lentamente por mi costado.

—¿Y qué significa?

—No lo sé.

—También es verdad.

—Sí.

La comisura de sus labios se elevó.

—Estamos progresando.

—No abuses de mi honestidad.

Connor se acercó, su cuerpo todavía estaba tibio, la pierna se deslizó entre las mías y su boca rozó mi frente. El beso que antes utilizaba para despedirse se sintió distinto dentro de la cama.

Más íntimo y menos inocente.

—Debería marcharme antes de que Eileen venga a buscarnos.

—Probablemente ya esté despierta —le contesté.

—Eso no parece preocuparte demasiado.

Su mano había descendido otra vez hasta mi cintura.

—Me preocupa.

—No lo suficiente.

Lo besé antes de que pudiera continuar, fue un beso breve, al menos esa era mi intención, pero Connor sostuvo mi nuca y lo prolongó con una lentitud que despertó una nueva oleada de calor. Sus labios se movieron sobre los míos sin urgencia, como si dispusiéramos de toda la mañana, mis dedos recorrieron su pecho y él respiró profundamente.

—Lilianne.

—¿Qué?

—Nuestra hija podría entrar.

—Entonces deberías vestirte.

—Eso intento.

No había hecho ningún esfuerzo por apartarse.

Sonreí contra su boca.

Llamaron a la puerta y ambos nos quedamos inmóviles.

—Mamá —dijo Eileen desde el corredor—. ¿Estás despierta?

Connor cerró los ojos.

La risa comenzó dentro de mí antes de que pudiera contenerla.

—Sí —respondí—. Dame un momento.

—¿Papá está ahí?

Miramos la ropa esparcida por el suelo.

—Sí.

Hubo un silencio.

—¿Por qué?

Connor escondió el rostro contra mi cuello para que su risa no pudiera escucharse. Le golpeé el hombro como respuesta.

—Porque vino a hablar conmigo.

—¿Toda la noche?

—Eileen —intervino él—, ve a vestirte. Bajaremos enseguida.

—La abuela dice que no debes dar órdenes desde la habitación.

Connor levantó la cabeza.

—Naturalmente.

Escuchamos los pasos de la niña alejándose.

Me cubrí el rostro con las manos.

—Esto será imposible.

—La próxima vez cerraré también el corredor.

—No habrá próxima vez si continúas riéndote.

Connor apartó mis manos.

—Habrá una próxima vez.

La seguridad de su voz produjo un estremecimiento agradable.

—No he dicho eso.

—No necesitabas hacerlo.

—Sigues siendo arrogante.

—Y tú sigues besándome.

Se levantó antes de que pudiera responder y lo observé recoger la ropa y ni siquiera hice el intento de apartar la mirada.

Connor lo notó al colocarse la camisa.

—Hace unos días te avergonzaba verme sin ella.

—Me estoy acostumbrando.

—Eso parece.

—No conviertas cada observación en una provocación.

—Pensé que era nuestra nueva forma de comunicarnos.

Le lancé una almohada.

Connor la atrapó y volvió a dejarla sobre la cama, después se inclinó hacia mí, apoyando una mano a cada lado de mi cuerpo.

—Esta noche vendré a verte.

No era exactamente una pregunta. Alcé una ceja y él corrigió:

—¿Quieres que venga esta noche?

—Quizá.

—Esa respuesta no me sirve.

—Entonces tendrás que esperar.

Sus labios rozaron los míos una última vez.

—Sé hacerlo.

Eleanor cambió de estrategia durante los días siguientes, dejó de buscar a Connor de manera evidente.

Ya no aparecía en su despacho con preguntas innecesarias ni intentaba ocupar el asiento más cercano durante las cenas. Se mostraba educada, reservada y casi indiferente a la atención de los hombres.

En cambio, comenzó a dedicar cada momento libre a Eileen y admito que al principio no me preocupó. La niña se aburría con facilidad y Eleanor sabía tocar el piano, dibujar flores y contar historias con voces distintas para cada personaje. Maureen seguía fingiendo una salud delicada, de modo que su protegida disponía de mucho tiempo.

Eileen la encontró fascinante.

—Eleanor sabe una canción sobre una princesa que se convierte en cisne —me contó durante el desayuno.

—Parece triste.

—No. Después encuentra a un príncipe.

—Eso suele empeorar las cosas.

Connor ocultó una sonrisa detrás de la taza.

—Eleanor dice que los príncipes son valientes.

—Eleanor necesita leer historias mejores.

—¿Papá es un príncipe?

—No —respondimos Connor y yo al mismo tiempo.

Eileen nos miró.

—¿Entonces qué es?

—Tu padre —dije.

—Eso es mejor —añadió él.

La niña pareció satisfecha.

En los días posteriores le enseñó a Eileen algunas canciones en francés. Le trenzaba el cabello con cintas nuevas y comenzó a acompañarla a los establos cuando yo trabajaba con los documentos de los hospicios. Siempre pedía permiso, siempre se mostraba respetuosa.

Aquello hacía más difícil oponerme.

—La señorita Ashford tiene una paciencia extraordinaria —comentó Maureen una tarde—. Algunas mujeres poseen un instinto natural con los niños, ¿no es cierto?

La observé por encima del bordado que fingía revisar.

—Otras necesitan robarlos para descubrirlo.

El rostro de mi suegra se endureció.

Connor levantó la vista desde el periódico.

—Lilianne.

—¿Qué significa robar un niño? —preguntó.

—Nada que necesites saber ahora —respondió Connor.

Maureen llevó una mano al pecho.

—No comprendo por qué debo soportar esas insinuaciones durante mi convalecencia.

—Su convalecencia parece resistirlas de manera admirable —dije.

Eleanor intervino antes de que la conversación empeorara.

—Eileen, ¿quieres practicar la canción?

La niña se levantó de inmediato, las observé caminar hacia el piano. Eleanor colocó una mano sobre su hombro y se inclinó para escucharla, había ternura en el gesto, no toda era fingida y eso me inquietó.

Una mujer completamente cruel habría sido sencilla de rechazar. Eleanor, en cambio, parecía encariñarse con mi hija de verdad. Disfrutaba su compañía, reía ante sus ocurrencias y la corregía con una suavidad que Maureen nunca había poseído.

Aun así, el mayor peligro no parecía venir del médico. Eleanor había comprendido algo que Maureen conocía desde el principio. Connor podía resistir la seducción, pero Eileen no sabía resistir el cariño.

Llegar al padre por medio de su hija era una buena estratégia.

Y así fue como las noches se convirtieron en el momento más sencillo del día. Connor continuaba llegando a mi habitación después de que la casa guardara silencio, algunas veces llevaba postres, ptras aparecía con documentos, una copa o un libro que pensaba que podía interesarme. No siempre hacíamos el amor. Esa fue una de las diferencias que más me sorprendieron.

Podíamos pasar horas hablando antes de que él besara mi frente y regresara a su habitación, ptras noches se quedaba conmigo, dormíamos abrazados y despertábamos antes que Eileen para que Connor pudiera marcharse sin obligarnos a responder preguntas sobre conversaciones nocturnas demasiado largas.

La intimidad no eliminó la timidez entre nosotros.

La volvió distinta.

Una noche, mientras él leía una carta relacionada con una de sus fábricas, me descubrí observando sus manos.

—No has escuchado nada —dijo.

—Sí.

—¿Qué acabo de decir?

—Algo sobre salarios.

Connor dejó la carta.

—Extraordinaria precisión.

Estábamos sentados juntos en el sofá, llevaba la camisa abierta en el cuello y las mangas dobladas. La luz de la chimenea recorría su rostro y convertía sus ojos en algo más oscuro.

—Estás distraída —añadió.

—Estoy cansada.

—No. —Su mano tomó la mía—. Estás pensando en tocarme.

El calor apareció en mis mejillas.

—No seas ridículo.

Connor llevó mis dedos hacia su boca y besó lentamente la punta de cada uno, el gesto era deliberadamente provocador.

Mi respiración se alteró.

—¿Ves? —murmuró.

—Eso no demuestra nada.

—Tu pulso opina distinto.

Me incliné y lo besé. Connor sonrió contra mis labios.

—Tenía razón.

—Si continúas hablando, cambiaré de opinión.

—Sería una tragedia.

Después escuchamos una risa de Eileen en el corredor, nos apartamo, la niña no entró, pasó corriendo junto a la puerta mientras Eleanor la perseguía con una cinta en las manos.

—No puedes dormir con el cabello así —decía la joven.

—Mamá lo lleva suelto.

—Tu madre es adulta.

Los pasos se alejaron. Connor observó la puerta.

—Pasa demasiado tiempo con ella.

—Al fin lo notas.

—Pensé que te agradaba que Eileen tuviera compañía.

—Me agradaba antes de que Eleanor comenzara a comportarse como si tuviera derechos sobre ella.

Connor me miró.

—¿Ha hecho algo?

—Nada que pueda señalar sin parecer celosa.

—Estás celosa.

—No de ella contigo.

—Eso resulta tranquilizador.

—Hablo en serio. —Me aparté—. Eileen apenas está aprendiendo a verme como su madre. Eleanor aparece con canciones, regalos y toda la paciencia del mundo.

—Tú también tienes paciencia.

—No siempre.

—Ninguna madre la tiene siempre.

La facilidad con que utilizó la palabra me produjo una emoción inesperada que de alguna forma fue tranquilizadora.

—No quiero competir por el cariño de mi propia hija.

Connor acarició mi mano.

—No tienes que hacerlo.

—Eso dices porque ella te ha amado toda su vida.

La frase lo dejó en silencio.

—Yo no dispongo de esos años —continué con tristeza—. Para Eileen todavía soy alguien que llegó de pronto asegurando que soy su madre y que pasé cinco años buscándola.

—Te llama mamá.

—Algunas veces.

—Te busca cuando tiene miedo.

—También busca a Eleanor.

—Eso no te reemplaza.

—No lo sabes.

Connor sostuvo mi mirada.

—No. Pero sé que Eileen necesita personas que la quieran.

—Siempre que no utilicen ese cariño para alejarla de mí.

—¿Crees que Eleanor lo hace?

—Creo que Maureen lo intenta.

Connor miró hacia la puerta por donde habían desaparecido.

—Hablaré con ella.

—Todavía no.

—¿Por qué?

—Porque necesito saber si estoy viendo una amenaza o únicamente aquello que temo que suceda.

Él llevó mi mano hacia su pecho.

—No tienes que demostrar que tus temores son razonables antes venir a mí y contármelos.

La frase me conmovió, también me enfureció un poco.

—No siempre has pensado así.

—Lo sé.

—Deja de responder eso.

—No puedo deshacerlo.

—Podrías defenderte algunas veces.

—¿Eso te haría sentir mejor?

—Probablemente no.

—Entonces prefiero besarte.

Lo hizo, no resolvió el problema, pero durante unos minutos consiguió que dejara de pensarlo.

Afortunadamente, aquellas preocupaciones pasaron a segundo plano cuando Eileen comenzó a reunirnos de formas pequeñas.

Insistía en que Connor y yo nos sentáramos juntos durante las comidas. Si uno de los dos llegaba tarde, guardaba el asiento vacío. Cuando caminábamos por el jardín, tomaba nuestras manos y nos

obligaba a avanzar al mismo ritmo. No parecía entender por qué lo hacía, solo sabía que le gustaba vernos cerca.

—Papá debe leer y tú hacer las voces —decidió una noche.

Estábamos en su habitación. Connor sostenía un libro mientras yo acomodaba las mantas para ella.

—Eso parece una división injusta —dije.

—Papá se cansa si habla demasiado.

—Oh, cariño, te aseguro que tu padre puede hablar durante horas cuando nadie desea escucharlo.

—Tu madre también —respondió Connor.

Eileen rio. Comenzó la historia en el centro de la cama, con un brazo alrededor de cada uno. A mitad del cuento se quedó dormida. Connor cerró el libro, nuestras manos juntas sobre la manta.

—Está haciendo todo lo posible por reconciliarnos —murmuré.

—No sabe qué significa reconciliarse.

—Mejor para ella.

Él volvió el rostro.

—¿Nos estamos reconciliando?

La pregunta me inquietó.

—Nos estamos conociendo.

—Otra vez.

—No. Creo que nunca lo hicimos la primera vez. —Connor aceptó la corrección y yo no pude evitar hacer una pregunta—: Entonces ¿qué significa que pases algunas noches en mi cama?

—Pensé que era tu cama.

—Sabes a qué me refiero.

Su pulgar acarició el dorso de mi mano.

—Significa que te deseo.

—Eso ya lo sé.

—Que me gusta despertar contigo y que cada día me resulta más difícil marcharme antes de que Eileen nos encuentre.

Sentí una calidez distinta del deseo, más peligrosa.

—No significa que todo esté resuelto —dije.

—No.

—Ni que vuelva a ser la esposa que fui.

—Espero que no.

—Ni que puedas asumir…

Connor se inclinó y besó suavemente mi frente.

—No estoy asumiendo nada. —Lo miré—. Solo estoy aquí.

La sencillez de la frase me desarmó.

Nos marchamos de la habitación de Eileen juntos. En el corredor nos encontramos con Eleanor. Llevaba una bandeja con una taza de leche y un plato de galletas.

—Pensé que la niña podría tener hambre.

—Ya está dormida —dije.

—Puedo dejarlo para mañana.

Connor tomó la bandeja.

—Gracias.

Eleanor observó nuestras manos, todavía unidas. Su expresión no cambió, pero sus dedos tardaron un momento en soltar la bandeja.

—Buenas noches —dijo.

—Buenas noches —respondió Connor.

Continuamos caminando. No miré atrás. No necesitaba hacerlo para saber que ella seguía allí, seguramente maquinando la forma de entreponerse en el matrimonio que deseaba destruir.

La confirmación llegó durante el almuerzo del día siguiente.

Eileen había pasado la mañana con Eleanor y regresó llevando una corona torcida de flores y una cinta nueva alrededor de la cintura.

—Mira —me dijo—. Eleanor la hizo.

—Es hermosa.

La joven entró detrás de ella.

—Eileen eligió las flores.

—Las moradas son para mamá —explicó la niña, tocando las flores—. Las blancas para papá.

Connor levantó la vista desde los documentos que revisaba.

—¿Y cuáles son para ti?

—Todas.

—Una decisión inteligente.

Eleanor sonrió.

Maureen apareció poco después y pidió que sirvieran el almuerzo en el salón. Su salud parecía haber mejorado lo suficiente para abandonar la habitación inferior, aunque continuaba apoyándose en un bastón que no necesitaba.

Durante la comida habló de una visita próxima, de las dificultades de la casa y de cuánto agradecía la ayuda de Eleanor.

—Ha sido indispensable —dijo—. Especialmente para Eileen.

Mi hija asintió.

—Eleanor sabe muchas cosas.

—Estoy segura —respondí.

—Sabe peinarme.

—Yo también.

—Pero tú tiras mucho.

Connor tosió para ocultar una sonrisa. Le dirigí una mirada.

—Puedo aprender a hacerlo mejor.

—Eleanor nunca tira.

La joven bajó la cabeza.

—Tiene el cabello muy delicado.

—Lo sé —dije.

Mi voz sonó más fría de lo necesario.

Eileen continuó comiendo sin advertirlo.

—También sabe cómo cuidarme si me enfermo.

—Todos sabemos hacerlo —dijo Connor.

—La abuela dice que Eleanor podría cuidarme siempre.

Dejé el tenedor y el salón quedó en silencio. Maureen bebió agua, Eleanor perdió color, Connor volvió la mirada hacia su madre.

—¿Qué significa eso?

Eileen encogió los hombros.

—Que no tendría que irse.

—¿Quién tendría que irse? —pregunté.

La niña me observó.

Su expresión cambió al percibir que algo estaba mal.

—Nadie.

—Eileen.

—La abuela dijo que mamá tendrá que volver con los otros niños.

Sentí que el aire desaparecía. Connor dejó la servilleta sobre la mesa.

—¿Cuándo te dijo eso?

—No sé.

—¿Estaba Eleanor presente?

Mi hija miró a la joven. Eleanor apretó las manos sobre el regazo.

—La señora Walsh solo intentaba explicar…

—No te he preguntado —dijo Connor.

Su voz se volvió tan tranquila que resultó más amenazante que un grito. Maureen alzó la barbilla.

—La niña debe comprender que Lilianne tiene responsabilidades fuera de esta casa, hijo, lo sabes.

—No tienes derecho a hablarle de eso.

—Alguien debe prepararla para la realidad.

—La realidad es que su madre está aquí.

—Por ahora.

El corazón me golpeó con fuerza.

Eileen comenzó a mirar de uno a otro.

—¿Te vas? —me preguntó.

Su voz era pequeña.

Me levanté y me arrodillé junto a ella.

—No.

—La abuela dijo que los otros niños te necesitan más.

—No es verdad.

—Pero tú los quieres.

—Sí.

La confusión llenó sus ojos.

—¿Más que a mí?

—No existe nadie a quien quiera más que a ti.

Eileen bajó la mirada hacia el plato.

—Entonces ¿por qué te fuiste?

La pregunta volvió a abrir la herida.

—Porque no sabía dónde estabas.

—Ahora sí sabes.

—Sí. —Tomé su mano—. Y no volveré a marcharme.

—Pero podrías ir con los niños.

—Podría visitarlos y regresar.

—¿Y Eleanor se quedaría conmigo?

Miré a la joven, estaba pálida.

—Tu padre estará contigo —respondí—. Y yo volveré.

—Eleanor dice que podría cuidarme siempre.

Connor se levantó.

—Eso es suficiente.

Maureen golpeó el suelo con el bastón.

—No alteres a la niña.

—Tú la has alterado.

—Intentaba darle seguridad.

—Le enseñaste a temer que su madre la abandonara.

—Lilianne ya lo hizo una vez.

Connor dio un paso hacia ella.

—Sal de la mesa.

—Esta es también mi familia.

—Sal.

Eileen comenzó a llorar y por ello la levanté de la silla.

—No.

Connor se detuvo.

—No discutiremos frente a ella —dije.

Maureen sonrió, había conseguido lo que deseaba. Tomé a Eileen en brazos y salí del salón, la niña apoyó la cabeza sobre mi hombro.

—No quiero que te vayas.

—No voy a hacerlo.

—Promételo.

Me detuve en el corredor. No podía prometer que nunca viajaría, tampoco quería enseñarle que amar a una hija significaba abandonar todo aquello que una mujer era fuera de la maternidad.

—Te prometo que siempre sabrás dónde estoy —dije—. Y que siempre regresaré por ti.

—¿Aunque los otros niños estén enfermos?

—Aunque me necesiten.

Eileen me abrazó con más fuerza.

—Yo te necesito más.

La frase me desgarró. La llevé hasta su habitación y permanecí con ella hasta que dejó de llorar. Le expliqué que mi trabajo no competía con mi amor, que podía ayudar a otros niños sin dejar de ser su madre y que Eleanor no iba a reemplazarme. No sé cuánto comprendió, pero terminó dormida con una mano cerrada alrededor de la mía.

Cuando salí, Connor esperaba en el corredor.

—Mi madre se ha retirado —dijo.

—Qué considerada.

—Hablaré con ella y también con Eleanor.

—No. —Connor frunció el ceño—. Yo hablaré con Eleanor.

—No tienes que hacerlo sola.

—Necesito hacerlo.

Su mirada recorrió mi rostro.

—Estás temblando.

—Estoy furiosa.

Connor levantó una mano, la colocó sobre mi cuello, cerca del pulso, no había deseo en el gesto, solo una forma de recordarme que estaba allí, conmigo, de mi lado.

—No permitiré que vuelvan a decirle algo semejante.

—Ya lo hicieron.

—Entonces repararemos el daño.

—No todo puede repararse diciendo lo correcto después.

El dolor cruzó su rostro, la frase era sobre Maureen, pero comprendió que también era sobre él.

—Lo sé —respondió.

Apoyé la frente contra su pecho. Connor me rodeó con los brazos. Permanecimos así algunos segundos, en silencio, mientras detrás de la puerta nuestra hija dormía con miedo de perderme.

—Ella está ganando —murmuré.

—No.

—Eileen confía en Eleanor.

—Eso no significa que deje de amarte.

—No se trata solo de amor. Maureen quiere que crea que soy temporal, que me iré sin ella, como lo hice la última vez.

Connor acarició mi cabello.

—Entonces tendrá que verte permanecer.

—No quiero ser prisionera de una promesa hecha por miedo.

—No te lo estoy pidiendo.

Levanté el rostro.

—¿Y si necesito viajar por los hospicios?

—Se lo explicaremos juntos.

—¿Y si Eileen llora?

—La consolaremos juntos.

—¿Y si tu madre continúa?

La expresión de Connor se endureció.

—No lo hará.

Quise creerle, pero Maureen había construido su vida alrededor de la certeza de que siempre encontraría otra forma.

Después de esa conversación, mi primera acción fue buscar a Eleanor. La encontré a Eleanor en el invernadero. Estaba cortando tallos de rosas junto a una mesa de madera. La luz atravesaba los cristales y rodeaba su cabello con un brillo casi blanco.

Al verme, dejó las tijeras.

—Señora Walsh.

—No hagas eso.

—¿Qué?

—Hablarme como si veniera a discutir una tarea doméstica.

Eleanor bajó la mirada.

—No quería alterar a Eileen.

—Le dijiste que podrías cuidarla siempre.

—Ella me preguntó si me marcharía.

—¿Y por qué habría de preguntarlo?

—Porque todos se marchan. —La respuesta me detuvo. Eleanor continuó—: Sus institutrices cambian, los empleados desaparecen, su abuela abandona la casa cuando discute con el señor Walsh. Usted estuvo lejos durante casi toda su vida.

—No por elección.

—Ella no comprende la diferencia.

—Entonces debiste ayudarla a comprenderla.

—Intenté tranquilizarla.

—Haciéndole creer que ocuparías mi lugar si yo me marchaba.

—No dije eso.

—No necesitabas pronunciarlo exactamente.

Eleanor sostuvo mi mirada, había miedo en sus ojos.

También resentimiento.

—La niña me quiere.

—Lo sé.

—Y yo la quiero.

—También lo sé. —La sinceridad pareció sorprenderla. Me acerqué—. Ese es el motivo por el que esta conversación importa.

—No estoy fingiendo cariño por ella.

—Pero estás utilizando ese cariño.

—No.

—Maureen te ha prometido algo.

Eleanor palideció.

—No sé a qué se refiere.

—Te ha dicho que Connor terminará divorciándose de mí. —El silencio confirmó la sospecha—. También te ha hecho creer que Eileen necesitará una nueva madre. Una mujer estable, joven y adecuada.

La mandíbula de Eleanor se tensó.

—La señora Walsh solo desea lo mejor para su familia.

—Maureen desea controlar aquello que considera suyo.

—Me ayudó cuando nadie más quiso hacerlo.

—Eso no vuelve correctas sus intenciones.

—Usted no la conoce como yo.

Una risa amarga escapó de mí.

—Maureen robó a mi hija después del parto.

Eleanor desvió la mirada.

—No sé qué ocurrió entonces.

—Sí lo sabes.

—Solo conozco su versión.

—Y aun así elegiste entrar en esta casa para reemplazarme.

—No vine a reemplazarla.

—¿Entonces por qué viniste?

Eleanor apretó los dedos alrededor del tallo de una rosa hasta que una espina penetró su piel. No pareció sentirla.

—Mi familia perdió casi todo —dijo—. Mi padre dejó deudas. Mi madre murió y nadie quería hacerse cargo de una joven sin fortuna suficiente para atraer un matrimonio conveniente.

—Maureen lo hizo.

—Sí.

—A cambio de obediencia.

—A cambio de seguridad.

—Nunca ofrece una cosa sin reclamar otra.

Eleanor levantó la barbilla.

—El señor Walsh necesitaba una esposa.

—Ya tenía una.

—Usted se había marchado.

—Mi hija había sido escondida y mi marido se negaba a firmar el divorcio, porque esa es la razón de que siga siendo su esposa, ¿lo sabías?

—Yo no sabía que regresaría.

—Pero regresé. —La joven guardó silencio—. Connor no te desea.

La crueldad de la frase me incomodó incluso antes de ver su reacción. Eleanor perdió color.

—No era necesario.

—No. Pero es verdad.

—Los sentimientos cambian.

—Eso te ha dicho Maureen.

—Los hombres se cansan. —La joven sostuvo mi mirada con desafío—. Usted misma se marchó de él.

—Sí.

—Y ahora ha vuelto porque teme que otra mujer ocupe su lugar.

La acusación encontró algo verdadero.

—Volví por mi hija.

—Pero ya no permanece únicamente por ella.

—No —admití. Eleanor pareció sorprendida—. Tampoco voy a fingir que mi matrimonio está reparado. Podría fracasar. Connor podría volver a herirme o yo decidir que no puedo vivir junto a él.

—Entonces…

—Eso no te concede un derecho sobre nuestra hija. No la utilices.

La palabra la detuvo.

—Jamás le haría daño.

—Ya lo hiciste.

—Solo quería que supiera que no estaría sola.

—Le enseñaste que debía prepararse para perderme.

—Su abuela…

—No culpes solo a Maureen. Tú estabas allí. —Ella me miró—. Puedes querer a Eileen. No pienso prohibirle recibir afecto porque yo tenga miedo. Pero no puedes convertir ese cariño en una forma de llegar a Connor ni en una prueba de que serías una madre mejor.

—No he dicho que lo sea.

—Lo has pensado.

Sus ojos se llenaron de lágrimas. No lloró.

—Quizá —admitió. La honestidad cambió algo—. Eileen es dulce conmigo, me busca, confía en mí. La señora Walsh dice que eso demuestra que podría adaptarse.

—Eileen se adapta porque ha tenido que hacerlo demasiadas veces. —La frase pareció herirla, porque eso le quitaba peso a su persona—. No la hagas adaptarse a perderme antes de que ocurra.

—¿Y si vuelve a marcharse?

—Entonces será mi responsabilidad explicárselo. No la tuya.

Eleanor apretó el paño alrededor del dedo.

—No sé qué espera que haga.

—Deja de hablarle de mi ausencia y no vuelvas a insinuar que ocuparás mi lugar.

—No lo he insinuado.

—Eleanor.

Cerró los ojos y yo me dirigí hacia la puerta.

—Señora. —Me volví—. La quiero. ¿Eso no significa nada?

—Significa mucho.

La miré. Era joven, más joven de lo que parecía cuando estaba junto a Maureen, imitando su rigidez y su forma de juzgar. Había sido convertida en una pieza antes de comprender el juego. No podía absolverla, pero tampoco podía odiarla con facilidad.

—Puedes quererla —repetí—. Lo que no puedes hacer es enseñarle a temerme para que te necesite a ti.

Eleanor bajó la cabeza y yo salí del invernadero.

Connor esperaba al final del sendero, no se acercó inmediatamente, me permitió caminar hasta él.

—¿Cómo fue? —preguntó.

—No es tan cruel como tu madre desea. Está asustada.

—¿Y tú?

Miré hacia las ventanas de la casa.

Detrás de una de ellas dormía mi hija. En otra habitación Maureen preparaba seguramente su siguiente movimiento. Eleanor permanecía entre las flores, con una herida pequeña en el dedo y una vida construida sobre promesas que quizá nunca se cumplirían.

—También —respondí.

Connor tomó mi mano.

—Esta noche me quedaré contigo.

—No te lo he pedido.

—No. —Su pulgar acarició mis dedos—. Pero me gustaría.

Lo observé.

—Entonces quédate.

Caminamos juntos hacia la casa.

No había vencido a Eleanor y no quería hacerlo.

Las mujeres que luchábamos por un lugar en aquella familia no éramos el verdadero peligro; lo era la persona que nos había convencido de que solo podía existir una de nosotras.

Maureen había utilizado el miedo de Eileen, mi culpa, la necesidad de Eleanor y el antiguo deseo de Connor de obedecer antes que enfrentarse a ella. Pero esa noche mi hija sabía que yo regresaría, Connor dormiría a mi lado porque yo se lo había permitido y Eleanor había escuchado, quizá por primera vez, que podía querer a una niña sin convertirla en el precio de su propia seguridad.

No era una victoria, solo una grieta en el plan de Maureen, a veces las casas comenzaban a derrumbarse de esa manera.

22 Los niños impropios

La primera carta llegó antes del desayuno.

Nora la encontró entre la correspondencia de Connor y la dejó junto a mi plato, separada del resto porque llevaba el sello del hospicio de Saint-Denis. Reconocí la letra de Elettra en el sobre, más apresurada de lo habitual, inclinada hacia abajo como si las palabras hubieran adquirido demasiado peso.

Connor entró mientras yo rompía el sello.

Nuestros ojos se encontraron.

Sonrió apenas.

Yo habría respondido de no haber leído la primera línea.

Han retirado dos donaciones.

El resto de la habitación desapareció.

Elettra explicaba que una familia francesa había cancelado la ayuda prometida para el invierno. Otro benefactor exigía una investigación antes de continuar enviando dinero. Circulaban rumores sobre las condiciones de los niños, el origen de los fondos y mi conducta durante los años en que dirigí los hospicios.

Según aquellos rumores, los centros se encontraban saturados, los alimentos eran insuficientes y el dinero desaparecía en viajes, vestidos y gastos personales. No había comprado un vestido con fondos del hospicio en toda mi vida, ni siquiera cuando no tenía suficiente dinero para pagar una habitación y Ciarán insistía en prestarme lo necesario.

Seguí leyendo.

Las acusaciones empeoraban. Decían que favorecía a niños negros y extranjeros por encima de los franceses, que aceptaba criaturas enfermas sin considerar el peligro para los demás, que algunos pequeños eran hijos de prostitutas, marineros o familias cuyos orígenes "no podían verificarse". Las palabras estaban elegidas para sonar respetables, pero la intención era inmunda.

Connor ocupó la silla a mi lado.

—¿Qué ocurre?

Le entregué la carta, la leyó con rapidez, su expresión se volvió más fría con cada párrafo.

—¿Quién ha iniciado esto?

—Elettra no lo sabe.

—Alguien debe saberlo.

—No necesariamente. Los rumores no necesitan dueño una vez que encuentran suficientes cobardes dispuestos a repetirlos.

Connor dejó la carta sobre la mesa.

—Enviaré un telegrama.

—¿A quién?

—A nuestros abogados en París.

—No.

Su mirada se dirigió hacia mí.

—Lilianne.

—No quiero abogados Walsh amenazando a los donantes.

—No serán amenazados. Les exigirán que presenten pruebas.

—Eso es una amenaza cuando proviene de tu apellido.

—Es la forma más rápida de detenerlo.

—También la forma más rápida de convertir mis hospicios en una extensión de tus negocios.

Connor se reclinó lentamente.

Eileen todavía no había bajado y Maureen desayunaba en su habitación, alegando cansancio, y por un momento estuvimos solos.

—No intento apoderarme de ellos —dijo.

—Lo sé.

—Entonces permíteme ayudar.

—Ayudar no significa decidir por mí qué debe hacerse.

—No he decidido nada.

—Ya hablaste de abogados antes de preguntarme qué quiero.

La mandíbula se le tensó.

—¿Qué quieres?

—Saber de dónde provienen las acusaciones. Revisar las cuentas. Hablar con Elettra. Preparar los documentos para una inspección.

—Mientras los donantes continúan retirándose.

—Si los obligas a permanecer mediante miedo, se marcharán en cuanto tu atención se dirija hacia otra parte.

—Puedo garantizar los fondos.

—No quiero que los garantices tú.

Connor me observó.

La herida apareció antes de que pudiera ocultarla.

—Creí que habíamos hablado de colaborar.

—Sí.

—Me dijiste qué necesitaban tus centros.

—Y también te expliqué que no llevarían el nombre de los Walsh.

—El dinero no necesita llevarlo.

—Todo lo que tocas termina llevándolo.

La frase salió con mayor dureza de la que pretendía.

Connor apartó la vista. Durante nuestro matrimonio habría respondido con una orden o una burla, ahora se levantó, caminó hacia la ventana y permaneció allí algunos segundos. Su espalda estaba rígida.

—No sé cómo ayudarte sin que sospeches que quiero controlarte.

—Preguntando.

Se volvió.

—Acabo de hacerlo.

—Después de decidir.

—Entonces volveré a empezar.

Regresó a la mesa. Se sentó frente a mí y apoyó las manos sobre las rodillas, como si quisiera impedirles actuar antes que las palabras.

—¿Qué necesitas de mí?

La pregunta desarmó parte de mi enojo.

—Tiempo.

—Lo tienes.

—Acceso a los registros de transferencias realizadas desde Irlanda.

—Te los daré.

—Y que no hables con abogados, autoridades ni donantes sin informarme primero.

Connor sostuvo mi mirada.

—De acuerdo.

—No parece gustarte.

—No tiene que gustarme para que lo respete.

El calor de la gratitud se mezcló con una incomodidad a la que no supe ponerle nombre.

—Gracias.

—No me agradezcas todavía.

—¿Por qué?

—Porque pienso descubrir quién ha hecho esto.

Su voz había adquirido una calma peligrosa.

—Connor.

—No he dicho que actuaré sin ti.

—Lo estabas pensando.

La comisura de sus labios se elevó.

—Estoy aprendiendo que pensar ciertas cosas es lo único que todavía me pertenece por completo.

No pude evitar sonreír. Él extendió una mano sobre la mesa, la cubrí con la mía y Connor acarició mis dedos.

—No dejaré que destruyan lo que construiste.

—No lo construí sola.

—Pero existe porque te negaste a abandonar a esos niños.

Por eso los hospicios importaban tanto.

Representaban la prueba de que una persona podía reconocer aquello vergonzoso dentro de sí misma y vivir de otra forma.

—No permitiré que los llamen impropios —murmuré.

Connor llevó mi mano hasta su boca, besó mis nudillos.

—Entonces no lo permitiremos.

La palabra *permitiremos* no me molestó aquella vez.

Durante los dos días siguientes llegaron más cartas.

Una autoridad local anunció una inspección de los centros franceses, otro benefactor pidió revisar personalmente las cuentas. En Irlanda, un periódico publicó una columna sobre "la nueva filantropía de las esposas aburridas", sin mencionar mi nombre, aunque las referencias resultaban demasiado evidentes. Hablaban de mujeres que abandonaban sus deberes domésticos para rodearse de extranjeros y convertir la caridad en una forma de exhibición.

Maureen leyó el artículo durante el almuerzo.

—Qué desagradable —comentó.

La satisfacción apenas disfrazada en su voz confirmó mis sospechas. Connor dejó los cubiertos.

—¿Quién te envió ese periódico?

—Llega a la casa desde hace años.

—Nunca lo habías traído a la mesa.

—Pensé que Lilianne debía saber lo que se dice.

—Ya lo sabe.

Maureen dobló el papel.

—La reputación no desaparece solo porque uno se niegue a leerla.

—Tampoco se vuelve verdad porque alguien pague para imprimirla en un periódico —respondí.

La mirada de mi suegra se detuvo en mí.

—¿Me acusas de algo?

—Todavía no.

Eleanor permanecía junto a ella, después de nuestra conversación en el invernadero había mantenido cierta distancia con Eileen. No la ignoraba, pero ya no hablaba de permanencias ni de futuros posibles, también parecía observar a Maureen con mayor atención.

Ciarán dejó la copa sobre la mesa.

—Los rumores contra instituciones caritativas suelen preceder una investigación formal.

Connor lo miró.

—Ya la han anunciado.

—¿Cuándo?

—Esta mañana.

Ciarán volvió hacia mí.

—Necesitará los registros médicos.

—Elettra está reuniéndolos.

—Los informes originales están incompletos.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque yo los redacté durante los primeros años.

Connor dejó de comer.

La respuesta revelaba otra parte de mi vida compartida con Ciarán, una más de aquellas intimidades construidas no con besos, sino con trabajo, cansancio y recuerdos que mi esposo no podía reclamar.

—Conservo copias —continuó el médico—. También cartas de hospitales, certificados de vacunación y documentos de ingreso.

—¿Dónde?

—En Dublín.

—Necesito revisarlos.

—Podemos hacerlo esta tarde.

Connor intervino:

—Harán que los traigan.

Ciarán sostuvo su mirada.

—Algunos documentos son privados.

—Pertenecen a los hospicios.

—Y contienen información médica.

—Lilianne dirige esos hospicios.

—Precisamente por eso los revisaré con ella.

El ambiente de la mesa cambió.

Eileen levantó la cabeza, sensible ya a las variaciones en las voces adultas, busqué la mano de Connor debajo del mantel, sus dedos estaban cerrados, los cubrí, él no respondió de inmediato, pero después abrió la mano y entrelazó la suya con la mía.

—Ve con él —dijo.

Ciarán pareció sorprendido. Yo también.

—Connor…

—Necesitas los documentos.

—Sí.

—Entonces ve.

—Enviaré el automóvil —añadió.

—Podemos ir en el de Ciarán.

—Enviaré el automóvil.

Lo miré, la antigua autoridad había asomado apenas.

Connor respiró profundamente.

—Prefiero saber que regresarás con un conductor de confianza —corrigió—. Pero es tu decisión.

—Usaré el automóvil de la casa.

La tensión disminuyó, no porque le hubiese obedecido, sino porque había podido pedírmelo sin imponerlo.

Eileen volvió a concentrarse en su comida, Maureen observaba nuestras manos escondidas bajo la mesa, su expresión me confirmó que aquella armonía le resultaba más ofensiva que cualquier escándalo.

Partimos tan solo terminar el desayuno.

Los documentos de Ciarán ocupaban tres cajas.

Nos instalamos en una sala privada de la pensión donde se hospedaba antes de aceptar la invitación de Maureen. El propietario la utilizaba para reuniones discretas y parecía conocer al médico lo suficiente para no formular preguntas. Había polvo sobre algunas carpetas y manchas de humedad en los bordes. Reconocí mi propia letra en varias etiquetas: *ingresos, vacunas, defunciones, traslados.*

—Guardaste todo —dije.

Ciarán dejó una caja sobre la mesa.

—No podía saber qué sería necesario.

—¿Incluso antes de la investigación?

—Incluso antes.

No pregunté si había conservado los documentos por previsión médica o porque representaban los años que habíamos compartido.

Comenzamos a trabajar.

Al principio la conversación fue estrictamente profesional. Revisamos cifras, comprobamos nombres y organizamos los

certificados según cada centro. Ciarán conocía los casos con una precisión que me sorprendió. Recordaba enfermedades, edades y fechas, aunque también recordaba detalles inútiles.

—Este niño escondía pan dentro de los zapatos —dijo con una sonrisa al encontrar un registro.

—Porque pensaba que volveríamos a dejarlo sin comida.

—Tardó meses en creer que el desayuno se servía todos los días.

—Después comenzó a esconder huevos.

Ciarán sonrió.

—Eso fue culpa suya.

—Le dije que debía guardar algo para más tarde.

—No dentro del armario de las medicinas.

Una risa se me escapó, había olvidado aquella historia.

Durante algunos minutos volvimos a ser las dos personas que trabajaban hasta el amanecer en edificios fríos, alimentándose de café y conversaciones porque dormir significaba detenerse.

La familiaridad fue inmediata, peligrosa. Ciarán me acercó una carpeta, nuestros dedos se rozaron. Ambos nos apartamos.

—Lo siento —dijo.

—No es necesario.

Continuamos.

Encontramos informes que demostraban que la mortalidad de los hospicios había disminuido desde que yo asumí la dirección. Cartas de autoridades sanitarias felicitaban al personal por las condiciones de limpieza. Había comprobantes de cada gasto importante.

—Esto debería bastar —dije.

—Para una investigación honesta.

—¿Crees que no lo será?

—Creo que quien inició los rumores no espera encontrar irregularidades. Espera obligarla a dedicar tiempo a defenderse hasta que los centros pierdan apoyo.

—Maureen.

Ciarán no respondió.

No era necesario.

—Connor quiere utilizar abogados —añadí.

—Naturalmente.

—Cree que puede detenerlo.

—Probablemente puede.

—No quiero que lo haga.

Ciarán me observó.

—Antes habría agradecido que alguien con poder interviniera.

—Antes creía que el poder de otra persona podía protegerme sin reclamar nada a cambio.

La frase lo alcanzó, bajó la mirada.

—Tiene razón.

No quería convertir cada conversación en un castigo, aun así, la carta escondida permanecía entre nosotros.

—Connor está intentando preguntar antes de actuar —dije.

—¿Lo hace?

Había escepticismo en su voz.

—Sí.

—¿Y usted confía en eso?

—Estoy intentando observarlo.

—Lilianne…

—No quiero discutir sobre él.

Ciarán cerró la carpeta.

—Entonces no lo haremos.

Continuamos en silencio y al caer la tarde, una tormenta leve comenzó a golpear las ventanas. El dueño de la pensión llevó café y pan. Ciarán apartó para mí la taza con menos azúcar sin preguntarme.

Conocía todavía esa clase de detalles.

—No debería recordarlo —dije.

—Recuerdo demasiadas cosas.

—Eso no siempre es una virtud.

—Lo sé.

—Connor piensa que esta investigación pretende obligarme a depender de él. —Tomé la taza que me había ofrecido.

—¿Y se equivoca?

—No.

—La señora Maureen quiere que su obra se vuelva incompatible con su matrimonio.

—Eso creo.

—Entonces quizá debería preguntarse qué ocurrirá si Connor debe elegir entre usted y su apellido.

—Ya lo está haciendo.

Ciarán inclinó la cabeza.

—¿Y ha elegido?

—Todavía no ha perdido nada importante —respondí.

—Entonces aún no ha elegido.

La precisión me incomodó.

—Eso es lo que esperas.

—No.

—Quieres que fracase.

Ciarán sostuvo mi mirada.

—Una parte de mí sí.

La honestidad me sorprendió.

—Gracias por admitirlo.

—Otra parte espera estar equivocado.

—¿Por mí?

—Por la mujer que parece cuando habla de él ahora.

No supe qué responder.

El médico volvió a los documentos.

—Hay un informe más —dijo—. El de la inspección realizada en Saint-Denis hace tres años.

—No lo recuerdo.

—Estaba enferma cuando llegaron los inspectores. Yo me ocupé.

Buscó en la caja inferior, no lo encontró.

—Quizá esté en la otra.

Revisamos las carpetas. Nada.

—¿Qué contenía? —pregunté.

—Un informe completo sobre las condiciones del centro, firmado por dos autoridades sanitarias. Era especialmente favorable.

—Lo necesitamos.

—Lo encontraremos.

Seguimos buscando hasta que oscureció.

El documento no apareció.

Connor esperaba en el vestíbulo cuando regresé.

No llevaba chaqueta y tenía las mangas recogidas, parecía haber bajado varias veces a preguntar si el automóvil había llegado, aunque habría preferido morir antes que admitirlo.

Ciarán descendió primero.

—Encontramos casi todo —dijo.

—¿Casi?

—Falta un informe.

Connor volvió hacia mí.

—¿Importante?

—Podría ser la mejor prueba que tenemos.

—¿Dónde está?

—No lo sabemos.

—¿Quién tenía acceso?

Ciarán respondió:

—Lilianne, Elettra y yo.

—¿Nadie más?

—Algunos empleados.

Connor miró las cajas que un sirviente retiraba del automóvil.

—Llévenlas al despacho.

Ciarán intervino:

—Esos documentos deben permanecer bajo cuidado médico.

La tensión reapareció.

—Permanecerán en mi casa —dijo Connor.

—No son de su propiedad.

—Tampoco de la suya.

—Basta —dije. Ambos se volvieron—. Las cajas irán a la biblioteca pequeña. Yo conservaré la llave.

Connor asintió. Ciarán también.

—Gracias por ayudarme —le dije al médico.

—Mañana podemos continuar.

—Mañana trabajaré aquí.

—Entonces vendré.

Connor no reaccionó, solo supe que le desagradaba porque había comenzado a doblar lentamente el borde de una hoja que sostenía. Ciarán se despidió y subió hacia la habitación que Maureen le había asignado y en cuanto desapareció, Connor me ofreció la mano.

—Ven.

—¿Adónde?

—Eileen lleva una hora preguntando por ti.

El enojo en su rostro cedió cuando pronunció el nombre de nuestra hija. Subimos juntos. Eileen estaba en mi habitación, sentada sobre la cama y rodeada de papeles, había intentado escribir una carta para los niños de Francia. Las letras eran

demasiado grandes y varias palabras resultaban imposibles de reconocer.

—Les digo que no estén tristes —explicó.

Me senté a su lado.

—Es una carta muy importante.

—Papá dijo que algunas personas ya no quieren ayudarlos.

Miré a Connor.

—No le conté los detalles —dijo.

—¿Se quedarán sin comida? —preguntó Eileen.

—No.

—¿Cómo sabes?

Connor se sentó al otro lado.

—Porque tu madre no permitirá que ocurra.

La certeza en su voz me produjo una emoción profunda.

—Y yo tampoco —añadió.

Eileen tomó una de nuestras manos con cada una de las suyas.

—Entonces los ayudamos los tres.

—Los tres —repetí.

La niña continuó escribiendo hasta que el cansancio venció su entusiasmo. Connor la llevó a su habitación. Yo me quedé ordenando los papeles. Cuando regresó, cerró la puerta detrás de él.

No se acercó de inmediato.

—¿Cómo fue?

—Productivo.

Connor caminó hasta la ventana.

—¿Te sentiste cómoda con él?

—Sí. —Su espalda se tensó, lo noté, pero no pude hacer nada más que ser real—. No voy a mentirte para proteger tus sentimientos.

—Lo agradezco.

—Trabajamos juntos durante años. Es fácil hacerlo otra vez.

—También reír.

Lo miré.

—¿Nos viste?

—Fui a buscarte.

—Dijiste que no intervendrías.

—No entré.

—Pero fuiste.

Connor se volvió.

—Llevabas horas fuera. La tormenta había comenzado y no enviaron ningún mensaje.

—El conductor estaba conmigo, ¿por qué fuiste?

Su expresión se endureció.

—Porque estaba celoso.

La admisión me detuvo.

—Pensé que fingirías que solo te preocupaban los documentos. ¿Qué fue lo que cambió?

—Me pediste que preguntara antes de actuar. Supuse que también debía decir la verdad antes de convertirla en una orden.

La respuesta me conmovió más de lo que quería mostrar.

—No ocurrió nada —dije.

—No he preguntado.

—Lo estabas pensando. —Me acerqué—. Ciarán recuerda una parte de mí que tú nunca conociste.

—Eso es lo que odio.

—No puedes cambiarlo, estuvo allí cuando yo necesitaba a alguien.

—Lo sé.

—Y aun así regresé aquí.

Connor levantó la mirada.

—Por Eileen.

—Al principio.

La palabra alteró el aire. Se acercó un paso.

—¿Y ahora?

No estaba preparada para responder.

Connor se detuvo antes de invadir mi espacio.

—No tienes que decirlo.

—¿Qué ocurrirá cuando esta investigación dañe tu apellido?

—Lo defenderé.

—¿A tu apellido?

—A ti.

La respuesta llegó demasiado rápido.

—No quiero que hables desde el deseo.

—No lo hago.

—Hace unas horas estabas celoso.

—Sigo estándolo.

Una sonrisa involuntaria apareció en mis labios.

—No parece una buena base para una promesa.

Connor se acercó, sus manos encontraron mi cintura.

—No es una promesa.

—¿Entonces qué es?

—Una advertencia.

—Eso suena peor.

—Para quien inició los rumores. —Su boca rozó mi sien y luego la línea de mi cabello—. No tocaré tus hospicios sin permiso ni hablaré con abogados sin preguntarte. —Sus labios descendieron hasta mi mejilla—. Pero no esperes que permanezca tranquilo mientras alguien intenta destruir aquello que amas.

La cercanía desordenó mi respiración.

—Tú también intentaste destruir cosas que amaba.

Connor se quedó inmóvil.

—Sí.

La palabra fue pronunciada contra mi piel. No se defendió. Sus manos continuaron en mi cintura, pero sin aumentar la presión.

—Eso no desaparece porque ahora quieras protegerme —dije—, ni porque duermas conmigo.

—No.

—Ni porque me beses de esa manera.

Connor rozó con los labios la comisura de mi boca.

—¿De qué manera?

—Sabes perfectamente…

Me besó. El resto de la frase quedó atrapado entre nuestros labios. No fue un beso destinado a terminar una discusión, había algo vulnerable en él, una forma de pedir sin palabras que no confundiera sus celos con el antiguo deseo de poseerme.

—No intentes distraerme —murmuré contra sus labios.

—Está funcionando.

—Un poco.

—Podría esforzarme más.

Sonreí. Connor volvió a besarme, esta vez con mayor lentitud. Su pulgar recorrió la curva de mi cintura mientras la otra mano se enredaba en mi cabello. El deseo apareció, cálido y familiar. Aun así, debajo de él permanecía el conflicto.

Me aparté antes de que pudiera crecer demasiado.

Connor no intentó retenerme.

—Eso —dije— es lo que debes seguir haciendo.

—¿Besarte?

—Soltarme.

Su expresión cambió.

—Siempre que quieras irte.

—Incluso si estoy equivocada.

—Especialmente entonces.

Lo miré durante varios segundos.

—Quédate esta noche.

Connor acarició mi mejilla.

—Pensé que estabas enfadada.

—Lo estoy.

—Tu forma de castigarme ha mejorado.

Le golpeé el pecho. Él rio y me besó la frente.

—Voy a revisar los registros de transferencias —dijo.

—Esta noche no.

—¿Y qué es lo que quieres?

Deslicé los dedos por el cuello de su camisa.

—Quiero que aprendas a no hacer preguntas innecesarias.

Sus ojos se oscurecieron.

—Esa lección podría tomar horas.

—Tenemos tiempo.

A la mañana siguiente, las tres cajas de documentos estaban abiertas. La biblioteca pequeña había sido registrada. No faltaba dinero, no faltaban joyas, solo había desaparecido una carpeta.

El informe de inspección de Saint-Denis, la única prueba cuya ausencia habíamos descubierto el día anterior.

Connor permaneció junto a la mesa, observando el espacio vacío donde yo había dejado las llaves antes de subir.

—¿Quién sabía que faltaba? —preguntó.

—Ciarán. Tú. Yo.

—¿Alguien nos escuchó hablar?

Pensé en los empleados entrando y saliendo del vestíbulo, en Maureen instalada a pocos corredores, en Eleanor. En las puertas que nunca parecían cerrarse por completo dentro de aquella casa.

—Tal vez.

Connor tomó la llave de la mesa.

—No fue una persona ajena.

La certeza resultó más fría que la mañana.

—Alguien dentro de la casa está colaborando con Maureen —dije.

—O actuando por su cuenta.

Los dos miramos hacia la puerta, en el corredor se escuchó la risa de Eileen, después la voz de Eleanor, más lejos, los pasos tranquilos de Ciarán descendían por la escalera. Todos se encontraban bajo el mismo techo, todos conocían alguna parte de mi vida y alguno de ellos acababa de robar la prueba que podía salvar aquello que había construido.

Connor extendió la mano. La tomé. No porque necesitara que me sostuviera, sino porque, por primera vez, el peligro no se encontraba entre nosotros, estaba dentro de la casa.

23 La madre inestable

Connor cerró la puerta de la biblioteca y guardó la llave en el bolsillo interior de su chaqueta. No había encontrado señales de una entrada forzada. La cerradura permanecía intacta, las ventanas estaban aseguradas y ninguno de los empleados admitía haber visto a una persona extraña cerca de la habitación, las cajas seguían en el mismo lugar donde las dejamos, con los documentos cuidadosamente ordenados, solo faltaba la carpeta, y no una cualquiera, la única cuya ausencia habíamos mencionado frente a otras personas.

—Interrogaré a los empleados —dijo Connor.

—No como si fueran criminales.

—Alguien ha robado dentro de mi casa.

—Y todavía no sabemos si fue un empleado.

—¿A quién más propones?

No respondí. Ciarán conocía el valor del informe, también sabía dónde estaban las cajas, sin embargo, robarlo habría destruido una investigación en la que él mismo había trabajado. Eleanor había escuchado conversaciones suficientes para comprender que

necesitábamos los documentos, aunque ignoraba cuál era el más importante. Maureen no necesitaba haber entrado personalmente. Le bastaba con convencer a otra persona de hacerlo por ella.

Connor observó mi rostro.

—Estás pensando en mi madre.

—Tú también.

—Sí.

—Entonces habla con ella antes de asustar a toda la servidumbre.

—Mi madre negará cualquier acusación.

—Eso no significa que no debamos confrontarla.

La mandíbula de Connor se tensó.

—Hablaré con ella.

—No vayas enfadado —dije.

—Han atacado tu trabajo.

—Precisamente por eso.

—¿Qué quieres que haga? ¿Qué le pregunte con amabilidad si ha robado un documento capaz de salvar los hospicios?

—Quiero que no le permitas convertir tu enojo en una ventaja.

Sus ojos regresaron a los míos.

La dureza disminuyó apenas.

—Haces esto con frecuencia.

—¿Qué?

—Me obligas a comportarme como un hombre mejor justo cuando preferiría ser el antiguo.

—El antiguo no resolvía demasiado.

—El antiguo conseguía que las personas tuvieran miedo.

—También yo lo tenía.

El arrepentimiento apareció de inmediato. Connor levantó mi mano y besó la parte interior de la muñeca. El gesto fue suave, casi distraído, pero la sensibilidad de aquel lugar hizo que mi pulso se acelerara bajo sus labios.

—No quiero que vuelvas a tenerlo —murmuró.

—Entonces no vuelvas a convertirte en él —respondí.

Connor me acercó mediante la mano que todavía sostenía.

Mi cuerpo quedó junto al suyo.

—Eso intento.

—Hablaré con mi madre —dijo—. Sin amenazas.

—Gracias.

—Todavía puedo pensar en ellas.

—Supongo que no puedo gobernar cada parte de ti.

—Sería agotador.

Una sonrisa ligera apareció entre nosotros.

Duró poco.

Maureen recibió la acusación desde su cama.

Ciarán se encontraba de pie cerca de la chimenea.

—¿La has examinado? —le pregunté.

—Su pulso es estable.

Maureen abrió los ojos.

—El doctor Doyle intenta ser discreto.

—El doctor Doyle intenta no llamarte mentirosa frente a todos —respondió Connor.

—Connor.

—Ha desaparecido un documento de la biblioteca.

Mi suegra retiró el paño.

—Qué lamentable.

—Era importante para la investigación de los hospicios.

—Entonces debisteis guardarlo mejor.

—La habitación estaba cerrada.

—En una casa llena de empleados.

—No fueron ellos.

Maureen lo observó.

—¿Me acusas?

Connor permaneció en silencio, había prometido no entrar con amenazas, no había prometido fingir.

—Te pregunto si sabes algo —dije.

Mi suegra volvió la mirada hacia mí.

—No me interesan tus papeles.

—Te interesa desacreditar mi trabajo.

—Tu trabajo se desacredita solo.

Connor dio un paso, toqué su brazo, se detuvo.

—¿Por qué dices eso? —pregunté.

—Porque esos lugares no deberían depender de una mujer que cambia de opinión con tanta facilidad.

—¿Qué opinión?

—La de ser madre. Esposa. Mujer respetable.

Ciarán tensó el rostro.

Eleanor desvió la mirada.

—No mezcles esto con Eileen —dijo Connor.

—Todo se relaciona con la niña.

—No.

—Tu esposa abandonó esta casa durante años.

—Porque creyó que su hija estaba muerta.

—También abandonó su matrimonio.

—Eso era distinto.

Maureen sonrió con cansancio.

—Para ti, quizá.

Se incorporó lentamente, fingiendo debilidad.

—La investigación sobre los hospicios será solo el principio. Las personas querrán saber qué clase de mujer dirige esos establecimientos. Preguntarán por sus viajes, sus ataques nerviosos y su cercanía con el doctor. —Miró hacia Ciarán—. Preguntarán qué ocurrió realmente después del nacimiento de Eileen.

El aire de la habitación cambió.

—No tienes derecho a utilizar aquello —dije.

—Yo no lo utilizaré. Otros lo harán.

—Porque tú se lo contarás.

—Las personas presentes durante el parto todavía viven.

Las palabras pronunciadas mientras mi cuerpo se desgarraba habían sobrevivido más que cualquier explicación posterior.

Ciarán se acercó.

—Lilianne.

Levanté una mano para detenerlo, no necesitaba que me sostuviera, al menos, no frente a Maureen.

—¿Qué has hecho? —preguntó Connor.

Su madre inclinó la cabeza.

—Nada todavía.

Aquella respuesta fue peor que una confesión.

Connor avanzó hacia la cama.

—Escúchame con atención.

—No la amenaces —intervino Ciarán.

Mi esposo se volvió hacia él.

—No te corresponde intervenir.

—Su madre está provocándola deliberadamente.

—Lo sé.

—Entonces compórtese como si lo supiera.

Los dos hombres se miraron, la antigua hostilidad apareció entre ellos, afilada y silenciosa.

—Basta —dije—. Ambos.

Connor volvió hacia mí y vi el esfuerzo con que contenía el enojo.

—¿Sabes dónde está el documento? —pregunté a Maureen.

—No.

—¿Has hablado con alguien de los hospicios?

—Las personas me hacen preguntas.

—¿A quién?

—Abogados. Miembros de ciertas juntas. Familias preocupadas por la reputación de los Walsh.

—¿Qué abogados? —preguntó Connor.

—Los que debiste consultar antes de permitir que tu esposa utilizara tu dinero para alimentar a extranjeros.

—No utiliza mi dinero sin autorización.

—Eso será difícil de demostrar cuando gran parte de sus viajes fue pagada mediante cuentas familiares.

Miré a Connor.

—¿Es cierto?

Él tardó demasiado en responder.

—Algunas transferencias se hicieron desde mis cuentas.

—Dijiste que no habías intervenido.

—No lo hice directamente.

—¿Entonces quién?

Los ojos de Connor se dirigieron hacia su madre.

Maureen volvió a acomodarse sobre las almohadas.

—Quizá debáis hablar con los abogados —dijo.

Había ganado aquella conversación, no porque demostrara algo, sino porque había logrado sembrar una nueva duda.

El abogado llegó esa misma tarde.

Connor lo recibió en el despacho. Yo entré con él. Maureen no fue invitada. Ciarán tampoco.

Bellamy extendió varios documentos sobre la mesa.

—La situación posee dos aspectos diferentes —explicó—. La investigación de las instituciones caritativas y las medidas preventivas relacionadas con la señorita Eileen.

—¿Qué medidas preventivas? —pregunté.

El abogado miró a Connor antes de responder.

—La señora Maureen Walsh ha solicitado asesoramiento acerca del bienestar de la niña.

—No tiene autoridad legal sobre ella —dijo Connor.

—No directamente.

—Entonces no comprendo por qué estamos hablando de esto.

Bellamy acomodó los lentes.

—La señora Walsh sostiene que existen motivos para cuestionar la estabilidad emocional de la madre.

Sentí frío.

—¿Basándose en qué?

—Testimonios.

—¿De quién?

—Personas presentes durante el parto. Empleados que trabajaron en esta casa. Correspondencia escrita durante los meses posteriores.

—¿Mi correspondencia?

—Algunas cartas fueron conservadas.

Connor golpeó la mesa con la palma.

—Mi madre no tenía derecho.

—Eso puede discutirse.

—No se discutirá. Se devolverán.

Bellamy lo observó con cautela.

—También existen registros médicos.

«Ciarán.» Pensé en él antes de poder evitarlo.

—¿El doctor Doyle los entregó? —pregunté.

—No conozco el origen exacto.

—Yo sí —dijo Connor—. Mi madre.

—Es probable.

El abogado deslizó un documento hacia nosotros.

—Se menciona el estado depresivo posterior al parto, ataques de pánico, conducta impulsiva y una negativa inicial a aceptar a la niña.

No toqué el papel. No podía.

—Estaba sufriendo —dije.

—Lo comprendo.

—No. No lo comprende.

Mi voz tembló.

—Había parido. Me dijeron que mi hija estaba muerta. Después descubrí que la habían robado.

—Precisamente por eso existe una interpretación médica posible para su conducta.

—¿Interpretación médica?

—Un trauma grave puede afectar el juicio.

Connor se levantó.

—Termina de explicar qué intenta hacer mi madre.

Bellamy respiró profundamente.

—Si la señora Walsh abandonara la residencia y pretendiera llevarse a Eileen sin un acuerdo previo, la abuela podría apoyar una solicitud para restringir temporalmente su acceso.

—¿Con qué autoridad? —pregunté.

—La solicitud tendría que presentarla el padre.

Miré a Connor. El silencio fue inmediato.

—Yo no he solicitado nada —dijo.

—No.

—¿Entonces?

Bellamy señaló los papeles.

—Existen documentos firmados hace varios años que conceden a la señora Maureen Walsh amplias facultades sobre decisiones relacionadas con la menor en caso de incapacidad o ausencia de padres.

Connor tomó las hojas.

Leí su nombre al final. Su firma. Firme. Inconfundible.

—Tú firmaste esto —murmuré.

—No sabía qué era.

—Tu nombre está allí.

—Mi madre me entregaba documentos después de que encontré a Eileen. Firmé autorizaciones médicas, cuentas, asuntos de tutela…

—Sin leerlos.

Connor cerró los ojos brevemente.

—Sí.

—Le entregaste poder sobre nuestra hija.

—Creí que estaba protegiéndola.

La frase hizo que algo dentro de mí se quebrara.

—Todos creen estar protegiendo a alguien.

—Lilianne.

—Maureen me la quitó. Ciarán escondió una carta. Tú firmaste papeles sin leerlos.

—No sabía lo que había hecho.

—Ese es el problema.

Bellamy apartó la mirada, incómodo.

—Señora Walsh…

—Salga.

El abogado vaciló. Connor asintió.

—Déjanos.

Bellamy reunió los papeles, pero Connor retuvo los documentos firmados. Cuando la puerta se cerró, el despacho pareció más pequeño.

—No participé en esto —dijo.

—Permitiste que ocurriera.

—No sabía que mi madre intentaría utilizarlo contra ti.

—¿Qué pensabas que haría con tanto poder?

—Confiaba en ella.

Reí sin humor.

—Después de que escondiera a nuestra hija.

—No conocía toda la verdad entonces.

—Siempre existe una explicación para aquello que no quisiste ver.

Connor palideció.

—No es justo.

—¿No?

—Fui engañado.

—También yo.

—No estoy negándolo.

—Pero tu engaño te dejó con Eileen, el mío hizo que yo pasara cinco años buscándola.

La frase lo hirió. Lo vi. No pude detenerme.

—Tú pudiste besarla, verla caminar y escuchar sus primeras palabras mientras firmabas papeles sin molestarte en saber qué decían.

—No fue así.

—¿Cómo fue?

Connor se apartó de la mesa.

—Estaba aterrorizado.

—Eso no te convierte en inocente.

—No he dicho que lo haga.

—Encontraste una hija que no sabías cómo criar y entregaste las decisiones a tu madre, porque resultaba más sencillo.

—Sí.

La admisión debería haber calmado mi rabia. No lo hizo.

—Tu indiferencia le permitió construir todo esto.

—No fue indiferencia.

—¿Qué nombre prefieres?

Connor se pasó una mano por el rostro.

—Cobardía.

El despacho quedó en silencio.

—No sabía ser padre —continuó—. Eileen estaba enferma, lloraba cada noche y yo apenas podía sostenerla sin pensar que podía romperse. Mi madre parecía saber qué hacer.

—Tu madre siempre parece saberlo.

—Lo sé ahora.

—Demasiado tarde.

Connor levantó la mirada.

—No.

Su voz cambió.

—No permitiré que utilice esos papeles.

—¿Cómo piensas impedirlo?

—Los anularé.

—¿Y si no puedes hacerlo de inmediato?

—Entonces permanecerás aquí con Eileen hasta que lo resolvamos.

Me quedé inmóvil.

—¿Qué dijiste?

Connor parecía no haber comprendido aún sus propias palabras.

—No saldrás de esta casa con ella mientras mi madre tenga una forma de acusarte de inestabilidad.

El antiguo miedo regresó antes que el pensamiento, las paredes, las puertas, Connor decidiendo dónde podía estar.

—No puedes ordenarme eso.

—No es una orden.

—Ha sonado exactamente como una.

—Intento protegerte.

—No.

Retrocedí.

—Intentas encerrarme porque tienes miedo.

—Lilianne…

—Puedes haber aprendido a tocarme de otra manera, pero todavía intentas encerrarme cuando tienes miedo.

La frase cayó entre nosotros.

Connor dejó de moverse, la ira desapareció de su rostro, solo quedó el horror. Recordó. Las noches en que cerraba la puerta, las veces que había decidido por mí, la forma en que convirtió el embarazo en una cadena antes de que Maureen utilizara a la niña como una.

—Tienes razón —dijo.

—No quiero tenerla.

—Pero la tienes.

Se apartó de la puerta, no estaba bloqueándola.

Aun así, el gesto fue deliberado.

—No voy a impedir que salgas —continuó—. Ni que te lleves a Eileen si existe una emergencia.

—No necesitas concederme permiso.

—No.

Su voz era baja.

—Lo siento.

El arrepentimiento no borró el miedo que había despertado en mí.

—¿Qué ocurrirá la próxima vez? ¿Cuándo algo más te asuste?

Connor no respondió inmediatamente.

—No lo sé.

La sinceridad dolió.

—Quiero decir que me detendré —añadió—. Que recordaré esto antes de hablar. Pero no puedo prometer que el miedo no vuelva a convertir mis pensamientos en órdenes.

—Entonces no has cambiado tanto.

—No.

El reconocimiento me sorprendió.

—He cambiado lo suficiente para saber que estaba haciéndolo otra vez —continuó—. No lo suficiente para no hacerlo nunca.

Nos miramos, había dolor en su rostro, también en el mío.

—Necesito estar sola —dije.

Connor asintió, no intentó tocarme, aquello fue, al menos, una diferencia. Me dirigí hacia la puerta.

—Lilianne.

Me detuve sin volverme.

—No firmaré nada sin que lo leas —dijo—. Nunca más.

—No quiero revisar cada decisión para asegurarme de que no vuelves a entregarle nuestra vida a alguien.

—Lo sé.

—Quiero poder confiar en ti.

—También yo.

—No es suficiente quererlo.

—No.

Abrí la puerta.

—Hablaré con Bellamy —continuó—. Anularemos los documentos y demostraré que mi madre actuó sin informarme.

—Hazlo.

—No utilizaré el asunto para impedir que salgas.

No respondí, atravesé el corredor sin mirar atrás.

Ciarán me encontró cerca de la escalera.

Sostenía una carpeta de registros médicos y pareció advertir de inmediato que algo había ocurrido.

—¿Está bien?

—No.

Se acercó.

—¿Qué pasó?

—Maureen conserva registros del parto. Cartas. Testimonios.

Su rostro cambió.

—¿Registros médicos?

—Bellamy no quiso decir de dónde provienen.

—No fui yo.

—No te he acusado.

—Lo pensó.

No lo negué. Ciarán bajó la voz.

—Los informes que yo redacté permanecen conmigo. Nadie ha tenido acceso a ellos.

—¿Estás seguro?

—Sí.

Recordé la carta, la seguridad con que Ciarán podía pronunciar una verdad mientras ocultaba otra.

—No puedo confiar en certezas ajenas ahora.

El dolor apareció en sus ojos.

—Lo comprendo.

—No digas eso.

—¿Qué quiere que diga?

—Nada.

Intenté continuar. Ciarán tomó suavemente mi brazo. No fue una sujeción fuerte, aun así, me tensé. Me soltó de inmediato.

—Perdón.

—No quiero que ninguno de ustedes me toque para detenerme.

—No volveré a hacerlo.

El contraste con Connor resultó inevitable.

Ambos podían reconocer el error.

Ambos lo hacían después de cometerlo.

—Maureen intenta demostrar que soy inestable —dije—. Si me marcho con Eileen, podría utilizarlo contra mí.

—Entonces no se marche todavía.

Lo miré.

—Tú también.

—No intento encerrarla.

—Acabas de decirme qué debo hacer.

—Estoy hablando desde un punto de vista legal.

—Siempre existe una justificación.

Ciarán cerró la boca.

—Necesito pensar —añadí.

—De acuerdo.

—Y necesito ver a mi hija.

Me dejó pasar y no me siguió.

Lo único que quería hacer en esos momentos, era encontrar a mi hija, pero Eileen no estaba en el salón, tampoco en la biblioteca, los establos ni el invernadero. La señorita Fanning aseguró que la niña había terminado sus lecciones y preguntado por mí.

—Pensé que estaría en su habitación —dijo.

—¿La acompañó?

—No. La señorita Ashford se ofreció.

Sentí una inquietud inmediata.

—¿Dónde está Eleanor?

—No la he visto desde hace casi una hora.

Subí las escaleras.

Maureen se encontraba en su habitación con las cortinas cerradas. No me detuve a interrogarla. Primero necesitaba encontrar a Eileen.

Abrí la puerta de su dormitorio, la cama estaba vacía, las muñecas permanecían ordenadas, la piedra rojiza que me representaba ya no estaba junto a la ventana.

—¿Eileen?

Entré, pero no hubo respuesta.

Revisé el armario, debajo de la cama y el pequeño espacio detrás de las cortinas donde acostumbraba esconderse de su institutriz.

Nada.

Me obligué a respirar.

Sobre la mesa encontré una hoja doblada, no era una carta, era uno de los dibujos de Eileen, había pintado la casa con cuatro figuras: ella, Connor, Maureen y yo. Esta vez me encontraba junto a un árbol, más lejos que las otras. Sobre mi figura había trazado una línea negra.

Escuché pasos en el corredor, Connor apareció en la puerta.

Su rostro cambió al verme.

—¿Qué ocurre?

—Eileen no está aquí.

—Estará abajo.

—Ya busqué.

—¿Con Eleanor?

—Tampoco la encuentran.

La tensión regresó a su cuerpo.

—¿Desde cuándo?

—Casi una hora.

Connor tomó el dibujo, lo observó.

—Eso no significa nada —dijo.

—No he dicho que signifique algo.

—Lo estás pensando.

—Tu madre le dijo que yo volvería a marcharme.

Connor salió al corredor.

—¡Nora!

Su voz resonó por toda la planta, varias puertas se abrieron, los empleados aparecieron, la antigua autoridad regresó a él, pero aquella vez no estaba dirigida contra mí.

—Busquen a Eileen —ordenó—. Cada habitación, los jardines y los establos. Que nadie abandone la propiedad.

Me acerqué.

—Connor.

Me miró. El miedo en sus ojos era el mismo que sentía yo.

—La encontraremos —dijo.

No era una promesa, era una súplica.

Corrí hacia la escalera, por primera vez desde mi regreso no temí que Connor intentara impedirme salir de la casa, temí que, cuando cruzara la puerta, mi hija ya no estuviera dentro de ella.

24 La niña desaparecida

La casa se llenó de voces.

Connor descendió detrás de mí.

—Revisen primero la casa —ordenó—. Después los jardines. Que preparen caballos y envíen hombres hacia el lago.

—Todavía no sabemos cuánto tiempo lleva fuera —dije.

—Casi una hora.

—La señorita Fanning dijo que la vio hace casi una hora. Puede seguir dentro de la propiedad.

—Entonces la encontraremos antes de que alguien salga.

Tomó del brazo a un criado.

—Cierra las puertas principales —Ordenó casi con hostilidad—. Nadie abandona la propiedad sin mi permiso.

El joven palideció.

—Sí, señor.

—Connor.

No me escuchó.

—Pregunta en las cocinas, revisa los carruajes, que alguien vaya a los establos y compruebe si falta algún animal.

—Connor.

—Eileen se esconde cuando tiene miedo —dije—. Si llenas la casa de hombres gritando, no saldrá.

Su respiración se alteró.

—No está escondida.

—No lo sabemos.

—Eleanor también ha desaparecido.

—Eso no significa que se la haya llevado.

—Fue la última persona que estuvo con ella.

—Por eso debemos averiguar qué ocurrió, no decidirlo antes.

Connor cerró los ojos un instante, sus manos cubrieron mis muñecas, no intentó apartarlas.

—No puedo perderla —murmuró.

La frase no estaba dirigida a un empleado ni a la casa.

Era para mí.

—No la perderemos.

No sabía si podía prometerlo, pero lo dije de todos modos.

—Revisaremos su habitación otra vez.

Subimos.

El dormitorio de Eileen parecía demasiado ordenado.

—Mi madre hizo esto.

—No sabemos quién lo dibujó.

—Eileen.

—Me refiero a la idea.

La mandíbula de Connor se tensó.

Abrió el armario y apartó la ropa con demasiada fuerza.

—¿Qué estás buscando?

—Su abrigo.

Me acerqué, había dos abrigos colgados, el verde que utilizaba para montar no estaba, tampoco sus botas marrones.

—Salió —dije.

Connor cerró los ojos. Sobre la alfombra había una mancha pequeña de barro, seca en los bordes. Me agaché.

—No lleva una hora.

—¿Cómo lo sabes?

—El barro aún está húmedo en el centro.

Connor se arrodilló a mi lado.

—Pudo entrar desde el jardín esta mañana.

—Nora limpió la habitación después del desayuno.

Miramos la huella, no pertenecía a una bota infantil, era más estrecha y alargada, de una mujer.

—Eleanor —dijo Connor.

—Quizá.

Se levantó.

—Voy a encontrarla.

Tomé su mano.

—Primero revisemos lo demás.

Connor respiró profundamente. Obedeció. Sobre la mesa faltaba la piedra rojiza con la que Eileen me representaba. En el cajón encontramos varias cintas, pero no la azul que solía utilizar para montar.

La ventana estaba cerrada, no había señales de lucha.

—Se marchó voluntariamente —dije.

—Con Eleanor.

—Probablemente.

—Eso no mejora nada.

No. Quizá lo empeoraba. Eileen confiaba en ella, la habría seguido sin gritar, abrimos el pequeño baúl donde guardaba sus dibujos. Debajo de varias hojas encontramos una nota doblada.

Connor la tomó, la letra no era de Eileen, tampoco de Eleanor, reconocí los trazos severos de Maureen.

Llévala después de la lección. La casa de los Miller estará preparada. No permitas que nadie las vea salir por el camino principal.

No había nombres, no eran necesarios.

Connor leyó la nota dos veces, su rostro perdió todo color.

—Voy a matarla.

—No.

—Se llevó a nuestra hija.

—No sabemos si Maureen salió de la casa.

—Lo organizó.

—Sí.

Arrugó el papel en la mano.

—Voy a llamar a las autoridades.

—Primero encontraremos a Eileen.

—Y detendrán a Eleanor.

—Todavía no sabemos qué le dijo Maureen.

Connor me miró con incredulidad.

—Hay una nota.

—Una nota que demuestra que Eleanor debía llevarla a una casa, no que quisiera hacerle daño.

—¿Eso debe tranquilizarme?

—Debe impedir que perdamos tiempo castigando a la equivocada.

—La sacó de esta casa.

—Y quizá pueda decirnos dónde está.

Connor se dirigió hacia la puerta. Lo seguí.

—No te pongas de su parte.

—No estoy de su parte.

—La defendiste antes.

—Porque Maureen la convirtió en una pieza.

—Eleanor aceptó serlo.

Me coloqué delante de él.

—Y responderá por eso. Pero ahora la necesitamos viva, consciente y dispuesta a hablar.

El enojo en sus ojos se mezcló con el miedo.

—No sabes lo que puede haberle hecho a Eileen.

—Tú tampoco.

—¿Cómo puedes estar tan tranquila?

La pregunta me hirió.

—No estoy tranquila. —Tomé su mano y la coloqué sobre mi pecho, el corazón golpeaba con tanta fuerza que me dolía—. Estoy aterrorizada. Pero una de las dos personas que la aman tiene que pensar.

Connor cerró los dedos sobre la tela de mi vestido.

El gesto pareció sostenerlo.

—Dime qué hacemos.

Fue la primera vez que lo escuché pedir instrucciones en su casa.

—Averiguamos dónde viven los Miller. Enviamos personas por los caminos. Después hablamos con Maureen.

—Juntos.

—Sí.

No quería enfrentarla sola, tampoco dejaría que Connor lo hiciera.

Maureen estaba vestida cuando entramos, su enfermedad había desaparecido, permanecía de pie junto a la ventana mientras su dama personal cerraba un pequeño equipaje. Al vernos, hizo un gesto para que la mujer saliera.

—¿Dónde está Eileen? —preguntó Connor.

No hubo saludo. Maureen sostuvo su mirada.

—Con Eleanor.

—Eso ya lo sabemos.

Colocó la nota sobre una mesa. Mi suegra la observó sin sorpresa.

—Registraron el dormitorio de la niña.

—¿Dónde está la casa de los Miller? —pregunté.

—A pocos kilómetros.

—¿Qué Miller?

—Una familia respetable.

Connor avanzó.

—Dame la dirección.

—No es necesario crear un escándalo.

—Mi hija ha desaparecido.

—No ha desaparecido. Está pasando la tarde fuera.

—Sin permiso de sus padres.

Maureen levantó la barbilla.

—Necesitaban comprender algo.

El frío se extendió por mi cuerpo.

—¿Qué cosa?

—Que una casa no puede depender de una mujer impredecible.

Connor golpeó la mesa con ambas manos.

—¡Dónde está!

Maureen palideció, pero no retrocedió.

—Eleanor debía regresar antes de la cena.

—¿Debía? —pregunté—. ¿No sabes dónde está ahora?

—Por supuesto que sí.

—Entonces dilo.

—En la propiedad de los Miller.

—¿Cuál?

Guardó silencio. Connor tomó el jarrón de la mesa y lo lanzó contra la pared, el cristal se quebró, la doncella gritó al otro lado de la puerta. Yo también retrocedí. Connor parecía no haber advertido

lo que hizo. Respiraba con dificultad, los puños cerrados a los costados.

—Dile al conductor la dirección —ordenó—. Ahora.

—¿Por qué la sacaste? —pregunté.

—Porque debías aprender que no puedes tenerlo todo.

—¿Mi hija era una lección?

—Eileen estaría segura.

—La utilizaste para demostrar que soy irresponsable.

—No necesitaba demasiado esfuerzo.

Connor avanzó otra vez, me coloqué entre ambos.

—No.

—Apártate.

—No vas a tocarla.

—Lilianne.

—Si lo haces, Maureen se convertirá en la víctima. Es lo que quiere.

Mi suegra sonrió apenas. Connor lo vio. La furia en su rostro cambió, retrocedió, no por ella, sino por mí.

—La dirección —repitió.

Maureen se sentó.

—Los Miller viven al norte del bosque, cerca del antiguo molino. Eleanor debía llevar a Eileen por el camino secundario y permanecer

allí hasta el anochecer.

—¿Para qué? —pregunté.

—Cuando descubrieran la ausencia, alguien informaría a las autoridades de que tú habías estado distraída con los asuntos de tus hospicios. Eleanor regresaría después asegurando que encontró a la niña vagando sola.

No pude respirar.

—Querías que pareciera que Eileen había escapado a mi cuidado.

—Necesitabas comprender que tu trabajo pone a la niña en peligro.

—Tú la pusiste en peligro.

—Estaba con Eleanor.

—¿Y si algo ocurrió en el camino?

La seguridad de Maureen vaciló solo un instante, fue suficiente.

Connor abrió la puerta.

—Que preparen el automóvil y todos los caballos —ordenó a los empleados reunidos fuera—. Camino del molino. Ahora.

Ciarán apareció al final del corredor.

—¿Qué ha ocurrido?

Connor lo miró.

—No te corresponde.

—Eileen está desaparecida.

—Ya lo sabe toda la casa —dije—. Necesitamos personas que conozcan los caminos.

Ciarán se acercó.

—Conozco la zona al norte del bosque.

—Entonces vendrá conmigo —dijo Connor.

—Yo también.

Ambos se volvieron hacia mí.

—No —respondieron al mismo tiempo.

La rabia atravesó el miedo.

—No vuelvan a hacer eso.

Connor intentó acercarse.

—El terreno está húmedo y puede ser peligroso.

—Es mi hija.

—Precisamente.

—No me quedaré en esta casa mientras ustedes la buscan.

Ciarán habló con mayor suavidad:

—Lilianne, si Eileen regresa por otro camino…

—Habrá empleados aquí.

—Podría necesitarla.

—Y podría estar llamándome ahora en medio del bosque.

Ninguno encontró una respuesta, tomé mi abrigo.

—Voy.

Connor cerró los ojos brevemente.

—Quédate cerca de mí.

—No me des órdenes.

—No era…

—Lo sé.

Su mano rozó mi brazo, esta vez no para detenerme.

—Por favor.

Asentí.

Salimos.

La lluvia comenzó cuando llegamos al bosque.

El automóvil no podía avanzar más allá del antiguo molino. Descendimos. Connor organizó a los hombres en grupos. Ciarán señaló dos senderos que conducían hacia el norte y explicó dónde terminaban. Yo observé el barro, había huellas de botas, algunas grandes, otras pequeñas.

—Pasaron por aquí —dije.

Connor se agachó, la huella infantil se hundía junto a otra más estrecha. Eleanor. Las seguimos. El sendero bordeaba el bosque y descendía hacia una zona donde la tierra se volvía blanda. Había ramas rotas y una cinta blanca atrapada en un arbusto.

No pertenecía a Eileen, era de Eleanor.

Connor la tomó.

—Estuvieron aquí.

Ciarán examinó el suelo.

—Las huellas se separan.

Tenía razón, las marcas pequeñas continuaban hacia el bosque, las otras descendían por una pendiente.

—¿Por qué se separarían? —preguntó Connor.

Nadie respondió. El miedo adquirió una forma más precisa; Eileen había huido, Eleanor la había seguido.

Avanzamos por la pendiente.

No me ofrecía la mano a menos que el terreno lo exigiera, había aprendido incluso dentro del terror.

—¡Eileen! —grité, pero mi voz se perdió entre los árboles.

Los hombres repitieron su nombre desde distintos puntos del bosque. No hubo respuesta.

Ciarán encontró una huella profunda junto a una roca.

—Alguien cayó aquí.

Había sangre sobre una hoja.

Connor comenzó a correr, descendimos detrás de él.

Encontramos a Eleanor cerca de un arroyo, estaba tendida sobre el barro, con el vestido rasgado y una herida en la frente, una de sus piernas permanecía atrapada entre dos raíces.

—Eleanor —dije.

Abrió los ojos.

El alivio apareció en su rostro antes que el miedo.

—Eileen.

Connor se arrodilló junto a ella.

—¿Dónde está?

La joven intentó incorporarse. Gimió. Ciarán se acercó para examinarla, pero Connor tomó primero sus hombros.

—¿Dónde está mi hija?

—Connor —advertí.

Eleanor comenzó a llorar.

—Huyó.

El mundo pareció detenerse.

—¿Hacia dónde? —pregunté.

—No sé.

Me arrodillé al otro lado.

—Mírame. —Sus ojos encontraron los míos—. ¿Qué ocurrió?

—La señora Walsh me pidió que la llevara con los Miller.

—Eso sabemos.

—Dijo que solo serían unas horas, que después yo debía fingir que la había encontrado cerca del camino.

—Aceptaste —dijo Connor.

Su voz era baja y terrible. Eleanor cerró los ojos.

—Sí.

—Utilizaste a mi hija.

—Pensé que estaría segura.

—¿Segura mientras destruías a su madre?

—Connor.

Volvió hacia mí.

—No la defiendas.

—No lo hago. Necesitamos saber qué ocurrió después.

Ciarán colocó una mano sobre el hombro de Connor.

Mi esposo se volvió con violencia.

—No me toques.

—Está asustándola.

—Debe estar asustada.

—No si quiere que recuerde con claridad.

—No me digas cómo buscar a mi hija.

Ciarán se incorporó.

—Si hubiera controlado a su madre antes…

Connor lo empujó, no fue un golpe, pero casi.

Ciarán retrocedió un paso y cerró los puños.

—Tú no tienes derecho a hablar de control —dijo Connor—. Ocultaste una carta que podía devolverle a Eileen.

—Y usted permitió que esta mujer entrara en su casa.

—¡Basta!

Mi voz atravesó el bosque. Ambos se volvieron. Me puse de pie.

—Mi hija no es el lugar donde van a resolver cuál de ustedes es mejor hombre. —El silencio cayó. La lluvia descendía por sus rostros —. Ciarán, atiende a Eleanor.

El médico obedeció.

—Connor, busca alrededor del arroyo.

Él no se movió.

—No voy a alejarme de ti.

—Entonces quédate y escucha sin amenazarla.

Su mandíbula se tensó, pero asintió. Volví hacia Eleanor.

—¿Por qué huyó Eileen?

La joven respiró con dificultad mientras Ciarán liberaba su pierna.

—Escuchó una conversación.

—¿Con quién?

—Con la señora Miller. Ella preguntó cuánto tiempo debía mantener escondida a la niña, dijo que, cuando regresáramos, usted parecería una madre descuidada.

Las lágrimas se mezclaban con la lluvia.

—Eileen comenzó a gritar, dijo que usted no la había abandonado, que su abuela era una mentirosa. —Mi pecho se contrajo—. Intenté calmarla. Le dije que volveríamos a casa, pero no me creyó.

—¿Por qué?

Eleanor bajó la mirada.

—Porque me preguntó si yo quería ser su nueva madre.

Connor cerró los ojos.

—¿Qué le dijiste?

—Que no.

—¿La verdad? —pregunté.

La joven lloró con mayor fuerza.

—Le dije que la quería, pero que usted era su madre y que eso era algo que yo no podía cambiar.

—Salió por la puerta trasera —dijo Eleanor—. La seguí. La alcancé cerca del molino, pero gritó que no la tocara y entró en el bosque.

—¿Cuánto tiempo la viste? —preguntó Ciarán.

—Varios minutos. Llevaba el abrigo verde.

—¿Hacia dónde fue?

Eleanor señaló con una mano temblorosa.

—Hacia el río.

La palabra me atravesó. Connor palideció.

—¿Y tú?

—La seguí, caí por la pendiente, la llamé, pero no pude levantarme.

Ciarán examinó su tobillo.

—Está fracturado.

Connor se puso de pie.

—Que dos hombres la lleven al automóvil.

—No me deje aquí —suplicó Eleanor.

—No volverás a acercarte a Eileen.

—Connor —dije.

No era el momento. Él apretó la mandíbula.

—Después hablaremos.

Dos empleados improvisaron una camilla. Mientras levantaban a Eleanor, tomé su mano. La joven me miró, sorprendida.

—¿Llevaba algo más? —pregunté.

—Una piedra.

—¿Qué piedra?

—Roja. La apretaba en la mano.

La que me representaba. Tuve que soltarla. Connor rodeó mi cintura antes de que las piernas cedieran. Apoyé una mano en su pecho.

—Está buscándome.

—La encontraremos.

Su voz se quebró.

—Vamos al río.

El bosque se volvió más oscuro al avanzar hacia el agua, la lluvia aumentó, el suelo descendía de manera irregular y las raíces sobresalían bajo las hojas, convirtiendo cada paso en un peligro. Nos dividimos en tres grupos. Connor se negó a separarse de mí. Ciarán caminaba delante, siguiendo las huellas pequeñas cuando aparecían. A veces desaparecían bajo el barro o se mezclaban con las marcas de animales.

—¡Eileen! —grité.

Nada.

El río comenzó a escucharse antes de que pudiéramos verlo, un rumor constante, demasiado fuerte después de la tormenta que

había azotado Irlanda los días anteriores.

—No sabe nadar bien —dije.

Connor tomó mi mano.

—No irá al agua.

—Estaba asustada.

—Es inteligente.

—Tiene cinco años.

Aceleramos el paso, encontramos una rama rota, después una huella pequeña cerca de la orilla. El río apareció entre los árboles, oscuro y crecido, el agua golpeaba las piedras con una fuerza que hizo que el aire abandonara mis pulmones.

—Eileen —murmuré.

Los hombres comenzaron a recorrer ambas orillas.

Connor llamó su nombre hasta que la voz se volvió áspera.

Ciarán descendió hacia una zona de barro.

—Aquí.

Corrimos, había varias huellas infantiles junto al agua, una desaparecía donde la corriente había borrado parte de la orilla.

Me arrodillé.

—No.

Connor se colocó detrás de mí.

—No significa que haya entrado.

—La huella termina aquí.

—El agua subió.

—Connor… —Ciarán examinó los juncos—. Algo está atrapado.

Extendió el brazo, sacó una cinta azul, la cinta de Eileen, estaba mojada, oscura por el barro. Durante un segundo nadie habló. Connor la tomó de las manos del médico, la reconoció, vi cómo el miedo destruía por completo el control de su rostro.

—No —dijo.

Fue una palabra pequeña, casi infantil. Me levanté, le quité la cinta y la apreté contra el pecho. No podía llorar. No todavía. Si

comenzaba, el río se llevaría también todo aquello que me permitía seguir de pie.

—Sigan buscando —Los hombres dudaron—. ¡Sigan buscando!

Se dispersaron. Connor permaneció frente al agua.

—Eileen sabe que no debe acercarse al río —murmuró.

—También sabe esconderse.

—La cinta estaba aquí.

—Pudo perderla.

—Las huellas…

—Pudo retroceder sobre sus propios pasos.

No sabía si era posible, necesitaba que lo fuera.

Connor se volvió hacia mí, sus ojos estaban llenos de algo que nunca había visto en él: desesperación absoluta.

—Lilianne.

Tomé su rostro.

—No la hemos encontrado.

—¿Y si…?

—No.

—Debemos considerarlo.

—No mientras haya un lugar sin revisar.

—La corriente…

Lo besé, no fue un gesto romántico, fue una forma desesperada de detener la palabra que ninguno podía pronunciar. Connor se aferró a mi cintura. El beso duró apenas un instante, lleno de lluvia, miedo y labios fríos. Cuando nos separamos, apoyó la frente contra la mía.

—No puedo respirar —dijo.

—Hazlo conmigo.

Inspiré. Connor intentó imitarme. Una vez. Otra.

—La encontraremos —murmuré.

No sabía si se lo decía a él o a mí.

Ciarán regresó corriendo desde la otra orilla.

—Hay más huellas hacia el este.

Connor levantó la cabeza.

—¿De ella?

—No puedo asegurarlo. Pero son pequeñas.

Comenzamos a correr, la cinta permanecía cerrada dentro de mi mano, la piedra roja seguía con Eileen y mientras ella la conservara, yo debía creer que todavía estaba intentando encontrar el camino de regreso hacia mí.

25 Todo lo que una madre teme

Seguimos las huellas hacia el este hasta que dejaron de existir.

Después la lluvia las borró.

El bosque absorbió cada señal.

Connor continuó avanzando, aunque ya no hubiera nada que seguir. Apartaba ramas con las manos, descendía por pendientes resbaladizas y llamaba a Eileen hasta que la voz comenzó a romperse.

Yo caminaba detrás.

—¡Eileen! —grité.

No hubo respuesta, solo el agua, el viento, las voces lejanas de los hombres dispersos entre los árboles.

Ciarán se detuvo junto a un tronco caído.

—Debemos regresar unos metros.

Connor no volvió la cabeza.

—No.

—Las huellas han desaparecido.

—Entonces las encontraremos otra vez.

—Está oscureciendo.

—No me importa.

—Debería importarle. En una hora no se distinguirá el sendero.

—Mi hija está aquí.

—Precisamente por eso debemos buscar con orden.

—No voy a regresar a la casa.

—No he dicho que regresemos a la casa.

—Entonces deja de hablar y sigue buscando.

Ciarán se puso rígido.

—El miedo no convierte todas sus decisiones en correctas.

Connor avanzó hacia él.

Me interpuse antes de que pudieran comenzar otra disputa.

—Tiene razón. —Mi esposo me miró como si lo hubiera traicionado—. No podemos correr sin saber hacia dónde, solo conseguiremos perdernos también.

—¿Qué propones?

—Volver al último lugar donde vimos las huellas.

—Ya lo revisamos.

—Entonces lo revisaremos de otra forma.

Connor respiró con dificultad.

—Cada minuto…

—Lo sé.

Tomé su rostro entre las manos.

Estaba frío.

—Sé lo que significa cada minuto.

—No puedo volver sin ella.

—No volveremos sin ella.

—No me prometas algo que no puedes controlar.

La frase me hirió porque era cierta.

—Entonces prométeme tú que vas a pensar.

—No sé cómo hacerlo —dijo.

—Hazlo conmigo.

Tomé su mano.

Regresamos al lugar donde las huellas se habían separado del río.

La noche descendió demasiado rápido, los hombres encendieron lámparas y antorchas. La luz amarilla se movía entre los árboles, creando sombras que parecían figuras infantiles durante un instante y desaparecían cuando corríamos hacia ellas.

Encontramos otro trozo de cinta, no era azul, pero pertenecía al vestido de Eleanor, después hallamos una rama con una mancha pequeña de sangre, pero Ciarán aseguró que podía proceder de la herida de la joven, pero no había rastro de Eileen.

La búsqueda comenzó a extenderse hacia caminos distintos, un grupo fue enviado río abajo, otro regresó al molino, dos hombres montaron hacia las propiedades cercanas para preguntar si alguien había visto a una niña de cabello rojo.

Yo continué avanzando, el cansancio dejó de importarme, el frío tampoco. Solo existía una pregunta. *¿Dónde se escondería Eileen?*

Pensé en sus juegos, en el armario, debajo de las cortinas, el banco detrás del roble donde había escapado de su institutriz. Eileen no huía sin buscar un refugio, incluso cuando deseaba desaparecer, necesitaba construir un lugar donde alguien pudiera encontrarla.

—Le teme a la oscuridad —dije.

Connor se detuvo.

—Sí.

—No entraría más en el bosque al anochecer.

—Quizá no sabía hacia dónde iba.

—Buscaría una casa.

Ciarán levantó la lámpara.

—La propiedad de los Miller está detrás de nosotros.

—No volvería allí.

—Entonces ¿qué casa conoce en esta zona? —preguntó Connor.

—Una casita —murmuré.

Connor se acercó.

—¿Qué?

—Eileen me contó que algunas veces se escondía en una casa pequeña cuando no quería regresar a las lecciones.

—La casa del lago.

—No. Otra.

Cerré los ojos, la voz de mi hija regresó en fragmentos.

«Papá dice que no debo ir porque el techo puede caerse».

«Hay una ventana pequeña».

«Antes dormían hombres allí».

—Un refugio de guardabosques.

Connor palideció.

—¿Cuál?

—Cerca del lago. O del río. No lo sé.

—Hay dos —respondió—. Uno al oeste, cerca de nuestras tierras. Otro más antiguo al norte.

Ciarán miró el terreno.

—Las huellas se dirigían al este.

—El sendero curva hacia el norte después del arroyo —dijo Connor. La esperanza apareció con tanta violencia que casi dolió.

—¿Eileen conoce ese lugar?

Él tardó en responder.

—Mi madre la llevaba a caminar por esa zona.

Maureen, otra vez.

—Tenemos que preguntarle cuál conoce —dije.

La expresión de Connor se endureció.

—No regresaré.

—No necesitas hacerlo. Envía a alguien.

—Tardaría demasiado.

—Entonces iremos nosotros.

—Lilianne…

—Maureen sabe qué refugio conoce Eileen.

Connor miró hacia el bosque, cada parte de él quería continuar buscando sin volver a mirar a su madre.

—Si la niña está allí —dijo Ciarán—, necesitarán saber cuál es el camino más rápido.

Connor cerró los ojos, después ordenó que prepararan los caballos.

Regresamos a la casa cerca de la medianoche.

No llevábamos a Eileen y la noticia entró antes que nosotros. Los empleados que esperaban en el vestíbulo apartaron la mirada al vernos. Algunas mujeres lloraban. Nora permanecía junto a la escalera, con las manos cerradas alrededor de un pañuelo.

Maureen estaba en el salón, no fingía enfermedad, se encontraba de pie junto a la chimenea, vestida y pálida. Eleanor había sido

trasladada a una habitación de la planta baja. Ciarán fue a examinarla apenas entramos, aunque su mirada permaneció sobre mí hasta que desapareció en el corredor. Connor no se quitó el abrigo, atravesó el salón directamente hacia su madre.

—¿Qué refugio conoce?

Maureen lo miró.

—¿Qué?

—El refugio de guardabosques. ¿Cuál conoce Eileen?

La confusión en su rostro pareció auténtica.

—No sé de qué hablas.

—La llevabas a caminar cerca del bosque y le enseñaste una casa.

Maureen frunció el ceño.

—Hay muchas construcciones en esas tierras.

Connor se acercó.

—Piensa.

—Lo estoy haciendo.

—Más rápido.

Mi suegra volvió la mirada hacia mí.

—¿No la encontraron?

La pregunta rompió algo dentro de él. Connor tomó una silla y la lanzó contra la pared, la madera se quebró, los empleados se

estremecieron y Maureen retrocedió.

—¡No la encontramos! —gritó—. Encontramos una cinta junto al río y a Eleanor herida en el bosque. Nuestra hija lleva horas sola bajo la lluvia porque tú decidiste utilizarla para castigar a su madre.

—No debía huir.

—Tiene cinco años.

—Eleanor debía vigilarla. Yo no le dije que permitiera…

—Basta.

La voz de Connor disminuyó, el volumen anterior había asustado a todos, pero la calma siguiente fue peor.

—No vuelvas a explicar lo que no pretendías que ocurriera. Dime dónde está la bendita casa.

Maureen respiró con dificultad.

—Cerca de la antigua propiedad de los Brennan.

—¿Al norte?

—Sí.

—¿Eileen ha estado allí?

—Una vez. Tal vez dos.

—¿Cómo llegaban?

—Por el camino del lago.

Connor dio media vuelta.

—Vamos.

Maureen tomó su brazo.

—Espera.

Él la miró como si no reconociera su mano.

—No puedes salir otra vez con este tiempo.

—Suéltame.

—Los hombres pueden buscar.

—Suéltame.

Maureen retiró los dedos.

—No he querido hacerle daño.

Connor se volvió completamente hacia ella.

—La robaste al nacer.

—La salvé.

—Me mentiste sobre su madre.

—Lilianne no la quería.

—Estaba pariendo.

—Lo dijo.

—Y tú convertiste el dolor de una mujer en una autorización.

Maureen palideció.

—Hice lo que creí correcto.

—Después enviaste pistas falsas.

—Intentaba protegerla de una madre inestable.

—Intentabas mantener a Lilianne lejos porque sabías que Eileen la elegiría cuando conociera la verdad.

La respiración de mi suegra se volvió agitada.

—Yo crie a esa niña.

—Y la utilizaste.

—La amo.

—No.

La palabra fue seca y definitiva.

—Amas que te necesite. Amas decidir qué debe saber, a quién debe querer y qué lugar debe ocupar dentro de esta familia.

Maureen miró a su hijo con una herida auténtica.

—Todo cuanto hice fue por ti.

Connor soltó una risa rota.

—Eso dices de cada cosa que destruyes.

—Te di una hija.

—Me diste una mentira.

—La cuidé cuando tú no sabías cómo hacerlo.

—Sí. —El reconocimiento la detuvo—. Yo fui cobarde. Te entregué decisiones que me correspondían porque estaba aterrado y tú parecías segura, firmé papeles sin leerlos, permití que me dijeras qué debía pensar de Lilianne.

Maureen levantó la barbilla.

—Sin mí no habrías sobrevivido.

—Tal vez. —Connor miró hacia mí—. Pero sobrevivir bajo tu control no era vivir. Y si Eileen muere esta noche…

No pudo terminar, Maureen cerró los ojos, por primera vez pareció comprender la dimensión de aquello que había iniciado.

—No morirá —murmuró.

—No vuelvas a pronunciar certezas sobre mi hija.

—Connor…

—Cuando regrese, no volverás a acercarte a ella sin que Lilianne o yo estemos presentes.

Mi suegra quedó inmóvil.

—No puedes apartarme.

—Puedo.

—Soy su abuela.

—Y nosotros somos sus padres.

Maureen me miró, el odio apareció con una claridad absoluta.

—Ella te dejará.

Connor no volvió la cabeza.

—Eso será decisión suya.

—Se llevará a Eileen.

—Entonces hablaremos como padres.

—Te destruirá.

—Quizá. —Su voz permaneció firme—. Pero ya no permitiré que tú decidas qué debo perder para evitarlo.

Maureen abrió la boca, pero Connor ya se había marchado.

Yo lo seguí.

El refugio se encontraba más lejos de lo que imaginé.

Atravesamos el camino del lago a caballo, acompañados por Ciarán y cuatro hombres. La lluvia comenzaba a disminuir, pero el viento sacudía los árboles y apagaba algunas lámparas.

Juntos.

—¿Qué le prometiste? —preguntó sin volver el rostro.

—¿A quién?

—A Eileen.

Comprendí que se refería a la tarde en que Maureen le había dicho que yo regresaría con los otros niños.

—Que siempre sabría dónde estaba y que regresaría por ella.

Connor guardó silencio.

—No le prometí permanecer en esta casa —añadí.

—Lo sé.

—Ni contigo.

Su mano continuó sobre la mía.

—También lo sé.

—¿Te molesta?

—Sí. —La sinceridad me produjo una emoción dolorosa—. Pero prefiero una promesa que puedas cumplir a otra que termine convirtiéndose en una jaula.

Apoyé la frente contra su espalda.

—Has aprendido algo.

—El miedo casi consiguió que lo olvidara esta tarde.

—Casi.

—No me perdones demasiado pronto.

—No pensaba hacerlo.

Sentí una risa breve dentro de su pecho, pero el sonido desapareció cuando apareció el desvío. Descendimos de los caballos. El sendero era demasiado estrecho para continuar montados. Avanzamos a pie, guiados por Connor. Él conocía la zona, aunque hacía años que no visitaba aquel refugio, la oscuridad parecía más profunda allí.

Los árboles se cerraban sobre el camino y el suelo estaba cubierto de ramas mojadas. Ciarán caminaba detrás de nosotros con una lámpara y una bolsa médica.

—Si está allí, puede presentar hipotermia —dijo.

—No hables como médico todavía —respondió Connor.

Ciarán guardó silencio. Yo agradecí que no discutiera.

Llamamos a Eileen, al principio nada respondió, después escuché un sonido, no una voz, sino un golpe pequeño, madera contra madera.

—Deténganse.

Todos quedaron inmóviles, el viento recorrió las ramas, otra vez, un golpe, tres veces. Provenía de algún lugar delante.

Corrí. Connor me llamó, pero no me detuve, las ramas arañaron mis brazos y el barro estuvo a punto de hacerme caer. Vi una forma oscura entre los árboles, una construcción pequeña, el techo estaba inclinado y parte de una pared parecía vencida por la humedad. La puerta permanecía cerrada.

—¡Eileen!

El golpe se repitió desde dentro, llegué primero, intenté abrir.

La puerta no cedió.

—¡Mamá!

La voz fue apenas un grito, un sonido ronco, débil, pero era ella.

—Estoy aquí. —Golpeé la madera con ambas manos, incapaz de hacer algo más para remarcar mi presencia—. Eileen, estoy aquí.

Connor llegó y me apartó con cuidado.

Lanzó el hombro contra la puerta. Una vez. Otra. La madera se abrió cerca de la cerradura. Entramos. El refugio olía a humedad, hojas podridas y humo antiguo. Había una mesa rota, un banco y

restos de mantas en un rincón, Eileen estaba debajo del banco. Se había envuelto en un saco y sostenía una rama entre las manos, con ella había golpeado el suelo para hacer ruido. Su cabello estaba mojado, tenía barro en el rostro, los labios azulados y la piedra roja cerrada dentro del puño.

Durante un instante no se movió, me miró como si temiera que yo fuera otra cosa creada por la oscuridad.

—Mamá.

Me arrodillé. Eileen salió de debajo del banco y corrió hacia mí, la recibí con tanta fuerza que ambas caímos sobre el suelo, sus brazos rodearon mi cuello. Estaba helada. Temblaba de forma violenta.

—Viniste —sollozó.

—Sí.

—Sabía que vendrías.

La apreté contra mi pecho.

—Siempre voy a venir.

Connor se arrodilló a nuestro lado, intentó tocar el cabello de Eileen, pero la niña se aferró más a mí.

Él retiró la mano, el gesto me desgarró.

—Papá está aquí —le dije.

Eileen levantó el rostro, al verlo, comenzó a llorar con mayor fuerza. Connor la rodeó. Los tres quedamos unidos sobre el suelo

húmedo, la niña entre nosotros, temblando, mientras él apoyaba la frente contra su cabello y yo besaba cada parte de su rostro.

—Lo siento —murmuró Eileen.

—No —dijimos ambos.

—Me escapé.

—No importa —dije.

—Eleanor dijo que tú te irías.

—Se equivocó.

—La abuela dijo que querías más a los otros niños.

—No. —Tomé su rostro entre mis manos—. Escúchame. No existe nadie a quien quiera más que a ti.

—Pero te fuiste.

—Porque no sabía dónde estabas.

Eileen lloraba y yo también lo hacía.

—No quiero que vuelvas a irte.

La promesa fácil apareció en mis labios.

No me iré nunca.

Podía pronunciarla, la niña la creería, pero quizá un día tendría que viajar por los hospicios, tal vez mi matrimonio con Connor no sobreviviría, podía abandonar aquella casa sin abandonar a mi hija. No volvería a enseñarle que el amor solo era verdadero si una mujer renunciaba a marcharse.

—Aunque tenga que irme de una casa —dije—, nunca volveré a irme de tu vida, mi amor, nunca.

Eileen frunció el ceño, intentando comprender.

—¿Volverás por mí?

—Siempre.

—¿Aunque estés lejos?

—Siempre sabrás dónde encontrarme.

La niña apoyó la frente contra la mía.

—Promételo.

—Te lo prometo.

Connor cerró los ojos, una lágrima descendió por su mejilla.

—Y yo —dijo—. Aunque tu madre y yo estemos enfadados, aunque vivamos en lugares distintos o discutamos, nunca tendrás que escoger entre nosotros, no tengas ese miedo.

Lo miré. Esa promesa también era para mí. Eileen extendió una mano hacia él. Connor la tomó. Después la niña buscó la mía y colocó nuestras manos juntas sobre su pecho.

—No se peleen.

—Lo intentaremos —respondí.

—No es una promesa —dijo.

Connor soltó una risa quebrada.

—Eres demasiado inteligente.

—Prométanlo.

—No podemos prometer que jamás discutiremos —dije—. Pero sí que no te utilizaremos para hacernos daño.

Eileen pareció no comprender todas las palabras, aun así, asintió.

Ciarán se acercó.

—Necesito examinarla.

Connor ayudó a quitarle el abrigo mojado. Yo me senté sobre el suelo con Eileen en brazos mientras el médico comprobaba su respiración, el pulso y la temperatura.

—Está muy fría —dijo—, pero no parece haber lesiones graves.

La niña miró a Ciarán.

—No me gustan los médicos.

—Es una opinión razonable —respondió él.

—Quiero ir a casa.

—Volveremos —dijo Connor. Lo miré—. Solo por esta noche, mañana decidiremos lo demás.

Regresamos cerca del amanecer.

Eileen viajó envuelta en mantas, sentada entre Connor y yo dentro del automóvil. No soltó mi mano en todo el trayecto. Cuando el sueño la vencía, despertaba sobresaltada y comprobaba que continuaba allí.

—No me he ido —le decía.

Entonces volvía a cerrar los ojos. Connor tenía un brazo alrededor de ambas, su mano descansaba sobre mi hombro, inmóvil, como si temiera que cualquier movimiento pudiera romper el momento.

Al llegar, los empleados salieron al vestíbulo.

Nora comenzó a llorar, la señorita Fanning se llevó una mano a la boca, Maureen esperaba junto a la escalera. Eileen la vio y su cuerpo se tensó dentro de mis brazos. Mi suegra dio un paso.

—Mi pequeña.

La niña escondió el rostro contra mi cuello.

—No.

Maureen quedó inmóvil.

—Eileen…

—No quiero ir contigo.

—No te acercarás.

—Necesito explicarle.

—No ahora.

—Soy su abuela.

—Y ella tiene miedo de ti.

—Por culpa de Eleanor.

—Por culpa de lo que tú ordenaste.

Maureen buscó mi mirada.

—No pretendía que huyera.

—Eso no cambia que utilizaste su miedo.

—Lilianne…

—No. —Mi voz no fue fuerte, no necesitó serlo—. No la convertirás otra vez en una explicación de tus buenas intenciones.

Eileen se movió contra mí.

—Quiero mi cama.

—Claro.

Comencé a subir.

Connor permaneció abajo, me volví, pero él miraba a su madre.

—Vendré enseguida —me dijo.

Asentí.

Llevé a Eileen hasta su habitación. Nora preparó agua caliente mientras Ciarán organizaba mantas y una bebida dulce. La niña no permitió que nadie la desvistiera salvo yo.

—Guardé tu piedra —dijo.

Abrió la mano.

La piedra rojiza había dejado una marca sobre su palma.

—La vi.

—Así sabías dónde estaba.

La lógica infantil me quebró.

—Sí.

No era cierto, aun así, tomé la piedra.

—Me ayudó a encontrarte.

Eileen se acomodó bajo las mantas.

—¿Dormirás aquí?

—Sí.

—¿Y papá?

—También, si quieres.

La niña asintió.

Nuestra hija tomó una mano de cada uno.

—La abuela se irá —dijo Connor.

Eileen abrió los ojos.

—¿Adónde?

—A otra casa.

—¿Porque es mala?

La pregunta quedó suspendida.

—Porque hizo algo peligroso —respondí, acomodándole el cabello con cariño—. Y necesita estar lejos hasta comprenderlo.

—¿Todavía me quiere?

Miré a Connor. Él cerró los ojos brevemente.

—Sí —dijo—. Pero querer a alguien no vuelve correctas todas las cosas que hacemos.

Eileen pensó en ello.

—¿Tú quieres a mamá?

Connor me miró, no había forma de escapar de la pregunta sin convertirla en otra herida.

—Sí.

La respuesta fue tranquila.

—¿Y tú quieres a papá? —me preguntó.

Sentí el cuerpo de Connor quedar inmóvil.

—Sí —dije.

Era verdad, no toda la verdad, pero verdad.

Eileen pareció satisfecha.

—Entonces pueden dormir.

Cerró los ojos, su respiración tardó en volverse profunda, porque cada pocos minutos apretaba nuestras manos, comprobando que no hubiéramos desaparecido.

Connor no habló hasta que estuvimos seguros de que dormía.

—Mi madre saldrá hoy.

—Bien.

—Bellamy preparará la revocación de todos los documentos y si intenta utilizar los testimonios contra ti, declararé lo que ocurrió.

Lo observé.

—Eso dañará a los Walsh y a tus negocios.

—Probablemente.

—¿Y tú reputación?

Connor acarició los dedos de Eileen.

—Mi reputación sobrevivió cuando todos creyeron que había sido abandonado por mi esposa. Sobrevivirá a la verdad de que mi madre robó a nuestra hija y yo fui demasiado cobarde para verla durante años.

—No fuiste responsable de todo.

—Fui responsable de no preguntar.

La diferencia entre culpa y responsabilidad comenzaba a existir para ambos y eso era bueno para cualquier relación.

—No tienes que destruirte para demostrar que me eliges —dije.

—No pienso destruirme. —Connor sostuvo mi mirada—. Pienso dejar de proteger una mentira que nos destruyó.

—Duerme —murmuró.

—No puedo.

Permanecimos despiertos. Eileen dormía entre nosotros, aferrada a nuestras manos. El amanecer comenzó a iluminar las cortinas. Durante años había creído que recuperar a mi hija eliminaría el miedo de perderla. Aquella noche comprendí que amar a alguien no acababa con el miedo. Le daba un rostro, una voz, un cuerpo pequeño y tibio que respiraba entre dos personas incapaces de prometer que jamás volverían a equivocarse.

No sabía qué ocurriría con Maureen, tampoco con Eleanor, Ciarán o los hospicios. No sabía si Connor y yo podríamos sostener aquello

que comenzábamos a reconstruir, pero Eileen estaba allí. Viva. Había corrido hacia mí y cuando me pidió que no volviera a marcharme, no le prometí una casa, un apellido ni un matrimonio eterno, le prometí mi presencia, era una promesa más difícil, también era la primera que sabía que cumpliría.

26 La confesión de Eleanor

Desperté con la mano de Eileen cerrada alrededor de uno de mis dedos, la claridad de la mañana entraba débilmente por las cortinas, había dejado de llover, pero el cielo conservaba el color gris de las tormentas que no terminan de marcharse, el dormitorio olía a leña húmeda, medicina y cabello infantil.

Eileen dormía entre Connor y yo.

Connor estaba despierto, lo supe por la forma en que me observaba, aunque no se movía para evitar despertar a la niña.

—¿Cuánto tiempo llevas así? —murmuré.

—No demasiado.

—Mientes.

—No quería cerrar los ojos.

Miró a Eileen.

—Está aquí —dije.

—Lo sé.

—Tienes que creerlo.

—Estoy intentando hacerlo.

—Siguen aquí.

—Sí —respondió él.

—Tengo hambre.

Una risa escapó de mí antes de que pudiera contenerla.

Connor cerró los ojos con alivio.

—Eso es una buena señal —dijo.

—Quiero chocolate.

—Es demasiado temprano.

—Ayer me perdí.

—No creo que eso convierta el chocolate en desayuno.

Eileen se incorporó.

—Mamá dice que sí.

Me miró con una confianza absoluta.

—Mamá no ha dicho nada.

—Pero estabas a punto.

Connor se volvió hacia mí.

—No socaves mi autoridad en un momento tan delicado.

—Tu autoridad sobrevivirá a una taza de chocolate.

—Eso está por verse.

La ligereza duró poco, pero fue suficiente para recordarnos que seguíamos siendo una familia capaz de reír.

Nora llevó el desayuno a la habitación. Eileen comió entre nosotros, envuelta en mantas, mientras relataba fragmentos confusos de la noche anterior: la casa de los Miller, la conversación que escuchó, la caída de Eleanor y el miedo que sintió cuando el bosque quedó oscuro.

No le pedimos detalles innecesarios.

Cuando comenzó a temblar, Connor cambió de tema y le preguntó si la rama con la que golpeó el suelo debía conservarse como un arma heroica. Eileen aseguró que sí.

—Podemos colgarla en el salón —propuso.

—Tu abuela no lo apreciaría —dije.

La expresión de la niña cambió.

—¿Se irá hoy?

Connor y yo intercambiamos una mirada.

—Sí —respondió él.

—¿Por mi culpa?

—No.

La palabra salió demasiado fuerte.

Connor se acercó y tomó la mano de Eileen.

—Nada de esto es culpa tuya.

—Me escapé.

—Porque estabas asustada.

—Eleanor dijo que no debía hacerlo.

—Eleanor tenía razón en eso —dije—. Pero los adultos hicieron otras cosas incorrectas antes.

—¿La abuela ya no me quiere?

La pregunta abrió una herida distinta.

Me senté más cerca.

—Tu abuela te quiere.

—Entonces ¿por qué hizo algo malo?

—Porque querer a una persona no siempre significa saber tratarla.

Eileen frunció el ceño.

—Eso es tonto.

—Muchísimo —respondió Connor.

La niña volvió a comer.

—¿Podré verla?

Connor guardó silencio, esperaba que yo respondiera y agradecí la elección, aunque no sabía qué decir.

—No durante un tiempo —expliqué—. Primero debe comprender que no puede decidir cosas sobre ti sin preguntarnos a nosotros, tus padres. Ni utilizarte para hacer daño.

—¿Y después?

—Después veremos cómo te sientes tú.

Connor me miró, había aceptado sin palabras que Eileen también debía tener voz para elegir por sí misma.

—Quiero ver a Eleanor —dijo la niña.

Esta vez fui yo quien vaciló.

—Está herida.

—Por seguirme.

—Sí.

—¿Está enfadada conmigo?

—No.

—Quiero decirle que lo siento.

Connor tensó la mandíbula.

—No tienes que disculparte con ella.

—Pero se cayó por mí.

—Eleanor tomó una decisión equivocada antes de seguirte —dije —. No necesitas perdonarla ahora.

—No quiero perdonarla. Solo quiero verla.

—Más tarde —respondí.

Eileen asintió, después pidió otra taza de chocolate.

Al verme, intentó incorporarse, pero el dolor la obligó a detenerse.

—No lo hagas.

—Señora Walsh.

—Lilianne.

La petición pareció confundirla.

—¿Eileen está bien?

—Sí.

Cerró los ojos. El alivio modificó completamente su rostro.

—Gracias a Dios.

—Gracias a una rama, una casa sola y la obstinación de mi hija.

Una sonrisa débil apareció en sus labios. Desapareció enseguida.

—No espero que me perdone.

—Bien. —La respuesta la hizo mirarme. Me acerqué a la ventana y abrí un poco las cortinas, la luz gris entró—. Eileen quiere verte.

Los ojos de Eleanor se llenaron de lágrimas.

—No debería.

—Probablemente no.

—Entonces ¿por qué me lo dice?

—Porque no decidiré por ella sin explicarle las cosas.

El reproche no necesitó más palabras. Eleanor bajó la mirada.

—Lo siento.

—¿Qué parte?

—Todo.

—Eso es demasiado amplio para resultar útil. —Guardó silencio. Tomé la silla junto a la cama—. Comienza por el documento.

Su rostro perdió color.

—¿Qué documento?

—El informe de Saint-Denis.

La mano de Eleanor se cerró sobre la manta, no había sabido con certeza que fuera ella hasta ese momento.

—Lo tomaste.

No fue una pregunta.

—Sí.

Sentí la rabia ascender.

—¿Dónde está?

—En el equipaje de la señora Walsh, dentro del compartimento inferior de un baúl verde.

—¿Por qué?

—Me lo pidió.

—Eso ya lo supuse.

—Dijo que solo necesitaba retrasar la inspección. Que, cuando las autoridades comenzaran a dudar de usted, el señor Walsh comprendería que su trabajo estaba dañando a la familia.

—¿Y tú aceptaste?

Eleanor cerró los ojos.

—Sí.

—Entraste en la biblioteca, robaste la única prueba que podía proteger a cientos de niños y la entregaste a Maureen.

—No pensé que cerrarían los hospicios.

—¿Qué creíste que ocurriría?

—Que usted renunciaría.

—Eso podría cerrarlos.

—El señor Walsh habría encontrado a otra persona.

La frase me hirió de una forma inesperada.

—Creíste que cualquier administrador podía reemplazarme.

—No.

—Pero creíste que cualquier mujer podía reemplazarme aquí.

Eleanor comenzó a llorar. No sentí compasión todavía.

—Dime todo —exigí.

—La señora Walsh me acogió después de la muerte de mi madre. —Su voz temblaba—. Mi padre había perdido la casa. Debía dinero a personas que comenzaron a presentarse en cada lugar donde intentábamos alojarnos. Murió poco después, aunque algunos dijeron que había decidido hacerlo.

Su mirada se perdió en la manta.

—Mis tíos no querían recibirme. No tenía fortuna suficiente para un matrimonio ni educación útil para trabajar. La señora Walsh conocía a mi madre. Me ofreció vivir con ella.

—A cambio de convertirte en la siguiente esposa de Connor.

—No al principio.

—¿Cuándo?

—Después de saber que usted estaba en Irlanda.

La respuesta me detuvo.

—¿Maureen sabía dónde estaba yo?

—Sabía que había regresado al país, pero no sabía que vendría a esta casa tan pronto.

—¿Y qué te prometió?

Eleanor respiró profundamente.

—Dijo que el señor Walsh seguía casado solo porque no había logrado encontrarla. Que cuando regresara, él obtendría el divorcio. Aseguró que usted no deseaba ser madre ni esposa. Que volvería a sus viajes en cuanto pudiera.

—Sabía que Connor no había firmado los papeles.

—Sí.

Otra mentira de Maureen.

Otra vida construida sobre una verdad deformada.

—¿Te dijo que Connor te deseaba?

Eleanor apartó la mirada.

—Dijo que podía llegar a hacerlo.

—Si conseguías demostrar que eras adecuada.

—Sí.

La palabra fue apenas audible.

—Debías agradarle a él y a Eileen.

—Sí.

—Debías hacerte necesaria.

Eleanor comenzó a respirar con dificultad.

—No quería hacerle daño a la niña.

—Pero la utilizaste.

—Al principio.

—¿Y después?

Sus lágrimas descendieron.

—Después dejó de ser una tarea.

No respondí.

—Eileen me buscaba, aunque el señor Walsh no estuviera cerca —continuó—. Me pedía que cantara, que la acompañara a montar y que me sentara junto a ella cuando tenía pesadillas. Comenzó a contarme cosas que no decía delante de su abuela.

—¿Qué cosas?

—Que le preocupaba que usted volviera a marcharse. Que deseaba que sus padres durmieran en la misma habitación. Que su padre sonreía más desde que usted regresó.

El dolor se mezcló con una ternura involuntaria.

—Debiste decírmelo.

—Pensaba que si la ayudaba a quererme…

—Connor haría lo mismo.

Eleanor asintió.

—Al principio sí. —La sinceridad dolía más que una mentira—. Después comprendí que él nunca me miraría como la mira a usted.

No quise sentir satisfacción, pero una parte de mí la sintió.

—Entonces ¿por qué continuaste?

—Porque ya no tenía otro lugar.

—Podías marcharte.

—¿Adónde?

La pregunta era legítima, no anulaba su culpa, la volvía humana.

—Maureen te ofreció seguridad —dije.

—La única que he conocido desde la muerte de mi madre.

—Y te enseñó que perderla era peor que hacer daño.

—Sí. —Eleanor se limpió el rostro—. Cuando usted habló conmigo en el invernadero, quise detenerme.

—No lo hiciste.

—Dejé de decirle a Eileen que podía cuidarla siempre.

—Pero robaste el informe.

—La señora Walsh dijo que era la última cosa que debía hacer. Después permitiría que me marchara con una pensión.

—¿Ya no pensabas casarte con Connor?

La vergüenza apareció en sus facciones.

—Sabía que no ocurriría.

—¿Por qué no me advertiste sobre el plan de la casa de los Miller?

—Lo supe esa mañana.

—Tuviste tiempo.

—Sí.

No buscó una excusa. Aquello fue lo único que impidió que mi enojo se convirtiera en desprecio.

—¿Por qué aceptaste llevarla?

—La señora Walsh dijo que nadie estaría en peligro. Que la familia Miller era respetable y que regresaríamos antes de la cena. Pensé que…

—¿Qué?

—Que, si me negaba, me expulsaría inmediatamente. Y que usted jamás permitiría que continuara cerca de Eileen después de descubrir el resto de lo que había hecho.

—Tenías razón.

Eleanor cerró los ojos.

—Lo sé.

—Connor quiere que te entreguen a las autoridades —dije.

Eleanor palideció.

—¿Lo hará?

—No lo sé.

—¿Y usted?

—Quiero que digas la verdad delante de Bellamy —respondí—. Cada instrucción, cada documento y cada promesa.

—La señora Walsh me abandonará.

—Ya lo ha hecho.

La joven me miró.

—Mientras tú estabas herida, Maureen preparaba su equipaje.

El golpe fue visible. Eleanor volvió el rostro hacia la ventana.

—No preguntó por mí.

—No.

—Dijo que me quería como a una hija.

—Maureen confunde querer con poseer.

La misma frase podía aplicarse a demasiadas personas en esa casa.

—¿Qué será de mí? —preguntó Eleanor.

—Eso dependerá de lo que hagas ahora.

—No tengo dinero ni familia.

—Lo sé.

—¿Me ayudará?

Su pregunta me sorprendió.

—No lo sé. —La honestidad pareció herirla—. No puedo prometerte compasión mientras todavía estoy furiosa. Pero no permitiré que Maureen te convierta en la única culpable para salvarse.

Eleanor me miró.

—¿Por qué?

—Porque conozco la diferencia entre una mujer que toma decisiones crueles y otra que jamás tuvo poder para decidir.

—Yo decidí.

—Sí.

Me puse de pie.

—Y tendrás que responder por ello.

Llegué a la puerta.

—Lilianne.

Me volví.

—¿Puedo ver a Eileen?

—Cuando ella quiera. Y solo si Connor y yo estamos presentes.

—Gracias.

—No me lo agradezcas.

Salí. Connor esperaba en el corredor, no sabía cuánto había escuchado, pero su rostro no revelaba nada.

—El informe está en el baúl verde de tu madre —dije.

La ira cruzó sus ojos.

—¿Eleanor lo robó?

—Sí.

—Entonces llamaremos a las autoridades.

—Primero escuchará Bellamy su declaración.

—No necesitamos su declaración para expulsarla.

—No hablo de expulsarla. —Connor me observó—. Eleanor obedeció, pero Maureen lo organizó todo.

—Sacó a nuestra hija de esta casa. Pudo morir.

—Lo sé.

La voz se me quebró, Connor se acercó de inmediato, pero se detuvo antes de tocarme. Esperó. Fui yo quien apoyó la frente contra su pecho, sus brazos me rodearon, el calor de su cuerpo me devolvió por un instante al refugio, al momento en que encontramos a Eileen.

—No te estoy pidiendo que la perdones —murmuré.

—¿Entonces?

—Que no permitas que tu madre salga de aquí fingiendo que Eleanor actuó sola cuando sabemos quién fue la mente maestra.

La mano de Connor recorrió mi espalda.

—No lo permitiré.

—Y que Eileen pueda despedirse si lo necesita.

Su cuerpo se tensó.

—No quiero que Eleanor vuelva a acercarse.

—Nuestra hija sí.

—Es una niña. No comprende lo que ocurrió.

—Comprende que Eleanor la siguió por el bosque.

—Después de secuestrarla.

Me aparté para mirarlo.

—No tienes que confiar en Eleanor. Yo tampoco. Pero Eileen necesita saber que puede querer a una persona y estar enfadada con ella.

Connor sostuvo mi mirada.

—¿Hablas de Eleanor?

—No solamente.

Algo cambió en su expresión, sus dedos subieron hasta mi rostro.

—De acuerdo —dijo—. Eileen decidirá si quiere verla, pero estaremos presentes durante el encuentro.

—Gracias.

—No me lo agradezcas todavía.

—Eso me dijiste antes de que comenzaran todas estas desgracias.

—Y tenía razón.

A pesar del cansancio, sonreí. Connor rozó mis labios con los suyos, fue un beso pequeño, lleno de agotamiento y gratitud.

—Bellamy está abajo —murmuró—. También mi madre.

—¿Está lista para marcharse?

—No le he dado otra opción.

Su pulgar acarició mi mejilla.

Nos reunimos en el salón principal.

Bellamy ocupó una mesa junto a la ventana, rodeado de documentos, había traído a otro abogado y a un hombre encargado de certificar las declaraciones. Ciarán permaneció cerca de Eleanor, que fue trasladada en una silla y colocada frente a la mesa. La joven no miró a Maureen. Mi suegra se sentaba junto a la chimenea.

Ya no llevaba ropa de enferma.

Eileen estaba arriba con Nora, no debía presenciar aquello.

Bellamy comenzó por la declaración de Eleanor, ella habló durante casi una hora. Relató su llegada a la casa de Maureen, las promesas de protección y matrimonio, las instrucciones para acercarse a Connor y el modo en que debía ganarse el afecto de Eileen. Confesó haber robado el informe, explicó el plan de los Miller, entregó cartas. Maureen no la interrumpió hasta que Eleanor mencionó la pensión prometida.

—Eso es mentira.

La joven volvió hacia ella.

—Usted dijo que tendría una casa pequeña en Cork.

—Dije que consideraría ayudarte.

—Me prometió que no volvería a depender de nadie.

Maureen sonrió con desprecio.

—Y elegiste depender de mi hijo.

Eleanor palideció.

—Tú se lo ofreciste —dije.

Mi suegra me miró.

—No te corresponde intervenir.

Connor apretó mi mano debajo de la mesa.

—Le corresponde todo lo que ocurra en esta habitación —dijo.

Maureen lo observó con incredulidad. Bellamy pidió que Eleanor continuara y cuando terminó, el abogado dispuso sobre la mesa las revocaciones de poderes, los documentos relacionados con Eileen y una relación de las propiedades administradas por Maureen.

Connor se puso de pie, no soltó mi mano hasta el último momento.

—A partir de hoy, no administrarás ninguna propiedad Walsh. —Maureen no reaccionó—. Todos los poderes concedidos en relación con Eileen quedan revocados. Bellamy notificará a las autoridades y a cada institución correspondiente.

—No puedes hacerlo sin una revisión.

—Ya comenzó.

—Yo cuidé de ella durante cinco años.

—Y utilizaste esos años para convencerla de que su madre no la quería, ¿qué persona cuerda hace eso?

—Era la verdad que conocíamos.

—No. —La voz de Connor fue firme—. Era la mentira que tú construiste para ella y para todos.

Maureen se levantó.

—¿Vas a creer a esta mujer? —Señaló a Eleanor—. ¿Una oportunista que intentó seducirte, robó y secuestró a tu hija?

—Voy a creer las cartas escritas con tu letra.

Bellamy colocó varias hojas frente a ella. Maureen no las miró.

—También voy a creer lo que vi anoche —continuó Connor—. Eileen escondiéndose de nosotros porque tú la convenciste de que su madre volvería a abandonarla.

—Lilianne se marchó.

—Porque tú le robaste a su hija.

—¡Dijo que no la quería!

El grito llenó el salón.

Mi cuerpo recordó el parto.

La sangre. El dolor. El llanto de una niña que creí muerta. Connor me miró, debió advertir el cambio en mi respiración porque se colocó a mi lado, no delante, a mi lado.

—Basta —dijo.

—Estabas allí después —continuó Maureen—. Viste en qué estado se encontraba. No podía cuidar de una niña.

—Entonces debiste ayudarla.

—La ayudé.

—La castigaste por no sufrir de la manera que tú creías correcta.

Maureen se volvió hacia mí.

—Tú lo has convertido contra mí.

Connor dio un paso.

—No la destruyó ella. —Su voz fue baja—. Destruiste nuestra relación cada vez que decidiste que amarme significaba gobernarme.

—Todo lo hice por ti.

—Entonces nunca supiste quién era yo.

—Eras débil.

La palabra golpeó. Connor no retrocedió.

—Sí. —La admisión desarmó parte de su crueldad—. Y tú necesitabas que continuara siéndolo.

Maureen negó con la cabeza.

—Ella volverá a herirte.

—Quizá.

—Se marchará con Eileen.

—Entonces seguiré siendo su padre.

—Te quitará todo.

—No puedes salvarme de una vida que todavía no ha ocurrido. —Connor señaló los documentos—. Abandonarás esta casa hoy.

—No tienes derecho.

—Es mi residencia.

—También fue la de tu padre.

—Y él está muerto. —Maureen cerró los ojos—. Tendrás una propiedad disponible cerca de Galway. Recibirás una asignación suficiente para vivir con comodidad, no podrás vender bienes de la familia ni dar órdenes a nuestros empleados.

—¿Me estás desterrando?

—Te estoy apartando de Eileen.

—Soy su abuela.

—No tendrás contacto con ella sin supervisión.

—No puedes impedir que me escriba.

—No lo haré, si ella desea hacerlo. Pero cada carta que envíes será leída antes de ser entregada a ella.

La humillación ardió en el rostro de Maureen.

—¿Y si me niego?

Connor miró a Bellamy. El abogado abrió otra carpeta.

—Entonces entregaremos a las autoridades la declaración de Eleanor, los documentos relacionados con la sustracción de Eileen al nacer, las pistas falsas enviadas durante la búsqueda y el intento de fabricar una acusación de negligencia —respondió Connor—. También haremos pública la verdad.

—Destruirías el apellido Walsh.

—Lo has utilizado demasiadas veces como refugio.

Maureen me miró, esperaba que interviniera.

—¿Y Eleanor? —preguntó—. ¿También vivirá bajo tu protección?

—No —respondí—. Eleanor tendrá que construir su propia vida.

La joven bajó la mirada.

—Pero no permitiré que cargue sola con un plan que tú diseñaste.

—Siempre has tenido debilidad por los inferiores.

El insulto ya no logró herirme como habría hecho años atrás.

—No —dije—. Antes necesitaba despreciarlos para sentir que valía algo. Ahora reconozco con demasiada facilidad a las personas que son utilizadas por quienes tienen más poder.

Maureen palideció. Bellamy le entregó los documentos.

—El carruaje estará preparado en una hora —dijo Connor.

Mi suegra no tomó las hojas.

—Quiero ver a Eileen.

—No.

—Tengo derecho a despedirme.

—No después de lo que hiciste.

—Connor —murmuré.

Él volvió hacia mí, el enojo apareció en su rostro.

—No.

—Preguntemos a Eileen.

—Tiene cinco años.

—Y es quien perderá a su abuela.

—Su abuela casi consiguió que muriera.

—Lo sé.

Mi voz tembló.

—Pero no debemos comenzar a protegerla decidiendo otra vez qué afectos puede conservar.

Connor cerró los ojos, la lucha dentro de él fue visible.

—Con nosotros presentes —añadí—. Y solo si Eileen quiere.

—De acuerdo —dijo Connor finalmente—. Preguntaremos.

Eileen quiso despedirse.

No corrió hacia Maureen. Entró en el salón tomada de nuestras manos y permaneció entre Connor y yo. Mi suegra ya llevaba el abrigo. Detrás de ella, los empleados transportaban sus baúles.

El verde había sido abierto, el informe de Saint-Denis estaba otra vez en mi poder. Maureen observó a la niña, su expresión se suavizó.

—Mi pequeña.

Eileen apretó nuestras manos.

—Papá dice que te vas.

—Solo por un tiempo.

Connor no la corrigió.

—¿Porque hiciste algo peligroso?

Maureen miró hacia mí.

—Cometí un error.

—Mamá dice que no fue solo un error.

Sentí la mirada de todos.

—Tu madre tiene razones para estar enfadada.

—Yo también estoy enfadada.

La voz de Eileen era pequeña, pero no vaciló.

Maureen pareció herida.

—Nunca quise que te lastimaras.

—Pero mentiste.

—Quería protegerte.

—No me protegiste.

La claridad de la niña resultaba más contundente que cualquier discurso. Maureen extendió una mano, pero Eileen no se acercó.

—¿Todavía me quieres? —preguntó.

—Más que a nada.

—Entonces no vuelvas a hacerme tener miedo de mamá.

Mi garganta se cerró.

Maureen me miró, durante un instante creí que se negaría.

—No lo haré —respondió.

No sabía si era verdad.

Eileen soltó la mano de Connor y avanzó un paso, permitió que su abuela la abrazara. Maureen cerró los ojos mientras la sostenía, su amor era real, eso era lo más terrible. Amaba a la niña y, aun así, había estado dispuesta a convertir su miedo en una herramienta.

Eileen se apartó.

—¿Puedo escribirte?

—Siempre.

Connor intervino:

—Cuando estés preparada.

—Es hora —dijo Connor.

Maureen caminó hacia la puerta, al pasar junto a mí, se detuvo.

—Él volverá a cansarse de ti.

Su voz fue tan baja que Eileen no pudo escucharla. Connor sí y por ello tensó el cuerpo. Yo sostuve la mirada de Maureen.

—Entonces será asunto nuestro —respondí—. Ya no tuyo.

Algo parecido al odio cruzó su rostro, después desapareció. Maureen salió, la puerta se cerró. El carruaje avanzó por el camino hasta convertirse en una sombra oscura entre los árboles.

—¿Estás triste?

Connor se agachó frente a ella.

—Sí.

—Pero estabas enfadado.

—Puedo sentir ambas cosas.

La niña pensó un instante.

—Yo también.

Permanecimos así hasta que Eileen pidió ver a Eleanor.

La visita fue breve.

Eileen entró en la habitación con una muñeca entre los brazos. Eleanor comenzó a llorar al verla, pero no extendió las manos.

—Lo siento —dijo.

—Yo también.

La niña se acercó a la cama.

—¿Te duele la pierna?

—Mucho menos que ayer.

—No debiste llevarme con los Miller.

—No.

—Ni decir que podías ser mi mamá.

Eleanor cerró los ojos.

—No volveré a hacerlo.

—Ya tengo una.

Me miró, la palabra llegó sin vacilación. *Mamá.* No como un ensayo, no como una pregunta, como una certeza. Sentí que el mundo se detenía y Eleanor también lo advirtió.

—Sí —respondió—. Ya tienes una.

Eileen colocó la muñeca sobre la cama.

—Puedes cuidarla mientras estás enferma.

—¿Quieres que lo haga?

—Sí. Pero luego me la devuelves.

La advertencia infantil arrancó una sonrisa triste a Eleanor.

—Te la devolveré.

Eileen no la abrazó, antes de salir, tocó suavemente su mano.

Era suficiente.

Aquella noche Connor no llevó postre a mi habitación, en su lugar llegó con dos copas de vino y un cansancio imposible de esconder. Yo me encontraba sentada frente a la chimenea con el informe

recuperado sobre el regazo, había pasado horas comprobando que ninguna página faltara. Connor cerró la puerta.

—Bellamy se marchó.

—¿Todo está firmado?

—Sí.

—¿Los poderes?

—Revocados.

—¿La declaración de Eleanor?

—Registrada.

Dejó las copas sobre la mesa.

—Los abogados creen que podremos detener la investigación antes de que perjudique más a los hospicios.

—No quiero detenerla.

Connor me miró.

—Quiero que inspeccionen los centros —continué—. Que lean las cuentas y vean a los niños. No tenemos nada que ocultar.

—De acuerdo.

La rapidez de la respuesta me hizo sonreír.

—Ni siquiera discutirás.

—He tenido suficientes discusiones por un día.

Se sentó a mi lado y permanecimos en silencio.

—¿Te arrepientes? —pregunté.

—De muchas cosas.

—De expulsarla.

Connor observó el fuego.

—No. —Su voz no fue firme—. Pero duele. Parte de mí todavía espera escucharla decir que comprende lo que hizo.

—Quizá nunca lo haga.

—Lo sé.

Tomé su mano.

Los dedos de Connor se cerraron alrededor de los míos.

—Eileen la ama —murmuró.

—Eso no significa que Maureen pueda permanecer cerca.

—No.

—Tú también la amas.

Su mirada volvió hacia mí.

—Sí.

—Y la expulsaste.

—Porque las amo a ustedes.

La frase hizo que mi respiración se detuviera.

Connor se acercó, su mano rozó mi mejilla.

—No era necesario que eligieras de esa manera —dije.

—Sí lo era.

—Podíamos buscar otra solución.

—Mi madre habría utilizado cada oportunidad.

—Probablemente.

—No pienso pedirte que vivas vigilando todas las puertas. —Su pulgar recorrió mi labio inferior. El gesto despertó un calor suave, distinto de la urgencia de los días anteriores—. Ni quiero que Eileen aprenda que debe aceptar el miedo para conservar el cariño de alguien.

Connor sostuvo mi nuca, yo apoyé una mano sobre su pecho, sintiendo el latido debajo de la camisa su boca se movió sobre la mía con una ternura que me dolió más que el deseo.

Cuando se apartó, su frente permaneció contra la mía.

—¿Te quedarás conmigo esta noche? —preguntó.

—Esta es mi habitación.

—Entonces la pregunta parece más sencilla.

—No.

Connor se quedó inmóvil.

—Quiero ir a la tuya.

—¿Estás segura? —preguntó.

—Sí.

Tomé el informe y lo guardé dentro del escritorio, después cerré el cajón con llave. Connor extendió la mano, la observé ya no era el hombre que me conducía de una habitación a otra sin preguntarme

adónde quería ir, tampoco era completamente distinto, aún conservaba el miedo, el orgullo y una necesidad de control que podía reaparecer cuando todo parecía escaparle.

Yo también conservaba mis propias crueldades: la desconfianza, la costumbre de huir antes de que alguien pudiera abandonarme.

Tomé su mano, atravesamos el corredor juntos.

Eileen dormía a salvo, Maureen ya no estaba en la casa, Eleanor había comenzado a decir la verdad y Connor acababa de perder a su madre para proteger la posibilidad de una familia que todavía no sabía si podría conservar.

Esa noche no fui a su habitación para recompensarlo, tampoco porque su decisión hubiera borrado el pasado, fui porque deseaba estar junto a él mientras aprendíamos que algunas separaciones no eran fracasos, a veces eran la única manera de dejar espacio para que algo distinto pudiera comenzar.

27 El hombre que sabía quedarse

Desperté en la habitación de Connor. Durante algunos segundos no reconocí el techo. Era extraño cómo una estancia podía conservar el aspecto de los años anteriores y, aun así, sentirse completamente distinta. Las mismas vigas oscuras, las mismas cortinas pesadas que apenas permitían el paso de la mañana, la chimenea apagada, el escritorio junto a la ventana y el retrato de un antepasado Walsh observando la cama con desaprobación.

Yo había dormido allí muchas veces durante nuestro matrimonio, pero nunca había despertado así.

Connor estaba detrás de mí, con el pecho pegado a mi espalda y un brazo firme alrededor de mi cintura. Su respiración cálida rozaba mi nuca, una de sus piernas se encontraba entre las mías, no como una forma de retenerme, sino como consecuencia natural de haber pasado la noche buscando mi cuerpo incluso dormido.

Incluso de su padre.

Ahora su mano descansaba sobre mi vientre.

—No.

Su voz sonó contra mi nuca.

—¿No qué?

—No te levantes.

—Está amaneciendo.

—El amanecer ocurre todos los días. No exige nuestra presencia.

Intenté volverme.

—Eileen vendrá a buscarnos —dije.

—Nora sabe dónde estamos.

—Eso no impedirá que Eileen entre.

—Podemos asegurar la puerta.

—Ya está asegurada.

Connor abrió los ojos por completo.

—Entonces finalmente has aprendido algo útil.

Sentí calor en el rostro al recordar que había sido yo quien giró la llave la noche anterior.

—No te acostumbres.

—Planeaba hacerlo.

Su mano ascendió por mi espalda, la caricia era lenta y cálida, sus dedos siguieron la línea de mi columna hasta detenerse en la nuca, me acercó lo suficiente para rozar mis labios.

—Buenos días —murmuró.

—Ya lo dijiste.

—No de la manera correcta.

Me besó.

—Tenemos que levantarnos —dije.

—No parece que quieras hacerlo.

—Mi voluntad y mi cuerpo rara vez se ponen de acuerdo contigo.

—Estoy aprendiendo a escuchar al segundo. —Le tiré suavemente del cabello; Connor levantó el rostro, sonriendo—. Eso ha sido cruel.

—Puedes marcharte.

—Esta es mi habitación.

—Entonces puedo marcharme yo.

La sonrisa desapareció solo un instante, fue suficiente para que comprendiera que la palabra continuaba teniendo un poder peligroso entre nosotros, toqué su mejilla.

—No lo decía en serio.

—Lo sé.

Pero no lo sabía completamente, ninguno de los dos podía escuchar una amenaza de partida como una broma inocente.

Connor besó la palma de mi mano.

—Bellamy vendrá después del desayuno —dijo—. Necesitamos decidir qué ocurrirá con Eleanor.

—También debemos hablar de Ciarán.

La tensión llegó de inmediato a mi cuerpo, no retiró la mano, pero tampoco fingió no sentirla.

—¿Qué ocurre con él?

—No puede continuar en esta casa.

—Estoy de acuerdo.

Connor cerró los ojos brevemente.

—Su presencia tenía sentido cuando mi madre fingía estar enferma.

—Nunca tuvo sentido.

—Para ella sí.

—Ese es un argumento distinto. —Sonreí apenas—. Ciarán debe decidir qué hará ahora con su vida.

—¿Y tú hablarás con él?

—Sí.

Connor guardó silencio, su pulgar recorrió mi muñeca.

—¿Quieres que me marche cuando lo hagas?

La pregunta me sorprendió.

—No tienes que estar presente.

—No era eso lo que preguntaba.

Comprendí.

—Quiero hablar con él a solas.

La mano de Connor se detuvo.

—De acuerdo.

—No pareces estarlo.

—No lo estoy.

—Entonces dilo.

Me observó.

—No quiero que estés a solas con un hombre que te ama y que lleva años esperando que me abandones.

—Eso es honesto.

—También sé que no tengo derecho a impedirlo.

—Eso es nuevo.

—No disfrutes demasiado.

Me acerqué y besé la línea de su mandíbula.

—Estoy orgullosa de ti.

Connor me miró con una mezcla de sospecha y deseo.

—No vuelvas a decirlo de esa forma.

—¿De qué forma?

—Como si quisieras recompensarme.

Mis labios rozaron su cuello.

—Quizá quiero.

Su cuerpo se tensó, la mano de mi espalda descendió a mi cintura.

—Lilianne.

—¿Qué?

—Bellamy puede esperar.

Reí contra su piel, por algunos minutos, también Ciarán.

Salimos de la habitación pasando el medio día, esto debido y casi de forma exclusiva a que el tema de Eleanor no podía seguir dilatándose por más tiempo. Bellamy consideró terminaría siendo desfavorable que la entregáramos a las autoridades, ya que su declaración, las cartas y la devolución del informe resultaban más útiles que un proceso público inmediato. Connor no estuvo de acuerdo al principio, lo escuché discutir con el abogado desde el corredor, con una voz tan baja que solo se percibía la furia detrás de las palabras.

Finalmente aceptó con condiciones.

Eleanor abandonaría la casa cuando su pierna permitiera el traslado. Permanecería bajo supervisión médica y no tendría contacto a solas con Eileen. Su declaración sería conservada y utilizada si Maureen intentaba recuperar autoridad sobre la niña o atacar nuevamente los hospicios.

Yo ofrecí pagar sus cuidados durante la recuperación.

Connor se negó.

—Lo haré yo.

—No es tu responsabilidad.

—Ocurrió en mi casa.

—Eso no vuelve todas las consecuencias tuyas.

—Tampoco tuyas.

—Eleanor no tiene nada.

—Precisamente.

Nos miramos sobre el escritorio.

—No quiero que la mantengas como Maureen —dije.

Connor comprendió.

—No será una protegida.

—¿Entonces?

—Recibirá una cantidad definida, sin condiciones, excepto mantenerse lejos de Eileen hasta que nosotros decidamos otra cosa.

—Hasta que Eileen decida otra cosa.

Él respiró profundamente.

—Hasta que los tres lo decidamos.

Acepté.

Cuando Bellamy se marchó, pregunté por Ciarán y fue Nora quien me dijo que se encontraba en la biblioteca pequeña.

Fui a buscarlo.

Las cajas de documentos continuaban abiertas sobre la mesa. Ciarán estaba de pie junto a la ventana, leyendo una carta, había dejado la chaqueta sobre una silla y llevaba las mangas dobladas, la luz gris destacaba el tono cobrizo de su cabello.

Al escucharme, dobló el papel.

—Lilianne.

—¿Interrumpo?

—No.

La expresión de Ciarán cambió, apartó la mirada.

—Eileen está mejor —dijo.

—Desayunó chocolate y exigió montar antes del fin de semana.

—Entonces se recupera.

—Sí.

Me acerqué a las cajas.

—El informe está completo.

—Lo revisé.

—Gracias por guardarlo todo durante estos años.

—No tiene que agradecerme.

—Sí.

Ciarán apoyó la carta sobre la mesa.

—La inspección puede continuar sin peligro. Elettra recibirá los documentos en dos días.

—¿Ya lo has organizado?

—Pensé que sería mejor hacerlo cuanto antes.

—Lo es.

Permanecimos en silencio, había tantas cosas entre nosotros que cualquier frase parecía elegir una sola y abandonar las demás.

Cinco años, una búsqueda, la carta escondida, las noches en hospitales, la promesa de ayudarme a encontrar a una niña que él había escuchado llorar al nacer sin decirme que vivía.

El amor, la traición, la gratitud.

Nada de aquello podía resumirse en una despedida sencilla.

—Maureen se marchó y Eleanor confesó —dije.

—Lo sé.

—¿Te contó algo?

—Revisé su herida esta mañana. Habló poco.

—Permanecerá aquí hasta que pueda viajar.

Ciarán asintió.

—Es lo más prudente.

—Connor no quería permitirlo.

—No me sorprende.

—Cedió.

El médico tomó la carta otra vez.

—Ha cambiado.

—Sí.

La palabra salió sin vacilación. Ciarán la escuchó.

—¿Lo suficiente?

—No lo sé.

—Pero se quedará.

—No he decidido eso.

—Durmió en su habitación.

La observación me irritó.

—Eso tampoco decide mi vida.

—No.

—Entonces no lo utilices como si lo hiciera.

Ciarán dejó la carta sobre la mesa.

—No intento juzgarla.

—Siempre dices eso justo antes de hacerlo.

El dolor cruzó su rostro.

—Tiene razón.

Me acerqué a la ventana. En el jardín, Eileen caminaba con Nora, llevaba el abrigo rojo y señalaba algo entre los arbustos. Connor las observaba desde la terraza, aunque fingía revisar una carta. No podía dejar de vigilarla, quizá tardaría años en volver a permitir que la niña desapareciera de su vista sin imaginar lo peor.

—¿Qué leías? —pregunté.

Ciarán miró la carta.

—Una oferta.

—¿De trabajo?

—Sí.

—¿Dónde?

—Marsella.

Me volví.

—¿Un hospital?

—Una institución vinculada al puerto. Atienden a marineros, trabajadores y familias migrantes. Quieren ampliar una sección infantil.

—Parece adecuado para ti.

—Lo es.

Había algo más.

—¿Cuándo te la ofrecieron?

—Hace varias semanas.

—¿Por qué no dijiste nada?

—No sabía si aceptaría.

—¿Y ahora?

Ciarán sostuvo mi mirada.

—Ahora debo hacerlo.

—¿Cuándo?

—En cuanto Eleanor pueda prescindir de mi cuidado. Quizá dentro de una semana, tal vez un poco antes.

—Eso es pronto.

—Es mejor. —No pregunté para quién—. Quieren también una persona capaz de dirigir los programas de asistencia. Hospicios, vacunación, alimentación y educación básica.

Comprendí antes de que terminara.

—Quieres que vaya contigo.

—Quieren a alguien con su experiencia.

—No conocen mi experiencia.

—Yo se la expliqué.

La rabia apareció, aunque no era completamente justa.

—Volviste a tomar una decisión por mí.

—No acepté en su nombre.

—Hablaste de mí sin preguntarme.

—Solo dije que conocía a la persona adecuada.

—Ciarán.

—Puede rechazarlo.

—No se trata únicamente de rechazarlo.

Se acercó.

—Es una oportunidad real, Lilianne.

—Lo sé.

—Podría ampliar su trabajo sin depender del dinero de Connor ni de la reputación de los Walsh. Tendría autoridad sobre las instituciones y recursos médicos suficientes.

—¿Y Eileen?

—Podría viajar con usted.

—Tiene un padre.

—Connor podría visitarla.

La facilidad de la respuesta me enfureció.

—No convertiré a mi hija en un equipaje viviente que puede trasladarse entre dos vidas.

—No he dicho eso.

—Acabas de decidir que Connor puede convertirse en un visitante.

—Usted pasó cinco años sin ella.

—Precisamente por eso no le quitaré a su padre.

Ciarán apartó la mirada.

—También podría permanecer temporadas en Irlanda.

—¿Mientras tú y yo construimos una vida en Francia?

—Si quisiera.

La frase quedó entre nosotros.

—No estás ofreciéndome solo un trabajo.

—No.

—Entonces dilo con claridad.

Ciarán respiró profundamente.

—La amo. —No era la primera vez que lo decía, fue la primera en que no añadió una explicación—. La he amado durante años. Cuando era cruel, cuando estaba rota y cuando comenzó a convertirse en alguien a quien admiraba. La amé cuando creí que nunca volvería a esta casa y la sigo amando ahora, aunque cada día resulte más evidente que está empezando a amar de nuevo a su marido.

El pecho se me cerró.

—Ciarán…

—No le pido que lo niegue.

—No sé qué siento.

—Sí sabe una parte.

—Desearlo no significa perdonarlo —dije—. Ni permanecer.

—No.

—Y amarte a ti no significa que pueda irme contigo.

—¿Me ama?

Sentí lágrimas antes de que cayeran.

—Parte de mí sí.

El silencio se volvió doloroso.

—¿Qué parte? —preguntó.

—La que aprendió a confiar en una habitación de hospital. La que necesitaba que alguien creyera que Eileen estaba viva cuando todos

comenzaban a decirme que debía aceptar su muerte. La mujer que trabajó contigo, viajó contigo y encontró una forma de vivir cuando no tenía nada más por lo qué hacerlo.

Ciarán se acercó un paso.

—Esa mujer también es usted.

—Sí.

—Entonces…

—Pero no es toda. —Su rostro se quebró—. La parte que te ama no puede olvidar que escuchaste llorar a mi hija y permaneciste en silencio. Ni que guardaste la carta porque temías que eligiera una vida donde tú no formaras parte de ella.

Ciarán cerró los ojos.

—Lo sé.

—Deja de decirlo como si reconocerlo bastara.

—No basta.

—Entonces ¿por qué sigues ofreciéndome otra vida que depende de confiar plenamente en ti?

Tardó en responder.

—Porque no sabía marcharme. —La honestidad me detuvo—. Pensé que si permanecía cerca podría compensar lo que hice. Que algún día vería todo lo que sí hice por usted y eso tendría más peso que mi cobardía aquel día y… por la carta.

—Lo tuvo.

Ciarán abrió los ojos.

—Por eso duele tanto —continué—. Connor era el hombre que me hirió, de él esperaba crueldad. Tú eras el lugar donde descansaba.

Las lágrimas aparecieron en sus ojos.

—No tengo una defensa.

—No quiero una.

—La carta…

—No. —Levanté la mano para que se detuviera—. No vuelvas a decir que la escondiste porque me amabas.

—No lo hice por amor.

La respuesta me sorprendió. Ciarán tragó con dificultad.

—Lo hice por miedo, temía que regresara, que Connor le ofreciera a Eileen y usted aceptara cualquier condición con tal de recuperarla. Temía perder la vida que habíamos construido y descubrir que yo solo había sido necesario mientras no existiera otro camino.

—Eso es más honesto.

—También más vergonzoso.

—Sí.

No suavicé la respuesta. Ciarán asintió.

—La amaba de una forma que necesitaba ser elegida —dijo—. Y cuando comprendí que podía no hacerlo, intenté limitar sus opciones.

—Como Connor.

—Sí.

La comparación debió herirlo. No se defendió.

—Tal vez de otra manera —añadió—. Con menos crueldad visible. Pero decidí por usted.

—Sí.

—Lo siento.

No era suficiente, pero también era verdadero.

Las dos cosas podían coexistir.

—¿Qué esperas que responda sobre Marsella? —pregunté.

—Nada hoy.

—Ya sé mi respuesta. —Ciarán miró hacia mí—. No iré.

El dolor se instaló en su rostro con una serenidad casi insoportable.

—Por Connor.

—No, Ciarán. No me quedo aquí porque tú seas peor ni porque él haya ganado una competencia.

—Pero lo elige.

—Estoy aprendiendo a elegirlo. —La precisión importaba—. También estoy eligiendo a Eileen, su seguridad, su bienestar, su vida. Mi trabajo aquí. La posibilidad de construir algo que no dependa de huir cada vez que el pasado se vuelve insoportable.

—Marsella no sería una huida.

—Para mí sí. —Ciarán guardó silencio—. Podría dirigir los hospicios desde Irlanda. Viajar cuando sea necesario. Abrir otro centro cerca de Dublín. Connor aceptó no poner su nombre sobre ellos.

—¿Confía en que mantendrá esa promesa?

—Estoy observándolo.

—Y mientras observa, ¿qué hago yo?

—Vivir una vida que no dependa de que yo te elija.

Ciarán miró la carta de Marsella.

—No sé cómo hacerlo.

—Yo tampoco sabía cómo vivir sin buscar a Eileen.

—No es lo mismo.

—No. —Me acerqué—. Pero a veces una persona tiene que aprender quién es cuando aquello que la sostuvo deja de necesitarla.

—¿Ya no me necesita?

La palabra me hirió.

—No de la manera anterior.

Ciarán inclinó la cabeza.

—Comprendo.

—No creo que lo hagas todavía.

—Probablemente no.

Permanecimos frente a frente. Quise tocarlo. La costumbre me pidió colocar una mano sobre su brazo, consolarlo y disminuir el daño que acababa de causarle. No lo hice. El afecto no siempre debía convertirse en una promesa. Ciarán caminó hasta una de las cajas y abrió el compartimento inferior.

Sacó un pequeño paquete envuelto en tela.

—Esto le pertenece.

Lo colocó sobre la mesa. Desaté el nudo. Dentro había varias cartas, recortes, registros de nuestra búsqueda y una cinta infantil amarillenta.

La reconocí.

—¿Dónde la encontraste?

—En una casas donde nos dijeron que había vivido una pelirroja.

—Creí que la habías tirado.

—No pude.

—Debes conservarla —dije.

—No.

—También es tuya.

—No quiero seguir guardando aquello que pertenece a su historia.

—Formaste parte de ella.

—Sí. —Ciarán cerró la tela alrededor del paquete—. Pero no debo utilizarlo como una razón para continuar en su vida.

La frase reveló el cambio que no había sabido pedirle.

—Gracias.

—No me agradezca todavía.

Una sonrisa triste apareció en mis labios.

—Eso dice Connor.

—Empiezo a comprender por qué lo encuentra insoportable.

Reí, el sonido se quebró.

Ciarán también sonrió, aunque tenía los ojos húmedos.

—¿Puedo abrazarla? —preguntó.

La pregunta hizo que el dolor se volviera real. Asentí. Ciarán se acercó. Sus brazos me rodearon con la familiaridad de tantos años, apoyé la mejilla sobre su pecho y escuché el corazón que había conocido en trenes, hospitales y habitaciones prestadas.

No había deseo, o sí, pero ya no gobernaba el momento. Lo abracé por todo aquello que había sido; el médico que calló, el hombre que se arrepintió, el compañero que buscó conmigo, la

persona que me amó de una forma hermosa y egoísta al mismo tiempo.

—Lo siento —murmuró junto a mi cabello.

—Lo sé.

Esta vez permití que la frase bastara, no como absolución, sino como despedida. Ciarán me soltó primero, sus manos permanecieron un instante sobre mis hombros.

—No la besaré —dijo.

La confesión inesperada me hizo sonreír entre lágrimas.

—Qué considerado.

—No tanto. Llevo varios minutos pensándolo.

—Entonces quizá has aprendido algo.

—Tal vez. —Se apartó, la distancia definitiva—. Aceptaré Marsella.

—Serás un buen director.

—Soy médico.

—Nunca has sido solamente eso.

Tomó la carta y la guardó dentro de la chaqueta.

—Partiré en una semana.

—Eileen querrá despedirse.

—Me gustaría verla.

—Lo harás.

Ciarán inclinó la cabeza.

—Adiós, Lilianne.

—Todavía no.

—Necesito comenzar a decirlo.

Connor no estaba en la terraza, lo encontré en los establos.

Cepillaba a Clover mientras Eileen intentaba convencerlo de que estaba suficientemente recuperada para montar. Nora permanecía cerca, vigilando que la niña no se acercara demasiado al animal.

—El doctor dijo que necesito descansar —explicaba Eileen—, pero los médicos se equivocan.

—Algunas veces —respondió Connor.

—Ciarán se equivocó al no decirle a mamá que yo estaba viva. —Connor dejó de mover el cepillo. Eileen observó al poni—. Mamá dijo que las personas pueden hacer cosas malas y seguir queriéndonos.

—Sí.

—¿Tú hiciste cosas malas?

Connor me vio en la entrada.

—Muchas.

—¿Mamá también?

—Sí —respondí antes de que pudiera protegerme.

Eileen se volvió.

—¿Qué hiciste?

—Juzgué a personas que no conocía, fui cruel con empleados, pensé que algunas vidas valían menos que otras.

La niña frunció el ceño.

—Eso es muy malo.

—Sí.

—¿Ya no lo haces?

—Intento no hacerlo.

—Entonces puedes montar conmigo.

La transición infantil me hizo reír. Connor se acercó y besó mi frente, su mirada descendió hacia el paquete.

—¿Hablaste con él?

—Sí.

No preguntó inmediatamente.

—Eileen —dijo—, ve con Nora a buscar las zanahorias.

—Quiero escuchar.

—Precisamente por eso.

La niña protestó, pero terminó marchándose.

Connor esperó hasta que estuvimos solos.

—¿Está bien?

La pregunta me sorprendió.

—¿Ciarán?

—Sí.

—No. —Connor asintió, no pareció satisfecho—. Ha recibido una oferta de trabajo en Marsella.

—¿La aceptará?

—Sí.

Su mano se detuvo sobre el cuello del caballo.

—¿Te pidió que fueras con él?

—Sí. —La tensión recorrió sus hombros, no dijo nada así que continué—. Le respondí que no.

Connor cerró los ojos brevemente.

—¿Por mí?

La misma pregunta, la misma necesidad de saber si había ganado.

—En parte. —Abrió los ojos, no intenté tranquilizarlo con una mentira sencilla—. También por Eileen. Por mi trabajo. Por mí.

—Lo amas.

No fue una acusación.

—Una parte de mí.

Connor volvió hacia Clover, continuó cepillándolo.

El silencio se prolongó.

—Di algo —pedí.

—No sé qué tendría derecho a decir.

—Lo que sientes.

—Me alegra que no te marches.

—Eso no es todo.

—No. —Dejó el cepillo—. Odio que lo ames.

La honestidad fue áspera.

—Lo imaginaba.

—Odio que comparta recuerdos contigo que yo jamás tendré, que supiera cómo cuidarte cuando yo solo sabía herirte, que pueda mirarte y reconocer una mujer que nació lejos de mí.

Me acerqué.

—Esa mujer no nació gracias a él únicamente.

—Lo sé.

—Y no desaparece porque él se marche.

—También lo sé.

Connor respiró profundamente.

—Pero lo siento.

—Eso es distinto.

—No demasiado. —Tomé su mano—. ¿Quieres saber qué ocurrió?

—Sí.

—¿Quieres que te lo cuente?

Su mirada se encontró con la mía, la diferencia entre ambas preguntas lo hizo detenerse.

—Solo si necesitas hacerlo.

Mi pecho se llenó de una emoción suave.

—Me ofreció dirigir los programas de un hospital.

—Es una buena oferta, podrías haberla aceptado.

—Sí.

Connor tragó con dificultad.

—Gracias por no hacerlo.

—No me agradezcas una elección que todavía estoy entendiendo.

—De acuerdo.

Sus dedos se cerraron alrededor de los míos.

—Ciarán se marchará en una semana —dije.

Connor bajó la mirada.

—Lo siento.

No esperaba esas palabras.

—¿De verdad?

—No por mí.

—Eso resulta más creíble.

—Lo siento porque sé que perderás a alguien importante.

La ternura llegó con tal fuerza que tuve que apartar el rostro.

Connor tocó mi mejilla.

—No tienes que esconderlo.

—No lo hago.

—Estás llorando.

—Eso no significa que me esconda.

Su pulgar recogió una lágrima.

—¿Quieres estar sola?

—No.

Connor abrió los brazos, me acerqué, apoyé el rostro contra su pecho y permití que me sostuviera. No intentó besarme. No convirtió mi tristeza por otro hombre en una ofensa contra él.

Solo permaneció.

—No voy a pedirte que lo olvides —murmuró Connor.

—No podría.

—Ni que dejes de quererlo inmediatamente.

—Gracias.

—Pero algún día espero que me quieras más.

Levanté el rostro.

—Sigues siendo competitivo.

—No he cambiado tanto.

Cuando nos separamos, su frente quedó contra la mía.

—¿Te quedarás esta noche conmigo? —preguntó.

No aclaró en qué habitación.

—Sí.

Connor cerró los ojos.

La alegría contenida en su rostro me hizo sonreír.

—Pero antes quiero hablar con Eileen sobre la marcha de Ciarán.

—Lo haremos.

—Y mañana debo escribir a Elettra. También quiero revisar los planes del hospicio de Dublín.

—Lilianne.

—¿Qué?

—Estoy intentando besarte.

—Pensé que estábamos conversando.

—Ese es el problema.

Lo besé otra vez.

Ciarán se despidió de Eileen tres días después. La niña le entregó un dibujo de un barco demasiado pequeño para cruzar el mar y le exigió que escribiera cartas. Él prometió hacerlo.

No le prometió volver.

Agradecí que no enseñara a mi hija otra forma de espera.

La mañana de su partida, no fui a la estación, nos despedimos en la entrada de la casa. Ciarán llevaba una maleta pequeña y el abrigo oscuro con el que había llegado a Irlanda, parecía más solo que entonces.

Connor permanecía dentro, junto a una ventana. No salió. Tampoco me pidió que apresurara la despedida.

—Escriba cuando llegue —dije.

—Lo haré.

—No demasiadas cartas.

Ciarán sonrió.

—Estoy aprendiendo a respetar límites.

—Un poco tarde.

—Sí.

Nos miramos.

—Sea feliz, Lilianne.

—Tú también.

Ciarán inclinó la cabeza, después subió al automóvil. No miró hacia atrás cuando comenzó a avanzar, pero yo sí lo observé hasta que desapareció entre los árboles.

Al volver hacia la casa, vi a Connor detrás del cristal, no tenía expresión de triunfo, solo esperaba. Abrí la puerta.

—Se fue —dije.

Connor extendió la mano y yo me acerqué, pero no me tocó hasta que coloqué mis dedos sobre los suyos.

—¿Quieres caminar? —preguntó.

—Sí.

—¿Hacia dónde?

Miré el camino por donde Ciarán se había marchado, después el sendero que conducía al lago.

—No importa.

Caminamos juntos, por primera vez, Ciarán supo marcharse, Connor supo quedarse y yo comenzaba a comprender que ninguna de esas cosas tenía valor si no nacía de una elección libre.

28 La vida que podemos elegir

La ausencia de Ciarán modificó la casa de una manera que nadie mencionó. Su habitación quedó vacía. Los frascos médicos desaparecieron de la mesa del corredor y ya no encontré su figura inclinada sobre documentos cuando entraba en la biblioteca. Durante varios días esperé escuchar sus pasos en la escalera, esa forma tranquila de caminar que había aprendido a reconocer en hospitales, estaciones y pensiones de ciudades cuyos nombres apenas recordaba.

No ocurrió.

Ciarán se había marchado.

La certeza dolía sin convertirse en arrepentimiento.

Connor pareció comprenderlo.

No me hizo preguntas sobre Ciarán después de su partida, no intentó llenar el silencio con celebraciones discretas ni utilizó la ausencia de otro hombre como una prueba de que yo le pertenecía.

Durante los primeros días no aceptó quedarse sola. Si yo salía de una habitación, preguntaba adónde iba. Cuando Connor se alejaba hacia los establos, exigía saber a qué hora regresaría. Dormía con la

piedra roja debajo de la almohada y algunas noches despertaba llamándome. Nunca volvimos a decirle que no debía tener miedo.

Aprendimos a responderle.

—Voy al hospicio de Dublín —le expliqué una mañana—. Regresaré antes de la cena.

Eileen dejó de colorear.

—¿Te quedarás a dormir?

—No.

—¿Y si llueve?

—El automóvil tiene techo.

—¿Y si se descompone?

—Enviaré un mensaje.

—¿Y si no puedes?

Connor, que revisaba unas cuentas, levantó la mirada.

—Entonces iré a buscarla.

Eileen lo observó.

—¿Cómo sabrás dónde está?

—Porque tu madre me dirá qué camino tomará antes de irse.

La niña volvió hacia mí.

—¿Lo harás?

—Sí.

Le mostré sobre un mapa la ruta exacta, era una forma de reconstruir confianza. Eileen marcó el camino con el dedo.

—¿Y los niños viven aquí?

—Algunos.

—¿Son los que dijeron que no eran apropiados?

Connor dejó los papeles.

—¿Quién te dijo eso?

—La abuela hablaba con Eleanor.

Me senté junto a ella.

—Ningún niño es inapropiado.

—¿Aunque sea malo?

—Los niños pueden hacer cosas malas. Igual que los adultos.

—¿Pero pueden vivir allí?

—Si necesitan un lugar seguro, sí.

Eileen dibujó una línea sobre el mapa.

—Entonces yo también puedo ayudar.

—Cuando seas mayor.

—Ya soy mayor.

—Tienes cinco años.

—Antes tenía cuatro.

Connor ocultó una sonrisa.

—El argumento es sólido —dijo.

—No la alientes.

—Podría visitar el centro cuando esté preparado —propuso—. Con nosotros.

Eileen asintió de inmediato.

—Los tres.

—A veces iré sola —le expliqué. Su rostro cayó—. Y tu padre hará cosas sin mí, no significa que estemos marchándonos.

—Pero vuelven.

—Sí.

Eileen pareció aceptar la respuesta.

Yo todavía estaba aprendiendo a hacerlo.

La inspección de los hospicios comenzó una semana después.

El informe recuperado permitió desmontar las acusaciones más graves. Los registros de Ciarán, las cuentas y los testimonios de antiguos empleados demostraron que los fondos habían sido utilizados correctamente, aun así, permití que la investigación continuara.

Connor no intervino, al menos no sin preguntarme.

—Bellamy cree que podríamos exigir una retractación —dijo.

Estábamos en su despacho, de noche, yo revisaba una lista de donantes mientras él permanecía detrás del escritorio.

—¿Al periódico?

—Y a las familias que repitieron las acusaciones.

—No.

Connor dejó la pluma.

—Han llamado corrupta a mi esposa.

La palabra produjo una sensación extraña.

—Han llamado cosas peores a mujeres mejores.

—Eso no significa que debamos aceptarlo.

—Una retractación obligada por tus abogados confirmaría que soy una mujer protegida por un apellido poderoso.

—Eres una mujer con un apellido poderoso.

—Precisamente. —Cerré la carpeta—. Quiero que los hospicios sobrevivan cuando tú no estés mirando.

Connor se reclinó en la silla.

—¿Esperas que deje de mirar?

—Algún día podrías estar demasiado ocupado.

—O muerto.

—Eres encantador.

—Es una posibilidad.

—También podríamos separarnos.

—Sí —dijo finalmente—. También.

Me acerqué al escritorio.

—El trabajo debe sostenerse sin depender de nuestro matrimonio.

—De acuerdo.

—Quiero una cuenta independiente.

Connor levantó la mirada.

—¿Para los hospicios?

—Para mí.

La sorpresa fue pequeña, pero visible.

—Continúa.

—Quiero ingresos propios, no una asignación.

—Podrías recibir parte de las ganancias de las propiedades.

—Eso sigue siendo dinero Walsh.

—También eres Walsh.

—Legalmente. —El dolor apareció en sus ojos, pero no retiré la frase—. Quiero recibir un salario por dirigir las instituciones. Y quiero invertir parte de lo que heredé de mi padre sin que tú ni Bellamy supervisen cada decisión.

—No sabía que conservabas esa herencia.

—Maureen tampoco.

Una sonrisa breve apareció en su rostro.

—Eso explica por qué todavía existe.

—Exactamente.

Connor se levantó.

Rodeó el escritorio y se apoyó en el borde, frente a mí.

—Tendrás una cuenta propia.

—No necesito tu permiso.

—No. —Se corrigió—. Tendrás mi colaboración si la necesitas.

—Mejor.

—¿Qué más?

—Conservaré mi habitación.

Sus ojos descendieron hacia mí.

—Casi nunca duermes allí.

—Eso no significa que deje de pertenecerme.

—De acuerdo.

—No quiero que se convierta en un castigo si discutimos.

—¿Qué quieres decir?

—Que ninguno de los dos use la cama para decidir quién tiene poder. Si duermo sola, no significará que te estoy dejando. Si voy a tu habitación, no significará que he renunciado a marcharme algún día.

Connor tensó la mandíbula.

—Eso último resulta menos agradable.

—No estamos negociando únicamente lo agradable.

—Lo sé.

Se incorporó. La luz de la tarde entraba detrás de él, perfilando la anchura de sus hombros.

—Puedes conservar tu habitación. No entraré sin permiso.

—Aunque estemos casados.

—Especialmente entonces.

La respuesta suavizó algo dentro de mí.

—Viajaré por mi trabajo. Incluso sin ti.

—Sí.

—Y Ciarán seguirá escribiendo sobre asuntos de los hospicios.

Connor cerró los ojos.

—Eso parece innecesario.

—Tiene registros, contactos y experiencia.

—Hay otros médicos.

—No le pediré que continúe en mi vida íntima, pero tampoco fingiré que dejó de existir.

—No te lo he pedido.

—Todavía.

Sus ojos volvieron hacia mí.

—De acuerdo —dijo—. Puede escribir.

—Qué generoso.

—Estoy intentando no imaginar cada carta como una declaración de amor, Lilianne.

—Probablemente algunas lo serán.

El comentario salió antes de que pudiera detenerme.

Connor me miró con severidad.

—Eso no ha sido amable.

—No.

—¿Intentabas provocarme?

—Un poco.

—¿Por qué?

No era agradable reconocerlo.

—Porque quería ver tu reacción —admití.

—¿Y estás satisfecha?

—No. —Connor permaneció en silencio—. Lo siento.

La disculpa se sentía extraña, no imposible, solo nueva. Él extendió una mano, no la tomé todavía.

—¿Qué más? —preguntó.

—Eileen no será un argumento en nuestras discusiones.

—De acuerdo.

—Nunca diremos que debemos permanecer juntos por ella.

—Aunque sea una de las razones.

—Puede ser una razón para esforzarnos, pero no una obligación para continuar. —Connor asintió—. No le pediremos que escoja.

—Jamás.

Su respuesta fue firme.

—No utilizaremos sus miedos para impedir que el otro viaje o se aleje, y si nuestro matrimonio vuelve a hacerme pequeña, me marcharé.

La mano que había extendido descendió.

Connor no se movió durante varios segundos.

—¿Qué significa pequeña?

—Que deje de reconocerme, que vuelva a medir cada palabra para no irritarte, que renuncie a mi trabajo, mis decisiones o mi voz para conservar la paz en la casa.

—No quiero eso.

—Lo quisiste antes.

—Sí.

—Podrías volver a quererlo.

—Sí.

La honestidad hizo que me doliera más y menos al mismo tiempo.

—Si ocurre —continué—, no esperaré años.

Connor se apartó del escritorio, caminó hacia la ventana.

—¿Has terminado?

—Casi.

—Entonces termina.

Había tensión en su voz, no enojo todavía, sino miedo.

—No quiero que aceptes estas condiciones para retenerme ahora —dije—. Quiero que entiendas que no será al matrimonio anterior.

Connor volvió el rostro.

—Tampoco yo.

—No puedes saberlo.

—Sí puedo.

—Connor.

—No quiero volver a ser el hombre que era contigo.

—Eso no significa que sepas ser otro.

La frase lo hirió.

—No —admitió—. Pero llevo meses intentando aprender.

—Lo sé.

—¿Eso no cuenta?

—Sí.

—No parece.

Me acerqué.

—Cuenta mucho. —Sus ojos encontraron los míos—. No suficiente para entregarte mi libertad.

—No te la he pedido.

—Antes tampoco utilizabas esas palabras.

Connor respiró profundamente.

—¿Quieres saber qué necesito yo?

La pregunta me sorprendió, había pensado tanto en mis condiciones que olvidé que él también podía tenerlas.

—Sí.

Volvió hacia el escritorio, pero no se sentó.

—No quiero que permanezcas aquí esperando que falle.

—No hago eso.

—A veces sí.

—¿Cuándo?

—Cuando observas cada error como si confirmara algo que ya decidiste sobre mí. —Quise protestar, pero no me dejó—. No digo que no tengas motivos. Los tienes. Pero algunas veces parece que esperas al antiguo Connor detrás de cada puerta.

—Porque aparece.

—Sí. —Su voz se volvió más firme—. Y cuando aparezca, quiero que me enfrentes, que me digas que lo estoy haciendo otra vez, pero no quiero vivir con una mujer que guarda cada equivocación como una razón futura para huir sin hablar.

La frase encontró una parte vergonzosa de mí.

—No huyo sin hablar.

Connor levantó una ceja.

—Te marchaste durante cinco años.

—Creía que nuestra hija estaba muerta.

—Y tenías derecho a irte.

—Entonces no lo utilices.

—No lo utilizo para condenarte. —Se acercó—. Lo utilizo para decirte que desaparecer es también una forma de decidir por los demás.

Me quedé inmóvil.

—No puedo obligarte a quedarte —continuó—. Ni quiero. Pero si un día decides marcharte, necesito que me lo digas, que no despierte y descubra que todo terminó sin saber cuándo lo decidiste.

—Tú tampoco me hablabas.

—Lo sé.

—Te alejabas sin salir de la casa.

—Sí.

—Eso también era abandono.

—Sí.

Su aceptación me dejó sin defensa. Connor se detuvo frente a mí.

—No te pido una promesa de eternidad —dijo—. Pero lo que sí te pido es que no conviertas mi posible fracaso en una excusa para no comprometerte nunca.

—¿Crees que hago eso?

—Creo que parte de ti desea poder decir que lo intentó sin arriesgarse por completo.

La precisión dolió.

—Eso no es justo.

—Quizá no.

—He arriesgado mucho.

—Por Eileen.

—Y por ti.

La confesión salió con más fuerza de la que pretendía. Connor dejó de respirar durante un instante.

—¿Por mí?

—Sí.

El silencio se volvió íntimo. Ya no hablábamos de cuentas, habitaciones, trabajo, espacio ni viajes.

—Cuando regresé —continué—, estaba preparada para soportarte por ella. Después comenzaste a escucharme. A ser un padre distinto del marido que recordaba. Y yo…

No encontraba las palabras. Connor no intentó proporcionármelas.

—Empecé a querer estar aquí —dije.

Su mirada descendió hacia mi boca.

—No solo por Eileen.

—No.

—Ni porque Ciarán se marchara.

—No.

—Entonces ¿por qué?

—Porque me gusta la forma en que miras a nuestra hija cuando crees que nadie te observa.

Connor permaneció quieto.

—Porque aprendiste a preguntar antes de tocarme, aunque algunas veces todavía olvides preguntar antes de resolver mi vida. Porque expulsaste a Maureen a pesar de amarla. Porque no celebraste que Ciarán se marchara. —Sentí que la voz comenzaba a temblar—. Porque dormiste en el suelo junto al lago. Porque escuchas cuando hablo de los hospicios, aunque no siempre comprendas por qué importan. Porque me llevas postres y finges que son una estrategia.

La emoción apareció en sus ojos.

—Porque sigues siendo orgulloso, insoportable y demasiado seguro de que puedes arreglarlo todo.

—Esa parte parece menos romántica.

—No he terminado.

Connor guardó silencio.

—Amo al padre de Eileen. Al hombre que está aprendiendo a escuchar. Al joven torpe que fingía saberlo todo porque tenía miedo de parecer débil. —Mi pecho dolía—. Incluso amo algunas partes del hombre orgulloso que todavía existe.

Connor respiró profundamente.

—Pero no puedo amar el daño que me hiciste.

La vulnerabilidad de su rostro no desapareció.

—No te lo pido.

—Forma parte de ti.

—Forma parte de lo que hice.

—¿Cuál es la diferencia?

Pensó antes de responder.

—Que no quiero que se convierta en aquello que soy contigo ahora.

Me acerqué un paso.

—No puedo fingir que nunca ocurrió.

—No quiero que lo hagas.

—Habrá días en que vuelva a recordarlo.

—Lo sé.

—Días en que no confíe en ti.

—También.

—Podría odiarte un poco mientras te amo.

Una sonrisa triste apareció en sus labios.

—Eso parece razonable.

—No quiero un amor razonable.

—Tampoco yo.

Connor extendió una mano, esta vez la tomé. Me acercó con lentitud, no hasta tocarlo, solo lo suficiente para que el espacio entre nosotros pudiera ser una elección.

—¿Me amas? —preguntó.

La pregunta era sencilla, la respuesta no.

—Sí.

La palabra se sintió como abrir una puerta. Connor cerró los ojos, sus dedos se cerraron alrededor de los míos.

—Dilo otra vez.

—No abuses.

—He esperado años sin saber que lo hacía.

—Te amo.

Abrió los ojos, había una alegría casi dolorosa en ellos.

—Yo te amo —dijo.

No añadió *siempre*, no dijo que nunca volvería a herirme, no utilizó el amor como una garantía, agradecí cada promesa que no hizo.

—Entonces ¿te quedas? —preguntó.

Miré alrededor. El despacho donde años atrás fingía leer libros para parecer digna de él, la mesa donde discutimos sobre mi trabajo, la puerta por la que salí tantas veces sintiéndome inferior.

—Me quedo hoy.

Una sombra de decepción cruzó su rostro.

—Eso es todo lo que puedo prometer.

Connor asintió lentamente.

—Hoy es suficiente.

—Mañana tendré que decidirlo otra vez.

—Yo también.

—No parece que tengas dudas.

—No las tengo sobre quererte. —Su mano ascendió hacia mi rostro, el pulgar rozó mi mejilla—. Pero cada día tendré que decidir si el miedo gobierna lo que hago contigo y tú tendrás que decidir si confías lo suficiente para hablar antes de huir.

—Eso suena agotador.

—Extraordinariamente.

Sonreí. Connor inclinó el rostro, no me besó todavía.

—¿Aceptas mis condiciones? —pregunté.

—Sí.

—¿Todas?

—Sí.

—Incluidas las cartas de Ciarán.

Cerró los ojos.

—Con enorme nobleza.

—Connor.

—Sí.

—¿Y tú condición?

—Quiero que te comprometas de verdad, no con permanecer para siempre, con estar presente mientras permanezcas.

—Acepto.

Su mirada descendió hacia mis labios.

—Entonces tenemos un acuerdo.

—Parece un contrato.

—Estamos en mi despacho.

—Nuestro matrimonio comenzó con uno.

—Tal vez el segundo funcione mejor.

—No hay testigos.

—Los prefiero fuera.

Me besó, el contacto fue lento, no había desesperación ni celos. Su boca encontró la mía como si aquella vez no necesitara demostrar nada. Me permitió reconocer el beso, aceptarlo y responder antes de profundizarlo, mis manos ascendieron hacia su cuello, Connor me rodeó la cintura. El cuerpo recordó

inmediatamente el suyo, el calor, la firmeza del pecho y la forma en que contenía la respiración cuando mis dedos entraban en su cabello, pero algo era distinto, no buscábamos borrar una discusión, la habíamos terminado, el deseo no servía como refugio, era una consecuencia. Connor abandonó mis labios y recorrió mi mejilla con besos suaves.

—Te amo —murmuró junto a mi oído.

La frase hizo que mi cuerpo se estremeciera.

—Dices eso para distraerme.

—Está funcionando.

Su boca descendió hacia mi cuello, incliné la cabeza. Connor reconoció el permiso y me besó allí, con una lentitud que despertó calor bajo la piel. Sus manos recorrieron mi espalda sin prisa.

—Esta noche —dije.

Se detuvo.

—¿Qué?

Tomé su rostro.

—Te elijo esta noche.

La intensidad de su mirada hizo que olvidara cómo respirar.

—Mañana podrás volver a decidir —respondió.

No dijo que sería suyo, no dijo que la elección debía durar para siempre, solo esa noche, solo ese momento. Lo besé otra vez.

Connor me levantó con suavidad y me sentó sobre el borde del escritorio. Varios papeles se movieron debajo de mí.

—Parece que no has aprendido nada desde la última vez —dije.

—He aprendido a asegurar la puerta.

La miró, no estaba cerrada, ambos comenzamos a reír.

Connor apoyó la frente contra mi hombro.

—No aquí —dijo.

—Otra vez.

—Tengo una reputación que conservar.

—Las personas ya creen que tu esposa es inestable.

—No necesito que añadan que interrumpe mis reuniones de negocios —elevó ambas cejas de forma juguetona.

—No hay ninguna reunión.

—Entonces no tenemos excusa para apresurarnos.

Me ayudó a bajar, no soltó mi cintura.

—¿Tu habitación o la mía? —preguntó.

Miré la puerta.

—La nuestra.

Connor quedó inmóvil.

—¿Cuál es esa?

—Todavía no existe.

La esperanza en su rostro me hizo sonreír.

—Podríamos elegir una —continué—. No la habitación donde dormí sintiéndome sola ni aquella donde tú esperabas que cumpliera con mis obligaciones.

—¿Quieres cambiar de dormitorio?

—Quiero que exista un lugar que no pertenezca al pasado.

Connor acarició mi mejilla.

—Elegiremos uno.

—Juntos.

—Sí.

—Y conservaré el mío.

—Naturalmente.

—Estás aprendiendo.

—Deseo llegar al momento en que dejes de enumerar condiciones.

—Eso será dentro de muchos años.

—Entonces espero vivir suficiente.

Me besó. Esta vez no nos interrumpimos hasta que escuchamos pasos en el corredor. La voz de Eileen llegó detrás de la puerta.

—¿Mamá está aquí?

Connor cerró los ojos.

—Nuestra hija posee una habilidad extraordinaria.

—No aseguraste la puerta.

Eileen entró antes de que respondiéramos.

Nos encontró demasiado cerca, miró las manos de Connor sobre mi cintura y después nuestros rostros.

—¿Estaban discutiendo?

—Sí —respondí.

Connor me miró.

—¿Y por qué se besan?

—Porque terminamos.

La niña pareció considerar aquella explicación.

—Yo no beso a las personas cuando termino de discutir.

—Agradecemos que no lo hagas —dijo Connor.

Eileen se acercó.

—Nora dijo que vendrá gente del hospicio. ¿Podré conocerlos?

—Sí.

—¿Papá también?

—Si quiere.

Connor levantó una ceja.

—Quiero.

La niña sonrió.

—Los tres.

Tomó una de nuestras manos con cada una de las suyas.

Connor y yo nos miramos sobre su cabeza, esta vez la frase no se sintió como una obligación, podíamos ser tres sin convertirnos en una unidad indivisible, podíamos caminar juntos y continuar siendo personas separadas.

Salimos del despacho.

Esa noche no elegimos una nueva habitación.

Eileen tuvo una pesadilla. Entró en la mía poco después de la medianoche, llorando y diciendo que el bosque había regresado. La acomodé en mi cama. Connor apareció minutos después, todavía vestido, porque Nora había ido a buscarlo.

—¿Quieres que me quede? —preguntó a Eileen.

Ella asintió.

Connor se acostó al otro lado, la niña quedó entre nosotros, como la noche del refugio, como tantas veces desde entonces, pero esa vez no había terror inmediato ni médicos vigilando su temperatura. Solo una pesadilla, tres respiraciones y la luz tenue de una lámpara.

Eileen se acercó a mí, colocó los pies sobre las piernas de Connor.

—Eres demasiado grande papá.

—Esta era la cama de tu madre antes de que llegaras.

—Ahora es de las dos.

—Parece que he perdido toda autoridad.

—Nunca tuviste demasiada —dije.

Connor me miró por encima de nuestra hija, había deseo todavía en sus ojos, también humor y paciencia. Extendí una mano sobre la manta, él colocó la suya encima. Eileen se durmió sujetando nuestros dedos unidos, no hicimos el amor aquella noche, la elección no perdió valor por eso, comprendí que desear a Connor no significaba que cada acercamiento debía culminar en su cuerpo, podía elegirlo mientras consolábamos a nuestra hija, mientras discutíamos contratos o mientras ambos permanecíamos despiertos por miedo a movernos y despertarla.

El amor no estaba solamente en los momentos hermosos, también en la incomodidad, en el cansancio, en permitir que una niña ocupara la cama sin convertirla en el centro de todas nuestras decisiones.

Connor despertó.

—No te muevas —murmuró.

—No puedo respirar.

—El amanecer ocurre todos los días.

—Voy a golpearte.

Sonrió y con cuidado levantó a Eileen y la acomodó entre nosotros, pero ella abrió los ojos.

—Están aquí.

La frase ya no sonó aterrorizada, solo satisfecha.

—Sí —respondí.

Eileen me abrazó, después extendió un brazo hacia Connor y lo obligó a acercarse, los tres quedamos demasiado juntos, atrapados entre mantas y cabello. Connor besó la frente de nuestra hija.

Después la mía.

—Buenos días —dijo.

—Ahora sí lo has dicho de la manera correcta.

Pero aquella mañana no desperté sintiéndome atrapada, podía levantarme, podía marcharme de la habitación, podía viajar, trabajar y conservar un lugar propio. Y precisamente porque la puerta permanecía abierta, no sentí la necesidad de cruzarla.

Me quedé.

No para siempre.

No como una condena ni una deuda.

Me quedé ese día.

Y por primera vez comprendí que una vida podía construirse así: no mediante una promesa pronunciada una sola vez, sino a través de dos personas que despertaban cada mañana con libertad suficiente para marcharse y decidían, otra vez, permanecer.

29 Las cosas que permanecen

Un año después, desperté antes que Connor.

La habitación todavía olía a pintura nueva, madera y lavanda.

Habíamos tardado casi tres meses en elegirla. Rechacé la estancia orientada al jardín porque se parecía demasiado al antiguo dormitorio de Maureen. Connor descartó otra junto a la escalera porque aseguraba que Eileen entraría antes de que pudiéramos escucharla aproximarse. Finalmente elegimos una habitación en el ala occidental, abandonada durante años y utilizada para almacenar muebles cubiertos de polvo.

No había pertenecido a ninguno de los dos.

Eso era lo que más me gustaba.

Escogimos juntos las cortinas, el escritorio y el lugar de la cama. Connor protestó cuando insistí en conservar un sillón de terciopelo verde que él consideraba espantoso. Yo acepté retirar una colección de armas antiguas que pretendía colocar sobre la chimenea.

El resultado no era completamente elegante ni completamente sobrio. Era nuestro. Yo continuaba conservando mi habitación. Algunas noches dormía allí, especialmente cuando necesitaba revisar

documentos hasta tarde o cuando Connor y yo discutíamos y necesitaba escuchar mis propios pensamientos sin la respiración de otro cuerpo a mi lado. Él nunca entraba sin llamar.

Las primeras veces permanecía fuera de la puerta con una expresión demasiado controlada, temiendo probablemente que una noche de distancia se convirtiera en cinco años de ausencia.

Después aprendió y yo también lo hice.

Aprendí a decir:

—Estoy enfadada. No estoy marchándome.

Y Connor aprendió a responder:

—Te esperaré mañana.

—No.

Sonreí.

—No estás despierto.

—Lo suficiente para impedir que te levantes.

—Hoy inauguramos el hospicio.

—Precisamente. Necesitas descanso.

—Son casi las siete.

—Una hora indecente.

Intenté apartar su brazo.

Connor abrió los ojos.

—Debo levantarme —dije.

—No.

—Tu argumento sigue siendo deficiente.

Su mano se deslizó lentamente sobre mi vientre, el contacto despertó una corriente cálida dentro de mí.

—Puedo mejorarlo.

Su boca rozó mi hombro.

—Connor.

—Lilianne.

El tono imitaba el mío, me volví hacia él.

—Habrá invitados.

—Dentro de varias horas.

—Renata y Seth llegarán antes.

—Dupont jamás llega antes a ningún lugar, considera la puntualidad una forma de sumisión.

—Eso es absurdo.

—También muy propio de él.

Connor besó la línea de mi clavícula, la caricia descendió con una lentitud deliberada. Mi cuerpo reaccionó antes de que pudiera recordar la lista de tareas que me esperaba.

—Estás intentando distraerme.

—Llevamos un año casados de nuevo y todavía te sorprende.

—Nunca dejamos de estar casados.

Connor levantó el rostro.

—Sabes a qué me refiero.

—Te amo —murmuró.

Connor me enseñó lo contrario, algunas verdades necesitaban repetirse precisamente porque el miedo también lo hacía.

—Te amo —respondí.

Me besó, fue un beso lento, cálido y demasiado profundo para una mañana llena de responsabilidades. Sus dedos recorrieron mi espalda y me acercaron hasta que nuestros cuerpos quedaron unidos, no había nada torpe en la forma en que me tocaba ahora.

Deslicé los dedos por su pecho, Connor cerró los ojos cuando mi mano descendió por la piel.

—Pensé que debías levantarte —murmuró.

—He reconsiderado mi posición.

—Siempre he admirado tu flexibilidad política.

Lo besé para impedirle continuar.

Más tarde, cuando por fin abandonamos la cama, la luz había cambiado y alguien llamaba con insistencia.

—¡Mamá!

Connor apoyó la frente sobre mi hombro.

—Nuestra hija ha heredado la puntualidad de Maureen.

—No digas eso delante de ella.

—Jamás.

Me puse el camisón y abrí. Eileen entró vestida con una falda azul, medias de distinto color y el cabello parcialmente trenzado.

—Nora dice que no me quedo quieta.

—Nora tiene razón.

—Papá prometió peinarme.

Connor, todavía en la cama, la miró con indignación.

—No recuerdo semejante promesa.

—Fue ayer.

—Ayer tomé vino con Dupont.

—Todavía no había llegado.

—Entonces no tengo defensa.

Eileen corrió hacia él.

Un año había cambiado muchas cosas. La niña ya no comprobaba cada mañana que continuáramos en la casa, no preguntaba a qué hora volvería si salía al jardín ni dormía con la piedra roja debajo de la almohada todas las noches.

Algunas veces todavía la buscaba, especialmente cuando había tormenta, pero ahora sabía dónde encontrarme y yo también sabía dónde encontrarla.

Connor se levantó, se vistió parcialmente y se sentó frente al tocador con Eileen entre las rodillas, intentó dividir su cabello en tres

partes, el resultado fue desastroso.

—Eso no es una trenza —dije.

—Es una interpretación libre.

—Parece que un caballo ha intentado comérsela.

Eileen se miró al espejo.

—Me gusta.

Connor me dirigió una sonrisa triunfal.

—La opinión de la cliente es definitiva.

—La cliente tiene seis años.

Había cumplido años dos semanas antes.

Lo repetía a cada oportunidad.

—Precisamente —respondió Eileen—. Ahora soy mayor.

La vi reflejada en el espejo.

Cabello rojo, ojos azules, algunas expresiones de Connor, otras mías. Ya no necesitaba buscar parecidos para demostrar que era mi hija, había comenzado a parecerse también a sí misma.

—Hoy conocerás a los niños —le dije.

—Y ellos me conocerán a mí.

—Eso también.

—¿Les dirás que soy tu hija?

—No será necesario. Probablemente lo anunciarás tú.

—Para que no crean que soy una niña perdida.

La frase ya no estaba acompañada de miedo, solo era un recuerdo convertido en parte de su historia. Connor encontró mi mirada en el espejo, ninguno sonrió, habíamos aprendido que algunas heridas podían dejar de sangrar sin desaparecer.

El nuevo hospicio se encontraba a las afueras de Dublín.

No llevaba el nombre de los Walsh, sobre la entrada había una placa sencilla: ***Casa Saint Brigi Refugio, escuela y clínica infantil.***

Connor pagó una parte de la propiedad.

Mi herencia y varias donaciones cubrieron el resto. Los documentos establecían que él no tenía autoridad administrativa sobre el centro, aun así, había revisado los contratos, negociado con proveedores y amenazado discretamente a dos comerciantes que intentaron cobrarnos el doble por materiales de mala calidad.

No le agradecí las amenazas. Sí el resultado.

La inspección de los hospicios franceses terminó sin encontrar irregularidades, el periódico publicó una retractación pequeña, escondida en una página interior, algunas familias nunca recuperaron la generosidad que tanto habían proclamado antes de que ayudar resultara incómodo. Otras sí. Descubrí que las instituciones no necesitaban la aprobación de todas las personas.

Solo suficientes manos dispuestas a trabajar.

Cuando llegamos, varios carruajes ocupaban ya el camino.

Renata estaba cerca de la entrada. Llevaba un vestido rojo oscuro que habría parecido excesivo en cualquier otra mujer. A su lado, Seth Dupont vestía de negro y observaba a los invitados con una expresión que sugería que conocía secretos suficientes para arruinarlos a todos.

—Llegas tarde —dije.

Renata me besó en ambas mejillas.

—He venido. Eso debería bastarte.

Seth inclinó la cabeza.

—Señora Walsh.

—Señor Dupont.

Eileen corrió hacia Renata.

—Tía, papá me peinó.

Mi hermana examinó la trenza.

—Lo siento mucho.

Connor frunció el ceño.

—Ella dijo que le gustaba.

—Los niños también comen tierra.

—Yo no —protestó Eileen.

—Porque tu madre te ha privado de una experiencia formativa.

Seth tomó la mano de su esposa.

—Renata.

—¿Qué?

—Intenta no corromper a la niña antes de la ceremonia.

—Ya tiene seis años.

—Exactamente.

Me obligó a vivir con todas las contradicciones, eso era mucho más difícil, también más honesto.

Eleanor llegó poco antes de la ceremonia.

Caminaba con un bastón.

Eleanor vivía en una pequeña casa y enseñaba música y lectura en la escuela del hospicio. Nuestra relación seguía siendo prudente: nunca permanecía a solas con Eileen ni hacía promesas sobre el futuro, pero había aprendido a quererla sin utilizarla.

—La decoración está lista, los niños han colocado las flores.

—¿Sobre las mesas?

—También sobre las camas, las ventanas y un recipiente donde debía lavarse el instrumental médico.

—Perfecto.

—Pensé que diría eso.

Su mirada se dirigió hacia Eileen, la niña dudó, después se acercó.

—Tu vestido es aburrido.

Eleanor sonrió.

—El tuyo está mal abotonado.

Eileen miró hacia abajo, dos botones se encontraban en lugares distintos, provocando que toda la línea se viera torcida.

—Papá me ayudó.

—Eso explica todo.

Connor, que había escuchado, levantó una ceja.

—Estoy siendo atacado en mi propia institución.

—No es tuya —le recordé.

—Todavía peor.

Bastaba con dejar de hacerse daño.

La ceremonia fue breve porque me negué a convertir el hospicio en un monumento a sus benefactores, habló el médico responsable, después una mujer que dirigiría la escuela.

Finalmente me pidieron decir algunas palabras.

Me situé frente a los invitados, había familias importantes de Dublín, trabajadores, empleados, médicos, donantes y varios niños que vivirían allí. Algunos tenían ropa prestada. Otros observaban los alimentos con la atención de quienes habían aprendido que las mesas llenas podían desaparecer en cualquier momento.

Reconocí esa mirada, no porque alguna vez hubiera padecido hambre, porque había visto a demasiados niños esconder pan.

—Durante mucho tiempo —comencé— creí que la caridad consistía en dar aquello que nos sobraba.

Las personas guardaron silencio.

—Dinero. Ropa. Comida. Unas horas que no necesitábamos para nosotros. Después conocí niños a quienes se les había negado incluso el derecho a esperar algo de los demás.

Vi varios rostros negros entre los pequeños, años atrás habría notado primero el color de su piel, ahora veía a una niña de trenzas torcidas que apretaba la mano de su hermano. Un niño que mordía el interior de la mejilla. Otro incapaz de permanecer quieto.

—Comprendí que ayudar no consiste en decidir qué vida merece ser salvada. Tampoco en obligar a otros a sentirse agradecidos por aquello que debió pertenecerles desde el principio: alimento, cuidado, educación y seguridad.

Maureen habría considerado aquellas palabras peligrosas.

Tal vez lo eran.

—Esta casa no existe porque quienes la fundamos seamos buenos. Existe porque algunas veces reconocimos que estábamos equivocados y decidimos actuar de otra manera.

Busqué a Connor, sostenía mi mirada, no necesitábamos fingir inocencia. Ni él ni yo.

—Los niños que vivirán aquí no serán propiedad de la institución, de sus donantes ni de las personas que los cuidamos. No deberán

convertirse en aquello que nosotros imaginemos para merecer permanecer. Esta casa será suya mientras la necesiten. Y cuando puedan marcharse, las puertas seguirán abiertas.

Mi voz tembló apenas.

Pensé en Eileen, en el refugio, en la promesa.

—Porque un hogar no debería ser un lugar del que nadie pueda salir. Debería ser un lugar al que una persona pueda regresar sin miedo.

No miré a Connor, si lo hacía, quizá no lograría continuar.

Los aplausos comenzaron, no fueron estruendosos.

Agradecí que no lo fueran.

Después de la ceremonia, Eileen recorrió los dormitorios y formuló preguntas a cada niño.

—¿Cuántos años tienes?

—¿Sabes montar?

—¿Tienes madre?

La última pregunta me hizo intervenir.

—Eileen.

—¿Qué?

—No todos quieren hablar de eso.

La niña miró al pequeño frente a ella. Tenía siete años y una cicatriz sobre la ceja.

—Yo no sabía dónde estaba la mía —explicó—. Pero me encontró.

El niño me observó.

—¿De verdad?

—Sí —respondí.

—¿Cuánto tardó?

—Cinco años.

—Eso es mucho.

—Sí.

—¿Por qué no sabía dónde estabas?

Eileen respondió antes que yo:

—Mi abuela le mintió.

La sencillez infantil destruyó cualquier posibilidad de una explicación elegante. El niño aceptó la respuesta.

—Mi madre murió.

Eileen lo pensó.

—Entonces no puede encontrarte.

—No.

—Pero puedes quedarte aquí.

—Eso dicen.

Mi hija tomó su mano, no intentó consolarlo con una mentira, solo lo llevó a conocer el jardín, los vi alejarse.

Connor apareció a mi lado.

—Se parece a ti.

—Espero que no demasiado.

—A la mujer que eres ahora.

—Eso resulta más amable.

—Estuviste magnífica —dijo.

—No necesitaba que me evaluaras.

—Lo sé.

—Entonces…

—Te lo digo porque soy tu esposo y estoy enamorado de ti.

Volví el rostro.

—Eso ha sido descaradamente romántico.

—Estoy practicando.

—¿Todavía?

—Comencé tarde.

Connor se inclinó hacia mi oído.

—Además, tu discurso me ha hecho desearte.

Sentí calor en las mejillas.

—Estamos rodeados de niños.

—No he dicho que piense hacer algo aquí.

—Tu mano opina distinto.

Sus dedos habían descendido apenas sobre mi cintura.

—Mi mano te felicita.

—Retírala antes de que Renata lo advierta.

—Tu hermana advierte cosas peores.

—Precisamente.

Connor besó mi sien y no se apartó demasiado.

—Tengo algo para ti —dijo.

Sacó una carta del bolsillo y reconocí la letra de inmediato. Ciarán. Mi respiración cambió, Connor lo advirtió, pero no retiró la carta.

—Llegó ayer.

—¿La abriste?

—No.

—¿Querías hacerlo?

—Muchísimo.

Sonreí.

—Gracias.

—No me agradezcas. Consideré sostenerla frente a una lámpara.

Tomé el sobre.

—Eso habría sido indigno.

—También práctico.

Lo guardé dentro de mi bolso.

—¿No la leerás?

—Más tarde.

—No tienes que ocultarla de mí.

—No lo hago. —Toqué su pecho—. Pero tampoco necesito leerla delante de ti para demostrar algo.

Connor tomó mi mano y besó los dedos.

—Estoy aprendiendo.

—Lentamente.

—No pareces quejarte cuando practico otras cosas.

Lo miré. Él sonrió con una arrogancia que ya no me enfurecía tanto como antes. No siempre.

Leí la carta de Ciarán esa noche.

Ciarán escribía desde Marsella. El hospital estaba saturado, la sección infantil había abierto y había conocido a una cirujana viuda que discutía con él sin cortesía. No me pidió que volviera ni escribió que me amaba; preguntó por Eileen y envió contactos para los hospicios. Al final reconocía que ayudar a alguien no le concedía un lugar permanente en su vida. Doblé la carta con ternura y paz: seguía en mi historia, pero ya no la dirigía.

Connor llamó a la puerta.

—¿Puedo entrar?

—Sí.

Entró llevando dos copas.

—Pensé que dormirías aquí.

—Todavía no lo he decidido.

Su mirada se dirigió hacia la carta doblada.

—¿Está bien?

—Sí.

—¿Es feliz?

—No todavía.

Connor asintió.

—Lo estará.

—Eso es generoso.

—Marsella está lejos. Mi generosidad posee límites geográficos.

Reí. Connor se sentó frente a mí.

Connor también me mostró una carta de Maureen dirigida a Eileen. No contenía amenazas, solo preguntas por sus estudios y una muñeca. Decidimos entregársela y mantener los límites: si nuestra hija deseaba verla algún día, hablaríamos antes de decidir. La distancia no había convertido a Maureen en otra mujer, pero ya no gobernaba nuestra casa.

Fuimos al lago al día siguiente, no había invitados, solo Connor, Eileen y yo. El verano comenzaba a retirarse. El aire todavía era cálido bajo el sol, pero el viento llevaba ya el olor húmedo del otoño.

La hierba junto al agua había crecido y las ramas de los árboles se inclinaban sobre la superficie. Eileen corrió hacia la orilla.

—No entres sin nosotros —gritó Connor.

—Sé nadar.

—Sabes mantenerte a flote durante tres segundos.

—Son muchos.

La seguí.

Llevábamos comida, mantas y el libro que Eileen exigía escuchar cada vez que visitábamos el lago, también había traído la piedra roja. Ya no la llevaba consigo, la guardábamos en una caja dentro de su habitación, pero aquella mañana pidió traerla.

La colocó sobre una roca cerca del agua.

—Para que sepa dónde estamos —explicó.

—Mamá.

—¿Sí?

—¿Por qué te fuiste?

La pregunta llegó sin aviso, habíamos hablado antes, pero nunca de forma completa. Connor dejó de mover las manos.

—¿Ahora? —pregunté.

—La abuela dijo que no me querías.

El dolor seguía allí, no con la fuerza del principio, pero sí lo suficiente para requerir verdad. Me senté sobre la manta, Eileen se

colocó frente a mí; Connor permaneció cerca, pero no intervino.

—Cuando naciste —comencé—, yo estaba muy asustada.

—¿Porque era un bebé?

—Porque todo dolía y nadie me explicaba qué ocurría. Escuché que llorabas. Después me dijeron que habías muerto.

Eileen frunció el ceño.

—Pero no.

—No.

—La abuela mintió.

—Sí.

—¿Y papá?

Miró a Connor, él se sentó a nuestro lado.

—Yo también creí que habías muerto —respondió—. Descubrí la verdad mucho después.

—¿Y mamá?

—Cuando supo que estabas viva, comenzó a buscarte —dijo.

Eileen volvió hacia mí.

—¿Cinco años?

—Sí.

—¿Todos los días?

—Casi todos.

—¿Y los otros?

—Los días en que no te buscaba, intentaba ayudar a otros niños.

—¿Por eso los quieres?

—En parte.

Eileen tomó la piedra.

—¿Y ahora?

—Ahora sé dónde encontrarte.

—¿Y si me pierdo otra vez?

Connor cerró los ojos, tomé las manos de nuestra hija.

—Entonces te buscaríamos.

—¿Los dos?

—Los dos —respondió Connor.

—¿Y si ustedes se separan?

El silencio se hizo más profundo.

—Seguiríamos buscándote —dije.

—¿Aunque no vivieran juntos?

—Sí.

—¿Y seguirían queriéndome?

Connor tomó una de sus manos.

—Nada de lo que ocurra entre tu madre y yo puede cambiar eso.

Eileen observó nuestros dedos.

—¿Se van a separar?

—No planeamos hacerlo —respondí.

—¿Nunca?

La tentación de prometer regresó. Connor me miró. Esperó.

—No lo sabemos —dije—. Nadie puede saber todo lo que ocurrirá.

El rostro de Eileen se entristeció.

—Pero hoy estamos juntos —añadió él.

—Y mañana también —dije.

—¿Cómo saben?

—Porque ya lo hemos decidido.

La niña pareció considerar la respuesta.

—¿Cada día deciden?

Connor sonrió.

—Parece que sí.

—Eso es mucho trabajo.

—Extraordinariamente —respondimos ambos.

Eileen rio, la tensión disminuyó, se levantó y corrió hacia el agua.

—¡Voy a nadar!

Connor se puso de pie de inmediato.

—No sin mí.

—Mamá puede enseñarme.

—Tu madre aprendió hace apenas un año.

—Aprendí perfectamente.

Connor me miró, la provocación era evidente.

—¿De verdad? —preguntó.

—Sí.

—La última vez necesitabas que te sostuviera.

—La última vez estabas decidido a aprovecharte de la situación.

—Jamás.

—Te quitaste la camisa de una forma innecesariamente teatral.

—Hacía calor.

—Estaba lloviendo.

Eileen nos observó.

—¿Van a discutir?

—Sí —respondí.

—No —dijo Connor al mismo tiempo.

La niña corrió hacia el agua antes de que pudiéramos detenerla.

La seguimos.

El lago estaba frío.

Entré lentamente, el agua rodeó mis tobillos, las rodillas y finalmente la cintura, la primera vez había sentido pánico al no encontrar el fondo. Connor sostuvo mi cuerpo mientras yo fingía que su cercanía me incomodaba más de lo que me atraía.

Ahora avancé sola, había practicado durante el verano, no para demostrarle nada, porque quería aprender.

Connor permanecía cerca de Eileen, la sostenía debajo de los brazos mientras ella golpeaba el agua con los pies.

—Mira, mamá.

—Te veo.

—Estoy nadando.

—Tu padre te sostiene.

—Solo un poco.

Connor me miró.

—¿Todavía necesitas que te sostenga?

La pregunta tenía más de un significado, lo supe por la forma en que su voz se volvió más baja. Miré hacia la orilla. La casa quedaba lejos, oculta detrás de los árboles. Maureen ya no vigilaba desde una ventana. Ciarán no esperaba en ningún camino. Eleanor tenía una vida que comenzaba a pertenecerle.

Eileen reía entre nosotros.

—No —respondí.

Me interné un poco más.

El agua subió hasta mi pecho, después dejé de tocar el fondo, durante un segundo regresó el miedo, la sensación de no tener nada

sólido bajo los pies. Respiré. Moví los brazos, el cuerpo respondió, nadé, no con elegancia, pero sin ayuda.

Llegué varios metros más lejos y me volví.

—Ven.

Connor dejó a Eileen en la parte baja y nadó hacia mí.

Se detuvo antes de tocarme.

—¿Necesitas ayuda?

—No.

—Entonces ¿por qué me llamaste?

Me acerqué.

—Porque quería que estuvieras aquí.

Su expresión cambió. Incluso después de un año, algunas palabras continuaban alcanzándolo como una revelación.

Connor extendió una mano bajo el agua, no la tomó por mí. Esperó. Miré sus dedos, durante mucho tiempo creí que una familia era una casa donde nadie se marchaba. Un lugar sostenido por puertas cerradas, promesas eternas y mujeres capaces de soportarlo todo con tal de conservar el apellido.

Yo conocía ese camino, podía verlo, las puertas estaban abiertas.

Nada estaba garantizado, esa era la parte más aterradora, también la más hermosa, tomé la mano de Connor, no porque

necesitara que me salvara, no porque temiera hundirme, la tomé porque quería nadar a su lado. Eileen nos salpicó desde la orilla.

—¡Vuelvan!

—Nuestra hija exige nuestra presencia —me dijo con una sonrisa.

—Ha heredado tu autoritarismo.

—Y tu sentido dramático.

—Eso pertenece a Renata.

—Toda la familia Donovan lo posee.

Nadamos hacia Eileen. Al llegar, la niña rodeó nuestros cuellos y consiguió hundirnos a los tres. Salimos riendo, tosiendo y acusándonos unos a otros. El sol descendía detrás de los árboles. Sobre la roca, la piedra roja permanecía inmóvil, iluminada por la última luz.

Durante años había amado las cosas hermosas porque creía que su belleza podía protegerme de todo lo desagradable: los vestidos, las flores, las casas perfectas, los hombres admirados por todos. Ahora sabía que la belleza no estaba en aquello que permanecía intacto.

Estaba en las cosas que sobrevivían después de romperse. Una niña que volvía a confiar, un hombre que aprendía a abrir la mano, una mujer que podía amar sin desaparecer.

Connor me miró. No necesitó preguntar si me quedaría para siempre, yo tampoco necesité prometerlo. Eileen tomó nuestras

manos. Regresamos juntos a la orilla y aquella vez, cuando la casa apareció entre los árboles, no pensé en ella como el lugar del que nunca volvería a marcharme, lo pensé como el lugar al que, mientras continuara siendo libre, seguiría eligiendo regresar.
